

UNA ROMCOM VAMPÍRICA



LA CAJEDRAL DE LOS
HUESOS
KATY MC LINA





LA CAJEDRAL DE LOS
HUESOS
KATY MC LINA

© Marzo 2026

Novela: La Catedral de los Huesos

Autora: Katy Molina

Editor/Diseño de cubierta: Katy Molina.

Corrección a cargo de Javier Molina

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Obra Registrada en Safe Creative. Todos los derechos reservados.

NOTA DE LA AUTORA

Queridos lectores ,

Cuando escribí **La Catedral de la Sangre**, nunca imaginé que Coraline y Draco se colarían tan profundamente en vuestras cabezas (y en la mía). Lo que empezó como una historia de vampiros, venganza y misterio con Necro e Isabella, terminó convirtiéndose en algo mucho mayor con una pareja de secundarios (Draco y Coraline) que no dejaban de dar guerra, ni en la ficción ni en mis noches de insomnio.

Sus peleas, sus miradas, sus silencios y ese tira y afloja que resultó ser tan divertido, tuvieron tanta repercusión entre vosotros, mis lectores, que me di cuenta de que no podía dejarlos ahí, colgando de un “quizás”, sin terminar su historia.

Así que aquí está **La Catedral de los Huesos**, la segunda y última parte de esta bilogía.

Este libro cierra el círculo que empezó en la primera entrega. Es más oscuro, más visceral y, espero, igual de adictivo.

La Catedral de los Huesos no es solo un lugar: forma parte de una misma narrativa, un organismo vivo que respira a través de los huesos de los que ya no están, de los amores perdidos y de las segundas oportunidades que, a veces, llegan demasiado tarde.

Gracias por acompañarme en este viaje. Gracias por querer saber más de Coraline y su “Cayetano”. Gracias por leerme, por escribirme, por gritarme en redes cuando os dejaba con el corazón en vilo.

Esta es la despedida de dos personajes que ya no me pertenecen del todo: ahora son vuestros.

Con cariño, Katy Molina

*El amor no consiste en mirarse el uno al otro, sino en mirar juntos en la misma
dirección."*

Antoine de Saint-Exupéry

LISTA DE REPRODUCCIÓN

"Sweet Dreams" de Marilyn Manson

"Ska a go go"

"Crazy in Love" de Beyoncé

"Hijo de la Luna" de Mecano

"Lacrimosa" de Mozart

"Annabelle's Theme"

"Spiegel im Spiegel" de Arvo Pärt

"Radioactive" de Imagine Dragons

"He's a Pirate" de Piratas en el Caribe

"I'm not a Vampire" de Falling in Reverse

"Falling in reverse" de Eden

"Wicked Game" de HIM

"Ghostbusters"

"Take me to Church" de Hozier

"Golden Brown" de The Stranglers

"Rime of the ancient Mariner" de Iron Maiden

"Blitzkrieg Bop" de Ramones

"Girls just want to have fun" de Cyndi Lauper

"Frente a Frente" de Enrique Bunbury

"Paint it Black" de Rolling Stones

"Silent Lucidity"

"Clair de Lune" de Debussy

"El Danubio Azul"

PRÓLOGO

Dicen que el amor es eterno.

Mentira.

El amor no es eterno: es terco, desordenado y tiene muy mala memoria. Se olvida de las promesas, de las despedidas y de las veces que te rompió el corazón.

Es egoísta y te deja una marca imborrable.

Así pensaba yo hasta que conocí a un vampiro con complejo de señor feudal y adicto a la gomina.

Demasiado tarde para no enamorarme.

Demasiado pronto para saber cómo sobrevivir a ello.

Me llamo Coraline o Carolina, si prefieres el nombre que mi madre me puso antes de que el mundo decidiera que sería mejor con colmillos. Fui camarera en Brujas, humana, torpe y con tendencia a meterme en problemas que no pedía. Luego me convertí en vampira por fuerza mayor; no hubo otra opción. Era eso o la muerte.

Draco fue quien me convirtió y después todo se fue al infierno — literal y figurado— y, en algún momento de esta nueva aventura (suicida... ya lo entenderás), me di cuenta de que el amor no avisa cuando llega. A mí se me presentó con un carácter de mierda, gomina extrafuerte y con más sombras que luces. ¡Una locura!

Te doy la bienvenida a **La Catedral de los Huesos**, la historia del “Cayetano” y “la chica cuervo”. En otras palabras, la historia de Draco y Coraline.

No os prometo que todo salga bien.

No os prometo que nadie muera.

Solo os prometo que, si seguíis leyendo mi historia, os reiréis, os enfadaréis, quizás lloréis un poco y al final entenderéis por qué dos personas tan distintas como nosotros decidieron que valía la pena arriesgar la eternidad el uno por el otro.

Porque el amor no es eterno.

Pero cuando es de verdad... es suficiente para hacer que la eternidad merezca la pena.



Capítulo 1

SWEET DREAMS

Han pasado tres meses desde que el reinado de los antiguos señores de la sangre cayó. Ahora, un nuevo imperio se levanta en la comunidad vampírica, y el aire está cargado de expectación. Mi amiga Isa me ha invitado a la reunión que tendrá lugar en la Catedral de la Sangre, donde se elegirán a los nuevos señores de la sangre. Sé que se van a repartir las casas, y como yo jugué un papel importante en la caída de Kaos, la malvada reina oscura, quiere que esté presente para presenciar este momento histórico.

Asistiré, no solo por la relevancia del evento, sino porque echo de menos a mi amiga. Desde la boda sangrienta entre Necro e Isa, nuestras vidas han tomado rumbos diferentes y apenas nos vemos. La soledad me abruma y, aunque mi vida no ha cambiado mucho desde que me convertí en vampira, la añoranza de su compañía me pesa más que nunca. Lo sé, soy una dramática, nuestra relación sigue igual, el problema soy yo y mis demonios internos.

He regresado al pisito de alquiler que compartía con ella. Es un lugar que solía ser cálido y lleno de risas, pero ahora se siente vacío. La soledad se cierne sobre mí como una sombra, y cada rincón me recuerda a Isabella. Tendría que adoptar un perro, pero no quiero que Kur se sienta amenazado, por eso de ser un licántropo. Una

sonrisa se dibuja en mi rostro, si mi hermano postizo me oyese me mataría con la mirada.

Regresé a la Taberna del Cuervo a servir copas, una decisión que mi amiga no veía con buenos ojos. Ella insiste en que no me faltará nada, pero mi orgullo se interpone. No quiero ser una gorrana; prefiero trabajar y ganarme el pan. Bueno, la bolsa de sangre.

Por otro lado, mi relación con Draco sigue en un punto muerto. No hemos tenido muchas oportunidades de vernos, ya que él está absorto en ayudar al nuevo rey de las sombras a reconstruir lo que una vez fue un imperio tenebroso. Cada vez que me cruzo con el Cayetano, el ambiente se vuelve tenso, como si el aire estuviera cargado de cuchillos voladores. La distancia entre Draco y yo se siente al igual que un abismo, y cada día que pasa, me pregunto si alguna vez podremos llegar a ser amigos, aunque me importa muy poco. Es un estirado.

Me miro por última vez en el espejo, examinando mi reflejo con atención. Necesito verme guapa, sensual, lista para enfrentar lo que venga. Me recoloco los pechos y me aseguro de que todo esté en su lugar. Hoy he optado por unos vaqueros ajustados que abrazan mis curvas y un body con escote que resalta mi figura. Quiero que mi presencia sea recordada en la reunión de Drácula. Estoy lista para asistir, aunque no puedo evitar sentir que mi existencia se ha estancado. Pero sé que son solo etapas y que debo adaptarme a esta nueva versión de mí misma: mi esencia vampírica.

Cómo siempre, llego tarde. Sé que a Draco le fastidia mucho la impuntualidad, así que me tomo mi tiempo. Hay algo en verlo cabreado que me excita; esa chispa peligrosa que brota de su interior es irresistiblemente atractiva. Pero luego, en medio de mi diversión, recuerdo que es un Cayetano, lo que me hace fruncir el ceño.

Saco mi móvil y pido un Uber, sabiendo que el trayecto será un tanto largo. Justo en ese momento, un golpe en la puerta me sorprende. No espero a nadie, así que la curiosidad me embarga. Con sigilo, me acerco y me asomo a la mirilla. Allí está el casero. ¿Qué querrá? A mi memoria no llega ninguna irregularidad; le pagué el alquiler a principios de mes.

—Señorita Carolina —dice nada más abrir la puerta, con la frialdad que lo caracteriza.

—Hola, ¿qué le trae por aquí? ¿Hubo algún problema con la transacción a su banco? —pregunto, intentando mantener la calma.

—Ninguno, pero he venido a comunicarle que tiene tres días para abandonar la casa. Mi hija se ha divorciado y necesita un techo. Lo siento, le devolveré la fianza.

—Pero... —mi voz se quiebra, incapaz de lidiar con lo que estoy escuchando. Me importa una mierda la situación de su hija, necesito un techo!

—Lamento esta situación. Tenga buena tarde —responde, dándose la vuelta y alejándose.

Me quedo sin palabras, observando cómo se va con un palo metido por el culo. Podría haber utilizado mi poder de persuasión vampírica, ese encanto que siempre me ha funcionado, pero hoy el impacto de su mensaje me ha dejado en shock. Además, no sería ético forzar su mano en esta situación. ¿Qué voy a hacer ahora? Estoy completamente sin blanca.

Por otro lado, no quiero recurrir a Isabella para pedirle dinero prestado. Necesito encontrar la manera de salir a flote por mí misma, sin depender de nadie. Así que, con la mente agitada y el corazón acelerado, empiezo a trazar un plan. Es hora de mostrarle al mundo que, aunque soy una vampira, también tengo el poder de reinventarme. ¿Qué voy a hacer? Podría trabajar en una empresa de reparto, soy rápida y los paquetes llegarían a los clientes en un santiamén. Pero desecho la idea, no me apetece estar todo el día tirada en la calle. Volver a la taberna no fue buena idea, no gano lo suficiente para alquilar otro piso, este era un chollo.

Con un humor tan oscuro como la noche que me rodea, salgo de casa y me dirijo a la Catedral de la Sangre, ese imponente lugar donde los secretos de los vampiros duermen bajo tierra. A pesar de mi malhumor, la verdad es que tengo que ponerme las pilas y pensar en qué rumbo quiero darle a mi vida... porque servir copas en un bar no me va a ayudar a alquilar un piso sola.

Al entrar, me encuentro con el equipo Nosferatu reunido en una gran sala, todos sentados alrededor de una mesa de madera que podría contar historias más antiguas que Matusalén. Al cruzar la puerta, sonrío a Isabella, quien, con un gesto teatral, marca su muñeca como si llevara un reloj. En un impulso, pongo los ojos en blanco. No necesito que me recuerde que llego tarde; eso es algo que ya sé y he planeado a conciencia.

Desvío la mirada hacia Necro, nuestro flamante rey vampiro, y me siento al lado de Kur, quien me recibe con un susurro lleno de misterio mientras me acerca un *Bloody Mary*. ¡Gracias, Kur! Lo cierto es que el ambiente en la sala es de lo más aburrido. La reunión avanza entre temas que no logro seguir hasta que, de repente, llega el momento de repartir las casas.

—Isabella y yo, como reyes de nuestra raza, seguiremos gobernando la casa Nocturne. Vlad se quedará con la nueva casa Crow, ya que Ravenscroft desaparecerá por petición de mi mujer — anuncia Necro con un aire de autoridad que, honestamente, me hace hervir la sangre.

—Espera un momento —interrumpo, golpeando la mesa con más fuerza de la que pretendía—. La casa Crow la inventé yo, rey de los condenados. ¡Me pertenece a mí! Díselo, Isabella.

Mi amiga me lanza una mirada de advertencia para que cierre el pico, frunciendo el labio, lo que me confirma que está de acuerdo con su murciélago. La frustración me consume.

—Esto es increíble...

—Coraline, tienes que entender... —intenta explicarme Isabella, pero no la dejo terminar.

—¿Es porque soy mujer? ¿Es eso? —cuestiono de forma dramática.

—No digas tonterías —me corta Kur—. Yo tampoco tengo casa y no estoy montando una escena. Vlad y Draco llevan años con Necro, son los más antiguos y sabios de la mesa. Sobre todo Vlad.

Me quedo mirando al licántropo con una ceja alzada, sus últimas palabras han llamado mi atención. ¿Qué sucede entre Vlad y Kur?

—¿De verdad crees que el Cayetano es una persona sabia? ¡Usa gomina de la marca Giorgi, Kur! —protesto, sin poder contenerme.

—Coraline, Kur tiene razón. Llevan a mi lado mucho tiempo y son de mi confianza —me amonesta Necro, mientras la indignación me consume.

—Además, tú me perteneces —interviene Draco, quien hasta ahora ha permanecido en silencio, como un gato en la sombra—. Eres mía, Coraline, y siempre lo serás. Yo te convertí, así que soy tu señor. Eso te convierte en miembro de la casa Belladona, mi casa.

Mis puños se aprietan con rabia. ¿De verdad se está quedando conmigo o el liderazgo se le ha subido a la cabeza?

—¡En tu puta vida voy a ser tuya, Cayetano! ¡Antes me enveneno con Belladona!

Él sonríe de lado, y eso me enferma. Algo ha cambiado en él; no entra al trapo conmigo y, ¡sorpresa!, ¡tiene el cabello despeinado! ¿Acaso los vampiros se enferman?

—Eres una cría malcriada e insoportable, chica cuervo —dice con una calma que me revienta—. Harás lo que se te ordene y punto.

Frustrada, me levanto de la mesa y le hago una peineta. No lo soporto. Si antes era un gilipollas de manual, ahora es un déspota. Salgo de la sala sin mirar atrás, decidida a largarme de este lugar, pero Isabella me alcanza y me arrastra de vuelta a la biblioteca.

—¿Por qué no me has defendido? —le reprocho, sintiendo que la traición me quema—. Soy tu amiga, ¿es que no te importo?

—Coraline, ¿por qué dices eso? Eres mi hermana —responde con un tono que mezcla la indignación y la preocupación.

—Desde que te casaste con colmillitos sexy antes de cristo, porque no negarás que tiene más años que los dinosaurios, apenas nos vemos.

—Entonces yo también soy muy vieja, ¿no crees? —me responde, cruzándose de brazos, lo que me hace reír a pesar de todo—. No seas injusta. He estado muy ocupada. Ahora soy reina y, además, eres tú la que no quiso venir a vivir conmigo y Kur.

Nos miramos malhumoradas, y ambas empezamos a hacer pucheros. Nos duele enfadarnos.

—Lo siento... —susurramos al unísono, provocando que estallemos en risas.

Isabella acorta la distancia y me abraza. Su contacto me reconforta y me permito relajarme. Pasamos un buen rato compartiendo confidencias y poniéndonos al día. Le cuento mi situación actual y ella resopla, solo falta que me dé un sermón, cosa que hace.

—No se hable más, te mudas a la casa Nocturne —dictamina con firmeza, pero yo tengo otros planes en mente.

—Te lo agradezco, pero prefiero buscar mi lugar en la casa Belladona y dar por saco a Draco. Se arrepentirá de haberse puesto soberbio conmigo hoy.

—No es buena idea... —murmura mi amiga, visiblemente preocupada.

—Haré lo mismo de siempre —afirmo con una sonrisa traviesa.

—¿Liarda parda?

—No, princesa, improvisar. ¡Eso es lo mío!

Le hice prometer a mi amiga que mantuviera en secreto mis planes futuros. Estoy decidida a darle a Draco una sorpresa que le borre esa sonrisita de Cayetano de la cara. Han pasado dos días desde nuestra reunión y ahora me dirijo a la casa Belladona con dos tristes maletas. Sí, toda mi vida cabe ahí, y eso me recuerda que mi tía Manoli partió hace dos meses a las puertas del cielo; seguramente se encuentra en el reino de Dios charlando animadamente con San Pedro. A ella le encantaba conversar y recordarla me deja un vacío en el corazón.

Sin darme cuenta, llego a la propiedad y saco del bolsillo la copia de la llave que me dio Isabella. Soy la única que aún la llama así; todos los demás la han rebautizado como Ishara, su antiguo nombre. Al abrir la puerta, me encuentro con la casa vacía; Draco no está. Me dirijo a una de las habitaciones de invitados que ocupé en el pasado y me instalo. Sonrío con amargura al recordar que aquí estuve con mi amiga, pero todo ha cambiado. Ni siquiera Vlad vive aquí ya; se ha mudado a una casa cerca del canal de Brujas, donde seguramente se dedica a disfrutar de la vida a lo grande.

Intento despejar mis tinieblas mentales con un poco de música y qué mejor que *"Sweet Dreams"* de Marilyn Manson para darle un toque de sensualidad oscura al ambiente.

*Dulces sueños están hechos de esto
¿Quién soy yo para discrepar?
Viaja por el mundo y los siete mares
Todo el mundo está buscando algo.*

*Algunos de ellos quieren usarte,
Algunos de ellos quieren ser usados por ti,
Algunos de ellos quieren abusar de ti,
Algunos de ellos quieren ser abusados.*

*Dulces sueños están hechos de esto
¿Quién soy yo para discrepar?
Viaja por el mundo y los siete mares
Todo el mundo está buscando algo.*

Después de organizar mi nueva habitación, me acerco a la cómoda para dejar una fotografía de mis padres. La melancolía me envuelve y no puedo evitar que las lágrimas broten. Mi vida habría sido tan diferente si ellos no se hubieran ido, dejándome sola en este mundo. En ese momento de debilidad, la puerta se abre de golpe y aparece Draco con el ceño fruncido. Nos miramos en silencio durante unos segundos y me doy cuenta de que lleva el cabello al natural, sin gomina.

—¿Estás llorando? —me pregunta, como si no fuera evidente.

—No, es que mis ojos se han puesto cachondos al mirarte y han decidido lubricarse por la emoción —respondo, crispada—. ¡Claro que sí! ¡Fuera de aquí, Cayetano! —ladro, sintiéndome expuesta ante él.

—¿Qué haces aquí, Coraline? —me interroga con ese tono autoritario que me pone los nervios de punta.

—Ahora vivo aquí. Tú mismo dijiste que era miembro de la casa Belladonna, así que he venido a ocupar mi lugar, señor Cayetano I, conde estirado de la sangre —le digo, haciendo una reverencia teatral mientras me burlo.

Me echa una mirada de reproche y cierra la puerta de un portazo. Sonrío, sintiendo que he ganado nuestra primera batalla; me encanta poner el punto final en una conversación, especialmente

cuando se trata de Draco. Es un pequeño triunfo, pero en este juego de poder, cada victoria cuenta.

Mientras la adrenalina de la confrontación se disipa, me encuentro reflexionando sobre su cabello. ¿Por qué ha dejado de usar gomina? ¿Acaso la marca ha decidido cancelar el contrato con él? Estoy casi segura de que Draco era su imagen publicitaria; no hay hombre en la tierra que haya usado tanta gomina a diario y, sin embargo, aquí está, luciendo su cabello al natural, como si hubiera decidido rebelarse contra la tiranía del gel. La imagen de Draco, rebelde y despreocupado, me hace reír. Quizás se esté adentrando en una fase de "hombre libre", o tal vez solo ha perdido el sentido del tiempo en las mañanas. Podría ser una gran historia para contar.

Decido que es hora de descansar y me tumbo en la cama, que parece un refugio acogedor tras la tormenta emocional. Con un buen libro en mano, trato de despejar mi mente de la confusión que me rodea. La trama me atrapa, y me sumerjo en un mundo donde los problemas son de ficción y la vida real queda atrás, al menos por un rato.

No sé qué me depara la vida, pero tengo un impulso renovado de averiguarlo. Últimamente, me siento un poco perdida, como si estuviera navegando en un mar de aburrimiento y monotonía. Es como si la rutina hubiera tejido una red a mi alrededor y, aunque intento zafarme, la vida parece un desfile de días grises.



Capítulo 2

SKA A GO GO

Me quedé dormida en un sueño tan profundo que, de repente, desperté por el estruendo de mi propio ronquido. Abrí los ojos, aún medio aturdida y me miré al espejo con una expresión de horror. Mi cabello tenía más vida que yo misma, erguido en un caos digno de una tormenta eléctrica. Bostecé mientras me estiraba y la sed me asaltó como una ola: deseaba un buen vaso de sangre fresca.

Descalza, mientras me arrastraba fuera de la habitación, me picaba aquí y allá, como si me hubiera convertido en un imán para los insectos. Llevaba días atrapada en un torbellino de pensamientos y, sinceramente, me sentía como una batería que había llegado al final de su carga. Aunque el sueño me llamaba con fuerza, mi sed vampírica era más insistente. Así que, con un paso decidido, llegué a la cocina y me serví un *Bloody Mary*. No estaba acostumbrada a esta nueva dieta y, para amenizar la situación, añadí una sombrillita y una cañita.

Me quedé en la penumbra, deleitándome con la mezcla cuando, de repente, vi una sombra pasar por el umbral de la puerta. Al principio pensé que era Draco, pero luego noté que estaba completamente vestido de negro, con un pasamontañas cubriendo su rostro y

andaba de forma sigilosa, al igual que un gato. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Dejé mi bebida misteriosa en la encimera y me aventuré al pasillo. Un aroma a madera y cuero me envolvió y supe que no era el Cayetano; este tenía un aire a tío repelente y sexy, una combinación extraña, pero intrigante. Entonces, ¿quién era ese tipo?

Me pellizqué el puente de la nariz ante la posibilidad de que fuera un ladrón. ¿Estaba loco? Iba a robar a unos demonios, ¡literalmente! Más tarde tendría que hablar con Draco sobre poner un cartel de “perro peligroso” en la puerta, pero con un pequeño giro: “chupasangres peligrosos”.

Seguí al extraño en silencio por el pasillo hasta que se detuvo. Pude sentir que me había notado y eso encendió todas mis alarmas. ¡No era humano! Mi sentido vampírico estaba empanado. En un giro rápido, se volvió hacia mí y vi el fulgor rojo de sus ojos. Era un vampiro. ¿Sería un miembro de la casa Belladona? ¿Amigo o enemigo?

Nos miramos en lo que pareció una eternidad y, de repente, desenfundó un puñal empapado en belladona. El olor me llegó como un latigazo.

—Eh, colega, tranquilo —dije levantando las manos—. No quiero hacerte daño. ¿Qué quieres?

Pero el tipo no respondió. Se lanzó hacia mí como si yo fuera un oso grizzly en la temporada de apareamiento. Con un movimiento ágil, esquivé la hoja justo a tiempo, aunque me desgarró un tirante del top, dejando un lado de mí al descubierto. ¡Joder! ¡No era el momento adecuado para hacer topless con un desconocido!

—¡Tranquilízate!

Pero el tío continuó atacando con la ferocidad de un rabioso. Tuve que desatar mi lado vampírico para igualar su fuerza. Él no lo sabía, pero estaba tan frustrada con mi vida que iba a descargar toda mi ira sobre él. El combate se convirtió en un “*Ska a go go*”.

*La tierra tiene fiebre, necesita medicina
Y poquito de amor que le cure la penita que tiene
Ah-ah, ah-ah*

*La tierra tiene fiebre, necesita medicina
Y poquito de amor que le cure la penita que tiene
Ah-ah, ah-ah
La tierra tiene fiebre
Tiembla, llora, se duele del dolor más doloroso
Y es que piensa que ya no la quieren
La tierra tiene fiebre
Tiembla, llora, se duele del dolor más doloroso
Y es que piensa que ya no la quieren
Y es que no hay respeto por el aire limpio
Y es que no hay respeto por los pajarillos
Y es que no hay respeto por la tierra que pisamos
Y es que no hay respeto ni por los hermanos
Y es que no hay respeto por los que están sin tierra
Y es que no hay respeto y cerramos las fronteras
Y es que no hay respeto por los niños chiquininos
Y es que no hay respeto por las madres que buscan a sus hijos...*

Nos chocamos contra paredes, muebles... En resumen, dejamos la casa en un estado peor que tras pasar un huracán. Estaba al límite y, en un momento de lucidez, noté que nos habíamos aventurado en mi dormitorio. Observé encima de la cajonera el crucifijo que mi tía Manoli me había regalado en la comunión. ¡Oh, el destino y sus ironías!

En un abrir y cerrar de ojos, desplegué mis alas y volé sobre el intruso, derribándolo en la cama. Con un movimiento rápido, agarré el crucifijo y con mis muslos le aprisioné la cabeza. Él se resistió y, en un arranque de desesperación, me arañó en la ingle.

Justo en ese instante, Draco abrió la puerta, probablemente atraído por el ruido y se encontró con la imagen de mí, semidesnuda, con un tipo en la cama entre mis piernas mientras sostenía una cruz religiosa. Su cara era un poema trágico y su mirada, un abismo de rabia y confusión.

—¡Coraline, controla tus instintos bajos! ¡No puedes follar en la casa Belladona!

La ira me recorrió y, sin pensarlo, lancé el crucifijo a su frente. Su reacción me sacó tanto de quicio que, en un impulso, desgarré la yugular del intruso, dejándolo lo suficientemente debilitado para abrir mi bolsa de viaje y sacar una inyección de belladona. ¡Vaya nochecita!

Draco se quedó atónito al presenciar que había matado a un vampiro, me miró como si me hubiese vuelto loca.

—¡Yo follaré donde me dé la gana! Pero para tu información, señor estirado, este tipo entró en tu casa Belladona con la intención de matar a alguien. Me apuesto que iba a por ti, tenía un puñal impregnado de belladona. ¡Casi me mata! —grité desquiciada con el pecho al aire.

El Cayetano me fulminó con la mirada, como si pudiera reducirme a cenizas solo con su expresión y me lanzó una camiseta a la cara con un gesto de mal humor, de modo que si me estuviera haciendo un favor monumental. A regañadientes, me cubrí el torso, enfadadísima por la absurda situación que acabábamos de vivir.

Mientras me vestía, observé cómo se acercaba al cuerpo inerte del intruso, que aún yacía en la cama parecido a una mala broma de Halloween. Con un gesto brusco, le rasgó el jersey, revelando un tatuaje en su pecho: una calavera. Mi mente se quedó en blanco.

—¿Qué significa ese tatuaje? —pregunté, curiosa, aunque sabía que no era el mejor momento para indagar.

—Vístete, nos marchamos a la sede vampírica. Tengo que informar a Necro —respondió, abriendo mi armario y seleccionando mi vestuario como si fuera mi asistente personal.

—¿Quién es? ¿Lo conoces? —inquirí, intrigada.

—¡Coraline, por favor, date prisa! —me increpó, visiblemente nervioso, a punto de perder el control de una situación que ya era un desastre.

Me vestí a la carrera, tratando de no parecer una loca en medio de un apocalipsis, y antes de que pudiera siquiera peinarme, me agarró del brazo y me arrastró fuera de la casa. No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, pero podía intuir que no era nada bueno; la adrenalina corría por mis venas al igual que en una montaña rusa sin frenos.

Draco estaba en la puerta, observando la calle con la intensidad de un vigilante nocturno. Casi corrimos hacia su coche y, en un momento de pura suerte, me abrió la puerta del copiloto justo a tiempo; si no, mi cabeza hubiera sido la primera víctima del día.

Arrancó el motor sin ponerse el cinturón, aunque, siendo un vampiro, eso era irrelevante. Tener un accidente de tráfico le haría cosquillas, si acaso.

—He mandado un mensaje de texto a Vlad. Te quedas con él en su casa —anunció, tomando una decisión unilateral sobre mi vida sin siquiera preguntarme.

—No, quiero ir a la Catedral de la Sangre, allí está mi amiga Isabella —protesté, cruzándome de brazos.

—Tu olor está en mi casa y ellos intentarán cualquier cosa para hacerme daño. Creerán que eres mi pareja e intentarán destruirte. Mi deber como tu líder es protegerte.

—Tú y yo no pegamos ni con cola, es imposible que nos confundan como pareja —repliqué, con cara de pocos amigos.

—No es momento de sacar tu sarcasmo a pasear, esto es serio —dijo, frunciendo el ceño.

—No era sarcasmo, idiota. Jamás saldría con alguien como tú. No estoy tan desesperada —le respondí, levantando una ceja.

—Ni yo podría tener a mi lado a una deslenguada como tú, pero como has decidido sin consultar a nadie meterte en mi casa, no tengo más remedio que ponerte a salvo —dijo, con una mezcla de resignación y frustración.

—Puedo defenderme sola, acabo de matar al ninja vampiro. ¿Me vas a decir de dónde salió? —protesté, sintiéndome como una heroína de acción que solo quería respuestas.

—No te importa, es asunto mío —replicó, con un tono que dejaba claro que no iba a entrar en detalles.

—¡Me irritas, Draco! ¡Podría ayudarte! —grité, sintiendo la frustración burbujear en mi interior.

—¿Cómo? ¿Improvisando? —me miró con escepticismo.

—Bueno, hasta ahora no me ha ido mal —le recordé, cruzando los brazos con firmeza.

No hubo manera de obtener información de él; su comportamiento era errático y demostraba signos de desquicio y neurosis. Finalmente, me llevó junto al canal de Brujas, donde Vlad había adquirido una casa recientemente. La propiedad, con vistas al río, guardaba un secreto que solo yo conocía: Kur, el hermano licántropo de la reina vampira, mi amiga Isabella, había decidido mudarse con él. Mi amiga no tenía ni idea de esta situación, creyendo que su hermano pasaba la mayor parte de su tiempo en la Catedral de la Sangre. Sin embargo, la realidad era muy diferente; Kur solo utilizaba la catedral como un refugio temporal. Al principio, creí que su deseo de independencia era simplemente eso, un deseo de autonomía. Pero tras la última reunión, en la que enfatizó lo maravilloso que era Vlad, comprendí la verdad: Kur estaba enamorado del grandullón.

Por esta razón, mantenían su relación en secreto, no porque su amor fuera prohibido por el hecho de ser dos hombres, sino por la extraña combinación de un chupasangre y un lobo. Esa era mi teoría, al menos.

Draco me dejó en la entrada de la casa de Vlad y se quedó estacionado, esperando a que su amigo abriera. Una vez que la puerta se abrió, arrancó y se marchó rápidamente.

—Coraline... —susurró Vlad, sorprendido al verme a esas horas de la noche en su hogar.

—¿Puedo pasar? Es una larga historia... —le respondí, sintiendo la tensión en el aire.

El grandullón se hizo a un lado y entré, resoplando con frustración. Estaba furiosa con el odioso Cayetano, y mi lengua viperina estaba ansiosa por desatarse.

—¿Ese del coche era Draco? —preguntó mientras cerraba la puerta tras de mí—. ¿Qué hacías con él?

—Una película porno —solté, de mal humor—. ¿Te parece tan extraño verme con el Cayetano?

—Obvio. ¿Quieres un *Bloody Mary*? Me escribió un mensaje diciéndome que me iba a traer una cosa. No pensé que la cosa fueras tú.

—Claro que sí quiero un *Bloody Mary*, pero échale un poco de misterio. Y a tu amigo del alma lo voy a despellejar un día de estos...

—¿Vas a contarme qué haces en plena madrugada en mi casa? —dijo mientras sacaba dos bolsas de sangre de una pequeña nevera que había en el salón.

—Nos atacó un tipo en la casa Belladona, pero tranquilo, me lo cargué —expliqué, tratando de restarle importancia al asunto.

—¿Has matado a un humano? —preguntó, alarmado—. Tenemos que limpiar la escena del crimen. ¿Por qué lo hiciste? Podrías haber controlado su mente.

—Era un vampiro, un tipo duro y creo que quería matar a Draco. A mí seguro que no, apenas llevo menos de veinticuatro horas viviendo allí. No tendría sentido y todavía no me ha dado tiempo a hacer enemigos en el barrio.

—¿Tal vez un descarriado? —preguntó pensativo.

—Si los descarriados llevan un tatuaje de un cráneo humano en el pecho, entonces definitivamente era uno.

—¿Has dicho un cráneo humano?

—Quiero mi *Bloody Mary* —protesté, sintiendo que mi paciencia estaba al límite—. Y sí, tenía un cráneo.

—Tenemos que ir a la sede vampírica —murmuró, con la mirada perdida, de manera que si estuviera intentando conectar los puntos de un rompecabezas.

—¿Me vas a explicar qué ocurre? —pregunté, sintiendo la ansiedad en mi pecho.

—El pasado de Draco... —dijo, pero no me dio tiempo a seguir indagando. Vlad llamó a Kur, quien apareció en calzoncillos y con el cabello alborotado. Mis sospechas sobre su relación se confirmaron en ese instante: había algo más entre ellos.

Sin perder tiempo, se vistieron rápidamente y me arrastraron hacia la Catedral de la Sangre. Durante el trayecto, guardé silencio, deseando con ansias llegar y descubrir toda la verdad. Mi sexto sentido cotilla estaba activado, preparado para desentrañar los secretos que se ocultaban tras la fachada de sus vidas.



Capítulo 3

CRAZY IN LOVE

Apenas cruzamos el umbral de la Catedral de la Sangre, cuando Draco, Vlad y Necro se apartaron con premura hacia el despacho, cerrando la puerta tras de sí con un aire de confidencialidad que me crispó los nervios. ¿Por qué tanto misterio? La exclusión me hervía la sangre y mi mente, inquieta, no dejaba de dar vueltas a las posibles razones de su comportamiento. ¿Qué podían estar ocultando que requiriera tal hermetismo? La incertidumbre me carcomía, pero no estaba dispuesta a quedarme de brazos cruzados.

Con una mezcla de frustración y curiosidad, Kur y yo intercambiamos una mirada de complicidad, aunque nuestros rostros reflejaban más bien una expresión de desconcierto. Sin mediar palabra, nos dirigimos hacia la biblioteca, un refugio de sombras y pergaminos donde sabíamos que encontraríamos a Isabella. Y allí estaba, en efecto, envuelta en un camisón de seda que apenas disimulaba su inquietud. Sus ojos, normalmente vivaces, parecían velados por una preocupación que no podía ocultar. Esa astuta amiga mía sabía algo, y no iba a dejar que se escabullera sin soltar prenda.

—Isa, te lo advierto —dije, plantándome frente a ella con los brazos en jarras—. Si no hablas ahora mismo, juro por el Nazareno

de mi pueblo que...

No hizo falta terminar la amenaza.

Isabella suspiró profundamente, como si se liberara de un peso que llevaba demasiado tiempo cargando y soltó la bomba sin rodeos:

—Draco perteneció al ejército alemán.

Kur, que hasta ese momento había permanecido en silencio, frunció el ceño y se inclinó ligeramente hacia ella, incrédulo.

—¿Era soldado? —preguntó, buscando alguna pista en el rostro de su hermana.

—Soldado del ejército nazi —especificó Isabella, con un tono que denotaba tanto gravedad como alivio por haberlo dicho al fin.

Un frío glacial me recorrió la espalda, como si el espectro de mi tía Manoli hubiera atravesado la habitación. Me quedé petrificada, incapaz de procesar la revelación. Conocía bien la brutal historia de la Segunda Guerra Mundial, los horrores que había desatado y la infamia que cargaba el nombre de los nazis. Que Draco, el Cayetano, hubiera formado parte de aquel infierno y además del bando alemán, era algo que mi mente se resistía a aceptar. Sentí una punzada en el pecho, como si una daga invisible se hubiera clavado en mi corazón.

—¿Quieres decir que su pasado lo persigue? —preguntó Kur, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros—. ¿Cómo es posible? Esos hombres deben estar muertos hace años...

Hizo una pausa, visiblemente perdido en sus pensamientos, mientras intentaba encajar las piezas de aquel rompecabezas. Isabella bajó la mirada, dudando si continuar, pero finalmente prosiguió con voz queda:

—No sé exactamente qué ocurrió, pero he oído a Necro mencionar que los nazis vampiros lo han encontrado.

—¿Nazis vampiros? —repliqué, incapaz de contener una risotada sarcástica que resonó en la biblioteca—. ¿En serio, Isa? ¿Esto es una novela negra o una película de Quentin Tarantino?

Mi tono irónico no logró disimular el nerviosismo que empezaba a apoderarse de mí. La idea de vampiros nazis me parecía tan absurda como aterradora, pero algo en la expresión de Isabella me hizo

dudar de mi propia incredulidad. Kur, por su parte, adoptó un enfoque más pragmático.

—Lo mejor será esperar a que esos tres terminen su reunión y luego les exigiremos respuestas claras —propuso, aunque la preocupación en su rostro era evidente.

—¿Esperar? —espeté, sintiendo la impaciencia apoderándose de mí—. ¡Ni loca! Necesito saber qué está pasando ahora mismo. ¡Un ninja nazi casi me mata, Kur! Además, soy miembro de la casa Belladona, ese Cayetano me debe una explicación y la quiero ya.

Sin darles tiempo a replicar, dejé a mis amigos con la palabra en la boca y salí de la biblioteca con paso decidido, adoptando el aura de la mismísima Beyoncé desfilando por un escenario. En mi cabeza, la melodía de "Crazy in Love" comenzó a sonar con fuerza, alimentando mi determinación mientras me dirigía hacia el despacho donde se escondían los secretos que tanto me inquietaban.

*Es tan loco ahora mismo,
miro y miro tan profundamente en tus ojos,
cada vez te toco más.*

*Cuando te vayas, te ruego que no te vayas,
di tu nombre, dos, tres veces seguidas.
Es algo tan divertido para mí intentar explicarlo,
cómo me siento, y mi orgullo es el culpable.
Porque sé que no entiendo*

*cómo tu amor puede hacer lo que nadie más puede.
Me tienes luciendo tan loca ahora mismo,
tu amor me tiene luciendo tan loca ahora mismo.
Me tienes esperando que me llames ahora mismo,
tu beso me hizo esperar que me salvaras ahora mismo.
Luciendo tan loca, tu amor me tiene mirando,
me tienes tan locamente enamorada.**

Con cada paso, la música imaginaria resonaba más fuerte, como un himno que impulsaba mi valentía. No sabía qué me esperaba al otro

lado de esa puerta, pero una cosa estaba clara: no me iría de allí sin respuestas.

Al más puro estilo “histérica”, pateé la puerta, que se abrió de par en par con un crujido que resonó en la habitación. La escena que se desplegó ante mí era digna de un drama familiar sacado de una telenovela. Draco estaba sentado en una silla de madera tallada, con la cabeza gacha y los hombros hundidos, cargando con el peso de un secreto inconfesable. Sus manos, crispadas, se enredaban en su cabello desordenado, que caía en mechones oscuros sobre su rostro. A su alrededor, Vlad y Necro lo observaban con una mezcla de preocupación y cautela, sus rostros tensos reflejaban la gravedad del momento.

Mi entrada, tan teatral como impulsiva, rompió el silencio opresivo. Las miradas de todos se volvieron hacia mí, pero fue la de Draco, el autoproclamado Cayetano, la que me atravesó similar a un puñal. Sus ojos, encendidos por una furia contenida, me acusaban en silencio, como si yo fuera la causa de todos sus males. Aquella mirada me encendió aún más. ¿Cómo se atrevía a culparme cuando era él quien parecía estar en el centro de este torbellino de intrigas?

—¡Te exijo, señor capullo de la casa Belladona, que me digas qué demonios está pasando aquí! —espeté, mi voz estaba cargada de indignación mientras avanzaba un paso hacia él—. ¡O te juro por lo más sagrado que...! —Hice una pausa dramática, besando mis nudillos en un gesto que prometía problemas.

—El Nazareno de su pueblo —intervino Kur, apareciendo de repente a mi espalda con su habitual tono burlón, aligerando la tensión con su sarcasmo.

—¡Ese mismo! —repliqué, girándome apenas para mirarlo, antes de volver mi atención a Draco—. ¡Te juro que te engomino los pelos de tus malditos huevos vampíricos y te los peino con un rastrillo si no hablas ahora mismo! —Mi amenaza, pronunciada a escasos centímetros de su rostro, estaba cargada de una furia que apenas lograba contener.

Draco se puso en pie lentamente, su figura imponente se alzaba sobre mí como una sombra. Chasqueó la lengua con desdén y su

mirada, fría y afilada, intentó intimidarme. No me inmuté. Había enfrentado cosas peores que su aire de superioridad.

—Cuando todo esto termine, Coraline, prometo llevarte a una casa de señoritas para que te enseñen modales —dijo con un tono gélido, sin apartar sus ojos de los míos. Su voz destilaba un desafío que solo avivó mi rabia.

—Y yo prometo quemar esa casa contigo dentro —respondí con una media sonrisa, dejando que mi tono destilara veneno. La tensión entre nosotros era palpable, un choque de voluntades que amenazaba con hacer estallar la habitación.

Antes de que la situación escalara aún más, Necro, siempre el mediador, se interpuso entre nosotros. Con un suave pero firme empujón, nos separó, su rostro estaba endurecido por la frustración.

—¡Basta ya! —exclamó, con una autoridad que rara vez mostraba—. Haya paz, por favor. El pasado de Draco ha dado con él de casualidad. Todos lo daban por muerto, no existe otra lectura y por eso ese individuo fue a su casa, seguramente lo rastreó o alguien le dio el chivatazo de que seguía con vida. ¿Para matarlo? No estamos seguros. Lo que ese vampiro no esperaba era encontrarse contigo. Así que, Coraline, deja de tocarme los cojones y céntrate. Esto es serio.

Sus palabras cayeron como un balde de agua fría, silenciando momentáneamente mi furia. Miré a Necro, luego a Draco y finalmente a Vlad, cuyos ojos oscuros reflejaban una mezcla de cansancio y preocupación. La gravedad de la situación comenzó a calar en mí, pero antes de que pudiera responder, Isabella irrumpió en la habitación, su presencia serena pero firme, fue un faro en medio de la tormenta.

—Coraline tiene razón —dijo Isa, calmada, pero decidida—. Somos un equipo, una comunidad unida. Merecemos saber la verdad, Draco. No puedes seguir guardándote todo.

Este suspiró y, por un instante, su fachada de arrogancia se desmoronó. Se dejó caer de nuevo en la silla, pasándose una mano por el rostro como si intentara borrar el peso de sus propios recuerdos. Cuando alzó la mirada, sus ojos encontraron los míos y, por primera vez, vi algo más en ellos: no solo furia, sino una sombra

de duda, quizás incluso de miedo. Aquella vulnerabilidad, aunque fugaz, me desconcertó.

—De acuerdo —dijo al fin, casi en un susurro—. Os lo contaré todo. No puedo seguir ocultando quién fui, ni lo que hice. Mi pasado me persigue y es hora de enfrentarlo.

El silencio que siguió fue denso, cargado de expectación. Isabella se acercó a él, posando una mano gentil sobre su hombro.

—Una vez te dije que no importa quién fuiste, sino quién eres ahora —le recordó con suavidad y calidez en su voz.

Draco esbozó una sonrisa amarga y su mirada se desvió hacia mí, cargada de una intensidad que me hizo estremecer.

—Eres una buena persona, Ishara, mi reina —dijo con un rastro de tristeza—. Pero tu amiga... —hizo una pausa, señalándome con un gesto de la barbilla—. Ella tendrá aún más razones para odiarme después de escuchar mi relato.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, al igual que una sentencia. Sentí un nudo en el estómago, no solo por la certeza de que lo que estaba a punto de revelar cambiaría todo, sino porque, en el fondo, sabía que este enfrentamiento apenas comenzaba. La verdad, fuera cual fuera, iba a desenterrar heridas y secretos que ninguno de nosotros estaba completamente preparado para enfrentar.

El silencio en la habitación era tan denso que parecía sofocar el aire. Mis nervios, ya al límite, estallaron como una chispa en un polvorín.

—¡Por todos los Santos, Draco, habla de una vez! —grité, perdiendo por completo la compostura. Mi voz reverberó contra las paredes de piedra de la sala, cargada de frustración—. ¿Qué demonios hiciste? ¿Acaso Greenpeace te persigue por arrasar la capa de ozono con tu laca? ¿Por eso te pasaste a la gomina?

Draco alzó la mirada, sus ojos oscuros y tormentosos se posaron en mí, pero no respondió de inmediato. Su rostro, normalmente imperturbable, mostraba grietas de una emoción que no lograba descifrar: ¿culpa, miedo, o tal vez resignación? Cuando finalmente habló, su voz era baja, casi un susurro, pero cada palabra cayó como una losa.

—Fui soldado del ejército alemán —confesó, y el peso de sus palabras hizo que el tiempo pareciera detenerse—. Contribuí al horror que se narra en las páginas más oscuras de la historia.

La confesión me golpeó al igual que una bala en el pecho. Sentí que el suelo bajo mis pies se desmoronaba. ¿Un nazi? La palabra resonó en mi mente, cargada de repulsión y desconcierto. Draco, el arrogante Cayetano, el vampiro que siempre me sacaba de quicio con su actitud, ¿había formado parte de aquella maquinaria de odio? Mi estómago se revolvió, pero, para mi sorpresa, una parte de mí — una que no entendía del todo— se resistía a condenarlo sin más. Necesitaba saber más. Mi alma, por alguna razón inexplicable, clamaba por una justificación, por algo que diera sentido a lo que acababa de escuchar.

Tragué saliva, tratando de mantener la compostura, y me acerqué un paso hacia él, mi voz temblaba de rabia contenida.

—¿El tipo que me atacó, el del tatuaje de un cráneo en el pecho... era uno de ellos? ¿Un nazi? —pregunté, mi mente evocaba el rostro de aquel hombre, con esa mirada fría y despiadada.

Draco asintió lentamente, con la expresión endurecida.

—Pertenece a una casa vampírica conocida como “Los Elegidos de Hitler” —explicó, y el solo nombre me erizó la piel—. Son fascistas sobrenaturales, Coraline. Un grupo de vampiros renegados, peligrosos y sin lealtad a ningún rey que no sea el suyo, ni siquiera al antiguo soberano de nuestra comunidad. Son los marginados, los parias de nuestro mundo y su odio los hace implacables.

—¿Hitler es su líder? ¿También es un vampiro? —preguntó Kur con cara de susto.

—No, no, Hitler está muerto. Su rey lo mató para venerarlo. Dos gallos no pueden vivir en el mismo corral —explicó Draco.

—Pero los libros de historia... —continuó Kur sin entender.

—Los libros de historia, a veces, narran un teatro orquestado por otros.

El nombre de Hitler, pronunciado en esa sala cargada de sombras, me provocó un escalofrío que recorrió mi columna como una corriente helada. Mis manos se cerraron en puños, y di un paso más hacia él, desafiante.

—¿Y por qué piensan que estás muerto? ¡Explícate, Draco! —exigió, alzando una ceja.

Él desvió la mirada por un instante, perdido en algún recuerdo que parecía devorarlo desde dentro. Cuando volvió a hablar, su tono era distante, casi como si estuviera relatando la vida de otra persona.

—Porque fingí mi muerte para escapar de ese nido de ratas —admitió, su voz estaba cargada de amargura—. Durante años creyeron que estaba muerto, pero de alguna manera... me han encontrado.

Vlad, que hasta entonces había permanecido en silencio, apoyado contra una de las columnas de la sala, intervino con un gruñido.

—Sigo pensando que fueron esos malditos gemelos pelirrojos —dijo, cruzando los brazos con una mezcla de irritación y certeza—. Los que nos vendieron las armas para enfrentarnos a Kaos. Te reconocieron, Draco y se fueron de la lengua. Ellos son mercenarios y se dedican a la venta de armas, no tienen lealtad por ninguna casa. Es más, también les venden a “Los Elegidos de Hitler”. Tal vez ese nazi vino a negociar con ellos y estos, a cambio de una suma de dinero importante, le dijeron que estabas vivo. No se me ocurre otra cosa. Aunque ahora la pregunta es: ¿lo sabe su rey? Le dio tiempo a decírselo.

—Tal vez... —murmuró Draco, su mirada estaba perdida en algún punto lejano, revisando cada detalle de su pasado en busca de respuestas.

Necro, siempre el más pragmático, dio un paso al frente, su figura imponente llenaba la sala.

—No importa cómo te encontraron —declaró, con la voz firme como el acero—. Lo que importa es que debemos fortificar la Catedral de la Sangre. Prepararnos para la batalla por lo que pueda ocurrir. Tampoco sabemos si ese tipo venía acompañado.

Draco se puso en pie de un salto, su silla chirrió contra el suelo de piedra. Sus ojos brillaban con una determinación feroz, pero también con algo más profundo, algo que parecía arder desde lo más hondo de su ser.

—No, Necro, no puedo seguir con esta incertidumbre —declaró, cansado—. He huido demasiado tiempo. No dejaré que mi pasado

destruya el futuro de tu reinado, ni el de esta comunidad. Regresaré a Alemania y acabaré con el rey loco, con Alaric, de una vez por todas. No volveré a esconderme, ha llegado la hora de enfrentarme a mi juicio final y el destino dictará mi sentencia.

Sin decir más, Draco dio media vuelta y salió de la sala. Su decisión era irrevocable y la firmeza en sus pasos lo dejaba claro. Sin embargo, la ansiedad comenzó a trepar por mi pecho al ver que nadie lo seguía. Miré a Necro, a Vlad, a Isabella, buscando alguna señal de que no lo abandonarían.

—¿Lo vais a dejar solo? —pregunté, incrédula e indignada.

Necro suspiró y por primera vez vi una grieta en su fachada de líder inquebrantable.

—Muy a mi pesar, sí —respondió, aunque sus ojos decían lo contrario. Había dolor en su mirada, una lucha interna que no podía ocultar.

Vlad se acercó a mí, con su rostro endurecido, pero con la voz suave, casi compasiva.

—Coraline, es complicado. Ahora mismo, en el interior de Draco se libra una batalla que ninguno de nosotros puede pelear por él. Es algo personal, algo que lleva cargando desde hace años.

—¡Me da igual! —espeté, crispada—. ¡El Cayetano es parte de nuestra familia! La única que tiene derecho a hacerle daño soy yo, ¿entendido? No pienso dejarlo solo. Me voy con él.

Di media vuelta, dispuesta a seguirlo, pero las palabras de Vlad me detuvieron en seco, similar a un ancla que me ataba al suelo.

—Necro lo convirtió en vampiro cuando apenas le quedaba un suspiro de vida. Él estaba de viaje por Europa y lo encontró malherido en un bosque cerca de Birkenau —comenzó a relatar, con la voz cargada de una tristeza que rara vez dejaba entrever—. Draco se había cortado el cuello. Intentó quitarse la vida.

Mis ojos se abrieron de par en par, y mi corazón comenzó a latir con fuerza.

—¿No soportó la culpa? —pregunté, en apenas un susurro—. ¿No pudo vivir con la sangre en sus manos?

Vlad negó con la cabeza, y su mirada se llenó de una compasión que me desarmó.

—No, Coraline. No fue tan simple. Cuando la guerra estalló, Draco fue obligado a alistarse en el ejército nazi, en contra de su voluntad. Lo hizo para proteger a su prometida, Anne, una mujer judía. Se sacrificó por ella, luchando por un régimen que despreciaba, todo para mantenerla a salvo. Pero su hermano... —Vlad hizo una pausa, llena de rabia—. Su hermano lo traicionó. La delató. Anne murió en una cámara de gas.

El silencio que siguió fue devastador. Sentí que el aire se volvía espeso, difícil de respirar. No podía imaginar el dolor que Draco había cargado, la traición de alguien tan cercano, la pérdida de la persona que amaba. Mi mente se tambaleó, incapaz de procesar la magnitud de su sufrimiento.

Necro tomó la palabra, con su voz grave y llena de un peso que parecía venir de siglos de experiencia.

—Draco no supo de la traición de su hermano de inmediato. Él se suicidó porque no concebía una vida sin Anne. Cuando lo convertí en vampiro, su rabia lo consumió. Se volvió loco, Coraline. Masacró a soldados alemanes que compartían los ideales de Hitler, cegado por el dolor. En su furia, encontró a su hermano, herido de muerte, suplicándole ayuda. Y, a pesar de todo, Draco se apiadó de él. Lo convirtió en vampiro. Ese fue Alaric. Yo le tendí mi mano; sin embargo, decidió quedarse con su hermano.

—¿Alaric? —repetí, atónita, mi mente luchaba por asimilar la revelación—. ¿El rey loco es su hermano?

Necro asintió, su rostro se ensombreció por los recuerdos.

—Así es. Alaric se convirtió en un monstruo aún peor como vampiro. Con los años, creó su propio reinado, “Los Elegidos de Hitler”, alimentado por el mismo odio que lo había llevado a traicionar a Anne. Draco intentó convivir con él, creyendo que aún podía salvarlo. Pero una noche, Alaric le confesó la verdad: él había sido el responsable de la muerte de Anne. Despreciaba a los judíos y asumió que Draco, al permanecer a su lado, compartía su odio.

Necro se acercó a Isabella y con un gesto lleno de ternura, le acarició la mejilla.

—Pude entender su dolor —continuó, suavizando el tono—. Yo también perdí a mi Ishara y ese vacío nunca se llena. Pero Draco... él

se enfrentó a Alaric y perdió. Su hermano lo encerró en un calabozo y si no hubiera sido por uno de los hombres de Alaric, que lo liberó, Draco no estaría aquí. Ese hombre sacrificó a otro soldado vampiro, envenenándolo con belladona para fingir la muerte de Draco. La belladona, ya lo sabes, consume el cuerpo de un vampiro hasta dejarlo irreconocible, una cáscara grisácea y momificada. Alaric creyó que su hermano estaba muerto, pero castigó al soldado por atreverse a ejecutarlo sin su permiso.

Las palabras de Necro resonaron en la sala y un nudo se formó en mi garganta. Miré a Isabella, cuyos ojos brillaban con lágrimas contenidas. Sentí que mi propia rabia hacia Draco se desmoronaba, reemplazada por una mezcla de compasión y tristeza.

—No necesito saber más —dije, a pesar del torbellino de emociones en mi interior—. Me voy con él.

—Y nosotros también —añadió Kur, dando un paso al frente con una sonrisa feroz—. ¿Verdad, grandullón? —le dijo a Vlad, quien asintió con un gruñido.—A la familia no se abandona —sentenció Kur, con esa lealtad inquebrantable.

Miré a Isabella, mi amiga, mi hermana en todo menos en sangre. Sonreí, sintiendo que, a pesar de todo, éramos un equipo, una comunidad unida por algo más fuerte que los lazos de sangre.

—La lealtad familiar no está en los apellidos ni en la sangre —dije, convincente—. Está en el corazón.

Con esas palabras, me giré hacia la puerta por la que Draco había desaparecido, decidida a no dejarlo solo en su lucha. Sabía que lo que nos esperaba en Alemania no sería solo una batalla contra Alaric y sus seguidores, sino un enfrentamiento con los fantasmas de un pasado que aún lo atormentaban. Y, por primera vez, sentí que entendía a Draco, no como el Cayetano que me sacaba de quicio, sino como un hombre roto que aún buscaba redención.



Capítulo 4

HIJO DE LA LUNA

El tren avanzaba con un traqueteo rítmico, un murmullo metálico que resonaba en el vagón parecido a un latido mecánico. Vlad, Kur y yo nos habíamos colado sin billetes, confiando en el don vampírico que nos permitía doblegar la voluntad de cualquier revisor con una mirada. No era la primera vez que usábamos ese truco y probablemente no sería la última. El trayecto prometía ser largo, con dos transbordos que se antojaban tediosos, pero la idea de viajar en coche no nos había seducido. Había algo en el tren, en su aire cargado de historias anónimas y en el vaivén de los paisajes que se desdibujaban tras las ventanillas, que parecía adecuado para la misión que nos aguardaba.

El Cayetano, siempre impecable, con su porte elegante y su actitud de caballero intachable, había pagado su billete. Incluso en un viaje que podía acabar en un enfrentamiento mortal, él seguía siendo fiel a su código de honor, tan rígido como el almidón de su camisa. No tenía ni idea de que lo acompañaríamos. Cuando nos deslizamos en los asientos frente a él, su rostro se endureció. Sus ojos, nos atravesaron con una mezcla de fastidio y reproche. Sin mediar palabra, señaló la puerta del vagón con un gesto seco.

—Bajad del tren —dijo, cortante como el filo de una navaja.

Me recliné en mi asiento, cruzando los brazos con una sonrisa desafiante. Cerré los ojos un instante, dejando que el vaivén del tren me arrullara antes de responder.

—Te recuerdo, Cayetano, que soy miembro de la Casa Belladona y mi deber es protegerte, mi líder engominado —repliqué, enfatizando la última palabra con un deje burlón.

Él apretó los labios, claramente molesto. La luz tenue del vagón resaltaba los ángulos afilados de su rostro, y por un momento, parecía más un depredador que un aristócrata. Se inclinó hacia mí, bajando aún más la voz.

—Coraline, no puedes venir. El vampiro que te atacó no estaba solo. Cuando volví a la madriguera a recoger mis cosas, percibí otro aroma. Otro vampiro. Probablemente ya haya informado al Rey Loco. Si te ven conmigo, asumirán que eres mi pareja y no dudarán en usarte para doblegarme. Tienes que volver a casa. Ahora.

Sus palabras, aunque frías, destilaban una preocupación genuina que me tomó desprevenida. Pero no estaba dispuesta a ceder. No a él, no en esto. Me enderecé, sosteniendo su mirada con la misma intensidad.

—Tranquilo, Cayetano. Si me atrapan, les diré que somos archienemigos y que están perdiendo el tiempo conmigo —respondí, mirándolo con indiferencia.

Él dejó escapar un suspiro exasperado, pasándose una mano por el cabello perfectamente peinado, un gesto que rara vez dejaba entrever su frustración.

—Chica cuervo, esto no es un juego —insistió, usando el apodo que me había puesto en el pasado, cuando aún éramos aliados a regañadientes—. Los secuaces del Rey Loco son despiadados. No tienen moral, ni límites. Si te capturan...

—Sé cuidarme sola, Draco —lo interrumpí—. No estoy aquí por ti, así que no te hagas ilusiones. Lo hago por la Casa Belladona, por nuestra familia. Y no, tampoco me das pena. Antes me arrancaría la piel a tiras que admitir algo así. Por cierto, decir mentiras está mal, Cayetano. Regresé a nuestro nidito de odio a hacer la maleta y el único olor que impregnaba la casa era tu aroma a capullo repelente.

Me puse en pie con un movimiento brusco, sintiendo cómo la tensión entre nosotros crepitaba como electricidad estática. No estaba dispuesta a seguir escuchando sus advertencias, no cuando cada palabra suya parecía cuestionar mi capacidad para enfrentar lo que venía. Me dirigí al vagón cafetería, dejando atrás al Cayetano y su mirada de reproche. Mis pasos resonaban en el suelo del tren, acompañados con el traqueteo de las ruedas, mientras intentaba calmar la tormenta de emociones que se arremolinaba en mi pecho.

En la cafetería, el aroma a café rancio y pan recalentado llenaba el aire. Me apoyé contra la barra, pidiendo un té que no tenía intención de beber, solo para tener algo en las manos. La verdad era que, aunque nunca lo admitiría frente a él, mi presencia en este viaje no era solo por lealtad a la Casa. Cayetano y yo éramos polos opuestos: él, la encarnación de la disciplina y el deber; yo, un torbellino de impulsos y rebeldía. Discutíamos por todo, desde estrategias hasta el sabor del chocolate. Y, sin embargo, no podía imaginar un mundo sin nuestras disputas, sin su voz desafiándome, sin esa chispa de rivalidad que, de alguna manera, me hacía sentir viva.

El tren seguía su curso, atravesando paisajes que se difuminaban en la penumbra del atardecer. Sabía que este viaje no sería solo un trayecto físico, sino un descenso hacia un peligro que ninguno de nosotros podía prever por completo. El Rey Loco y sus seguidores no eran un enemigo común; eran una sombra que se cernía sobre nuestra existencia, un recordatorio de que incluso los inmortales podían ser vulnerables. Pero si Draco creía que podía enfrentarse a ellos solo, estaba muy equivocado. Me necesitaba, aunque jamás lo reconocería. Y, en el fondo, yo también lo necesitaba a él, aunque preferiría enfrentarme a un ejército de vampiros antes que admitirlo.

Con un suspiro, opté por tomarme el té y volví al vagón, decidida a no dejar que sus palabras me hicieran dudar. La Casa Belladonna era mi hogar y Draco, por mucho que me sacara de quicio, era parte de mi existencia. Él fue quién me convirtió en vampira para salvarme de la muerte. Esta aventura, oscura y peligrosa, no sería solo suya. Íbamos a enfrentarla juntos, quisiera él o no.

Llegamos a Berlín cuando la noche ya había desplegado su manto sobre la ciudad, envolviéndola en un silencio gélido que solo el invierno más crudo podía imponer. Las calles, desiertas a esas horas, parecían susurrar secretos antiguos bajo el resplandor tenue de las farolas. El viento, cortante como una hoja de obsidiana, aullaba entre los edificios, arrastrando consigo el aroma a nieve y piedra húmeda. Aunque mi naturaleza inmortal me protegía del frío que habría calado hasta los huesos de cualquier mortal, no podía ignorar el hambre feroz que rugía en mi interior, un vacío que clamaba por ser saciado con una urgencia casi animal.

Draco, nuestro guía, avanzó con pasos seguros a través del laberinto de callejones que serpenteaban en el corazón del casco histórico de Berlín. El Mitte, con su mezcla de historia y melancolía, se alzaba a nuestro alrededor como un testimonio vivo del pasado. Los edificios, algunos con fachadas neoclásicas desgastadas por el tiempo y otros reconstruidos tras la guerra, parecían observar nuestro paso con ojos invisibles. Las calles empedradas, brillando bajo la luz plateada de la luna, resonaban con el eco de nuestros pasos, mientras las sombras danzaban en los rincones de las plazas desiertas. Aquí, en el núcleo de la ciudad, se sentía el peso de siglos: desde las huellas de la antigua Prusia hasta las cicatrices de un Berlín dividido, todo parecía converger en una atmósfera cargada de historias no contadas.

Draco nos condujo hasta una taberna oculta, un refugio clandestino cuyo nombre capturó mi atención de inmediato: "El Caldero Negro". El letrero, apenas visible en la penumbra, colgaba sobre una puerta de madera gastada, tallada con símbolos que solo los iniciados podrían reconocer. El lugar estaba escondido en un callejón estrecho, lejos de las miradas indiscretas de los mortales, y su entrada parecía fundirse con las sombras, como si el propio edificio conspirara para mantenerse invisible. Al cruzar el umbral, un calor inesperado nos envolvió, mezclado con el aroma de cera quemada, especias y algo más oscuro, algo que solo los de nuestra especie podrían identificar.

La taberna era un santuario para criaturas de las tinieblas, un lugar donde las leyes de los mortales no tenían cabida. La luz tenue de los

candelabros proyectaba sombras sobre las paredes de piedra, decoradas con tapices antiguos que narraban historias de sangre y poder. El suelo de madera crujía bajo nuestros pies y el murmullo de conversaciones susurradas llenaba el aire, roto solo por el tintineo ocasional de copas. Al fondo, una chimenea crepitaba, arrojando destellos rojizos que parecían reflejar la naturaleza de los presentes.

Una camarera, de mirada astuta y sonrisa afilada, nos recibió con una calidez que contrastaba con la frialdad del exterior. Su nombre, según nos dijo, era Claudia, y su aura delataba su condición de bruja. Sus ojos, de un verde sobrenatural, parecían leer más allá de nuestras apariencias y su voz tenía un matiz melódico que ocultaba un trasfondo de poder. Nos guio hacia una mesa apartada, no sin antes lanzar una mirada cómplice a un grupo de cuatro figuras sentadas en un rincón. Sus rostros pálidos, sus movimientos precisos y la intensidad de sus miradas no dejaban lugar a dudas: eran vampiros, como nosotros. Sus ropas, una mezcla de elegancia atemporal y detalles modernos, delataban su lealtad al Rey Necro, nuestro soberano, cuya sombra se extendía incluso hasta este rincón olvidado de Berlín.

Mientras nos acomodábamos, Vlad, con su habitual aire de autoridad serena, se inclinó hacia mí para explicarme los secretos de nuestro mundo. Su voz, grave y mesurada, cortaba el murmullo del lugar como un cuchillo. Me habló de las madrigueras, refugios clandestinos esparcidos por el globo, cada uno perteneciente a una de las casas vampíricas originales. Eran como franquicias oscuras, dijo, cada una bajo el dominio de un señor o señora que respondía al Rey Necro. Estas guaridas, ocultas en los pliegues de las grandes ciudades, eran santuarios donde los de nuestra especie podían reunirse, conspirar y alimentar sus instintos sin temor a ser descubiertos. "El Caldero Negro" era solo una de muchas, pero su atmósfera cargada de historia y poder la convertía en un lugar especial, un punto de encuentro para aquellos que caminábamos en la penumbra eterna.

A medida que la noche avanzaba, el hambre que rugía en mi interior se hacía más difícil de ignorar. Observé a mis compañeros, con sus rostros iluminados por la luz parpadeante de las velas, y

supe que ellos también sentían el mismo vacío. Sin embargo, en aquel lugar, no éramos meros depredadores en busca de presas; éramos parte de algo mucho mayor, un linaje antiguo que se extendía como las raíces de un árbol oscuro bajo la superficie del mundo mortal. Y mientras Claudia reaparecía con una bandeja de copas llenas de un líquido carmesí que no necesitaba explicación, supe que esta noche, en el corazón de Berlín, nuestra historia apenas comenzaba a escribirse.

La taberna vibraba con un murmullo bajo, como si las propias paredes conspiraran en susurros. La luz parpadeante de los candelabros arrojaba sombras alargadas sobre las mesas de madera gastada, y el aire estaba cargado de aromas: cera derretida, cerveza especiada y un trasfondo metálico que solo los de nuestra especie podían reconocer. Sentados en un rincón, bajo el peso de miradas furtivas de otros comensales, nuestra conversación giraba en torno a un nombre que resonaba como un trueno en mi mente: Alaric.

Kur, con su habitual desenfado, dio un sorbo largo a su cerveza, dejando que la espuma se deslizara por su barbilla antes de limpiarla con el dorso de la mano. Sus ojos, brillantes bajo la penumbra, se clavaron en Draco.

—¿Vamos a ir directamente a buscar a Alaric? —preguntó, su tono despreocupado contrastando con la gravedad del tema.

Draco, sentado con la espalda recta y los brazos cruzados, lo fulminó con una mirada que podría haber congelado el mismísimo infierno. Su voz, cortante y autoritaria, rompió el silencio.

—No. Nos instalaremos primero en una vieja casa en el bosque, a las afueras, muy cerca de Birkenau.

El nombre cayó sobre mí como una losa. Mis dedos se tensaron alrededor de la copa que sostenía y tragué saliva, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Birkenau? ¿El campo de concentración? —pregunté, incapaz de disimular el estremecimiento en mi voz.

Draco asintió, su expresión era imperturbable, aunque un destello de algo oscuro cruzó sus ojos.

—Allí está la madriguera de Alaric —respondió, escueto, como si las palabras fueran un lujo que no estaba dispuesto a derrochar.

Mis pensamientos se arremolinaron. Birkenau, un lugar impregnado de tragedia, donde el eco del sufrimiento aún parecía resonar en el viento.

—Pero... ese lugar es visitado por miles de turistas —repliqué, frunciendo el ceño—. ¿Cómo puede Alaric esconderse allí?

Draco entrelazó los dedos de sus manos con un gesto teatral, tejiendo las palabras para que cayeran con el peso de una revelación. Sus labios se curvaron en una sonrisa fría, casi cruel.

—Coraline, mi querida ingenua —dijo, inclinándose ligeramente hacia mí—. Mi hermano no se esconde en la superficie. Su reino está bajo tierra, en los túneles olvidados de Birkenau. Allí, “Los Elegidos de Hitler”, sus seguidores más leales, han construido su dominio. Y te revelaré algo más: en las profundidades, han erigido una catedral, una monstruosidad sagrada construida con los huesos de los caídos en el campo. Un altar a la muerte.

El aire se volvió más pesado, como si las palabras de Draco hubieran invocado un eco de las atrocidades pasadas. Vlad, que hasta entonces había permanecido en silencio, tamborileando los dedos contra la mesa, intervino con su voz profunda, cargada de una calma inquietante.

—Ese lugar, pequeña —dijo, mirándome con ojos que parecían perforar mi alma—, se conoce como la Catedral de los Huesos.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal, no por el frío de la taberna, sino por la imagen que aquellas palabras conjuraban: una cripta subterránea, un santuario macabro donde los restos de las víctimas eran profanados para glorificar a un rey vampírico.

—Es... horrible —murmuré, atrapada entre la conmoción y el asco.

Draco alzó una ceja, su rostro era una máscara de desdén aristocrático.

—Todavía estás a tiempo de largarte, Coraline —dijo, desafiante—. No todos tienen el estómago para enfrentarse a lo que yace bajo Birkenau.

Sus palabras fueron como un latigazo. Sentí la furia crecer en mi interior, un fuego que quemaba más que el hambre que rugía en mis entrañas. Me puse en pie, empujando la silla con un chirrido que atrajo miradas curiosas desde las mesas cercanas.

—No tengo miedo, Cayetano —espeté, usando el apodo que sabía que lo irritaba—. Al contrario, ahora estoy furiosa. Y juro que mataré a Alaric con mis propias manos.

Sin darle tiempo a responder, me dirigí al fondo de la taberna, hacia el pequeño cuarto de baño, con la excusa de necesitar un momento a solas. En realidad, lo que buscaba era un respiro, un instante para recomponerme ante la magnitud de lo que acababa de escuchar. No podía permitir que Draco, con su arrogancia insufrible, o Vlad, con su calma enigmática, vieran la sombra de vulnerabilidad que amenazaba con traicionarme.

El lavabo era un espacio reducido, con azulejos desgastados y un espejo empañado que reflejaba mi rostro pálido, casi etéreo bajo la luz mortecina. Abrí el grifo, dejando que el agua fría corriera entre mis dedos, un intento vano de calmar el torbellino de emociones que me consumía. El sonido del agua fue interrumpido por el crujido de la puerta al abrirse. Alcé la vista y me encontré con Claudia, la bruja camarera, cuya presencia llenó el pequeño espacio con una energía inquieta.

Sus ojos verdes, brillantes al igual que esmeraldas bajo el hechizo de un conjuro, se encontraron con los míos a través del espejo. Sostenía un pequeño saquito de terciopelo negro en las manos, sus dedos temblaban ligeramente. Le ofrecí una sonrisa tentativa, pero su expresión era de urgencia, casi de pánico contenido.

—¿Te encuentras bien? —pregunté, secándome las manos con una toalla raída que colgaba junto al lavabo.

Claudia respiró hondo, como si reunir valor le costara un esfuerzo titánico.

—Tengo premoniciones —susurró, impaciente—. Y te vi en ellas. Vienes a enfrentarte al Rey Loco, a Alaric. Es un suicidio.

Sus palabras me golpearon como un viento helado. Antes de que pudiera responder, ella continuó, acercándose un paso más.

—No seré yo quien te detenga. Llevamos años bajo su régimen de oscuridad y terror. Pero quiero ayudarte. Toma esto.

Me tendió el saquito y mis dedos lo rozaron con cautela, temiendo que su contenido pudiera quemarme. Al abrirlo, encontré tres flores

de un negro profundo, pétalos delicados que parecían absorber la luz. dalias negras. Fruncí el ceño, confundida.

—¿Me regalas... flores? —pregunté, arqueando una ceja.

Claudia negó con la cabeza, su expresión era seria.

—No son solo flores. Te regalo el secreto de mi familia. No sé cómo terminará tu historia y la de tus amigos en Berlín —hizo una pausa—. No logro verlo con claridad. Pero si os hieren con belladona, ingerir una de estas dalias. Es un antídoto. Aunque... Tu aroma... —negó con la cabeza y me entregó el presente.

Mis ojos se abrieron de par en par y el saquito de repente pesó en mis manos como si contuviera el destino mismo. La belladona, nuestra *kryptonita*, era una sentencia de muerte para cualquier vampiro. Un antídoto era algo inconcebible, un milagro que podía cambiar las reglas del juego.

—¿Por qué no has compartido esto con el Rey de la Sangre? —pregunté, mirando el saquito como si fuera el Santo Grial—. Esto podría salvar a muchos de los nuestros.

Claudia me miró con una mezcla de tristeza y sabiduría.

—Si hubieras descubierto la fórmula de la bomba atómica, ¿la compartirías con la humanidad? —respondió, cortante.

No supe qué decir. Sus palabras resonaron en mí y de pronto comprendí la magnitud de su secreto. Si la comunidad vampírica descubriera que la Dalia Negra podía neutralizar la belladona, el equilibrio de poder se desmoronaría. El caos reinaría. Los señores vampíricos, los clanes, incluso Alaric... todos querrían controlar ese conocimiento. Claudia dio un paso atrás y antes de que pudiera articular una respuesta, se deslizó fuera del lavabo, dejándome sola con mis pensamientos.

Me miré en el espejo, con el saquito aún en mis manos. Mi reflejo mostraba a una mujer decidida, pero bajo la superficie, sentía el peso de la responsabilidad que ahora cargaba. No le contaría a Draco ni a Vlad sobre las dalias negras. No todavía. Este secreto era mío, y lo guardaría como un arma oculta, lista para ser desenvainada cuando llegara el momento. Con un suspiro, escondí el saquito en el interior de mi chaqueta y regresé a la taberna, donde el fuego

seguía crepitando y la noche, similar a un depredador paciente, aguardaba.

Regresé a nuestra mesa con el saquito de dalias negras oculto en el bolsillo interior de mi chaqueta, su peso era un recordatorio constante del secreto que ahora cargaba. No pude evitar lanzar una mirada furtiva a Claudia, que atendía a otros clientes al otro lado de la taberna, su figura moviéndose con la gracia de quien conoce los secretos de las sombras. Sus ojos se cruzaron con los míos por un instante, un destello de complicidad que me hizo apretar los labios. Me senté, tomando mi *Bloody Mary*, el líquido carmesí que brillaba bajo la luz parpadeante de los candelabros. Di varios sorbos a través de la cañita, el sabor metálico y dulzón calmaron momentáneamente el hambre que rugía en mi interior. Mis pensamientos, sin embargo, estaban en otra parte, atrapados en la magnitud de la aventura que se avecinaba. Enfrentarnos a Alaric, el Rey Loco, en su propio terreno, en las entrañas de Birkenau, no era una misión cualquiera. Era una danza con la muerte misma.

Draco, sentado frente a mí, tamborileaba los dedos contra la mesa con una impaciencia apenas disimulada. Vlad observaba el fuego de la chimenea, con el rostro imperturbable, mientras Kur, despreocupado, limpiaba la espuma de su cerveza con un gesto teatral. El silencio entre nosotros era denso, cargado de preguntas no formuladas. Finalmente, me aclaré la garganta, rompiendo la quietud.

—Tengo una duda, Draco —dije, tras un último sorbo que dejó un regusto amargo en mi lengua—. Alaric... ¿controla toda la zona de Alemania?

Draco alzó la vista, sus ojos grises como el acero me cortaron con una intensidad que hizo que me enderezara en la silla.

—Así es, Coraline —respondió, con una advertencia implícita—. Estamos en territorio enemigo para los de nuestra especie. Por eso debemos movernos con cautela, sin llamar la atención. Un solo paso en falso y Alaric sabrá que estamos aquí. Los forasteros vampíricos, suelen pasar por esta tierra de muerte sin llamar la atención. No suelen quedarse mucho tiempo.

Sus palabras se asentaron en el aire como un presagio y sentí un escalofrío recorrer mi espina dorsal, no por el frío de la taberna, sino por la certeza de que cada decisión que tomáramos a partir de ahora sería un juego de vida o muerte. Antes de que pudiera responder, un pitido agudo rompió la tensión. Draco sacó su móvil, la pantalla iluminó su rostro con un resplandor azulado que acentuaba las líneas duras de su mandíbula. Frunció el ceño, leyó el mensaje en silencio y, sin decir una palabra, nos hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiéramos.

Nos levantamos, dejando atrás las copas vacías y el murmullo de la taberna. Kur pagó la consumición con un puñado de billetes arrugados, mientras Vlad y yo intercambiamos una mirada rápida, preguntándonos en silencio qué nos aguardaba fuera. Al salir de “El Caldero Negro”, el aire gélido de la noche berlinesa nos golpeó en el rostro. Las calles del Mitte, envueltas en una niebla densa, parecían susurrar secretos antiguos y las farolas proyectaban halos difusos sobre el empedrado húmedo. Frente a nosotros, un coche negro aguardaba en el callejón, su motor emitía un ronroneo bajo. Junto al vehículo estaba un hombre joven, de unos treinta años, apoyado contra la puerta del conductor. Su cabello castaño caía desordenado sobre la frente y sus ojos, de un marrón cálido, nos observaron con una mezcla de curiosidad y cautela.

El aroma que desprendía era inconfundible: humano. Mis instintos vampíricos se agitaron por un instante, pero los reprimí, consciente de que este no era el momento ni el lugar para dejarme llevar. Kur, siempre el primero en romper el hielo, alzó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Y este quién es? —preguntó, entre la desconfianza y la burla.

Draco dio un paso adelante, su figura imponente proyectó una sombra que parecía engullir la luz a su alrededor.

—Se llama Gabriel —explicó, con la voz teñida de un matiz que no supe identificar al principio, algo entre nostalgia y amargura—. Es descendiente de Anne, mi prometida... fallecida.

El peso de sus palabras cayó sobre nosotros como una losa. Nunca había escuchado a Draco hablar de su pasado con tanta crudeza y la mención de Anne, un nombre que parecía llevar consigo un océano

de dolor, me hizo mirarlo con nuevos ojos. Él continuó, con la mirada fija en Gabriel, que permanecía en silencio, ajeno a la intensidad de la conversación.

—Anne tenía un hermano que sobrevivió a la Alemania nazi —prosiguió Draco, casi en un murmullo—. Cuando todo acabó, pudo casarse y formar una familia. Gabriel es uno de sus descendientes.

Me acerqué un paso, incapaz de contener mi curiosidad.

—¿Gabriel sabe... lo que eres? —pregunté, temiendo que las palabras pudieran romper algo frágil.

Draco esbozó una sonrisa amarga, sus labios se torcieron en una mueca que no llegaba a sus ojos.

—Cuando escapé de la Catedral de los Huesos, me refugié en la casa de su hermano. Lo protegí durante un tiempo, asegurándome de que estuviera a salvo de las garras de Alaric y sus seguidores. Pero entonces Necro me encontró de nuevo, nuestros caminos volvieron a cruzarse y decidí marcharme con él. Antes de partir, juré cuidar de los descendientes de Anne, aunque fuera desde las sombras.

El silencio que siguió fue pesado, cargado de la historia no contada de Draco, un vampiro cuya existencia estaba tejida con hilos de pérdida y promesas rotas. Gabriel, ajeno a la profundidad de nuestras miradas, abrió la puerta del coche y nos indicó con un gesto que subiéramos. Nos acomodamos en el interior, el cuero frío de los asientos crujieron bajo nuestro peso. Nadie habló. El motor rugió al encenderse y el vehículo se deslizó por las calles de Berlín, dejando atrás el resplandor de las farolas y adentrándose en la oscuridad de las afueras.

Durante el trayecto, no pude evitar observar a Draco, sentado en el asiento delantero junto a Gabriel. Su perfil, iluminado intermitentemente por las luces de los autos que pasábamos, era una máscara de tensión. Sus manos, apretadas en puños sobre sus rodillas, delataban una inquietud que rara vez mostraba. A pesar de nuestras constantes discusiones, de sus comentarios mordaces y su aire de superioridad, sentí una punzada de empatía. Bajo su fachada de arrogancia, Draco cargaba con un dolor que lo ataba al pasado, a una humanidad que había perdido hacía mucho tiempo. Me pregunté

qué habría sido de Anne, qué papel había jugado en su transformación y cómo la Catedral de los Huesos, ese lugar de pesadilla, había moldeado al vampiro que ahora lideraba nuestra misión.

El paisaje fuera del coche cambió gradualmente. Los edificios de Berlín dieron paso a carreteras flanqueadas por árboles desnudos, sus ramas como dedos esqueléticos estaban recortados contra el cielo nocturno. La niebla se espesaba, envolviendo el vehículo en un velo que parecía aislarlo del mundo. Nos dirigíamos hacia el bosque, hacia una casa que sería nuestro refugio antes de enfrentar a Alaric. Pero mientras el silencio se alargaba y la oscuridad nos envolvía, no podía sacudirme la sensación de que algo nos observaba desde las sombras, esperando el momento preciso para atacar.

Fue entonces, en medio de ese caos interno, cuando una melodía antigua y melancólica se deslizó en mis pensamientos. "Hijo de la luna", la canción de Mecano, resonó en mi alma con una claridad que me estremeció. No sabía por qué, pero sus versos, cargados de tragedia y magia, siempre habían tocado una fibra profunda en mi ser, incluso antes de mi transformación, cuando aún era humana y el mundo parecía menos cruel.

Cerré los ojos por un instante, dejando que la letra de la canción se desplegara en mi mente como un conjuro antiguo.

*Tonto el que no entienda
Cuenta una leyenda
Que una hembra gitana
Conjuró a la luna hasta el amanecer
Llorando pedía
Al llegar el día
Desposar un calé
"Tendrás a tu hombre, piel morena"
Desde el cielo habló la luna llena
"Pero a cambio quiero
El hijo primero
Que le engendres a él*

*Que quien su hijo inmola
Para no estar sola
Poco le iba a querer"
Luna quieres ser madre
Y no encuentras querer
Que te haga mujer
Dime, luna de plata
¿Qué pretendes hacer con un niño de piel?
Ah-ah-ah-ah, ah-ah-ah-ah
Hijo de la luna
De padre canela nació un niño
Blanco como el lomo de un armiño
Con los ojos grises en vez de aceituna
Niño albino de luna
"Maldita su estampa, este hijo es de un payo
Y yo no me lo callo"*



Capítulo 5

LACRIMOSA

El coche se detuvo con un crujido suave sobre la grava y el silencio de la noche se apoderó del espacio, roto solo por el susurro del viento que serpenteaba entre los árboles del bosque. Frente a nosotros se alzaba una casa imponente, una estructura de piedra gris que parecía surgir de la tierra como un vestigio de otra era. Sus grandes ventanales, cubiertos de polvo y telarañas, reflejaban la luz pálida de la luna, otorgándole un aura fantasmal que hacía que el aire se sintiera más pesado. Las enredaderas, secas y retorcidas, trepaban por las paredes similar a las venas de un cuerpo moribundo y las ventanas, algunas con cristales rotos, parecían ojos ciegos que nos observaban desde la oscuridad. Era evidente que la casa llevaba décadas cerrada, abandonada al paso del tiempo.

Gabriel apagó el motor, pero sus manos permanecieron aferradas al volante, los nudillos estaban blanqueados por la presión. Cerró los ojos por un instante, con el rostro tenso, liberando una batalla interna, un torbellino de emociones que lo anclaba al pasado y al presente al mismo tiempo. Cuando habló, su voz temblaba ligeramente, cargada de una mezcla de nerviosismo y asombro.

—Mi abuelo me habló de ti cuando era niño —confesó, rompiendo el silencio como un cristal que se quiebra—. Me contó lo que eras,

aunque siempre dudé de su historia. Pensé que eran cuentos de un viejo, fantasías de alguien que había visto demasiado horror en la guerra. Pero de alguna forma, en el fondo, quise creerlo. —Hizo una pausa, sus ojos marrones se encontraron con los de Draco, quien lo observaba con una intensidad que parecía atravesarlo—. Cada año, mi familia recibía una cuantiosa suma de dinero, de nuestro pariente lejano Draco. Cuando me llamaste para pedirme ayuda, tuve mis dudas. Pensé que eras un mito, una sombra del pasado. Pero aquí estás y verte... verte así, tan joven, como si el tiempo no te hubiera tocado, me confirma que mi abuelo no mentía. Eres un vampiro.

Gabriel sacó una fotografía del bolsillo de su chaqueta, sus dedos temblaban ligeramente mientras la sostenía. Me incliné hacia adelante desde el asiento trasero, incapaz de contener mi curiosidad. La imagen mostraba a un Draco diferente, uno que apenas reconocí. En la fotografía, su rostro estaba iluminado por una sonrisa genuina, sus ojos brillaban con una calidez que ahora parecía extinguida. A su lado, abrazándolo con una ternura que dolía mirar, estaba una joven de cabello largo y mirada dulce. Anne, supuse, la esposa cuya pérdida había tallado surcos invisibles en el alma de Draco. La tragedia, pensé, tiene un modo cruel de transformar a las personas, incluso a aquellos que ya no son humanos.

Draco tomó la fotografía con una delicadeza que contrastaba con su habitual brusquedad. Sus dedos rozaron la imagen, temiendo que un movimiento brusco pudiera deshacerla. Cuando habló, su voz era baja, cargada de un dolor que parecía resonar con el viento que ululaba fuera.

—Gabriel, no voy a mentirte —dijo, fijando su mirada en la fotografía antes de devolverla con cuidado—. Tu abuelo no era un loco. Soy un vampiro y he vivido más tiempo del que cualquier hombre debería. He vuelto a Alemania después de todos estos años por una sola razón: vengar a Anne. Aquí, en las sombras de este país, existe una comunidad vampírica sin ética ni moral, un nido de monstruos que no respeta la vida, humana o de cualquier otra índole. Juro por lo que queda de mi alma que destruiré ese nido, aunque sea lo último que haga.

El peso de sus palabras llenó el coche y, por un momento, nadie se atrevió a romper el silencio. Gabriel, con el rostro endurecido, asintió lentamente.

—Soy policía —dijo, ahora con más confianza—. Durante años, hemos investigado casos de desaparecidos en esta región, personas que se desvanecen sin dejar rastro. Siempre sospeché que algo... inhumano estaba detrás, pero ¿qué podía hacer yo? Un simple humano contra criaturas como tú. —Hizo una pausa, su mirada pasó de Draco a nosotros—. Pero ahora lo entiendo. No todos sois iguales.

Draco esbozó una sonrisa amarga, una que no alcanzó sus ojos.

—Eres un joven astuto, Gabriel —respondió, suavizando el tono—. Si sobrevivo a este infierno, te prometo que tendremos una larga conversación. Te contaré todo lo que quieras saber sobre mi especie. Pero te adelanto una verdad: hay vampiros buenos y malos, igual que hay personas buenas y malas en tu mundo. La diferencia está en las elecciones que hacemos.

Gabriel asintió y, por un instante, pareció que un entendimiento silencioso se tejía entre ellos, un puente entre el mundo humano y el nuestro. Luego, rebuscó en su chaqueta y extrajo una llave antigua, de hierro forjado, que brilló débilmente bajo la luz de la luna.

—La casa está lista —dijo, entregándosela a Draco—. Equipada con todo lo que pediste. Espero que consigas lo que buscas, Draco. Y cuando todo esto termine, estaré esperando esa conversación.

Draco tomó la llave, sus dedos se cerraron alrededor de ella con una determinación que parecía grabada en piedra.

—Gracias, Gabriel.

—Buena suerte, Draco.

Nos bajamos del coche, el aire frío del bosque nos golpeó como una bofetada. La grava crujió bajo nuestros pies mientras observábamos en silencio cómo Gabriel encendía el motor y el coche se alejaba, sus luces traseras se desvanecieron en la niebla al igual que los ojos de un animal que se pierde en la oscuridad. La casa se alzaba ante nosotros, imponente y silenciosa, sus ventanas semejantes a portales de un pasado que no conocíamos, pero que

parecía llamarnos. Draco, con la llave en la mano, dio un paso hacia la puerta.

Mientras seguíamos a Draco hacia la entrada, no pude evitar mirar la fotografía que aún sostenía en mi mente: Draco, sonriente, humano en espíritu, abrazando a Anne. Ahora, ese hombre estaba enterrado bajo capas de dolor y furia, transformado en un vampiro que cargaba con el peso del sufrimiento. Y yo, con el saquito de dalias negras en mi chaqueta, me pregunté si también estaba destinada a convertirme en alguien irreconocible, moldeada por la tragedia que nos aguardaba en la Catedral de los Huesos. La puerta de la casa se abrió con un chirrido y el umbral nos recibió con un aliento frío, como si el mismísimo pasado nos invitara a entrar.

La casa, con su aura de mausoleo olvidado, parecía contener el aliento mientras nos movíamos por sus entrañas. Tras cruzar el umbral, Draco nos guio con pasos seguros hacia la cocina, un espacio que olía a moho y tiempo estancado. Bajo una alfombra raída, tan polvorienta que parecía haber sido tejida con los suspiros de los fantasmas, encontramos una trampilla de madera en el suelo, sus goznes oxidados chillaban en protesta cuando la abrimos. Una escalera descendía hacia un sótano oscuro y el aire que ascendía desde abajo traía consigo un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío del bosque. Gabriel, fiel a su palabra, había convertido aquel lugar en un arsenal. Cajas de madera alineadas contra las paredes contenían un surtido de armas que habrían hecho sonrojar a un traficante: dagas de filo serrado, pistolas de cañón reluciente y, lo más importante, varias plantas de belladona, sus flores moradas brillaban con una promesa letal bajo la luz tenue de una bombilla desnuda.

Kur y Vlad se pusieron manos a la obra con una eficiencia casi militar. Kur, con su habitual aire de quien encuentra diversión en el caos, silbaba una melodía discordante mientras impregnaba las hojas de los cuchillos con el jugo venenoso de la belladona. Vlad, más metódico, trituraba las flores secas en un mortero, mezclándolas con pólvora para crear balas que serían nuestra arma secreta contra los vampiros de Alaric. El olor acre de la planta llenaba el sótano, un recordatorio de que, incluso para criaturas

como nosotros, la muerte podía llegar en un susurro venenoso. Me quedé mirándolos un momento, admirando su concentración, antes de que Draco me lanzara una mirada que decía, sin necesidad de palabras: "Muévete, Coraline, no estamos aquí para admirar el paisaje".

A mí me tocó el turno menos glamuroso: hacer guardia en el salón, con las luces apagadas y los ojos fijos en el exterior a través de un ventanal enorme que dominaba el perímetro de la finca. Era un punto estratégico, sin duda, pero también un castigo disfrazado de responsabilidad. Me aposté junto al cristal, las cortinas polvorientas rozaban mi hombro tipo dedos espectrales y escudriñé la oscuridad del bosque. La luna, medio oculta tras nubes deshilachadas, arrojaba sombras que danzaban entre los árboles, convirtiendo cada rama en una amenaza potencial. El silencio era tan denso que podía escuchar el crujido de mis propios pensamientos.

Mientras tanto, Draco, se había apoltronado en un sofá que parecía haber sido rescatado de un naufragio victoriano. Se tumbó con un suspiro teatral, cerró los ojos y se quedó inmóvil, en plan estatua de mármol esculpida y con un ceño fruncido permanente. Estaba agotado, aunque sospechaba que su cansancio era más del alma que del cuerpo. Después de todo, ¿cómo no iba a estarlo? Llevaba siglos cargando con el peso de Anne, la Catedral de los Huesos y una venganza que lo consumía de la misma forma que un incendio lento. Resoplé, cruzándome de brazos. Hacer guardia era lo peor. Yo era una vampira de acción, no una centinela condenada a contar sombras. Este viaje, con sus revelaciones sobre Alaric, la belladona y los secretos de Draco, era fascinante, sí, pero también tenía momentos de un aburrimiento mortal. Y eso, viniendo de una criatura técnicamente muerta, era decir mucho.

Observé a Draco, su pecho inmóvil, como si incluso la idea de respirar fuera un lujo que no se permitía. Bajo la luz plateada que se filtraba por el ventanal, su rostro parecía tallado en alabastro, hermoso y frío, pero con un matiz de vulnerabilidad que solo aparecía cuando creía que nadie lo miraba. Y entonces, en un arranque de pura travesura, un pensamiento intrusivo cruzó mi mente como un relámpago: «¿Y si lo asfixio con un cojín?» Sonreí

de medio lado, imaginando la escena. Claro, no funcionaría —los vampiros no necesitamos aire y mucho menos el gran Cayetano, con su ego del tamaño de Berlín—, pero la idea de lanzarle un cojín polvoriento a la cara y verlo estallar en una de sus diatribas aristocráticas era casi irresistible. Sería el tipo de discusión que rompería el tedio de esta vigilancia, una chispa de diversión en medio de la tensión. Di un paso hacia el sofá, con mis ojos fijos en un cojín particularmente mugriento, cuando algo me detuvo.

Un movimiento en el exterior, apenas perceptible por el rabillo del ojo, hizo que mi corazón muerto diera un vuelco. Me quedé helada, mis sentidos vampíricos se agudizaron hasta el punto de dolor. La noche, que hasta entonces había sido un lienzo de sombras y silencio, ahora vibraba con una presencia. No era el viento, ni un animal del bosque. Era algo —o alguien— que no debería estar ahí. Mis colmillos se alargaron instintivamente y mi mano voló al cuchillo que llevaba en la cintura, su hoja ya impregnada con el veneno de la belladona. Giré la cabeza lentamente, escudriñando la oscuridad más allá del ventanal. Los árboles parecían contener el aliento y la niebla se arremolinaba ocultando un secreto. Teníamos compañía y no era del tipo que trae flores y una sonrisa.

La noche envolvía la casa como un sudario y con el cuchillo sujeto en mi mano, abrí la puerta principal con la cautela de quien sabe que un paso en falso puede ser el último. El chirrido de los goznes resonó de igual modo que un lamento en la quietud y el aire frío del exterior me golpeó, trayendo consigo un olor a tierra húmeda, agujas de pino y algo más indefinible, un eco de descomposición que no pertenecía al reino de los vivos. Olisqueé el ambiente, mis sentidos vampíricos se agudizaron hasta el límite, pero no detecté el aroma metálico de un vampiro ni el calor pulsante de un humano. Solo tierra, fría y antigua, de manera que si el bosque mismo estuviera exhalando su memoria.

Envalentonada por el silencio, di un paso fuera de la casa, mis botas crujieron sobre la grava helada. El bosque se alzaba ante mí similar a un muro de oscuridad. Escudriñé la penumbra, mis ojos cortaron la niebla como cuchillos, pero no vi nada fuera de lo común. Por un instante, pensé que mi imaginación —o el

aburrimiento de hacer guardia— me estaba jugando una mala pasada. "*Vamos, Coraline*", me dije, "*no seas la típica vampira que ve monstruos donde solo hay sombras*". Pero entonces, un movimiento fugaz por el rabillo del ojo me detuvo en seco. Mi corazón muerto dio un salto y un escalofrío recorrió mi espina dorsal, no por el frío, sino por la certeza de que no estaba sola.

Me giré, con los colmillos listos, el cuchillo alzado y allí, a pocos metros, estaba ella. Una mujer, inmóvil tipo una estatua rota, me observaba desde la penumbra. Su vestido gris, raído y anticuado, le caía hasta las rodillas, ondeando ligeramente, aunque no había viento. Su piel era cenicienta, como si la hubieran drenado de todo color y sus ojos, hundidos en ojeras profundas, brillaban con una tristeza que me atravesó el alma. Pero lo que me heló la sangre —o lo que quedaba de ella— fue su figura traslúcida, un contorno etéreo que parecía flotar sobre la grava. Era un espectro, un eco de alguien que ya no pertenecía a este mundo. Abrí los ojos de par en par, mi aliento quedó atrapado en mi garganta y mi mente gritó lo que mi cuerpo ya sabía: "*Esto no es una alucinación*".

La mujer alzó una mano temblorosa, señalando hacia un punto detrás de la casa, su gesto lento y deliberado, cargaba con el peso de siglos. Intenté moverme, seguir su indicación, pero mis pies estaban clavados al suelo, paralizados por una mezcla de miedo y fascinación. Entonces, un frío desolador se apoderó de mí, un vacío que no era físico sino emocional, como si el alma que ya no tenía estuviera siendo arrancada de mi cuerpo. El dolor era indescriptible, un lamento silencioso que resonaba en mi interior. Y entonces los vi. En el bosque, emergiendo de la niebla; figuras talladas en humo, decenas de siluetas se congregaron en silencio. Hombres, mujeres, niños, todos demacrados, con sus rostros marcados por un sufrimiento que trascendía la muerte. Sus ojos, vacíos, pero cargados de historias trágicas, se clavaron en mí y sentí que me ahogaba en su dolor.

"¿*Qué demonios está pasando?*" Pensé, mi mente se tambaleaba. ¿Por qué podía ver a estos espíritus? Yo era una vampira, no una médium de pacotilla en un espectáculo de feria. Nunca había tenido

visiones, nunca había sentido esta conexión con el más allá. ¿Era este lugar, tan cerca de Birkenau, el que despertaba algo en mí?

Antes de que pudiera procesarlo, una mano firme se posó en mi hombro y el susto fue tal que mi instinto tomó el control. Me giré a la velocidad de la luz, empujando al intruso con la fuerza de un huracán.

—¡Coraline! —La voz de Draco, confusa y con un filo de irritación, cortó la noche—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Has visto a alguien rondando la casa?

Lo miré, con la respiración agitada y los ojos cristalinos por lágrimas que no había derramado desde mi transformación. El peso de lo que acababa de presenciar me aplastaba, pero me tragué el nudo en la garganta, luchando por recomponerme. Giré la cabeza hacia el bosque, buscando a las figuras espectrales, pero ya no estaban. La niebla seguía arremolinándose, pero el silencio era ahora absoluto; los espíritus se hubieran desvanecido, llevándose consigo su dolor y dejándome con una soledad que dolía casi tanto como su presencia.

Draco frunció el ceño, sus ojos grises me escudriñaron deseando leer mis pensamientos.

—¿Qué hacías aquí fuera, Coraline? —preguntó, preocupado—. ¿Qué me estás ocultando?

Respiré hondo, forzando una sonrisa torcida para protegerme de su escrutinio. Si le contaba que acababa de tener una reunión improvisada con un coro de fantasmas, probablemente me encerraría en el sótano con una camisa de fuerza. Así que opté por mi arma favorita: el sarcasmo.

—Te oculto mi conejo de peluche, Cayetano, para que no lo devores en un ataque de hambre —solté, arqueando una ceja con mi mejor cara de “no me vengas con sermones”.—¿Quieres tocarlo?

Draco puso los ojos en blanco, claramente poco impresionado por mi intento de desviar la conversación. Pero, por una vez, no insistió. Tal vez vio algo en mi expresión, una sombra de lo que acababa de experimentar, o tal vez estaba demasiado agotado para lidiar con mi lengua afilada. Me limité a encogerme de hombros, fingiendo que todo estaba bajo control, aunque por dentro mi mente seguía dando

volteretas. “Fantasmas, Coraline. Fantasmas. ¿En serio?” Si esto era una señal de lo que nos esperaba en la Catedral de los Huesos, iba a necesitar algo más que un cuchillo envenenado y unas dalias negras. Tal vez un manual de “Cómo lidiar con espectros sin perder la cordura” no estaría de más. Pero, por ahora, guardaría mi pequeño episodio paranormal para mí misma. Si el Cayetano ya pensaba que estaba como una cabra, no iba a darle más motivos para reírse... o para mandarme de vuelta a Brujas en el primer tren de almas perdidas.

El aire en el salón estaba cargado de una tensión que parecía vibrar en las sombras. Draco, con su habitual aire de nobleza herida, me sacó de mis pensamientos con una orden disfrazada de cortesía.

—Ve a descansar, Coraline. Yo haré la segunda guardia —dijo, como si el peso de la noche descansara sobre sus hombros.

Lo miré de reojo, incapaz de resistirme a pincharlo un poco.

—Muy bien, Cayetano, disfruta de tu cita romántica con la soledad —repliqué, lanzándole un beso al aire con una mueca burlona que sabía que lo sacaría de quicio.

Draco frunció el ceño, visiblemente irritado.

—Deja de llamarme Cayetano, chica cuervo —protestó, gruñendo.

—Oh, tranquilo, señor estirado. Cuando dejes de comportarte como si llevaras un cetro incrustado en el culo, tal vez lo considere —respondí, guiñándole un ojo con una sonrisa que era puro desafío.

—Eres insufrible —masculló, de mal humor mientras se giraba hacia el ventanal, claramente deseando que la noche se lo tragara.

Con una risita contenida, lo dejé solo en el salón. Me dirigí hacia la trampilla de la cocina, dispuesta a bajar al sótano para ver cómo iban Kur y Vlad con los preparativos. Pero apenas había puesto un pie en la escalera cuando un ruido extraño me detuvo en seco. No era el crujido de la madera ni el murmullo del viento, sino algo más... íntimo.

Con el sigilo de un depredador, me asomé, y lo que vi me arrancó una ceja alzada y una sonrisa traviesa. Kur y Vlad, ajenos al mundo, estaban enzarzados en una escena que podría haber sido sacada de un drama romántico subido de tono. Sus manos entrelazadas, sus rostros demasiado cerca y un calor en el aire que no tenía nada que

ver con la chimenea. "*Vaya, vaya*", pensé, parece que el licántropo y el vampiro tienen su propio culebrón. Decidí que ya tendría tiempo de interrogar a Kur más tarde; por ahora, les dejaría su momento de pasión en el sótano.

Sacudiendo la cabeza con una mezcla de diversión y exasperación, subí las escaleras hacia la habitación que me habían asignado, un cuarto polvoriento con una cama que parecía gritar "cólera" con cada resorte. Pero antes de llegar, mi mirada se desvió hacia la puerta trasera de la cocina, que daba a un patio envuelto en sombras. El recuerdo de la mujer espectral, con su vestido gris y su gesto señalando algo detrás de la casa, encendió mi curiosidad como una chispa en un montón de yesca. "*Vamos, Coraline*", me dije, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Otro encuentro con el club de los fantasmas melancólicos? Con un suspiro, me dirigí al patio, incapaz de resistirme al impulso de una vampira con alma de entrometida.

El aire fuera era frío, cortante y la niebla se arremolinaba alrededor de un árbol seco cuyas ramas parecían arañar el cielo. Mis ojos, agudizados por mi naturaleza vampírica, captaron algo en la penumbra: una lápida, medio oculta por la maleza, al pie del árbol. Me acerqué con cautela, el crujido de la grava bajo mis botas rompió el silencio. Alrededor de la tumba, similar a un círculo de protección, crecían dalias negras, sus pétalos oscuros absorbían la luz de la luna. Mi corazón muerto dio un vuelco. "*Esto no es casualidad*", medité, mientras una inquietud helada se enroscaba en mis entrañas. La mujer espectral, con su mirada triste y su dedo acusador, había querido que encontrara esto. Me agaché, rozando la lápida con los dedos y leí el nombre grabado en la piedra desgastada: Anne. Solo Anne. El nombre resonó en mi mente como un eco de las palabras de Draco, de su dolor, de su venganza.

Un escalofrío me atravesó, al igual que cuando escuchas "Lacrimosa" y no puedes evitar sentir cada nota y no era por el frío de la noche, sino por la presencia que sentí a mi espalda. Me levanté lentamente, con mis sentidos vampíricos vibrando y allí estaba ella. Anne. Su figura traslúcida flotaba a pocos pasos, su vestido gris ondeando en un viento que no existía. Sus ojos, cargados de una

tristeza infinita, se encontraron con los míos y, por un instante, me sonrió. Era una sonrisa frágil, de modo que, si temiera romperse, pero llena de una calidez que contrastaba con su condición espectral. Antes de que pudiera hablar, una voz cortó el aire como un latigazo.

—¡Coraline! —Draco apareció detrás de mí, su entrecejo fruncido era una mezcla de furia y preocupación—. ¿Qué haces aquí fuera? ¡Es peligroso estar sola!

Me giré hacia él, el hechizo de la aparición se rompió por su voz. Anne había desaparecido, dejando solo el eco de su presencia. Miré a Draco, su rostro estaba tenso y señalé la lápida con un gesto.

—¿Esta era tu casa? —pregunté, curiosa—. ¿Anne está enterrada aquí?

Draco apretó los puños, sus nudillos se blanquearon y desvió la mirada hacia la lápida. El dolor en sus ojos era tan crudo que casi podía tocarlo.

—Después de la cámara de gas, quemaban los cuerpos —dijo, emocionado—. Esta tumba es solo simbólica. Un intento inútil de darle un lugar donde descansar.

—Siento mucho tu pérdida —murmuré, buscando las palabras adecuadas, aunque sabía que ninguna sería suficiente.

Draco giró la cabeza hacia mí, sus ojos ardían con una furia que no esperaba.

—¿Qué sabrás tú del dolor? —vociferó, con angustia y desprecio—. ¡No tienes idea de lo que es perderlo todo!

Sus palabras fueron un puñetazo. Sentí la rabia crecer en mi interior, un fuego que quemaba más que el hambre vampírica. Di un paso hacia él, mis colmillos asomaron por instinto y lo enfrenté a un palmo de su cara.

—¿Que no sé del dolor, Cayetano? —espeté, mi voz temblaba de indignación—. Perdí a mis padres cuando era una niña. Y hace poco, a mi tía, la mujer que me crio, la única familia que me quedaba. ¡No te atrevas a juzgarme, idiota! —Mi dedo señaló su pecho—. Debería haberme quedado en Brujas, dejarte aquí con tus fantasmas y tu ego del tamaño de un castillo.

Draco no retrocedió, pero su mandíbula se tensó.

—No te necesito para ganar esta batalla, Coraline —replicó, con la voz fría como el hielo—. Puedo enfrentarme a Alaric solo.

—¿Eso crees? —lo interrumpí, negando con la cabeza—. Tú solo no puedes enfrentarte a las cicatrices de tu pasado. Te destruirán, Draco, a menos que tengas a alguien que te levante cuando el sufrimiento te haga perder la cabeza.

Sus ojos se entrecerraron y por un momento pensé que iba a retroceder. Pero entonces, con una crueldad que me tomó desprevenida, soltó:

—Tú jamás sustituirás a Anne.

El comentario me golpeó al igual que una bofetada. No estaba intentando reemplazar a nadie y mucho menos a su sagrada Anne. Desde que nos conocimos, Draco había sido un borde insufrible, siempre tratando de mantenerme al margen de su mundo, como si fuera una niña jugando a ser vampira. La rabia estalló en mi pecho y antes de que pudiera pensarlo, mi mano voló hacia su rostro, conectando con un sonoro "*iplaf!*" que resonó en la noche.

—¡Soy Coraline, imbécil! —grité, furiosa—. No pretendo llenar el vacío de nadie y menos el tuyo, señor tonto del culo. ¡Te desprecio con cada fibra de mi ser!

Sin darle tiempo a responder, me di la vuelta y me alejé a grandes zancadas, la indignación ardía en mis venas. Entré en la casa, el eco de la bofetada aún resonaba en mis oídos. Era evidente que Draco y yo nunca conectaríamos. Éramos como aceite y agua: destinados a chocar y hacer un desastre. Pero mientras subía las escaleras hacia mi habitación, con la imagen de Anne grabada en mi mente, no pude evitar preguntarme si, tal vez, su dolor y el mío no eran tan diferentes después de todo. "Maldito Cayetano", grité en mi interior, con una sonrisa amarga. Si sobrevivíamos a Alaric, iba a necesitar un manual de "Cómo lidiar con vampiros arrogantes sin perder la paciencia".



Capítulo 6

AMNABELLE'S THEME

Subí las escaleras hacia mi habitación con el corazón aún acelerado, aunque técnicamente no debería latir. Cada crujido de la madera bajo mis botas resonaba semejante a una burla del universo, recordándome que esta casa, con su aura de mausoleo olvidado, no era precisamente un refugio acogedor. Necesitaba descansar, no solo del cansancio físico —porque, seamos sinceros, los vampiros no nos agotamos como los mortales—, sino del agotamiento mental que me provocaba lidiar con el conde Drácula y su cara de “culo remilgado”. Sí, Draco, el gran “Cayetano”, con su ego más grande que la Catedral de los Huesos y su talento para sacarme de quicio con cada palabra.

Me dejé caer sobre la cama, que protestó con un gemido de resortes oxidados, parecía que estaba ofendida por mi presencia. El colchón olía a polvo y a tiempo estancado y el techo, cubierto de manchas de humedad que parecían formar rostros deformes, no era exactamente una vista inspiradora. Fruncí el ceño, molesta conmigo misma. ¿En qué momento había pensado que embarcarme en esta aventura era una buena idea? Enfrentarme a Alaric, el Rey Loco, en su nido de pesadillas, con un equipo que incluía a un vampiro arrogante, un licántropo con tendencias románticas y un Vlad que

parecía más interesado en meditar que en pelear... Sí, definitivamente, mi sentido común había decidido tomarse vacaciones en Brujas.

Me giré hacia la ventana, buscando un respiro en la vista del bosque bañado por la luna, pero lo que encontré me heló la sangre que ya no corría por mis venas. Allí, al otro lado del cristal empañado, unos ojos me observaban. La melodía de "*Annabelle's Theme*" sonó en mi cabeza, con sus tonos inquietantes y minimalistas, que utiliza notas de piano disonantes y cuerdas agudas que evocan una sensación de intranquilidad y peligro inminente.

Eran los ojos de un niño, pero no un niño cualquiera. Su rostro era una máscara de muerte, pálido y demacrado, con ojeras tan profundas que parecían abismos. Su cabello, lacio y descolorido, colgaba sobre una frente que no debería existir en este mundo. Ladeó la cabeza, igual que haría un cachorro confundido, y juro que por un instante pareció tan sorprendido de verme como yo de verlo a él. Mis colmillos se alargaron por instinto, pero mi cuerpo se quedó petrificado, atrapado entre el terror y la incredulidad. "¿Qué demonios está pasando?" pensé. ¿Desde cuándo era yo la versión vampírica de Melinda Gordon, la de "Entre fantasmas"? Si esto seguía así, iba a necesitar un canal de YouTube para mis sesiones de espiritismo, o al menos una camiseta que dijera: "Hablo con muertos, pero no me pagan por ello".

El niño me miró fijamente y, aunque no habló, su presencia era un grito silencioso que resonaba en mi interior. El miedo, puro y visceral, me arrancó de mi parálisis. Salí disparada del dormitorio, la puerta golpeó contra la pared con un estruendo que probablemente despertó a todos los fantasmas del condado. Me detuve en mitad del pasillo, sintiéndome como una cría que acaba de escapar de una pesadilla. "*Vamos, Coraline*", me reprendí, "*eres una vampira, no una niña corriendo a esconderse bajo las sábanas*". Pero la idea de volver a esa habitación, con su colchón traicionero y su invitado espectral, no era una opción. Estar sola, menos aún. Buscar a Kur y Vlad tampoco era viable; a juzgar por lo que había visto en el sótano, estaban demasiado ocupados puliendo sus "armas" mutuas en una escena que bien podría titularse "Cincuenta sombras de

licántropo”. Solo me quedaba una opción y era la menos apetecible de todas: bajar al salón y enfrentarme al señor Cayetano en su guardia nocturna.

Bajé las escaleras con pasos deliberadamente ruidosos a propósito, para anunciar mi llegada. El salón estaba envuelto en penumbras, la luz de la luna se filtraba por el ventanal semejante a un velo plateado.

Draco estaba allí, de pie junto al cristal, su figura rígida parecía una estatua gótica, escudriñando el bosque con una intensidad que casi hacía vibrar el aire. Me aclaré la garganta, intentando fingir una calma que no sentía.

—¿Qué, Cayetano? ¿Ya has encontrado algún lobo feroz ahí fuera, o solo estás practicando tu pose de vampiro melancólico? —dije, cruzándome de brazos y forzando una sonrisa que era más desafío que diversión.

Draco giró la cabeza lentamente, sus ojos grises me maldijeron al instante.

—Creí que estabas descansando, chica cuervo —replicó, su tono estaba cargado de un sarcasmo que rivalizaba con el mío—. ¿O es que el colchón te rechazó por ser demasiado insufrible?

—Ja, ja, muy gracioso —respondí, acercándome al ventanal para evitar su mirada—. Digamos que mi habitación tiene... inquilinos no deseados. Y no, no hablo de ratas.

Draco alzó una ceja, claramente intrigado, pero no insistió. En cambio, volvió a fijar su atención en el exterior, con las manos apretadas detrás de la espalda. El silencio entre nosotros era tan denso que podía cortarse con un cuchillo y no precisamente uno de los impregnados con belladona. Me apoyé contra la pared, pensando en la imagen del niño espectral seguía grabada en mi mente, junto con la de Anne y las dalias negras alrededor de su lápida. ¿Qué significaba todo esto? ¿Por qué este lugar, tan cerca de Birkenau, parecía decidido a convertirme en la protagonista de un episodio de “Historias de ultratumba”? Y, más importante aún, ¿cómo iba a sobrevivir a esta noche sin lanzarle un cojín a Draco solo para romper la tensión? Por ahora, me limité a quedarme allí, en el salón, con el vampiro más irritante del mundo como única compañía,

rezando para que la próxima aparición sobrenatural tuviera la decencia de traer café... o al menos un manual de instrucciones para lidiar con fantasmas y egos vampíricos.

Me dejé caer sobre el sofá del salón con un suspiro que podría haber despertado a los muertos, si es que no estaban ya ocupados rondando la casa. El mueble, cubierto de una tela que alguna vez pudo haber sido elegante, ahora olía a moho y desidia; crujió bajo mi peso quejándose de mi llegada. Me tumbé, apoyando la cabeza en un cojín que parecía haber sido relleno con los sueños rotos de un siglo pasado, y dirigí mi mirada hacia Draco. Desde mi posición, solo podía ver su figura de espalda, recortada contra el ventanal similar a una sombra tallada en obsidiana. La luz de la luna delineaba su silueta y, para ser sincera, no pude evitar notar que el hombre tenía un físico... digamos, "apetecible". Anchura en los hombros, cintura estrecha, y ese aire de misterio gótico que probablemente haría suspirar a cualquier mortal con un mínimo de gusto. No era feo, no, todo lo contrario. Draco era atractivo, con ese tipo de belleza afilada que podría cortar el aliento. Lástima que su carácter fuera tipo un cubo de agua fría: suficiente para arruinar cualquier encanto.

Intentando disipar la tensión que aún vibraba en el aire tras mi encuentro con el niño espectral y mi pelea con el señor Cayetano en el patio, decidí pincharlo un poco. Si no podía dormir, al menos podía divertirme un rato a su costa.

—Oye, Cayetano —solté, rompiendo el silencio con una sonrisa traviesa—, ¿qué pasó con la gomina? ¿Estás teniendo una crisis existencial vampírica? Ya sabes, como la crisis de los cuarenta de los humanos, pero con colmillos y un drama eterno.

Draco gruñó, un sonido que era mitad irritación, mitad resignación. Giró la cabeza lo justo para lanzarme una mirada que podría haber congelado el mismísimo infierno.

—Cállate, Coraline, y duerme un rato —me ordenó, seguramente conteniendo el impulso de arrojarme por el ventanal.

Me crucé de brazos, hundiendo la cabeza en el cojín con un mohín exagerado.

—No puedo, estoy un poco nerviosa —repliqué, dejando que mi tono se volviera ligeramente infantil, solo para irritarlo más—. ¿Me cuentas una historia? Mi tía Manoli, que en paz descanse, me contaba historias de su juventud cuando no podía dormir. Era como un somnífero, pero con más chismes y menos efectos secundarios. Vamos, Cayetano, sé un buen vampiro y chárlame un rato.

Me mordí el labio al darme cuenta de que había compartido algo tan personal sin querer. Hablar de mi tía Manoli, con su risa contagiosa y sus cuentos interminables sobre bailes de pueblo y amores imposibles, era como abrir una ventana a la Coraline humana que aún vivía en algún rincón de mi alma. Draco, por supuesto, no se dignó a mostrar empatía.

—Lee un libro —sugirió, en un tono tan seco que podría haber deshidratado el bosque entero.

—Vaya, qué amable —respondí, poniendo los ojos en blanco—. Ni un favor me puedes hacer, ¿eh?

Draco se giró del todo esta vez, sus ojos grises brillaban con una mezcla de fastidio y algo que podría haber sido diversión, si no fuera porque su cara parecía alérgica a la alegría.

—Estoy vigilando, Coraline —replicó, exasperado—. Por nuestra seguridad. Los secuaces de Alaric podrían estar acechando ahí fuera, esperando el momento para atacarnos. Esto es un poco más importante que contarte un cuento para que te duermas como una niña.

Me callé, pero no porque estuviera de acuerdo. Si tan solo supiera que esta casa estaba más llena de fantasmas que un cementerio en Halloween, no estaría tan tranquilo escudriñando el bosque. La imagen del niño espectral, con su cabeza ladeada y sus ojos vacíos, seguía grabada en mi mente. Pero contarle a Draco sobre mis nuevos talentos de médium improvisada no era una opción. Ya me consideraba una vampira de segunda; si le decía que ahora veía muertos, probablemente me regalaría un billete de ida a un manicomio sobrenatural con una nota que dijera: “Buena suerte, chica cuervo”.

—Muy bien, tío borde —mascullé, girándome en el sofá para darle la espalda—. Contaré ovejitas, entonces.

Aunque, con mi suerte, seguro que las ovejitas también son fantasmas y vienen a pedirme que resuelva sus dramas de pastoreo.

Cerré los ojos, dejando que el cansancio, más emocional que físico, se asentara en mis huesos. A pesar de lo mucho que me sacaba de quicio, la presencia de Draco en el salón me daba una extraña sensación de seguridad. No lo admitiría jamás, claro; antes me haría monja.

El sueño me envolvió como una manta pesada y mientras me deslizaba hacia la inconsciencia, no pude evitar preguntarme si, en el fondo, Draco y yo no éramos tan diferentes. Ambos cargábamos con fantasmas, reales o no, y tal vez, solo tal vez, eso era lo que nos hacía chocar como dos tormentas en la misma noche.

La primera luz del alba se coló por las rendijas de los ventanales, pintando el salón con un resplandor pálido que parecía más un insulto que una bienvenida. Me desperté en el sofá, con los músculos entumecidos y la mente nublada, de modo que si hubiera pasado la noche peleando con fantasmas en lugar de soñando con ellos. Por un momento, me sentí desubicada, atrapada en ese limbo entre el sueño y la realidad, hasta que el recuerdo de mi situación cayó sobre mí como un cubo de agua fría: Berlín, una casa embrujada, y el señor "Cara de Culo", Draco, alias "Cayetano", liderando esta misión suicida contra Alaric. "*Estupendo*", pensé, frotándome los ojos. Nada como despertar en un nido de vampiros y espectros para empezar el día con buen pie.

El silencio en la casa era inquietante, como si hasta los crujidos habituales de la madera hubieran decidido tomarse un descanso. Me incorporé, el sofá gruñó bajo mi peso, protestando por mi existencia y agucé los oídos. Nada. Ni el silbido de Kur, ni el murmullo grave de Vlad, ni el inevitable sermón de Draco sobre mi falta de disciplina. Estaba a punto de relajarme, pensando que tal vez había ganado unos minutos de paz, cuando un eco de voces llegó desde el exterior. No eran los lamentos de los espíritus que parecían adorarme últimamente, sino algo más terrenal: los chicos, cuchicheando cual abuelas en un mercado. "*¿Qué demonios están*

tramando ahora?” me pregunté, levantándome con un suspiro que podría haber rivalizado con los de Draco.

Me dirigí a la entrada principal, mis botas resonaron contra el suelo de madera desgastada. La puerta estaba entreabierta, dejando entrar una ráfaga de aire frío que olía a tierra húmeda y pino. Allí estaban los tres, reunidos en el porche como conspiradores de pacotilla: Kur, con su sonrisa de cachorro entusiasta; Vlad, con esa calma enigmática que hacía imposible adivinar si estaba planeando una batalla o una siesta; y Draco, con su pose de “señor feudal” que probablemente practicaba frente al espejo. Me fijé que los tres se habían untado en el cabello gomina, ¿la enfermedad de Giorgi era contagiosa? Preferí no preguntar.

Carraspeé ruidosamente para anunciar mi llegada y los tres se giraron al unísono, como si los hubiera pillado robando gallinas.

Kur fue el primero en reaccionar, su rostro se iluminó con una sonrisa que podría derretir hasta el corazón más frío. Corrió hacia mí y me envolvió en un abrazo tan efusivo que casi me hace caer. Este chico era similar a un *golden retriever* con colmillos: puro cariño y energía desbordante.

—¡Coraline, mi vampira favorita! — exclamó, apretándome con una fuerza que habría aplastado a un mortal—. ¿Cómo has dormido en ese sofá de tortura medieval?

—Al igual que una reina... en un calabozo —respondí, devolviéndole el abrazo con una risita.

Mientras lo abrazaba, no pude evitar recordar la escena subidita de tono que había presenciado en el sótano. “*Oh, Kur*”, pensé, “*tenemos una conversación pendiente sobre cómo sacas brillo a la espada de Vlad y no me refiero a las de metal*”. Pero eso podía esperar; ahora mismo, quería saber qué tramaban estos tres.

Draco, fiel a su costumbre de arruinar cualquier momento de alegría, pasó por mi lado con una ceja alzada y esa expresión de “estoy rodeado de idiotas” que parecía su marca personal.

—Ese look te da un toque demente, Coraline —dijo, con sarcasmo—. ¿Quieres que te preste mi gomina? Al menos estarías bien peinada, aunque dudo que eso arregle el resto.

Achiné los ojos, conteniendo el impulso de soltarle una de mis respuestas marca España. Mi cabello, revuelto tras la noche en el sofá, probablemente parecía un nido de cuervos, pero ¿quién tenía tiempo para peinarse cuando la casa estaba infestada de fantasmas y el jefe era un vampiro con complejo de aristócrata? En lugar de morder el anzuelo, decidí devolverle el golpe a mi manera. Con una sonrisa traviesa, me acerqué y, sin previo aviso, le di un azote juguetón en el trasero. Y, para ser justos, el Cayetano tenía un trasero prieto que no estaba nada mal.

—¿Qué demonios haces? —protestó, girándose con una mezcla de indignación y desconcierto que casi me hace estallar en carcajadas.

—Improvisar, Cayetano —respondí, caminando a su lado con un contoneo exagerado que sabía que lo pondría de los nervios—. Alguien tiene que animar esta misión y claramente no vas a ser tú con tu cara de funeral eterno.

Draco gruñó, claramente deseando que la tierra se lo tragara, o mejor aún, que me tragara a mí.

—Déjate de juegos y vístete —ordenó, de forma cortante—. Nos vamos a Oświęcim, el pueblo junto a Birkenau. Tenemos que movernos antes de que el día avance.

—¿Oświęcim? —repetí, arqueando una ceja mientras me apoyaba contra la puerta, fingiendo una calma que no sentía—. ¿El pueblo al lado del lugar más aterrador del mundo? Genial, Cayetano, tú sí que sabes elegir destinos turísticos. ¿Qué sigue, una visita guiada a la Catedral de los Huesos con Alaric como anfitrión?

Kur soltó una risita y hasta Vlad esbozó una sonrisa ladeada, pero Draco solo me lanzó una mirada que podría haber derretido el acero.

—Muévete, chica cuervo —masculó, dándome la espalda para seguir hablando con los chicos.

Me encogí de hombros, todavía sonriendo por mi pequeña victoria. Mientras me dirigía al interior para cambiarme, no pude evitar pensar en lo que nos esperaba en Oświęcim. La cercanía de Birkenau, con su historia de horror y la guarida de Alaric oculta bajo tierra, hacía que mi piel se erizara. Y luego estaban los espíritus. Si esto era una señal de lo que venía, iba a necesitar más que un cuchillo envenenado y mi sarcasmo para sobrevivir.

El sol de la mañana bañaba Oświęcim con una luz pálida que no lograba disipar la sombra de su pasado. Llegamos al pueblo fingiendo ser un grupo de turistas mortales, una farsa que requería más esfuerzo del que esperaba. Caminar bajo la luz del día, con nuestros sentidos sobrenaturales en alerta, era como interpretar un papel en una obra de teatro mal ensayada. Nos dirigimos a una cafetería en el corazón del pueblo, un lugar acogedor con mesas de madera desgastada y un aroma a café recién molido que flotaba en el aire parecido a un bálsamo. Las paredes estaban decoradas con fotos en blanco y negro de Oświęcim en tiempos mejores, un contraste cruel con la historia que yacía a pocos kilómetros, en Birkenau. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, donde la luz del sol nos obligaba a entrecerrar los ojos y pedimos café y tortitas para todos. Podíamos ingerir comida humana —un placer inútil que satisfacía el paladar, pero no saciaba el hambre verdadera—, y yo, para ser honesta, estaba más que dispuesta a aprovechar la oportunidad de saborear algo que no fuera sangre.

La camarera, una mujer de mediana edad con una sonrisa cansada, colocó un plato de tortitas bañadas en miel frente a mí. El aroma dulce y cálido me golpeó como un recuerdo de mi vida humana y antes de que pudiera contenerme, me lancé sobre ellas como si fueran el último manjar en la tierra. Las devoré con una ferocidad que habría hecho sonrojar a un lobo hambriento, ignorando las miradas atónitas de mis compañeros. Kur, con una ceja alzada, apenas contenía una risa, mientras Vlad observaba con esa calma enigmática que lo hacía parecer más estatua que vampiro. Draco, por su parte, me miró de manera que si acabara de cometer un crimen.

—¿Te las vas a comer, Cayetano? —pregunté con la boca llena, un hilo de miel se deslizó por mi barbilla. Mi tono era una mezcla de desafío y glotonería, porque, vamos, ¿quién puede resistirse a las tortitas?

Draco frunció el ceño, su expresión oscilaba entre el horror y la resignación. Sin decir una palabra, empujó su plato hacia mí con un gesto que gritaba “no voy a lidiar con esto”.

—Gracias, señor generosidad —dije, limpiándome la boca con una servilleta y atacando su ración con el mismo entusiasmo. Echaba de menos comer, saborear, la simple alegría de un bocado que no requería colmillos ni moralidad dudosa.

—Cualquiera diría que eres una vampira —comentó Kur, sus ojos brillaban con diversión mientras se recostaba en su silla, claramente disfrutando del espectáculo.

—No me juzgues, Chihuahua —repliqué, apuntándolo con el tenedor como si fuera una daga—. Algunos lidiamos con el estrés cazando secuaces de Alaric; otros nos consolamos con miel y carbohidratos.

Kur alzó las manos en un gesto de rendición.

—Tranquila, reina de las tortitas, no diré nada —respondió, guiñándome un ojo.

Vlad, fiel a su estilo, solo tomó un sorbo de su café, su rostro era imperturbable, aunque juraría que vi un destello de diversión en sus ojos. Draco, en cambio, parecía a punto de lanzar un manifiesto sobre la dignidad vampírica, pero se contuvo y golpeó la mesa con los dedos, reclamando nuestra atención.

—Muy bien, basta de tonterías —intervino, cortante—. Este es el plan. Dentro de una hora y media hay una visita guiada por Birkenau. Nos uniremos al grupo fingiendo ser turistas y aprovecharemos para tantear el terreno y localizar los accesos. Han pasado décadas desde la última vez que estuve allí y muchas cosas han podido cambiar. La humanidad ha evolucionado en tecnología y Alaric no es estúpido. Su nido estará mejor protegido que nunca.

El nombre de Birkenau cayó sobre la mesa como una losa, apagando mi entusiasmo por las tortitas. La idea de caminar por ese lugar, donde el sufrimiento aún impregnaba el aire al igual que un veneno invisible, me erizó la piel. Pero no era solo la historia mortal lo que me preocupaba; era la Catedral de los Huesos, el reino subterráneo de Alaric, construido con los restos de las víctimas. Tragué saliva, dejando el tenedor en el plato.

—¿Dónde está exactamente la entrada a la Catedral de los Huesos? —pregunté, en un tono serio de lo habitual.

Draco me miró, con sus ojos grises oscurecidos por recuerdos que no compartía.

—La última vez que estuve allí estaba oculta bajo las ruinas de las cámaras de gas y los crematorios —respondió, en un tono bajo y cargado de un peso que parecía arrastrarlo hacia el pasado—. Un lugar donde el horror de la humanidad se encuentra con el de nuestra especie. La entrada está disfrazada, protegida por sellos antiguos y guardias que no son... humanos.

El silencio que siguió fue tan pesado que el murmullo de la cafetería —el tintineo de tazas, las risas lejanas de otros clientes— parecía pertenecer a otro mundo. Las cámaras de gas y los crematorios. Lugares donde el sufrimiento había sido tallado en la tierra misma, ahora convertidos en el umbral de un mal aún más antiguo. Me estremecí, no por el frío, sino por la certeza de que lo que nos esperaba en Birkenau no era solo una batalla, sino un descenso al corazón de la oscuridad.

—Genial —murmuré, intentando aligerar el ambiente con mi sarcasmo habitual—. Nada dice “vacaciones de ensueño” como una visita guiada a un campo de exterminio con un desvío a una catedral vampírica. ¿Alguien quiere más tortitas antes de que nos devoren los secuaces de Alaric?

Kur soltó una carcajada, pero Draco solo puso los ojos en blanco, claramente harto de mis comentarios. Mientras el licántropo bromeaba con Vlad sobre la cantidad de sirope que podía caber en una tortita y Draco fingía que no quería asesinarnos a todos con su mirada de hielo, yo sentí la necesidad de escapar por un momento. Me disculpé con un murmullo vago sobre necesitar el baño, ignorando la ceja arqueada de Draco, que probablemente sospechaba que estaba tramando algo. Y, para ser justos, tenía razón. Mi plan no era aliviar mi inexistente vejiga vampírica, sino hacer una llamada a escondidas a Isabella, mi amiga y confidente en este mundo de colmillos y caos. Si Draco se enteraba de que estaba compartiendo detalles de nuestra misión, me daría un sermón tan largo que necesitaría un calendario para sobrevivirlo.

Me encerré en el baño de la cafetería, un cubículo estrecho con azulejos descoloridos y un espejo que parecía tener muchos años. El

olor a desinfectante barato se mezclaba con el eco del café y las tortitas que aún rondaba en mi paladar.

Saqué el móvil con dedos temblorosos, sintiéndome como una adolescente a punto de confesar una travesura y marqué el número de Isabella. Al primer tono, su voz irrumpió al otro lado de la línea, cargada de una ansiedad que no se molestó en disimular.

—¡Coraline! —exclamó—. ¿Estáis bien? Estaba muerta de preocupación.

Sonreí, a pesar de los nervios que me carcomían.

—Tranquila, Isa, seguimos de una pieza... por ahora —respondí, apoyándome contra la pared del baño, que estaba fría como mi propia piel—. Dentro de un rato vamos a inspeccionar Birkenau, disfrazados de turistas con más curiosidad que sentido común. Pero no te llamo por eso.

Hice una pausa, mordiéndome las uñas, un hábito humano que aún no había logrado desterrar. ¿Cómo demonios le explicaba que ahora era la versión vampírica de una médium de un *reality show*? Isabella me conocía demasiado bien, así que no me dejó divagar.

—¿Qué ocurre, Carol? —dijo, usando mi nombre de pila con esa calidez que siempre me hacía sentir en casa.

Respiré hondo y me lancé.

—Verás, ya sabes que me encanta todo lo gótico, oscuro, tenebroso, misterioso, escalofriante...

—Para, para, que no estás escribiendo un diccionario de sinónimos —me interrumpió, impaciente—. Ve al grano, me estás poniendo de los nervios.

—Vale, vale —concedí, bajando la voz como si los secuaces de Alaric estuvieran escuchando detrás de la puerta—. Soy como Lorraine Warren, princesa. Veo espíritus. Fantasma. Almas en pena. ¡Gente muerta, vamos!

Un silencio pesado llenó la línea y por un momento temí que Isabella se hubiera desmayado al otro lado.

—¿Has dicho espíritus? —repitió, oscilando entre la incredulidad y el terror—. ¿Te refieres a... gente muerta de verdad?

—¿Qué si no? —repliqué, un poco irritada por tener que aclararlo—. No estoy viendo unicornios ni duendes, Isa. Fantasma, entes,

sombras quejumbrosas... ¡Y créeme, no es tan divertido como suena en las películas!

—Madre mía, Coraline —suspiró, y podía imaginarla pasándose una mano por el rostro—. Estarás al borde de un colapso, ¿no? Esto es... muy hardcore.

—No es precisamente un picnic ver a un niño muerto mirándome como si quisiera pedirme un autógrafo —admití, estremeciéndome al recordar los ojos vacíos del pequeño en la ventana—. Pero, dime, ¿por qué yo? ¿Por qué de repente soy la reina del más allá? ¿Es esto normal?

Isabella hizo una pausa y su tono se volvió más serio, de modo que si estuviera desentrañando un rompecabezas antiguo.

—Todos los vampiros tenemos un don especial, Carol. A veces es algo sutil, otras... bueno, más impactante. Yo tengo premoniciones y puedo conjurar por herencia de mi madre, que era bruja. Vlad es más fuerte que un toro, Necro es rápido como el viento y tiene un don para el liderazgo... Pero no son especiales como el tuyo.

Se quedó pensativa y supe que estaba a punto de mencionar a Draco.

—¿Y el Cayetano? —pregunté, incapaz de resistirme a usar el apodo que tanto lo irritaba.

—Ahora que lo pienso, no tengo ni idea. ¿Ser un cascarrabias profesional cuenta como don?

—Seguramente su don es ser el vampiro más irritable del hemisferio norte —respondí, riendo por primera vez en lo que parecía una eternidad—. O tal vez es su habilidad para mirarme como si quisiera venderme a un circo sobrenatural.

—Necro está reunido ahora —dijo Isabella, volviendo al tema—. Puedo preguntarle más tarde, a ver si sabe algo sobre el don de Draco. Pero, Carol, ten cuidado. Si estás viendo espíritus, eso podría estar ligado a Birkenau, a la Catedral de los Huesos...

Me quedé helada, mi mano apretaba el móvil con más fuerza. Podría estar en lo cierto, en Brujas no había visto ningún espíritu, solo aquí.

—Vale, pero no me llames —dije, bajando aún más la voz—. Tendré el teléfono apagado. No quiero alertar en Birkenau a los secuaces de

Alaric. Yo te contactaré.

—Coraline, por favor, ten cuidado —insistió Isabella, preocupada—. Y cuida de Kur. Ese chico es más inocente que un cachorro, y tú... bueno, tú tienes ese descaro innato que te saca de cualquier lío.

—Lo sé, lo mío es improvisar y salir indemne —respondí, con una sonrisa torcida—. Aunque, con mi suerte, seguro que el próximo espíritu me mata de un infarto.

Corté la llamada y me quedé mirando mi reflejo en el espejo del baño, que parecía más pálido de lo habitual, si es que eso era posible. Me había olvidado de contarle a Isabella sobre las dalias negras, pero, en fin, no corría prisa. O eso esperaba. Guardé el móvil en mi chaqueta, junto al saquito que parecía pesar más con cada hora que pasaba y salí del baño con la cabeza llena de preguntas. ¿Era mi don ver espíritus? ¿O era una maldición de este lugar maldito? Y, más importante aún, ¿cómo iba a sobrevivir a Birkenau con un equipo que incluía a un vampiro gruñón, un licántropo enamorado y un Vlad que probablemente estaba planeando una siesta en medio de la batalla? Con un suspiro, regresé a la mesa, lista para enfrentar la mirada de reproche de Draco y la inevitable visita a Birkenau.



Capítulo 7

SPIEGEL IM SPIEGEL

El coche que nos había prestado Gabriel, un sedán negro que parecía haber visto mejores días, rugió suavemente mientras nos alejábamos de Oświęcim rumbo a Birkenau. El silencio en el interior era tan denso que podría haberse cortado con una de las dagas impregnadas de belladona que llevábamos en el maletero. Vlad ocupaba el asiento del copiloto, su figura imperturbable, escudriñaba el horizonte con esa calma que me hacía preguntarme si alguna vez parpadeaba. Kur y yo, relegados al asiento trasero como un par de niños en un viaje familiar, nos entreteníamos mirando por las ventanillas. El paisaje polaco se desplegaba ante nosotros: campos grises salpicados de árboles desnudos, envueltos en una niebla que parecía susurrar secretos antiguos. Todo muy pintoresco, si tu idea de un buen viaje incluye cementerios, fantasmas y un vampiro gruñón al volante.

Me recosté contra el asiento y traté de ignorar el peso del saquito de dalias negras en mi chaqueta. La conversación con Isabella aún resonaba en mi cabeza, junto con las imágenes de los espíritus que parecían haberse encariñado conmigo: Anne, el niño de la ventana, las figuras del bosque. Si mi nuevo don vampírico era convertirme en la recepcionista oficial del más allá, claramente había sacado el

boleto perdedor en la lotería sobrenatural. Estaba a punto de cerrar los ojos, esperando que un breve descanso me librara de mis pensamientos, cuando una figura en el arcén captó mi atención. Era un hombre, caminando con pasos lentos y deliberados, vestido con un uniforme raído que parecía sacado de un museo de la Segunda Guerra Mundial. Una bolsa marrón colgaba de su hombro y en la mano llevaba una carta amarillenta, como si estuviera atrapado en una misión eterna de entregar un mensaje que nunca llegaría.

—¿Todavía reparten el correo como en el siglo pasado por aquí? —solté, sin darme cuenta de que había hablado en voz alta. Mi tono era más de curiosidad que de burla, pero en cuanto las palabras salieron de mi boca, supe que había metido la pata.

Draco y Vlad me lanzaron una mirada sincronizada por el retrovisor, sus expresiones eran un cóctel de confusión y exasperación. Kur, a mi lado, siguió mi mirada hacia el arcén, frunciendo el ceño.

—¿De qué hablas, Coraline? —preguntó, de forma genuina.

—Del... —empecé, pero las palabras murieron en mi garganta cuando el coche adelantó a la figura.

Al pasar junto a él, la luz del sol reveló lo que mi instinto ya sospechaba: le faltaba la mandíbula, su rostro era una máscara grotesca de hueso y sombra y sus ojos vacíos me siguieron con una intensidad que me heló la sangre. No era un cartero nostálgico; era otro maldito fantasma. Cerré los ojos con fuerza, de manera que si apretarlos pudiera borrar la imagen de mi mente. "*Genial, Coraline*", me reproché, "*ahora estás coleccionando apariciones como si fueran cromos. ¿Qué sigue, un club de fans espectral?*"

—¿Coraline, estás bien? —preguntó Kur, inclinándose hacia mí, su mano cálida se posó en mi brazo. Su preocupación era tan sincera que casi me sentí culpable por mentir.

—S-sí, no es nada —balbuceé, forzando una sonrisa que probablemente parecía más una mueca—. Solo estaba divagando, ya sabes, cosas de vampiras con demasiada cafeína.

Pero no engañé a todos. Desde el retrovisor, los ojos grises de Draco me perforaron. Su mirada era glacial, cargada de sospecha y supe al instante que no se había tragado mi excusa. "*Maldito Cayetano*", maldije, "*¿por qué tienes que ser tan condenadamente*

perspicaz?” Si sospechaba que estaba viendo fantasmas, no tardaría en interrogarme como si fuera un detective en una película *noir*. Y yo no estaba lista para confesar que mi vida se había convertido en un episodio de “Historias de ultratumba”, especialmente no a él, que probablemente me sugeriría “leer un libro” sobre exorcismos.

—Concéntrate, chica cuervo —dijo Draco, en voz baja pero afilada, sin apartar los ojos del retrovisor—. No estamos aquí para admirar el paisaje ni para inventar historias.

—Oh, tranquilo, Cayetano —repliqué, recuperando mi sarcasmo barra escudo—. Solo estaba pensando en lo mucho que este viaje parece un “*road trip*” al infierno. ¿Alguien quiere parar por un helado antes de que nos enfrentemos a los secuaces de Alaric?

Kur soltó una risita, pero Draco solo gruñó, su atención volvió a la carretera. Vlad, fiel a su estilo, no dijo nada, aunque juraría que vi un destello de diversión en su rostro. Me recosté de nuevo, fingiendo una calma que no sentía, mientras mi mente seguía atrapada en la imagen del cartero espectral. ¿Por qué seguía viendo estas apariciones? ¿Era este lugar, tan cerca de Birkenau, con su historia de horror y muerte, el que despertaba mi don? Fuera lo que fuera, una cosa estaba clara: este viaje a la Catedral de los Huesos no iba a ser un paseo por el parque. Y con mi suerte, el próximo fantasma probablemente me pediría que le entregara su carta... o que le organizara una reunión de antiguos alumnos en el más allá. Suspiré, mirando por la ventana mientras el coche se acercaba a Birkenau, el peso de la misión y de los espíritus me apretaba el pecho hasta dejarme sin aire. “Solo sobrevive, Coraline”, me dije.

El aire en Birkenau era pesado, como si la tierra misma exhalara los ecos de su pasado. La entrada al campo, con su icónica puerta de ladrillo y las vías del ferrocarril que se perdían en la distancia, parecía observarnos con una solemnidad que contrastaba con la energía de nuestra guía. Filomena, una joven de cabello castaño recogido en una coleta y una sonrisa tan brillante que parecía fuera de lugar, irradiaba un entusiasmo que rozaba lo absurdo. Por su forma de hablar, con gestos amplios y una voz que casi cantaba, cualquiera diría que nos estaba llevando a un parque temático en

lugar de a un sitio donde la historia había tallado sus cicatrices más profundas. *"Filomena, nombre de huracán y actitud de animadora"*, pensé, conteniendo una risita. Si esta misión no terminaba con nosotros enfrentándonos a los secuaces de Alaric, al menos tendría material para un monólogo cómico.

Éramos un grupo de diez personas, una mezcla ecléctica de turistas curiosos, estudiantes de historia y nosotros, un cuarteto de criaturas sobrenaturales disfrazadas de mortales. Antes de comenzar la visita, Filomena, con su energía de profesora de primaria en su primer día, nos pidió que nos presentáramos al grupo, como si estuviéramos en una clase de iniciación o en una reunión de terapia grupal. Los chicos se quedaron paralizados, sus rostros eran un cuadro de confusión. Kur parpadeó de modo que si le hubieran pedido que resolviera un acertijo en arameo, Vlad mantuvo su habitual expresión de estatua pensativa y Draco... bueno, Draco parecía estar a punto de incinerar a Filomena con la mirada. Para ellos, esto era una pérdida de tiempo, una formalidad absurda en medio de una misión que podía costarnos la vida. Pero para mí, oh, para mí era una oportunidad de oro para sembrar un poco de caos y, de paso, sacarle una mueca al señor "Cayetano".

Mientras los demás turistas balbuceaban sus nombres y razones para estar allí —una pareja alemana buscando "entender la historia", un estudiante británico con un cuaderno lleno de anotaciones—, yo esperaba mi turno con una sonrisa traviesa. Cuando llegó el momento, los chicos seguían mudos, claramente esperando que me mantuviera callada y seria. Error garrafal. Me adelanté un paso, alzando la barbilla con la confianza de una actriz de comedia en su gran escena.

—¡Hola a todos! —exclamé, con un entusiasmo que rivalizaba con el de Filomena—. Soy Catalina y he venido con mi encantadora familia a visitar Birkenau. Este es mi maravilloso marido, Cayetano —dije, señalando a Draco con un gesto teatral, disfrutando de cómo sus ojos se entrecerraron en una mezcla de horror y furia contenida—. Hemos viajado desde España con mi hermano Antonio —continué, apuntando a Kur, que casi se atraganta con su propia lengua—, y mi tío Ramón, un hombre de pocas palabras, pero con

mucho encanto —concluí, guiñando un ojo a Vlad, que me miró como si estuviera reconsiderando su decisión de unirse a esta misión.

El grupo de turistas soltó risitas nerviosas, claramente encantados con mi historia, mientras los chicos forzaban sonrisas que parecían más muecas de dolor. Draco, con la sutileza de un lobo acorralado, me dio un pellizco en el brazo, lo bastante fuerte como para que lo sintiera incluso con mi piel vampírica. Su mirada prometía represalias, pero yo solo le devolví una sonrisa angelical, como si no acabara de declararlo mi esposo ficticio frente a un grupo de desconocidos.

Cuando Filomena, ajena al drama, dio la señal para comenzar la marcha, Draco se inclinó hacia mí, su aliento frío me rozó el oído.

—Esta me la pagas, chica cuervo —susurró, en un siseo que podría haber congelado el aire—. ¿Tu marido? ¿En serio? ¿En qué universo me casaría contigo? Te lo digo yo: en ninguno. Así que quiero el divorcio y rapidito.

Me quedé con la boca abierta, más por la chispa de diversión que detecté en su tono que por su amenaza. Por primera vez, juraría que vi un destello de algo humano en sus ojos grises, un atisbo de humor enterrado bajo capas de arrogancia y dolor. "*Vaya, Cayetano*", me asombré, "*¿quién diría que sabes bromear?*" Pero antes de que pudiera responder con una réplica ingeniosa, se adelantó, liderando al grupo con esa postura de señor feudal que parecía llevar cosida a la piel. Me limité a seguirlo, conteniendo una risa, mientras Kur me lanzaba una mirada que decía: "Estás loca, pero te adoro por eso".

Mientras caminábamos por los senderos de Birkenau, la atmósfera cambió. El entusiasmo de Filomena se desvanecía bajo el peso de la historia del lugar y el silencio del grupo se volvió opresivo. Los campos abiertos, las alambradas oxidadas y los restos de los barracones se alzaban semejantes a testigos mudos de un horror que aún resonaba en el aire. Mi sonrisa se desvaneció, reemplazada por un nudo en el estómago que no tenía nada que ver con las tortitas de la mañana.

El aire en Birkenau era denso, cargado de un silencio que parecía susurrar los lamentos de un pasado que se negaba a desvanecerse. Mientras nuestro grupo avanzaba por los senderos de grava, guiados por la incansable Filomena, una melodía melancólica flotó hasta mis oídos, tan frágil y triste que casi me arrancó lágrimas que no sabía que aún podía derramar. Reconocí la pieza al instante: "*Spiegel im Spiegel*" de Arvo Pärt, compuesta en 1978, mucho después de los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Las notas largas y suaves, tejidas por un violín y un piano imaginario, tenían un carácter profundamente introspectivo, como si cada acorde estuviera cargado de recuerdos que no me pertenecían. Me detuve, mi corazón muerto latía con una emoción que no podía explicar. ¿Cómo era posible que un espíritu, atrapado en este lugar de sufrimiento, conociera una melodía tan moderna? La única respuesta que se me ocurrió fue que los fantasmas, al igual que los vampiros, podían aprender del mundo que los rodeaba, absorbiendo fragmentos del tiempo que seguían adelante sin ellos. O eso, o estoy atrapada en un episodio de "Fantasmas con buen gusto musical", pensé, intentando aligerar el nudo en mi pecho con un toque de mi sarcasmo habitual.

Seguí la melodía con la mirada y allí, junto a los restos de los barracones para mujeres, vi al espíritu que la tocaba. Era un joven, apenas un eco de lo que había sido, con un rostro pálido y demacrado, vestido con un uniforme raído que colgaba de su figura etérea como un sudario. Sus manos, traslúcidas pero precisas, deslizaban un arco invisible sobre un violín que no existía en este plano y cada nota parecía sangrar su dolor, un lamento mudo por todo lo que había perdido. Me acerqué, incapaz de resistir la llamada de su música, con mi aliento atrapado en la garganta. El grupo de turistas, incluida Filomena con su entusiasmo de parque temático, seguía adelante, ajeno a la escena que se desplegaba ante mí.

Los chicos —Kur, Vlad y Draco— estaban unos pasos más atrás, pero no me importó. Este momento era entre el espíritu y yo, una vampira convertida en médium improvisada que claramente necesitaba un manual de instrucciones para su nuevo don.

El joven dejó de tocar en el instante en que sus ojos, vacíos pero llenos de una tristeza infinita, se encontraron con los míos. Su figura

titiló, similar a una vela a punto de apagarse y su voz, un susurro que parecía venir de otro mundo, rompió el silencio.

—¿Puedes verme? —preguntó, aunque sonó más como una afirmación, sabiendo la respuesta.

Tragué saliva, o lo que pasaba por tragar en mi estado y asentí.

—Sí, puedo verte —respondí, temblando de emoción. No era miedo, no esta vez, sino una mezcla de asombro y empatía por esta alma atrapada en un bucle eterno.

El joven inclinó la cabeza, su rostro se suavizó con un destello de esperanza.

—Llevo años tocando esta melodía, esperando que el espíritu de mi prometida me encuentre —susurró, con la voz cargada de una tristeza que me apretó el pecho—. Su nombre es Alexandra. Dormía en estos barracones, pero no se me permite entrar. No la he visto desde... desde que todo terminó.

Mis ojos se humedecieron, sintiendo su sufrimiento y nostalgia.

—Te ayudaré —dije, con una determinación que me sorprendió incluso a mí misma—. ¿Cómo te llamas? ¿Y hay algo más que deba saber?

—Elías —respondió, en apenas un suspiro—. Mi nombre es Elías. Y ella... tiene dos lunares en la mejilla derecha. Por favor, ayúdame a encontrarla.

Sonreí, conmovida por la fuerza de un amor que desafiaba la muerte misma.

—Te lo juro por el Nazareno de mi pueblo, Elías —dije, con un guiño que intentaba aligerar el momento—. Soy Coraline, por cierto. Y no te preocupes, si Alexandra está por aquí, la encontraré. Aunque, con mi suerte, probablemente me pedirá que organice una boda póstuma con catering incluido.

Elías esbozó una sonrisa débil, casi imperceptible, antes de retomar su violín invisible. Las notas de "*Spiegel im Spiegel*" volvieron a llenar el aire, cada una era un eco de su amor perdido. Me quedé mirándolo un momento, hipnotizada por la belleza de su dolor, hasta que una sombra familiar se interpuso en mi campo de visión. Draco, con su postura de señor feudal y su mirada glacial, me observaba

como si acabara de pillarme robando el último cojín polvoriento de la casa.

—Sabía que estabas loca, chica cuervo —dijo, bajando la voz—. Pero esto... ¿con quién demonios hablabas? ¿Con el aire? ¿O has encontrado un amigo invisible para tu club de chaladas?

Me crucé de brazos, alzando una ceja con mi mejor cara de “no te doy explicaciones, Cayetano”.

—Oh, estoy loca, acéptalo —repliqué, con mi tono goteando sarcasmo—. Podría decirte la verdad, pero es mucho más divertido verte intentar descifrarme como si fuera un jeroglífico vampírico. ¿Qué tal si sigues con tu papel de esposo devoto y me dejas en paz?

Draco entrecerró los ojos, pero, para mi sorpresa, una chispa de diversión cruzó su rostro, tan fugaz que casi pensé que la había imaginado.

—Ya hablaremos de esto en casa, querida esposa —susurró, acercándose lo suficiente para que su aliento frío rozara mi oído—. Por ahora, compórtate como tal y sigue con la mentira. No quiero que Filomena sospeche.

—Tus deseos son órdenes, esposo mío —respondí, y en un arranque de pura travesura, me puse de puntillas y planté un beso rápido en su mejilla.

La piel de Draco, fría como el mármol, no se inmutó, pero su cuerpo se quedó rígido, como si acabara de electrocutarlo. “Vaya, Cayetano”, me dije, conteniendo una risa, *“parece que no estás tan preparado para este matrimonio ficticio como creías”*.

A mí, para ser honesta, no me desagradó el contacto. Había algo en su reacción, en esa mezcla de sorpresa y fastidio, que hacía que pincharlo fuera más divertido de lo que quería admitir. Pero mientras me alejaba para reunirme con el grupo, con Kur y Vlad lanzándome miradas curiosas desde la distancia, no pude evitar sentir un cosquilleo en mis entrañas.



Capítulo 8

RADIOACTIVE

El sol de mediodía colgaba sobre Birkenau como un testigo indiferente, incapaz de calentar el aire cargado de ecos del pasado. Cuando Filomena, nuestra guía rebotante de una alegría que rozaba lo inapropiado, anunció que podíamos explorar el campo por nuestra cuenta y tomar fotos, sentí una punzada de incomodidad. Había algo profundamente macabro en deambular por un lugar donde el sufrimiento aún impregnaba la tierra, como si fuera una atracción turística con entradas y souvenirs. La memoria histórica era crucial, sin duda, pero mientras observaba a los turistas sacando selfis junto a las alambradas oxidadas, no pude evitar pensar que algunos veían este lugar similar a un decorado para Instagram en lugar de un recordatorio de horrores que nunca deberían repetirse. En fin, pensé, ajustándome la chaqueta donde guardaba el saquito de dalias negras, al menos nosotros tenemos una excusa para estar aquí: cazar vampiros psicóticos y no ganar el premio al turista más insensible del año.

El grupo se dispersó, y los chicos —Kur, Vlad y el siempre encantador Draco— se reunieron conmigo en un rincón discreto, lejos de los ojos curiosos de Filomena y los demás. Draco, con su habitual aire de general en campaña, nos dio instrucciones precisas:

explorar el terreno en busca de los secuaces de Alaric, que probablemente se mezclaban con los turistas para vigilar los accesos a la Catedral de los Huesos.

—Si encontráis problemas, enviad un mensaje telepático con la señal código rojo a Kur, él nos avisará a los demás —dijo, dirigiendo la supuesta operación militar—. Y, Coraline, intenta no provocar un caos internacional mientras estás aquí.

—Tranquilo, Cayetano —repliqué, guiñándole un ojo con una sonrisa traviesa—. Solo provocaré un caos nacional, para no salirme del presupuesto. Por cierto, lobito, me encanta tu poder, no necesitas wifi.

Kur soltó una risita, y hasta Vlad esbozó una sonrisa apenas perceptible, pero Draco solo puso los ojos en blanco, claramente arrepintiéndose de haberme incluido en esta misión. Nos dividimos, cada uno tomando un rumbo diferente, con la promesa tácita de mantener los ojos abiertos y los colmillos listos. Pero mientras me alejaba, mi mente no estaba del todo en los secuaces de Alaric. Tenía otro propósito, uno que no había compartido con los chicos: encontrar a Alexandra, la prometida de Elías, el violinista espectral cuya melodía de "*Spiegel im Spiegel*" aún resonaba en mi cabeza. Si podía ayudar a un alma atrapada a encontrar su final feliz, tal vez este don de médium improvisada valdría la pena. O al menos, me dará algo de karma positivo antes de que Alaric intente convertirnos en brochetas vampíricas.

Me dirigí al barracón de las mujeres, un edificio de madera desgastada que se alzaba al igual que un esqueleto silencioso bajo el cielo gris. El interior estaba vacío, las literas desnudas alineadas contra las paredes mostraban un sufrimiento inimaginable. El aire olía a polvo y tiempo estancado y un frío que no tenía nada que ver con la temperatura se enroscó en mis entrañas. Me detuve en el centro del barracón, esperando sentir la presencia de Alexandra o cualquier otro espíritu. Pero no había nada. Ni un susurro, ni una sombra, ni el más mínimo eco de las almas que deberían estar atrapadas en un lugar como este. Fruncí el ceño, desconcertada. Vamos, Coraline, me dije, eres la reina de los fantasmas, ¿no? ¿Dónde está el desfile espectral que esperabas? Había imaginado un

coro de almas perdidas, pero el silencio era tan absoluto que casi me sentía insultada. ¿Estaba mi don defectuoso? ¿O había algo en Birkenau que mantenía a los espíritus a raya, incluso para alguien como yo, que aparentemente había ganado el premio a la vampira más paranormal del año?

Cerré los ojos, dejando que la imagen de Alexandra —dos lunares en la mejilla derecha, según Elías— llenara mi mente. Susurré su nombre en un murmullo, intentando invocarla. Pero cuando abrí los ojos, el barracón seguía tan desolado como antes, las sombras inmóviles y el silencio me oprimía el pecho. Estupendo, mi carrera como Lorraine Warren acaba de estrellarse antes de empezar. Cabizbaja, abandoné el barracón, mis botas levantaron pequeñas nubes de polvo que parecían burlarse de mi fracaso. Mis pasos, casi por instinto, me llevaron hacia las ruinas de los crematorios, los restos destrozados de las cámaras de gas que aún se alzaban como cicatrices en la tierra. Los nazis habían destruido gran parte de estas estructuras antes de la liberación, pero las ruinas seguían allí, un recordatorio crudo de la barbarie.

De pronto, un escalofrío me recorrió la espalda y no precisamente por el viento. Miré a mi alrededor, esperando ver a Elías o a Alexandra, pero solo encontré el paisaje desolado y el eco de mi propia respiración. Genial, Coraline, ahora imaginas cosas. Estás en el lugar más embrujado del mundo, buscando a una fantasma que no aparece, con un equipo que incluye a un vampiro gruñón y un licántropo enamorado. ¿Qué puede salir mal? Solo esperaba que, si encontraba a los secuaces de Alaric antes que a Alexandra, mi sarcasmo fuera suficiente para mantenerlos a raya.

La frustración me carcomía mientras pateaba una piedra con toda la fuerza que mi rabia vampírica podía reunir, enviándola a volar por las ruinas de Birkenau como si fuera un meteorito en miniatura. No había encontrado a Alexandra, la prometida de Elías y mi supuesto don de médium parecía más una broma cósmica que un talento útil. Estupendo, Coraline, has pasado de vampira a cazafantasmas de pacotilla en menos de un día. Pero mi autocompasión se vio interrumpida por un grito que me heló la sangre que no corría por mis venas.

—¡Auch! —exclamó una voz masculina, seguida de una retahíla de maldiciones que habrían hecho sonrojar a mi tía Manoli en sus días más salvajes.

Me quedé paralizada, mis ojos recorrieron el paisaje hasta dar con la fuente del alboroto. Un hombre alto, de cabello negro azabache que caía en ondas sobre sus hombros, se frotaba la frente con una mano mientras fulminaba con la mirada a una pareja joven de turistas que intentaban socorrerlo. La piedra que había pateado, en un giro digno de una comedia de enredos, le había dado de lleno. Los humanos, con expresiones de preocupación, se acercaban con gestos torpes, pero el hombre los alejó con un ademán brusco. Mi olfato vampírico se activó al instante, captando un aroma metálico y oscuro que no dejaba lugar a dudas: era un vampiro. Y no uno cualquiera. La herida en su frente, que debería haber sido un cráter considerando mi fuerza, ya estaba cerrándose, la piel se regeneraba con una rapidez que solo nuestra especie podía presumir. Bingo, un secuaz de Alaric, justo lo que necesitábamos para alegrar el día.

Mi instinto se puso en marcha, alerta ante la posibilidad de que este vampiro estuviera cazando a la pareja de turistas para alimentar a su madriguera. Las normas de nuestra comunidad eran claras: no cazar humanos, no exponer nuestra existencia. Pero algo me decía que los soldados de Alaric no eran precisamente los más respetuosos con el reglamento. Sin pensarlo dos veces, corrí hacia ellos, adoptando mi mejor cara de turista despistada y culpable.

—¡Lo siento muchísimo! —exclamé, interponiéndome entre el vampiro y la pareja con una sonrisa que era puro teatro—. No os vi, de verdad. ¿Estáis bien?

La mujer, una joven con una cámara colgada al cuello, me miró con alivio.

—Nosotros estamos bien, pero él se llevó el golpe de la piedra —dijo, señalando al vampiro, que seguía frotándose la frente con un dramatismo exagerado.

—Oh, tranquilos, yo me ocupo de él —respondí, clavando mis ojos en los suyos y dejando que mi poder de persuasión vampírica fluyera como un susurro hipnótico—. Seguid con la visita, no ha pasado nada.

La pareja asintió, aturdida, y se alejó sin mirar atrás, olvidando el incidente en un parpadeo. Me volví hacia el vampiro, que me observaba con una mezcla de curiosidad y fastidio; sus ojos grises —tan profundos y fríos como los de Draco— me escudriñaron intentando descifrarme. Era alto, musculoso, con un atractivo que rivalizaba con el de mi supuesto esposo Cayetano, pero había algo en su sonrisa que me puso los colmillos en guardia.

—Gracias por espantarme la comida, novata —dijo, de una forma sarcástica que me resultaba demasiado familiar—. Ahora tendré que engatusar a otros dos humanos para saciar mi sed.

—Ups, lo siento —repliqué, encogiéndome de hombros con una sonrisa inocente que no engañaba a nadie—. Pensé que la piedra te había atravesado el cráneo. Aunque, para ser justos, parece que tu cabeza es más dura de lo que esperaba.

El vampiro soltó una risa baja, sus ojos brillaron con una chispa de diversión.

—Los de nuestra especie no visitan estas tierras sin un permiso especial de nuestro rey —explicó, en un tono cordial, pero con un trasfondo de advertencia—. ¿Qué haces aquí, sola, lanzando piedras como si fuera un deporte olímpico?

Me hice la tonta, batiendo las pestañas con una inocencia que habría hecho vomitar a Draco.

—¿Un rey? ¿Tenéis un rey? —pregunté, como si acabara de descubrir que los vampiros existían—. No tenía ni idea. Soy nueva en esto del *Bloody Mary* eterno, ¿sabes? Nadie me dijo que había un monarca vampírico dando órdenes.

Él alzó una ceja, claramente intrigado.

—¿Quién te convirtió? —preguntó, cruzándose de brazos.

—Oh, es una larga historia —respondí, inventando sobre la marcha con una facilidad que habría enorgullecido a mi amiga Isabella—. Resumiendo: mi tía Manoli, una vampira de pura cepa, me ofreció el don una noche de fiesta en mi pueblo. ¿Quién la convirtió a ella? Nunca me lo ha dicho, supongo que me gustaba imaginar que fue Drácula. Total, estábamos pasadas de vino, eran las fiestas del pueblo, y una cosa llevó a la otra. ¡Pum! Ahora soy una chupasangre. ¡Locura total!

—¿De dónde eres? —insistió, con una sonrisa—. ¿Y a qué casa pertenece tu tía?

—Soy de España, de un pueblo perdido donde el gazpacho es religión —dije, conteniendo una risa interna ante mi propia farsa—. Mi tía y yo formamos parte de la Hermandad del Nazareno. Allí no las llamamos casas, ¿sabes? Son hermandades, con mucho drama y procesiones nocturnas. Muy nuestro.

El vampiro parpadeó, claramente desconcertado.

—Nunca he oído hablar de hermandades vampíricas españolas —admitió, rascándose la barbilla.

—Normal, somos un club exclusivo —repliqué, guiñándole un ojo—. Entonces, ¿qué hago aquí? Turismo vampírico. Ahora que soy inmortal y no necesito un euro para viajar, hipnotizo a un par de humanos y me planto en sitios como este. Pero si no soy bienvenida en tu territorio, me largo. No quiero meterme en problemas con tu rey.

—No, no, me intrigas —dijo, con amabilidad—. Eres bienvenida en mi territorio. Pero eso lo decide el rey, ¿no crees?

Hice una pausa dramática, fingiendo sorpresa.

—Espera, ¿tú eres el rey? —exclamé, abriendo los ojos como platos.

—Estás hablando con Alaric, señor de los Huesos de la casa “Los Elegidos de Hitler” —respondió, con un orgullo que no ocultaba su diversión.

Me quedé con la boca abierta, más por la sorpresa de que este fuera Alaric que por mi actuación. No era el monstruo sádico que Draco había descrito, sino un vampiro carismático, atractivo y con un sentido del humor que me descolocó por completo. Vaya, Cayetano, parece que tu némesis podría ganarte en un concurso de encanto. Pero antes de que pudiera responder, Alaric frunció el ceño, como si acabara de notar algo en mí.

—No te preocupes, no hace falta que hagas reverencias —dijo, riendo con una calidez que me puso los pelos de punta—. Eres divertida, novata. Espero volver a verte. Disfruta de mi tierra. Te encontraré; tienes un olor muy particular.

—¿Un olor? —repetí, desconcertada, y en un impulso absurdo, me olí el sobaco, ganándome una carcajada de Alaric.

¿Qué demonios? pensé. ¿Era el perfume de mi chaqueta, las dalias negras o simplemente mi talento para meter la pata? Alaric se alejó, su risa resonaba en el aire, dejándome con una mezcla de alivio y nerviosismo.

Aturdida, abandoné Birkenau con el corazón acelerado y una punzada de decepción por no haber encontrado a Alexandra. Mi misión de reunir a los amantes espectrales había sido un fracaso, pero conocer a Alaric —el mismísimo señor de los Huesos— era un giro que no había visto venir. Me reuní con los chicos en el coche, estacionado a las afueras del recinto y subimos en un silencio que pesaba como una losa. El paisaje polaco se deslizaba por las ventanillas, pero mi mente estaba atrapada en la imagen de Alaric y su sonrisa inquietante.

Draco, al volante, rompió el silencio con su habitual tono de general impaciente.

—¿Habéis visto algún secuaz de Alaric? —preguntó, con los ojos fijos en la carretera—. Ese lugar parecía desierto. No olí ningún rastro, nada.

—Nosotros tampoco —respondió Vlad, con calma y con un atisbo de duda—. Tal vez la Catedral de los Huesos no exista ya. Quizás su comunidad se rebeló contra Alaric, o se disolvió. No percibí nada y Kur tampoco.

Me mordí el labio, debatiendo si soltar la bomba o no. Pero mi boca, como siempre, decidió por mí.

—Pues yo vi a Alaric —solté, sin anestesia, como si estuviera anunciando que había encontrado un buen restaurante.

Draco dio un frenazo tan brusco que casi nos saca de la carretera, el coche chirrió como si protestara por mi revelación. Se giró hacia mí, sus ojos grises ardían con una furia que podría haber incendiado el bosque entero.

—¿Por qué no enviaste el código rojo? —rugió—. ¡Podría haberte matado, Coraline!

—No lo creo —respondí, encogiéndome de hombros con una calma que sabía que lo sacaría de quicio—. Fue muy simpático conmigo.

Hasta me invitó a volver a su territorio. Un caballero, vamos.

—¿Simpático? —Draco parecía a punto de estallar—. ¡Es un monstruo! ¡Un asesino!

—Pues tú tienes más mala hostia que él, Cayetano —repliqué, cruzándome de brazos—. Al menos Alaric no me dio un sermón sobre cómo comportarme.

—¡Me sacas de quicio! —gritó, pisando el acelerador con tanta fuerza que el coche dio un salto hacia adelante. Pero entonces, su voz se quebró y sus siguientes palabras me golpearon en el alma—. No olvides que Alaric mató a Anne.

El silencio que siguió fue más pesado que el de Birkenau. Sus palabras se clavaron en mi corazón y, por un momento, la culpa me ahogó. Draco tenía razón: el encanto de Alaric podía ser una fachada, un señuelo para arrancarte el alma. Hasta el diablo podía ser seductor y yo había caído en su juego como una novata. Bien hecho, Coraline, has coqueteado con el enemigo y ni siquiera has encontrado a Alexandra. Mientras el coche avanzaba hacia el refugio, con Kur y Vlad intercambiando miradas preocupadas, supe que esta misión acababa de volverse más complicada.

Draco encendió la radio, supongo para relajarse y no sucumbir a su instinto asesino de enterrarme viva. La canción de "*Radioactive*" de Imagine Dragons, sonó impregnando el ambiente.

La canción hablaba de un despertar personal, como si alguien estuviera emergiendo de un estado de opresión o letargo hacia una nueva era de fuerza y cambio. En mi cabeza surgieron imágenes apocalípticas, con un mundo destruido o contaminado, un símbolo de una lucha interna o externa. El término "*radioactive*" representaba tanto la energía transformadora como una sensación de peligro o poder. Era un himno de resistencia y empoderamiento, con un tono que mezclaba desesperanza con esperanza. Al igual que nuestra aventura.



Capítulo 9

HE'S A PIRATE

El coche apenas se había detenido frente a la casa cuando Draco salió disparado, su figura estaba envuelta en una furia que parecía hacer temblar el mismísimo aire. Sus botas resonaron contra la grava similares a tambores de guerra y supe de inmediato que me esperaba una tormenta de proporciones épicas. Vlad me lanzó una mirada cargada de compasión, sus ojos oscuros reflejaban una comprensión que solo alguien que conocía a Draco desde hacía años podía tener. Pobre de mí, pensé, resoplando mientras me quedaba plantada junto al coche, con mis brazos cruzados tipo escudo contra el rapapolvo que se avecinaba. La casa, con sus ventanas polvorientas y su aura de mausoleo gótico, parecía mirarme con la misma desaprobación que Draco. Estupendo, Coraline, has pasado de cazar vampiros a ser la diana oficial del Cayetano.

—Tienes un imán para los problemas, Coraline —susurró Kur en mi oído, su tono era una mezcla de diversión y preocupación mientras me daba un codazo amistoso—. En serio, ¿cómo lo haces para meterte en líos hasta en un sitio como Birkenau?

—No podía llamaros con el código rojo telepático, Chihuahua —me defendí—. No sabemos lo poderosa que es su mente. Si me hubiera

pillado, ahora estaría convertida en un aperitivo vampírico con extra de salsa.

Kur alzó una ceja, a la vez que asomaba a sus labios una sonrisa picardía.

—Claro, y ahora un psicópata te encuentra interesante. Solo te falta empezar a ver muertos para completar tu currículum de desastres sobrenaturales.

Lo fulminé con una mirada que podría haber derretido acero, aunque por dentro me estaba partiendo de risa. Si tan solo supiera, el pequeño licántropo. Puse los ojos en blanco, fingiendo indignación y caminé hacia la casa con la cabeza bien alta.

El salón nos recibió con su olor a moho y madera vieja, los muebles crujían, protestando por nuestra presencia. Draco ya estaba presidiendo la mesa como un rey medieval, su expresión era una mezcla de furia contenida y cansancio existencial. Con un gesto autoritario de la mano, nos indicó que nos sentáramos y yo obedecí, no sin antes dedicarle una sonrisa sarcástica que sabía que lo sacaría de quicio.

—Muy bien, Catástrofe —dijo Draco, dirigiéndose a mí con un apodo que sonaba parecido a una sentencia de muerte—. Eres peor que un huracán. Deberías haberte quedado en Brujas, sirviendo copas y lejos de cualquier misión que requiera un mínimo de sentido común.

—Oh, habló el señor Yo Puedo con Todo —repliqué, cruzándome de brazos y echándome hacia atrás en la silla con una ceja alzada—. Para tu información, Cayetano, dejé el trabajo porque mi vida se fue al garete en menos de veinticuatro horas. Me echaron del piso de alquiler, mi nevera estaba más vacía que tu sentido del humor y aquí estoy, ayudándote a cazar a tu némesis. Así que no me juzgues, porque, aunque no te soporte, eres parte de esta tribu de chalados que llamamos familia.

Draco se pellizcó el puente de la nariz, su rostro se tensó como si estuviera a punto de estallar en una supernova de cólera. Pero antes de que pudiera lanzarme uno de sus sermones marca de la casa, Vlad alzó una mano, su voz calma pero firme puso orden.

—Tiempo —intervino, de forma autoritaria que hizo que hasta Draco se detuviera—. Estamos en una misión importante y no paráis de discutir como si fuerais niños en un patio de colegio. Resolver vuestras diferencias de una vez, no hace falta que seáis mejores amigos, pero al menos tened un mínimo de respeto.

Draco señaló en mi dirección, sus ojos grises echaban chispas.

—¡Ella es la que no para de atacarme con insultos y burlas! —se defendió, haciendo aspavientos.

—¿Yo? —repliqué, inclinándome hacia adelante con una sonrisa desafiante—. Venga ya, Cayetano, eres tú el que me desprecia por el mero hecho de existir. Cada vez que abro la boca, me miras como si quisiera venderte un seguro de vida eterna.

—¡Basta ya! —gritó Kur, dando un golpe en la mesa que hizo temblar las tazas polvorientas del aparador—. ¡Echad un polvo de una vez y dejad de pelear! Draco, te sientes culpable por sentirte atraído por Coraline, crees que estás traicionando a Anne, pero te recuerdo que la vida sigue y el destino te está dando una segunda oportunidad. Y tú, Coraline, tienes tanto miedo de abrir tu corazón que prefieres esconderte detrás de tu sarcasmo. ¿Trauma por la muerte de tus padres? Lo entiendo, pero no puedes seguir huyendo del amor por miedo a la pérdida.

El silencio que siguió fue tan denso que el ambiente se enmudeció. Me quedé boquiabierta, mi mente procesaba la bomba que Kur acababa de soltar. ¿Draco atraído por mí? ¿Yo huyendo del amor? Por favor, Chihuahua, pensé, ¿desde cuándo eres el Freud de los licántropos? Draco, por su parte, parecía haber sido alcanzado por un rayo, su rostro rígido se quedó como el mármol.

—No necesito un psicólogo, Kur —espetó Draco, cortante—. Y Coraline no me atrae. Es lo opuesto a mí en todos los sentidos posibles.

—Secundo y subo la apuesta —añadí, alzando la barbilla con una sonrisa desafiante—. No me van los cara culos con complejo de señor feudal. Prefiero a alguien con un mínimo de sentido del humor.

—Muy bien, tema resuelto —dijo Vlad, con un suspiro que sugería que estaba considerando jubilarse de esta misión—. Coraline, ahora

cuéntanos tu encuentro con Alaric, con pelos y señales. Y sin bromas, por favor.

Solté un bufido, mirando a mi tribu de fracasados. Me recosté en la silla y comencé a relatar el encuentro con Alaric. Describí su apariencia —alto, musculoso, con un cabello negro que podría haber sido la envidia de cualquier modelo de revista—, su sonrisa inquietante y su comentario sobre mi “olor particular” que aún me tenía oliéndome los sobacos en busca de respuestas. No omití nada: ni mi farsa de la Hermandad del Nazareno, ni mi patada a la piedra, ni la forma en que Alaric me había descolocado con su carisma. Mientras hablaba, los ojos de Draco se oscurecían, su mandíbula se apretó con cada detalle y supe que esta conversación estaba lejos de terminar. Genial, Coraline, has cabreado al jefe, coqueteado con el villano. ¿Qué tal si añades “incendiar la casa” a tu lista de logros? Pero mientras miraba a mis compañeros, supe que, a pesar de las peleas y los sarcasmos, estábamos juntos en esto.

El silencio que siguió a mi relato sobre el encuentro con Alaric era tan denso que los podría haber asfixiado. Los chicos me miraban como si acabara de confesar que había invitado al mismísimo diablo a tomar café. Intenté aligerar el ambiente, fiel a mi estilo de meter la pata y salir airosa.

—Solo improvisé, ya sabéis que es mi lema —dije, encogiéndome de hombros con una sonrisa que esperaba desarmara la tensión.

Vive rápido, mente mal y haz enfadar al Cayetano siempre que puedas. Palabras para vivir, ¿no?

Kur, siempre el primero en romper el hielo, se inclinó hacia mí y me olfateó con una exageración que parecía sacada de un documental de lobos.

—¿Tu olor? —preguntó, frunciendo el ceño, intentando resolver el misterio—. A mí no me hueles a nada raro. ¿Qué quiso decir Alaric con eso de “olor particular”?

Vlad, con su calma de estatua gótica, soltó una risa baja que resonó en el salón polvoriento.

—Eres un licántropo, Kur —dijo, en un tono divertido—. No captas el aroma particular de los vampiros. Para ti, todos olemos igual: probablemente a mausoleo abandonado o a velas rancias de iglesia.

Kur alzó las manos en un gesto de rendición, su sonrisa se torció con picardía.

—¡Oye, que no todos los licántropos tenemos el olfato atrofiado! —protestó, aunque sus ojos brillaban con diversión.

—Te recuerdo que eres el único licántropo sobre la faz de la tierra —concluyó Vlad.

Draco, que hasta ese momento había estado sentado como un juez a punto de dictar sentencia, carraspeó y me miró con una expresión que oscilaba entre la exasperación y algo que, por un instante, pareció ternura.

—Vlad tiene razón —dijo, con la voz más suave de lo habitual, casi tímida—. Coraline huele a... campos de primavera. A hierba fresca y flores silvestres. —Hizo una pausa, como si las palabras le quemaran la lengua, antes de añadir con su clásico tono mordaz—: Por eso me da alergia.

El salón se quedó en silencio y yo parpadeé, descolocada. ¿Draco, el señor Cara de Culo, acababa de decirme algo bonito? Vaya, Cayetano, ¿quién te ha poseído? ¿Un poeta romántico? Pero, como era de esperar, no pudo evitar arruinar el momento con su comentario final y la chispa de magia se desvaneció igual que un castillo de naipes en un huracán. Rodé los ojos, decidida a devolverle el golpe.

—Oh, qué poético, Cayetano —repliqué, apoyando las manos en la mesa con una sonrisa sarcástica—. Tú, en cambio, hueles a Giorgi Fijador Extrafuerte, la edición especial de gomina para vampiros gruñones. ¿Dónde compras ese aroma, en la sección de “repelente de buen humor”?

Kur soltó una carcajada que hizo temblar las lámparas polvorientas y hasta Vlad esbozó una sonrisa que parecía decir nunca cambiarás, Coraline. Draco, por su parte, se limitó a gruñir, pellizcándose el puente de la nariz. La conversación me había agotado, no solo por la tensión con Draco, sino por el peso de todo lo que había vivido en Birkenau: el encuentro con Alaric, la melodía de Elías, la ausencia de Alexandra. Necesitaba un respiro, un momento para ordenar mis pensamientos antes de que mi cabeza explotara.

Me levanté de la mesa con un suspiro teatral, ignorando las miradas de los chicos.

—Necesito aire —anuncié, dirigiéndome al exterior con la gracia de una vampira que sabe que está a punto de ser el centro de un chisme—. Seguid con vuestras teorías olfativas sin mí. Si alguien pregunta, estaré meditando sobre mi vida como reina del caos.

Salí de la casa y me dejé caer sobre un tronco partido en el borde del bosque, el aire frío de la noche polaca me envolvía en un abrazo gélido. El bosque se extendía ante mí, oscuro y silencioso, con ramas desnudas que parecían susurrar secretos en un idioma que no entendía. La escena me golpeó con una oleada de nostalgia, evocando los días felices en mi pueblo, cuando mi tía Manoli me arrastraba a paseos nocturnos por el campo, contándome historias de amores imposibles y aventuras que olían a romero y vino tinto. La echaba de menos, con su risa escandalosa y su habilidad para convertir cualquier drama en una anécdota. También echaba de menos a Isabella, mi ancla en este mundo de colmillos y sombras. Por un momento, consideré fabricar una ouija casera para contactar con mi tía —después de todo, si veía fantasmas, ¿por qué no probar?— pero descarté la idea. Ya tenía suficiente ver muertos; no estaba lista para una sesión de espiritismo que probablemente terminaría con mi tía regañándome desde el más allá por convertirme en vampira.

Sentada en un tronco partido, saqué el móvil del bolsillo con dedos temblorosos. Necesitaba un ancla, alguien que me recordara que no estaba perdiendo la cabeza en este circo de vampiros, fantasmas y villanos carismáticos. Marqué el número de Isabella, mi amiga, mi confidente, la única persona que podía soportar mis crisis existenciales sin sugerirme que me tirara a un lago de agua bendita. Al segundo tono, su voz irrumpió al otro lado de la línea, cargada de una mezcla de alivio y ansiedad que me hizo sonreír a pesar de todo.

—¡Coraline! —exclamó, su tono era un torbellino de preocupación—. Me tenías con el alma en vilo. ¿Cómo vais?

Solté una risa que sonó más como un suspiro.

—Tranquila, Isa, seguimos en pie... por ahora —respondí, apoyando la barbilla en la mano mientras miraba el bosque, que parecía susurrar los lamentos de Elías y su violín—. Pero agárrate, porque tengo noticias que te van a dejar con la mandíbula en el suelo. Conocí a Alaric en persona.

—¿QUÉ? —gritó Isabella, y juro que escuché el crujido de algo cayendo al suelo al otro lado de la línea, probablemente su taza de té o su propia cordura.

Le conté todo, como si estuviera confesándome con el cura de mi pueblo. Empecé con mis encuentros fantasmales —Elías y su melodía de “Spiegel im Spiegel”, la ausencia de Alexandra en los barracones—, seguí con mi desastrosa (y algo coqueta) interacción con Alaric, el señor de los Huesos que resultó ser más encantador de lo que Draco me había hecho creer y terminé con mis peleas épicas con el mismísimo Cayetano. Últimamente, mi vida se sentía como un barco a la deriva en un mar de sangre y sombras y hablar con Isabella era lo más cercano a encontrar un faro.

—Y eso no es todo —añadí, en tono de cotilleo—. Kur y Vlad... digamos que están más que sincronizados. Los pillé en el sótano, y no estaban precisamente discutiendo tácticas de combate.

Isabella soltó una risita que me hizo imaginarla tapándose la boca para no despertar a medio Brujas.

—Sospechaba algo —añadió, con picardía—. Me alegro por ellos. Se merecen un poco de felicidad en este desastre sobrenatural. —Hizo una pausa y su voz se volvió más seria, lo que significaba que se avecinaba un sermón—. Por cierto, Carol, hablando de felicidad... ¿no crees que es hora de que te abras un poco con Draco? Sé que sientes algo por él desde hace tiempo, aunque te empeñes en negarlo.

Me quedé en silencio, mi mente se tambaleó como si acabara de recibir un golpe en la sien. ¿Sentir algo por Draco? ¿Por el vampiro repeinado que parecía alérgico a mi existencia?

—No es cierto, Isa —protesté, negando de forma exagerada con la cabeza—. Me cae mal, ¿vale? No digas tonterías. Que me guste incordiarlo y que, sí, tal vez sea atractivo en plan “señor feudal con

gomina” no significa que esté enamorada. ¡Por favor, que no estamos en una telenovela vampírica!

Pero las palabras de Isabella se clavaron en mí como una estaca. Me quedé callada, mirando el bosque mientras mi mente traicionera evocaba recuerdos de Draco: la forma en que me había salvado la vida al convertirme en vampira, el dolor en sus ojos grises cuando estaba herida, la manera en que, a pesar de sus sermones, siempre parecía estar pendiente de mí. ¿Era solo culpa por la muerte de Anne, su prometida? ¿O había algo más, algo que yo me negaba a admitir porque abrir mi corazón era como invitar a un huracán a mi ya caótica vida? La muerte de mis padres me había enseñado que amar significaba arriesgarse a perder, y no estaba segura de estar lista para ese tipo de dolor otra vez. *“No, Coraline”, me dije, “no te pongas profunda ahora. Tienes fantasmas que encontrar y un Alaric que evitar”.*

—Isabella, tengo que dejarte —dije, cortando mis pensamientos antes de que me arrastraran a un abismo emocional—. Hablamos pronto.

—Cuídate, Coraline —respondió, suavizando la voz—. Y si necesitas desahogarte, aquí estoy. Ah, y no mueras, por favor.

—Bicho malo nunca muere, Isa —repliqué, sonriendo pese a todo—. Te quiero.

Corté la llamada y guardé el móvil, dejando que el silencio del bosque me envolviera. El saquito de dalias negras seguía vibrando en mi chaqueta, un recordatorio inquietante de que Alaric había notado mi “olor particular”. ¿Era por las flores? ¿O simplemente mi talento para meterme en problemas? Mientras miraba las sombras entre los árboles, pensé en Elías y Alexandra, en su amor atrapado en el tiempo, y en Draco, con su gomina y su corazón roto. *“Genial, Coraline”, me regañé con una risa amarga. “Estás atrapada entre un villano encantador, un jefe gruñón que tal vez te gusta, y un fantasma violinista que necesita tu ayuda. ¿Qué tal si añades “terapeuta sobrenatural” a tu currículum?”* Suspiré, levantándome del tronco un tanto agobiada. Esta misión era un desastre, pero si algo sabía hacer era improvisar y la canción *“He’s a Pirate”* de

Piratas en el Caribe sonó en mi cabeza animándome a no sucumbir en mi amargura.



Capítulo 10

I'M NOT A VAMPIRE

La noche había caído sobre el refugio como un manto de sombras y el bosque parecía susurrar secretos que no estaba lista para descifrar. Kur y Vlad se habían quedado a cargo de la guardia, lo que me dio la excusa perfecta para escapar de sus miradas curiosas y de Draco.

Subí las escaleras de la casa, cada peldaño crujía similar al lamento de un condenado y me dirigí a mi habitación con un único objetivo: una ducha rápida para lavar el peso de Birkenau, los fantasmas y el encuentro con Alaric. Si el agua caliente no arregla mi vida de vampira médium en apuros, al menos me dejará oliendo menos a campos de primavera y más a jabón de lavanda.

En el cuarto de baño, un espacio pequeño con azulejos descoloridos y un espejo que parecía juzgar cada una de mis decisiones, tiré la ropa al suelo con la gracia de un huracán. Si Isabella hubiera estado allí, me habría dado un sermón sobre mi desorden, probablemente con una lista de razones por las que debería doblar mi chaqueta en lugar de usarla como alfombra. Lo siento, pero mi vida ya es un caos, no necesito organizarla por colores.

Giré el grifo y las cañerías soltaron un gemido que sonaba al igual que si la casa estuviera tosiendo sus últimos alientos. Al instante, un chorro de agua caliente cayó sobre mi cabeza, relajando cada músculo de mi cuerpo inmortal. Cerré los ojos, dejando que el vapor me envolviera como un abrazo y, por dos gloriosos minutos, el mundo —con sus vampiros psicópatas, fantasmas violinistas y Dracos gruñones— desapareció.

Salí de la mampara, envuelta en una nube de vaho que convertía el baño en una sauna improvisada. Desnuda como el día en que nací, limpié el espejo con la mano, esperando encontrar mi reflejo pálido y sarcástico. Pero lo que vi me arrancó un grito que podría haber despertado a medio cementerio. Detrás de mí, en el espejo empañado, apareció una figura cadavérica, un hombre con cuencas vacías donde deberían estar sus ojos, vestido con un pijama de rayas raído que gritaba Birkenau. Su presencia no era solo visual; su sufrimiento, un dolor tan profundo que parecía apretarme el pecho, me golpeó como una ola. Chillé imaginando que estaba en la cámara de gas, cayendo al suelo aterrorizada y con mis manos tapándome la cara a la vez que intentaba borrar la imagen.

No pasaron ni tres segundos antes de que la puerta del baño se abriera de un golpe y Draco irrumpió con la cara descompuesta, sus ojos estaban abiertos de par en par por la preocupación. Me encontró allí, desnuda, sentada en el suelo frío, con las manos cubriendo mi rostro sintiéndome una damisela en apuros. Me dio rabia que me viese en mi momento más vulnerable.

—¡Coraline! —exclamó, acuclillándose a mi lado—. ¿Qué demonios pasa? ¿Por qué has gritado?

Intenté responder, pero las palabras se atascaron en mi garganta, atrapadas por el eco del sufrimiento del espíritu y mi propia vergüenza. Estaba temblando, no solo por el susto, sino porque la presencia del fantasma había sido un puñetazo emocional. Draco, con una delicadeza que no le conocía, apartó mis manos de mi cara. Sus ojos buscaron los míos y, por un momento, vi algo más que su habitual fastidio: genuina preocupación.

—Coraline... —susurró, con una suavidad que casi me olvidé de que era el mismo vampiro que me había llamado “catástrofe” horas

antes.

Sin importar mi desnudez —o tal vez porque estaba demasiado preocupado para notarlo—, me ayudó a levantarme con una fuerza que contrastaba con su cuidado. Me envolvió en una toalla que olía a lavanda rancia y el gesto, tan inesperado, me dejó sin palabras. Me acompañó hasta la cama, sentándome con una ternura que me descolocó por completo. ¿Quién eres y qué has hecho con el Cayetano? Mi mente luchaba por procesar este lado suyo tan tierno.

—¿Vas a contarme qué te pasa? —preguntó, sentándose frente a mí, con la mirada intensa, pero no acusadora—. Antes en Birkenau te pillé hablando con el aire. ¿Esto tiene algo que ver?

Quise contarle la verdad: que estaba viendo fantasmas, que un espectro con cuencas vacías acababa de darme el susto de mi vida inmortal, que mi don de médium era un boleto de lotería defectuoso. Pero las palabras no salían. No estaba lista para confesarle que mi vida se había convertido en un episodio de “Cazafantasmas”, sobre todo porque aún no entendía por qué veía estas apariciones. Así que, fiel a mi instinto de improvisar, solté la primera mentira que se me ocurrió.

—Fue... una araña —dije, forzando una sonrisa que probablemente parecía más una mueca—. Tengo fobia, ¿vale? Soy una vampira fuerte e inmortal, pero una araña del tamaño de un guisante me convierte en una histérica. Patético, lo sé.

Draco alzó una ceja, claramente no convencido, pero no insistió. En cambio, me miró con una intensidad que me hizo querer esconderme bajo la cama. Me perdí en sus ojos grises, severos, pero con un brillo que no podía descifrar. De pronto, recordé que había olvidado preguntarle a Isabella si había hablado con Necro sobre el don de Draco.

Quise preguntarle a él directamente, pero deseché la idea, no era el momento. Estaba desnuda y traumatizada por un fantasma.

—Te dejo cambiarte —dijo, levantándose con esa postura de señor feudal que nunca abandonaba—. Si quieres hablar, estoy en la habitación de al lado.

—Draco... —lo llamé antes de que saliera. Él se detuvo, mirándome con una intensidad que me erizó la piel—. Gracias.

Por primera vez desde que lo conocía, Draco sonrió. No era su mueca sarcástica habitual, sino una sonrisa genuina, relajada, que transformó su rostro en algo casi humano. Me quedé embobada, mi mente traicionera se preguntó cómo alguien tan gruñón podía ser tan atractivo sin esfuerzo.

—Mi deber es cuidar de ti —dijo, con ternura—. Yo te concedí el don de la Sangre, Coraline. Eres mi responsabilidad.

Ladeé la cabeza, alzando una ceja con una mezcla de curiosidad y desafío.

—¿Y por qué dejaste de ponerte gomina? —pregunté, incapaz de resistirme a pincharlo—. No es *hate*, de verdad, pero tengo curiosidad. ¿Fue una crisis existencial o simplemente se te acabó el bote?

Draco parpadeó, claramente descolocado por mi cambio de tema. Luego, con una risa baja que me sorprendió más que el fantasma, respondió:

—Algún día te lo contaré, chica cuervo.

Se marchó sin dar más explicaciones, dejándome con el misterio y una sensación cálida que no quería analizar. Me envolví mejor en la toalla, mirando la puerta cerrada mientras mi mente daba volteretas. Estupendo, Coraline. Ahora tienes un don que te hace ver muertos, un jefe que te salva la vida y te abraza y un misterio sobre gomina que no pediste. ¿Qué sigue, que el espíritu de Hitler te haga una visita?

Me levanté, decidida a cambiarme y descansar, pero el eco del sufrimiento del fantasma y el calor del abrazo de Draco se quedaron conmigo, como sombras que no podía sacudirme.

El sueño se me escapaba al igual que agua entre los dedos, y no era precisamente porque estuviera contando ovejas. Tumbada en la cama, con las sábanas enredadas, miraba el techo de la habitación, perdiendo la noción del tiempo. ¿Minutos? ¿Horas? ¿Siglos? No tenía ni idea. La casa, con sus crujidos y susurros, parecía burlarse de mi insomnio y el recuerdo del fantasma cadavérico en el baño seguía danzando en mi mente como un invitado no deseado. Muy bien, Coraline, ahora eres la protagonista de un episodio de "Pesadillas antes de dormir".

De pronto, un olor a flores secas, como rosas marchitas en un cementerio olvidado, inundó la habitación. Mi cuerpo se tensó, alerta. Mierda, los visitantes están aquí. Sabía que eran fantasmas — mi don de médium improvisada no me dejaba otra opción—, pero la idea de enfrentarme a más apariciones me hacía querer esconderme bajo la cama y fingir que era una tortuga inmortal. Entonces, un sonido nuevo rompió el silencio: respiraciones entrecortadas, como si alguien estuviera intentando inhalar el aire que ya no necesitaba. Giré la cabeza lentamente, con el corazón latiendo en mi pecho muerto y allí estaban. Una familia espectral, con rostros cenicientos y expresiones agónicas, flotaba al pie de mi cama, sus siluetas difuminadas por el resplandor pálido de la luna que se colaba por la ventana. Sus ojos vacíos me observaban, y el peso de su sufrimiento era tan abrumador que casi podía saborearlo, amargo y frío como el metal.

No, gracias, ya tengo suficientes amigos muertos, pensé, temblando de arriba abajo. Quería gritar, correr, o al menos lanzarles un cojín y exigirles que reservaran cita para sus lamentos. Pero correr es de cobardes y si algo había aprendido de las películas de terror, es que el gallina del grupo siempre acaba mal. Así que me levanté de la cama con la gracia de un maniquí poseído, rígida como si me hubieran metido un palo por donde no brilla el sol y me dirigí a la puerta con pasos lentos, pero decididos. Cada crujido del suelo era un recordatorio de que esta casa estaba tan embrujada como mi vida actual y, cuando por fin llegué al pasillo, solté un suspiro que probablemente despertó a algún murciélago cercano.

Sin pensarlo dos veces, me colé en la habitación de Draco al más puro estilo una ladrona de medianoche. La puerta se abrió con un gemido que parecía acusarme de invasión, pero no me importó. Allí estaba él, durmiendo en ropa interior sobre una cama que parecía sacada de un castillo medieval. La luz de la luna delineaba su figura y debo admitir que verlo en esa guisa —músculos definidos, cabello desordenado sin rastro de su gomina habitual— me hizo olvidar por un segundo que estaba huyendo de una familia de fantasmas. *"Vaya, Cayetano, si sigues así, voy a necesitar un ventilador para enfriar mis pensamientos"*. Pero el miedo seguía aferrado a mí como

un pasajero no deseado y antes de que mi cerebro pudiera procesar lo que estaba haciendo, me metí bajo las sábanas y me abracé a su bíceps como un cachorro desamparado buscando refugio.

Draco se removió, sus ojos grises se abrieron en la oscuridad con una mezcla de sorpresa y fastidio. Me miró, su rostro a centímetros del mío y supe que estaba a punto de soltar uno de sus sermones marca de la casa. Antes de que pudiera interrogarme, levanté una mano temblorosa y solté la primera excusa que se me ocurrió.

—Solo será esta noche —balbuceé, mi voz sonó más aguda de lo que pretendía—. Regresó la araña. Sí, la araña gigante. Una pesadilla, ¿sabes?

Draco alzó una ceja, claramente no convencido, pero en lugar de echarme de su cama o acusarme de loca, hizo algo que me descolocó por completo: me abrazó. Sus brazos, fuertes y cálidos a pesar de nuestra naturaleza fría, me envolvieron con una ternura que no esperaba. Claramente se había dado un golpe en la cabeza o lo había poseído un espíritu gentil, no entendía su actitud. Mi cabeza encontró refugio en su pecho y el latido inexistente de su corazón me resultó más reconfortante que una tarde entera cotilleando con Isabella. *"Genial, Coraline, estás huyendo de fantasmas y acabas en los brazos del Cayetano"*. Si esto no es un giro de guion, no sé qué lo es.

—Buenas noches, Coraline —murmuró, de modo que si estuviera concediéndome una tregua en nuestra guerra de sarcasmos.

El calor de su abrazo disolvió el miedo que me había perseguido desde el baño y, por primera vez en lo que parecía una eternidad, me relajé. Mis miedos se desvanecieron en la seguridad de ese momento. Mientras me dejaba llevar por el sueño, mi mente traicionera divagó hacia Isabella y su maldito sermón sobre mis sentimientos por Draco. ¿Sentía algo por él? No, imposible. Era un vampiro peinado, alérgico al buen humor, que me miraba como si fuera un huracán con patas. Pero entonces, ¿por qué su abrazo se sentía parecido a un hogar que no sabía que necesitaba? Para, Coraline, me dije. Tienes fantasmas que evitar, una Alexandra que encontrar y un Alaric que no debe matarte. No hay tiempo para enamorarte del señor feudal.

Cuando por fin cerré los ojos, el sueño me envolvió como una manta y soñé con campos de primavera, violines espectrales y un Cayetano que, por una vez, no me miraba con cara de querer venderme a un circo sobrenatural.

Los primeros rayos del alba se colaron por las rendijas de las persianas, pintando la habitación con un resplandor dorado que parecía burlarse de mi naturaleza vampírica. Me desperté lentamente, con los párpados pesados como si hubiera pasado la noche luchando contra un ejército de fantasmas en lugar de acurrucada contra el pecho de Draco. Mientras mis ojos se adaptaban a la luz, lo vi: Draco, de pie junto a la ventana, abrochándose los pantalones con una calma que contrastaba con la tormenta que había sido mi noche. Sin camiseta, su torso esculpido parecía sacado de una estatua renacentista y el cabello, libre de su habitual armadura de gomina, caía en mechones desordenados que le daban un aire casi humano. Vaya, Cayetano, si sigues así, voy a necesitar un cubo de agua fría para apagar mis pensamientos. Me quedé embobada, incapaz de apartar la mirada, mi mente traicionera imaginó escenarios que no tenían cabida en una misión para salvar el mundo sobrenatural.

Draco, intuyendo el peso de mi mirada, giró la cabeza y me pilló in fraganti. Sus labios se curvaron en una sonrisa, no la mueca sarcástica que solía dedicarme, sino algo más cálido, casi juguetón. Tomó su camisa de la silla con un movimiento fluido, como si estuviera actuando para una audiencia de una sola persona.

—Buenos días, chica cuervo —comentó—. En cinco minutos en el salón. Tenemos que hablar de la estrategia para colarnos en la Catedral de los Huesos. No te duermas, que no estoy para llevarte en brazos.

Asentí, mi boca estaba tan seca tipo el desierto de Gobi, no por el cansancio, sino por el espectáculo visual que acababa de presenciar. Maldita sea, Coraline, contrólate o acabarás declarando tu amor eterno al señor feudal en medio de una misión. Seguí su figura con la mirada mientras abandonaba la habitación, la puerta se cerró con un crujido que parecía reírse de mi estado. Me dejé caer de nuevo

en la cama, tapándome la cara con la almohada para reprimir un grito de satisfacción que habría despertado a toda la casa. Pero antes de que pudiera recrearme en la imagen mental de Draco y su torso de mármol, una voz etérea, suave como el susurro del viento, irrumpió en la habitación.

—Él merece ser feliz...

Mi cuerpo se tensó de igual modo que si me hubieran electrocutado. Arranqué la almohada de mi cara, el corazón latió desbocado en mi pecho muerto y allí estaba: Anne, la prometida fallecida de Draco, flotando al pie de la cama en plan una aparición sacada de un cuadro prerrafaelita. Su figura era translúcida, su rostro pálido iluminado por una tristeza serena, pero sus ojos —de un verde que parecía contener siglos de dolor— me miraron con una calidez inesperada. Me sonrió, una curva leve que se asemejaba más un adiós que un saludo y luego se desvaneció, dejando tras de sí un rastro de ese olor a flores secas que ya asociaba con los fantasmas.

Me quedé congelada, con la almohada aún en la mano y mi mente colapsando. Genial, Coraline, no solo tienes que lidiar con un villano carismático y un jefe que te hace cuestionar tu cordura, sino que ahora la ex de Draco te da consejos amorosos desde el más allá. ¿Era esto parte de mi don de médium? ¿O simplemente el universo había decidido que mi vida necesitaba más drama? La idea de que Anne, de todas las almas, me estuviera dando su bendición para... ¿qué? ¿Enamorarme de Draco? Era demasiado para procesar antes del café. O de la sangre, en mi caso.

Me levanté de la cama, todavía envuelta en la sábana como una reina vampírica de pacotilla y me dirigí al armario para ponerme algo que no gritara “acabo de huir de un fantasma y he acabado coqueteando con el repeinado”.

Cogí el móvil y puse en *Spotify* “I'm not a vampire” de Falling In Reverse.

*Bueno, no soy un vampiro
Pero me siento como uno
A veces duermo todo el día
Porque odio la luz del sol*

*Mis manos siempre tiemblan
El cuerpo siempre me duele
En la oscuridad cuando me alimento
Bueno, puedo atraer a cualquier mujer que quiera a mi cama
Conmigo*

Mientras me vestía, la voz de Anne resonaba en mi cabeza y no podía evitar preguntarme si ella sabía algo que yo me negaba a admitir. ¿Sentía algo por Draco? No, imposible. Pero entonces, ¿por qué su abrazo de anoche lo había sentido como un ancla en medio de mi tormenta? ¿Y por qué su sonrisa me hacía querer tirarle un cojín o, peor aún, besarlo? Para, Coraline, me dije, abrochándome las botas con más fuerza de la necesaria. No hay tiempo para crisis románticas patrocinadas por fantasmas.

Bajé las escaleras hacia el salón, vi que Kur y Vlad ya estaban allí, discutiendo en voz baja sobre algo que probablemente involucraba tácticas de combate o quién había comido el último paquete de galletas. Draco, ahora vestido y con su habitual aire de señor feudal, presidía la mesa como si estuviera a punto de declarar una guerra sobrenatural. Me miró al entrar, sus ojos grises me evaluaron con una intensidad que me hizo desear tener una excusa para huir de nuevo. Era hora de enfrentar la misión, los fantasmas y, tal vez, los sentimientos que Anne había decidido arrojarme al igual que una granada emocional.

Suspiré, preparándome para la estrategia de Draco y recé porque mi talento para el caos me sacara viva de esta... o al menos me diera una buena anécdota para contarle a Isabella.



Capítulo 11

FALLING IN REVERSE

El salón de la vieja casa estaba envuelto en un silencio tenso, roto solo por el crujido ocasional de la madera y el zumbido de una lámpara que parecía a punto de rendirse. Los tres —Kur, Vlad y yo— mirábamos a Draco con la boca abierta, como si acabara de anunciar que planeaba bailar flamenco en la guarida de Alaric. Su plan, si es que podía llamarse así, era un suicidio envuelto en una bandera de heroísmo testarudo. Infiltrarse solo en la Catedral de los Huesos, enfrentarse a su hermano psicópata y esperar salir con vida era el tipo de idea que hacía que mi don de médium pareciera una habilidad útil en comparación. Fantástico, Cayetano, has pasado de señor feudal gruñón a mártir con complejo de kamikaze.

—¿Estás loco? —me encaré con él, cruzándome de brazos y fulminándolo con la mirada—. ¿De verdad crees que puedes pasearte por la Catedral de los Huesos como si nada? ¡Te falta un tornillo, Draco!

—Es mi guerra —replicó, tajante—. Alaric es mi hermano, y lo conozco mejor que nadie. Sé cómo piensa, cómo actúa.

—Oh, claro, porque llevas años teniendo charlas fraternales con él, ¿verdad? —espeté, sarcástica—. No lo has visto desde que las cosas entre vosotros terminaron peor que un culebrón venezolano. Y, por

si lo olvidaste, te encerró en una mazmorra en el pasado con el pensamiento de convertirte en picadillo vampírico. ¿O eso no cuenta en tu gran plan de “yo me encargo”?

Draco apretó la mandíbula, sus ojos grises brillaban con una mezcla de furia e ira que me hizo querer arrojarle un cojín o, mejor aún, un manual de sentido común.

—Asumo el riesgo —dijo, con firmeza—. No voy a ponerlos en peligro a ninguno de vosotros. Esto es algo que debo hacer solo. Para eso vine, para matarlo con mis propias manos.

Vlad, que hasta ese momento había estado observando la discusión con su habitual calma de monje, alzó una mano para intervenir.

—Nosotros decidimos acompañarte, hermano —dijo, en un tono sereno, pero cargado de autoridad—. No puedes elegir por nosotros. Somos tu equipo, tu tribu, quieras o no. Además, no sabemos si el tipo que se cargó Coraline le dio tiempo de avisar a su rey de que estabas vivo. Tal vez te esté esperando o quizás no.

Kur asintió, su sonrisa torcida reflejó una mezcla de lealtad y exasperación.

—Exacto. Si te dejamos ir solo, probablemente acabarás como trofeo en la pared de Alaric y yo no pienso limpiar ese desastre. No obstante, mi instinto de lobo me dice que tu hermano no sabe que sigues con vida. Pienso que, de ser así, ya hubiese llamado a nuestra puerta.

Draco suspiró, pellizcándose el puente de la nariz como si estuviera rezando por paciencia divina.

—No lo entendéis —insistió, cabreado—. Alaric no es solo fuerte, es un manipulador nato. Su mente es como una telaraña: una vez que estás dentro, te doblga a su voluntad. Yo logré romper esa barrera una vez, pero me costó mucho tiempo. Vosotros no tenéis esa protección.

Sus palabras colgaron en el aire, pesadas al igual que el olor a flores secas que aún asociaba con los fantasmas de Birkenau. Pero también encendieron una chispa de curiosidad en mí. Si Alaric tenía un poder mental tan abrumador, ¿qué otros secretos escondía nuestra especie? Me incliné hacia adelante, adoptando mi mejor cara de inocente, aunque sabía que Draco no se tragaría mi actuación.

—Espera, espera —dije, agitando las manos—. ¿Entonces todos los vampiros tienen un poder especial? ¿Como superhéroes, pero con colmillos y menos capas?

Vlad soltó una risa baja, sus ojos oscuros brillaron con diversión.

—Solo algunos —respondió, recostándose en su silla—. Los dones varían. Algunos son poderosos, otros... más bien banales. Por ejemplo, Necro tiene una capacidad de liderazgo que podría convencer a un ejército de zombis de hacer yoga. Yo, en cambio, tengo la fuerza de dos vampiros, lo cual es útil cuando hay que mover muebles o lidiar con licántropos testarudos. —Lanzó una mirada juguetona a Kur, que fingió ofenderse.

—¿Y Draco? —pregunté, girándome hacia él con una ceja alzada—. ¿Cuál es tu superpoder, Cayetano? ¿Hacer que todos quieran tirarte un cojín o algo más útil?

Draco me miró, sus labios se curvaron en una sonrisa sarcástica que era puro veneno envuelto en terciopelo.

—Tendrás que ganarte la respuesta, chica cuervo —dijo, de forma provocadora—. Y no, un masaje en los pies no será suficiente.

—¿Qué tal si te devuelvo la gomina y te peino como un galán de una telenovela Turca? —repliqué, alzando ambas cejas con una sonrisa desafiante—. O mejor aún, puedo cantarte una serenata con los grandes éxitos de mi tía Manoli. ¡Eso sí que sería un superpoder!

Kur soltó una carcajada que hizo temblar la lámpara polvorienta y hasta Vlad esbozó una sonrisa que parecía decir nunca cambiarás, Coraline. Pero Draco, fiel a su estilo, me lanzó una mirada que podría haber congelado un volcán antes de volver al tema principal.

—Esta noche iré a Birkenau y accederé a la Catedral de los Huesos —declaró, finalizando la conversación, como si estuviera cerrando un decreto real—. No se hable más.

El silencio que siguió fue tan pesado que podría haberlo usado para aplastar a Alaric. Miré a Kur y a Vlad, sus rostros reflejaban la misma incredulidad que sentía yo. ¿Draco, solo contra su hermano psicópata en una fortaleza subterránea llena de vampiros sin escrúpulos? Era el plan más estúpido desde mi idea de convencer a Isabella de que podíamos abrir un bar de sangre en Brujas. No podía dejar que el Cayetano se metiera en la cueva del lobo sin un plan B,

C y probablemente D. Mi mente ya estaba trabajando a toda velocidad, improvisando como solo yo sabía hacer. Si Draco quiere jugar al héroe solitario, pensé, tendré que ser la reina del caos que lo salve de su propia idiotez.

Me recosté en la silla, cruzándome de brazos con una sonrisa que ocultaba mi nerviosismo.

—Bien, señor feudal —dije, con una sonrisilla—. Si insistes en tu misión suicida, al menos déjame llevar el botiquín de primeros auxilios... o un extintor, ya que tienes la mirada en llamas y probablemente quemes algo antes de que lleguemos a la Catedral. —Hice una pausa, dejando que mi mirada se encontrara con la suya—. Pero te lo advierto, Cayetano: si te matan, no pienso organizar tu funeral. Eso se lo dejo a Kur, que tiene mejor gusto para las coronas.

El licántropo soltó otra risita y Vlad sacudió la cabeza, claramente resignado a nuestro circo diario. Draco, por su parte, me miró con una mezcla de fastidio y algo que, por un segundo, pareció diversión.

El señor feudal comenzó a detallar su plan, mi mente ya estaba trazando un contraplano, uno que involucraba dalias negras, mi don de médium y una buena dosis de improvisación al más puro estilo Jack Sparrow. Porque si algo había aprendido en este desastre vampírico, es que el caos siempre tenía un as bajo la manga y yo era la reina de los ases.

Me acordé de la canción "*falling in reverse*" de Eden.

*Vamos, ¿cuál es el problema?
¡Nadie es tan despiadado!*

*Así que escucha, soy la voz en tu cabeza
Y puedo decir las palabras que te hacen sentir miedo
Así que aquí está por ti, y todos los problemas que hemos hecho
Y sé que es tan difícil mantenerse a flote
Cuando haces monstruos con pensamientos
Y ahora estás encadenado
Y todo el mundo a tu alrededor está demasiado lejos para notar que
estás*

*Sólo empieza a chocar, oh, pero está bien
Oh, estaremos bien
Así que respira, ya casi se acabó
Y no dejes que el monstruo entre en tu cabeza
Conviértete en tus miedos
Porque puedes salvarte, ¿sabes?
Ya sabes*

El aire fresco de la noche me golpeó al salir al patio trasero, un espacio desolado donde la luna proyectaba sombras largas sobre la tierra húmeda. Mis botas crujían contra la grava y mis ojos se posaron en la tumba sin huesos de Anne, un recordatorio silencioso de la tragedia que aún pesaba sobre Draco. Las dalias negras, esas flores oscuras que vibraban con una energía propia, crecían alrededor del sepulcro como guardianas de un secreto. Me agaché, mis dedos rozaron sus pétalos aterciopelados y las recogí con cuidado, formando un ramo que parecía absorber la luz de la luna. Nunca se sabe cuándo una bala de belladona o un cuchillo envenenado vendrán a arruinarte el día y, con mi suerte, mejor tener un arsenal floral a mano. El saquito en mi chaqueta era escaso, pero estas nuevas dalias podrían ser mi salvavidas en la locura que se avecinaba.

Regresé a la casa, con el ramo apretado contra mi pecho igual que si fuera un trofeo de guerra y me dirigí a la cocina en busca de un jarrón. Pero allí, bajo la luz parpadeante de una bombilla que parecía a punto de rendirse, estaba Draco, inmóvil frente al fregadero con un mechero en la mano. La llama danzaba en sus ojos grises, hipnotizándolo, o quizás reflejando la tormenta de pensamientos que lo consumía. Parecía perdido en su misión suicida, su plan absurdo de enfrentarse a Alaric solo en la Catedral de los Huesos. Vaya, Cayetano, si te pones a jugar con fuego, al menos avisa para que traiga *marshmallows*.

—¿Ahora eres pirómano? —bromeé, apoyándome en el marco de la puerta con una ceja alzada—. Porque, si vas a incendiar algo, prefiero que sea el ego de Alaric y no esta casa destartada con nosotros dentro.

Draco giró la cabeza lentamente, la llama se reflejó en sus pupilas similar a un faro en la niebla.

—¿No te cansas nunca de tener tan buen humor a pesar del infierno que nos engulle? —preguntó, su tono era una mezcla de fastidio y algo que, por un segundo, pareció admiración.

—Nop —respondí, encogiéndome de hombros con una sonrisa que era puro desafío—. Mi tía Manoli me enseñó que los problemas se enfrentan con sentido del humor. Es como mi superpoder, aunque no tan impresionante como el tuyo, señor Misterio de la Gomina.

Draco apagó el mechero con un movimiento brusco, pero antes de que pudiera responder con uno de sus sermones marca de la casa, se acercó a mí. Demasiado. Su presencia, alta y magnética, llenó la cocina y cuando inclinó la cabeza para olfatear mi cuello, juro que mi poca cordura vampírica estuvo a punto de hacer las maletas y emigrar. Su aliento frío rozó mi piel y la sensualidad de ese gesto me desarmó de modo que si me hubiera clavado una estaca de puro magnetismo.

—Alaric tenía razón —murmuró, en voz baja y peligrosa—. Hueles a primavera... a flores marchitas, pero con un toque nostálgico. Es... extraño.

Me quedé congelada, mi mente se mareó mientras intentaba procesar que Draco, el vampiro alérgico al buen humor, estaba oliéndome al igual que si fuera una botella de vino caro. ¿Qué demonios, Cayetano? ¿Desde cuándo te pones poético? Intenté recuperar el control, dando un paso atrás con una sonrisa nerviosa.

—Es una nueva fragancia que me compró Isabella —mentí, con la voz más aguda de lo que pretendía—. Se llama Muerte Eterna, edición limitada. Muy popular entre los vampiros que quieren oler a cementerio con clase.

Draco alzó una ceja, claramente no convencido, pero no insistió. En cambio, me miró con una intensidad que me hizo querer esconderme bajo la mesa o, peor aún, lanzarme a sus brazos. La idea de que mi "olor particular" estuviera ligado a las dalias negras cruzó mi mente, pero una idea aún más estúpida se apoderó de mí: necesitaba salir, alejarme de esta casa embrujada y de los ojos grises que amenazaban con desmontar mi fachada de reina del caos.

—Voy a salir —anuncié, cruzándome de brazos como si eso me diera autoridad.

—¿Qué? —Draco frunció el ceño, su postura se volvió rígida—. ¿A dónde? No puedes alejarte de la casa, Coraline. Es peligroso.

—Necesito ir al supermercado, Cayetano —repliqué, improvisando con la audacia de alguien que sabe que está a punto de meter la pata hasta el fondo—. Me llevo el coche, estaré de vuelta a primera hora de la tarde.

—¡Te lo prohíbo! —rugió, dando un paso hacia mí.

Sin pensarlo, lo agarré de la pechera de su camisa, poniéndome de puntillas para quedar a la altura de sus ojos. Mi rostro estaba a centímetros del suyo y el calor de nuestra cercanía era más peligroso que cualquier cuchillo de belladona.

—Escúchame bien —dije, desafiante—. Tengo la regla, ¿vale? Necesito compresas. Urgente.

Draco parpadeó, sus neuronas claramente colapsaron ante mi mentira descarada.

—Eres una vampira —dijo, como si estuviera explicándole álgebra a un niño—. Las vampiras no tienen la regla.

—¿Estás seguro? —repliqué, alzando una ceja con una sonrisa traviesa—. ¿Acaso tienes una vagina, Cayetano? Porque, si no, no me vengas con lecciones de biología vampírica.

El silencio que siguió fue tan absoluto que podría haber oído caer un alfiler en el bosque. Draco abrió la boca, luego la cerró, su rostro se quedó atrapado en una mezcla de incredulidad y confusión. Toma ya, Coraline, has dejado al señor feudal sin palabras. Aproveché su desconcierto para soltarle la camisa, acercar mi nariz a su cuello con una audacia que ni yo misma entendía e inhalé profundamente.

—Tú, en cambio, hueles a un revolcón increíble —solté de forma descarada, guiñándole un ojo y lanzándole un beso teatral—. Eau de Vampiro Gruñón, edición limitada.

Sus mejillas adquirieron un rubor débil, algo que no creí posible en un vampiro y, por un segundo, vi una chispa de diversión en sus ojos. Me giré, conteniendo una risa y salí de la cocina con el ramo de dalias negras en la mano, mi corazón latía con una mezcla de adrenalina y satisfacción.

Genial, Coraline, me fijé, mientras subía las escaleras. Has engañado a Draco con una mentira sobre compresas, coqueteado con él en su cara y ahora planeas escaparte a quién sabe dónde. ¿Qué sigue, un duelo con Alaric por el título de "Reina del Caos"? Pero mientras dejaba las dalias encima de la coqueta de mi habitación, supe que mi escapada no era solo una huida. Algo en mi olor, en las flores, en los fantasmas que me perseguían, estaba conectado con esa aventura. Y si quería salvar a Draco de su misión suicida, tendría que improvisar... aunque eso significara enfrentarme a más espíritus, vampiros psicópatas o la furia del Cayetano cuando descubriera mi mentira.



Capítulo 12

WICKED GAME

Subí al coche con la agilidad de una vampira que sabe que tiene exactamente diez segundos antes de que Draco salga por la puerta y me encierre en el sótano por mentirosa compulsiva. Giré la llave en el contacto, el motor rugió como un lobo hambriento y pisé el acelerador a fondo, dejando una nube de polvo que probablemente gritaría “¡Coraline estuvo aquí!” mientras me alejaba de la casa. Lo siento, Cayetano, pero si crees que voy a quedarme a discutir sobre mi inexistente regla o tu falta de gominas, estás muy equivocado. Mi destino estaba claro: Berlín, la ciudad donde las sombras bailaban con los neones y los secretos sobrenaturales se escondían en los callejones. Más específicamente, el Caldero Negro, un tugurio disfrazado de bar donde Claudia, la bruja con más actitud que un gato callejero, podría tener respuestas sobre mi “olor particular”. Aquel comentario de Alaric, seguido por el olfateo poético de Draco, me había recordado algo que la camarera había dicho en nuestro último encuentro: un murmullo sobre mi aroma, algo que en su momento descarté como un cumplido raro, pero que ahora resonaba como una pista en este rompecabezas vampírico. Si mi olor es la clave para algo, mejor descifrarlo antes de que Alaric me convierta en su ambientador personal.

El trayecto hacia Berlín fue una carrera contra el amanecer, el cielo se oscureció con nubes que parecían conspirar a mi favor. Encendí la radio y sonó "*Wicked Game*" de Him.

*El mundo estaba en llamas
Nadie podría salvarme más que tú
Es extraño que deseo
Hará que la gente tonta lo haga
Nunca soñé que conocería a alguien como tú
Y nunca soñé que necesitaría a alguien como tú*

*Y quiero enamorarme
(Este mundo solo te romperá el corazón)
Y quiero enamorarme
(Este mundo solo te romperá el corazón)
Contigo
(Este mundo solo te romperá el corazón)*

*Qué juego tan perverso para jugar
Para hacerme sentir así
Que cosa tan perversa para hacer
Para dejarme soñar contigo
Que cosa tan perversa para decir
Nunca te sentiste de esta manera
Que cosa tan perversa para hacer
Para hacerme soñar contigo*

Cuando crucé los límites de la ciudad, Berlín me recibió con su mezcla caótica de historia y modernidad. Los edificios, una amalgama de estructuras de cristal reluciente y fachadas desgastadas por el tiempo, se alzaban bajo un cielo gris que prometía lluvia. Las calles estaban vivas, con el zumbido de los coches, el eco de las risas de los transeúntes y el ocasional grafiti que parecía gritar "¡Vive rápido, muere joven!" —un lema que, como vampira, me vi reflejada—. Conduje por la avenida Unter den Linden, pasando por la majestuosa Puerta de Brandeburgo, que se erguía como un centinela entre el pasado y el presente. Las luces de

los faros reflejaban destellos en las aceras mojadas y el aire olía a asfalto, café y un toque de melancolía urbana. Berlín es como yo: un desastre con estilo.

Giré hacia el barrio de Kreuzberg, donde las calles se volvían más estrechas y los edificios parecían observarme. El Caldero Negro estaba escondido en un callejón que apestaba a cerveza rancia y magia antigua, un lugar que los humanos evitaban instintivamente, pero que para los de mi clase era la luz al final del túnel. Aparqué el coche frente a una fachada con grafitis que proclamaba “El fin está cerca”, un mensaje que, en mi situación, sonaba más como un recordatorio que como una amenaza. El letrero del Caldero Negro, una caldera oxidada colgando de una cadena, crujía con el viento y la puerta de madera, cubierta de runas apenas visibles, parecía desafiarme a entrar. Estaba a punto de meterme en un bar de brujas para preguntar por mi olor. Si esto no era un nuevo récord en mi lista de decisiones cuestionables, no sé qué es.

Antes de bajar del coche, miré el retrovisor, no porque temiera que Draco me hubiera seguido —aunque, conociéndolo, no lo descartaba—, sino para asegurarme de que mi cara no gritara “vampira en crisis existencial”. El saquito de dalias negras vibraba en mi bolsillo, un recordatorio inquietante de que mi teoría sobre mi “olor particular” podría estar ligada a ellas. ¿Era eso lo que había atraído a Alaric? ¿O lo que hacía que los fantasmas me persiguieran como si fuera la recepcionista del más allá?

Empujé la puerta de la taberna y el aroma a incienso, hierbas quemadas y algo que sospechaba era sangre añeja me golpeó de inmediato. La penumbra del bar estaba iluminada por velas que flotaban sin soporte visible y las mesas estaban ocupadas por un surtido de criaturas que hacían que mi tribu de chalados pareciera un club de lectura. En la barra, Claudia limpiaba un vaso con un trapo más viejo que Isabella y su cabello violeta caía en ondas sobre un vestido negro que gritaba “bruja con estilo”. Me miró al entrar, sus ojos me observaron con sorpresa. Evidentemente, no esperaba mi visita.

Salió de detrás de la barra como si le hubieran prendido fuego a los zapatos. Ni un “hola”, ni un “qué alegría verte”, nada. Directamente

me agarró del brazo con una fuerza que no le conocía y me arrastró hacia el almacén del local.

—¡Oye, oye! ¿Esto es un secuestro o un saludo especial? —protesté mientras tropezaba con cajas de licor y bolsas de hierbas secas.

Ella cerró la puerta de un portazo, echó el pestillo y se giró hacia mí con los ojos abiertos como platos. Parecía que había visto al mismísimo diablo tomándose un chupito en la barra.

—No es seguro que estés aquí —susurró, la voz le temblaba—. Alaric está reunido en mi sala privada. ¡En persona! ¿Entiendes lo que eso significa?

Me quedé helada. Genial, Coraline, has venido a pedir explicaciones sobre tu olor y te encuentras con el rey loco en el salón VIP. ¡Aplausos para tu sentido de la oportunidad!

—Tranquilízate, bruja —dije, poniendo mi mejor cara de niña buena (esa que nunca me ha funcionado con nadie)—. Solo pasaba por aquí, vi lucecitas y pensé “¡voy a saludar a Claudia!”. Casualidades de la vida, ¿no?

Esta me miró de modo que si acabara de confesar que había venido a venderle un seguro de vida al mismísimo Rey loco.

—Eres una forastera y en cuanto salga de esa sala te va a detectar como un tiburón a un dedo sangrando. ¡Así que habla rápido!

Vale, hora de ir al grano.

—Mi olor corporal —dije, bajando la voz hasta convertirla en un susurro conspiratorio—. Cuando nos conocimos dudaste cuando me olfateaste, sé que percibiste algo en mí. ¿Qué demonios pasa conmigo?

Claudia frunció el ceño, se acercó un paso y me miró como si estuviera leyendo mi alma con lupa.

—Algo ha cambiado en tu mirada —murmuró—. Lo percibo. Y tú también, ¿verdad? Pero lo que voy a decirte es una locura absoluta.

—¿Más locura que ver fantasmas en pijama de rayas? Porque ya estoy al límite de mi cupo mensual.

De repente, ¡zas! Claudia sacó una navaja diminuta de la nada. Mi instinto vampírico se activó al instante.

—¡Eh, eh, eh! ¿Desde cuándo los saludos en Berlín incluyen puñaladas? —retrocedí un paso, alzando las manos—. ¡Yo solo vine a

preguntar!

—Tranquila, mujer —suspiró, poniendo los ojos en blanco—. Hazte un corte en la muñeca. Necesito tocar tu sangre. Es la única manera de estar segura.

Dudé exactamente unos segundos. Luego le quité la navaja como quien le quita un caramelo a un niño y me hice un corte limpio. La sangre brotó, oscura y brillante. Claudia hundió dos dedos en ella, cerró los ojos y se quedó completamente quieta, parecía escuchar una frecuencia que solo ella podía oír.

—¿Qué ves? —pregunté, impaciente, mientras la herida ya empezaba a cerrarse sola.

—Tu don sobrenatural es ver espíritus —confirmó, abriendo los ojos—. Birkenau lo despertó, o lo amplificó. Pero eso no es lo importante... Hay algo mucho más grande dentro de ti. Algo que nadie, si se sabe, te convertirá en la presa número uno de todos los vampiros del planeta.

Tragué saliva. El corazón me latía tan fuerte que casi parecía humano otra vez.

—¿Soy... una dalia negra? —susurré, terminando la frase por ella.

Claudia asintió lentamente, sus ojos brillaron con una mezcla de miedo y fascinación.

—Exacto. Tu sangre es el antídoto perfecto contra la belladona. Un solo sorbo y cualquier vampiro envenenado se cura al instante. Eres el Santo Grial con piernas, chica. Y si Alaric, o cualquier otro rey loco, se entera... estás muerta. O peor: te convertirán en una granja andante de sangre milagrosa.

Me quedé mirando mis manos y solté una carcajada nerviosa sin poder creerlo, pero mi instinto me había llevado hasta allí porque en el fondo lo intuía.

—O sea, que huelo a "primavera marchita" porque literalmente llevo la cura de la muerte en las venas. —Me señalé el cuello con dramatismo—. ¡Perfecto! Ahora solo me falta un cartel luminoso que diga "¡Bebed aquí, oferta dos por uno!"

Claudia no se rio. Estaba demasiado ocupada mirando la puerta como si esperara que Alaric la derribara en cualquier momento.

—Tienes que irte. Ya. Antes de que salga de la reunión.

Asentí, todavía procesando que acababa de pasar de ser una vampira con mala suerte a ser el medicamento más buscado del mundo sobrenatural.

—Una última cosa —dije, mientras ella abría la puerta trasera del almacén—. Gracias, sé que guardarás mi secreto. No me gustaría arrancarte la yugular de un mordisco.

Claudia puso los ojos en blanco, pero una sonrisa traidora asomó en sus labios.

—¿Siempre eres tan bromista? Fuera de aquí y no te quedes por la zona. Vuelve a la seguridad de tu refugio.

No estaba bromeando, lo decía de verdad, pero era evidente que me había saltado las clases de “cómo amenazar a un mortal y parecer creíble”.

Me largué. Intenté procesar la información, aunque me parecía irreal. ¿Yo, alguien especial? Me sentí como la “madre de dragones”; Daenerys de la tormenta, la que no arde, rompedora de cadenas y la portadora de la sangre contra la belladona. ¡De locos!

Mi mayor problema era que ahora valía más que todo el oro de Transilvania... y todo el mundo iba a querer un sorbito.

Salí disparada por la puerta trasera del Caldero Negro creyéndome la James Bond vampírica del siglo XXI. Libre al fin, pensé, nadie me ha visto, nadie me sigue, soy la reina del sigilo...

Y, claro, el universo, que tiene un sentido del humor más cruel que el mío, decidió recordarme que soy Coraline y que la palabra “suerte” no aparece en mi diccionario personal.

Corrí por el callejón con los nervios bailándome flamenco en el estómago. Acababa de descubrir que era literalmente la cura ambulante contra la belladona (el Santo Grial con tacones, vamos), y eso era tan fascinante como aterrador. Mientras mi cerebro hacía malabares con la idea de ser la Absenta de los vampiros, viré la esquina a toda velocidad... y me estampé de bruces contra lo que solo podía describir como un muro de carne y carisma.

Reboté al igual que una pelota de goma. Levanté la mirada para soltar un “lo siento” automático y me encontré con los ojos de Alaric, el rey loco en persona, brillando con esa mezcla de fiero y seductor

que debería venir con una etiqueta de advertencia: Peligro: puede derretir bragas a diez metros.

—¡Diablos! —se me escapó, porque mi filtro boca-cerebro estaba de vacaciones.

Alaric sonrió de medio lado, esa sonrisa de anuncio de colonia cara que te hace plantearte si vender tu alma vale la pena.

—Nos volvemos a encontrar, novata. Y gracias por el cumplido —dijo, su voz grave y divertida—. Me encanta cuando me llaman “diablos”. Suena... bíblico.

¡Por todos los santos del calendario y los demonios de reserva! ¿Cómo era posible que el mismísimo Satanás con colmillos tuviera más encanto que medio Hollywood junto? Mis hormonas, traidoras, gritaban «¡sí, por favor!», mientras mi cerebro chillaba «¡es el psicópata que quiere matar a tu tribu, Coraline, despierta!».

—¡Alaric, qué... sorpresa! —balbuceé, recuperando la compostura con la dignidad de un pingüino en patinete.

Él soltó una carcajada sincera que resonó en el callejón como si el mismísimo Berlín se riera conmigo.

—¿Qué hace una mujer tan bella por estos lares? —preguntó, acercándose un paso. Demasiado cerca. El olor a poder antiguo y peligro caro me envolvió—. Una dama como tú no debería andar sola por estas calles solitarias.

—Pues teniendo en cuenta que soy una depredadora —respondí, alzando la barbilla con mi mejor cara de “te como y te escupo los huesos”—, más bien yo soy el peligro, ¿no crees?

Alaric estalló en una carcajada tan genuina que por un segundo olvidé que era el villano principal de nuestra tragedia. Negó con la cabeza, divertido y luego hizo algo que me dejó sin respiración: se inclinó y aspiró mi olor justo en la curva de mi cuello. Mi cuerpo reaccionó como si me hubiera enchufado a la red eléctrica; el corazón me dio un vuelco por bulerías.

—Me encanta tu aroma —confesó, su voz ronca y ligeramente aturdida—. Eres... especial.

Especial. Claro. Especial tipo una “botella de elixir que todos quieren beber”, reflexioné, mientras mi cerebro gritaba “¡alerta roja, alerta roja!” y mis piernas consideraban seriamente la opción de salir

corriendo... o de rodearle el cuello con los brazos. ¡Ya basta, Coraline!

—¿Qué tal tu estancia en mi ciudad? —preguntó, cambiando de tema con una naturalidad que me descolocó.

—Genial, disfrutando del turismo —mentí con una sonrisa de comercial de dentífrico—. Ya sabes, museos, monumentos... lo típico.

Alaric sonrió de nuevo y juro que el callejón se iluminó.

—Te invito a cenar mañana por la noche —dijo de repente, pillándome por sorpresa—. En mi palacio real. ¿Qué me dices?

Mi cerebro hizo corto circuito. Millones de pensamientos chocaron entre sí: *"es una trampa"*, *"es una oportunidad de oro para espiar"*, *"es guapísimo"*, *"va a matarte"*, *"pero qué bien huele"*, *"¡Coraline, concéntrate!"*.

—Me encantaría —respondí antes de que mi sentido común pudiera vetar la idea. Mi voz sonó más entusiasta de lo planeado. Genial. — ¿Me das la dirección? —pregunté, claramente divertida por mi ataque de bipolaridad interna.

—Nos vemos a las ocho en la entrada de Birkenau —propuso él, dando un paso atrás, aunque sus ojos seguían clavados en mí como si quisiera memorizar cada centímetro—. Ya estoy deseando que llegue mañana, novata.

Y con esa frase digna de galán de película antigua, se alejó por el callejón, su figura alta y elegante se fundió con las sombras como si nunca hubiera estado allí.

Me quedé plantada en medio del asfalto, con la boca abierta y el corazón desbocado mientras recuperaba el aliento. Acababa de aceptar una cita con el rey psicópata que quiere destruir a tu tribu y encima me ha dejado con ganas de más. Si esto no es material para terapia vampírica, que baje Drácula y lo vea.

Corrí hacia el coche, arranqué como si me persiguiera el mismísimo infierno (porque, técnicamente, así era) y pisé a fondo rumbo al refugio.



Capítulo 13

GHOSTBUSTERS

Llegué al refugio cuando el crepúsculo teñía el horizonte de un naranja mortecino, ese momento del día en que la luz parece dudar si irse o quedarse un rato más. Había tardado más de lo necesario en volver; a propósito, por supuesto. Me perdí por carreteras secundarias, zigzagueando entre bosques y pueblos olvidados, solo para darme tiempo a procesar la bomba que Claudia había soltado en el almacén del Caldero Negro. Soy una dalia negra. El Santo Grial vampírico. La cura andante contra la belladona. Fascinante, sí. Aterrador, también. Y, para ser honesta, un poquito ridículo. ¿Yo, Coraline, la chica que antes de ser vampira apenas podía mantener un trabajo de camarera sin meter la pata, ahora era el objeto más codiciado del mundo sobrenatural? Genial, de camarera a botellín de elixir milagroso. Ascenso profesional del año.

Apenas apagué el motor, cuando la puerta de la casa se abrió de golpe y Draco salió hecho una furia, como un toro que acaba de ver el capote rojo. Sus ojos grises echaban chispas y su cabello —sin rastro de gomina, por cierto— estaba ligeramente revuelto, lo que le daba un aire menos señor feudal y más “vampiro que ha perdido la batalla contra su propio mal humor”.

—¡Las vampiras no tienen la menstruación! —soltó, indignado, de modo que si hubiera pasado las últimas horas consultando un manual de biología vampírica y llegado a la conclusión de que yo era una mentirosa profesional.

Me bajé del coche con calma, cerrando la puerta con un golpe seco y le dediqué mi sonrisa más angelical (esa que suele preceder a un desastre).

—Obvio que no, Cayetano —respondí, en tono de burla—. ¿Te costó mucho llegar a esa revelación?

Draco se detuvo en seco, su rostro oscilaba entre la furia y la incredulidad. Abrió la boca, la cerró y finalmente explotó.

—¡Soy tu señor y debes obedecerme! —gritó, señalándome con un dedo acusador que parecía más un decreto real que una amenaza.

—Y yo soy como Lilith —repliqué, pasando por su lado con la cabeza alta y un contoneo que sabía que lo sacaría de quicio—. No me someto a ningún dios ni hombre, especialmente si el hombre en cuestión tiene un ego del tamaño de Rusia.

A mi espalda, Draco soltó una retahíla de improperios que habrían hecho sonrojar a un marinero borracho. Palabras que nunca imaginé oír de su boca tan educada y aristocrática. No pude evitar reírme, una carcajada que resonó en el patio al igual que un desafío. Mira tú por dónde, pensé, el señor repeinado ha perdido los papeles. Punto para Coraline.

Kur me esperaba en la entrada, cruzado de brazos y negando con la cabeza tipo hermano mayor que ya ha renunciado a entender mis locuras. Vlad, a su lado, observaba la escena con esa calma enigmática que lo hacía parecer un buda vampírico.

—Cualquier día lo vas a matar de un infarto —comentó el lobo, con voz grave, pero teñida de diversión—. Y para un vampiro, eso es un logro. ¡Felicidades, has roto la inmortalidad!

—Puede ser —admití, encogiéndome de hombros mientras entraba en la casa—. Pero si se mete en mis asuntos, que no se queje de las consecuencias. Además, alguien tiene que bajarle los humos al Cayetano.

Kur suspiró, pasándose una mano por el cabello.

—Coraline, te recuerdo que estamos aquí por Draco —dijo, ahora más serio—. Toda esta misión es por él, por su venganza contra Alaric.

Era cierto, y sus palabras me golpearon como un recordatorio incómodo. Aunque jamás lo habría imaginado hace unas semanas, mi vida —esa existencia sin rumbo que llevaba antes de todo esto— había empezado a cobrar un sentido místico, casi épico. De camarera en Brujas a pieza clave en una guerra vampírica, con un don que me convertía en el Santo Grial andante. Pero no podía decírselo. No todavía. No cuando significaba poner un precio a mi cabeza más alto que el ego de Draco.

Resoplé, sintiendo el peso del saquito de dalias negras en mi chaqueta, sabedora de que era un secreto demasiado grande para cargarlo sola.

—Tengo que pensar —murmuré, dirigiéndome a las escaleras sin mirar atrás—. Dadme un rato.

Subí a mi habitación, cerrando la puerta con un clic que sonó más definitivo de lo que pretendía. Me dejé caer en la cama, mirando el techo agrietado mientras mi mente daba vueltas a todo el asunto. Mañana tenía una cita con Alaric, el rey loco, en su “palacio real”. Una oportunidad de oro para espiar, para entender sus planes, para quizás encontrar una ventaja en esta guerra. Pero también era una trampa con todas las letras y yo acababa de aceptar con el entusiasmo de una turista despistada. Brillante, Coraline, pensé, cubriéndome la cara con la almohada para reprimir un grito. Has mentido sobre compresas, descubierto que eres la cura contra la belladona y ahora vas a cenar con el villano. Si esto no es material para una comedia negra sobrenatural, que baje Dios y lo vea.

Pero debajo del sarcasmo, el miedo era real. Mi sangre era un tesoro y Alaric ya estaba obsesionado con mi olor. ¿Cuánto tardaría en descubrir la verdad? ¿Y cómo demonios iba a contarle a la tribu que tenía una cita con el enemigo sin que Draco me encerrara en el sótano de verdad? Suspiré, rodando sobre la cama. Mañana sería otro día de improvisación, y mentiras. Porque si algo había aprendido en esta locura, es que el caos siempre tenía un plan alternativo, aunque usualmente involucrara más problemas de los

que resolvía. Ánimo, Coraline, me dije. Al menos, si Alaric intenta matarte, siempre puedes ofrecerle un sorbito de tu sangre milagrosa y cobrar entrada. Con esa idea absurda en la cabeza, cerré los ojos, rezando por que el sueño me diera un respiro antes de la cena más peligrosa de mi vida inmortal.

El sueño se me escapaba, no lograba dormir y no era precisamente porque estuviera contando ovejas para conciliarlo, aunque con mi suerte, las ovejas probablemente aparecerían con las cuencas vacías. Tumbada en la cama, con las sábanas revueltas de manera que si hubieran librado una batalla, mi cabeza era un torbellino de pensamientos: Alaric y su invitación a cenar (¿trampa o cita real?), mi sangre como el Santo Grial vampírico, Draco y su abrazo que aún me calentaba la piel fría, y los espíritus que parecían haber convertido mi vida en un *reality show* de ultratumba. Fantástico, Coraline, no puedes dormir cinco minutos sin que tu cerebro organice un desfile de dramas. ¿Qué tal si añades un poco de paz, universo?

De pronto, en medio de ese agotamiento mental que me tenía al borde del colapso, una melodía terrorífica flotó en el aire: era parecido a un himno, suave y etéreo, como si un coro infernal hubiera decidido improvisar un concierto en mi habitación. Abrí los ojos de par en par, mi cuerpo se tensó al igual que un arco. ¿De dónde demonios venía eso? Por un segundo, imaginé a Kur o Vlad tocando en el sótano, habiendo encontrado un pasatiempo en medio de este caos vampírico. Vaya, chicos, pensé, si os habéis convertido en seguidores de Satán, avisad para que traiga velas negras y una cabra para sacrificarla.

Pero no. La música provenía de dentro de mi armario. Sí, del armario. Ese mueble viejo y polvoriento que parecía sacado de una película de terror. Me senté en la cama, mi corazón muerto latía con una urgencia que no sentía desde mi transformación. La puerta de madera se abrió lentamente, con un chirrido de bisagras que sonaba similar a un lamento ancestral y un frío gélido se coló en la habitación, erizándome la piel como si el invierno hubiera decidido mudarse conmigo.

Cerré los ojos con fuerza, intentando bloquear lo que venía. No mires, Coraline, me dije. Finge que es el viento o un ratón con gustos musicales espeluznantes. Pero el silencio que siguió al chirrido fue peor: un vacío opresivo que gritaba "presencia". Abrí un ojo, solo uno —porque, vamos, soy valiente, pero no estúpida—, y allí estaba: un rostro ceniciento flotando a centímetros del mío, pálido y demacrado, con ojos vacíos y de odio.

Chillé como una posesa, un grito que probablemente despertó a medio bosque e hizo que los fantasmas locales se taparan los oídos. Salí disparada de la cama, tropezando con las sábanas en plan actriz de comedia en una escena de pánico. Pero entonces, una voz familiar, que había escuchado en documentales de la Segunda Guerra Mundial, ronca y cargada de esa maldad que sembró el mal en la tierra, me detuvo en seco.

«Die großen Massen fallen leichter einer großen Lüge zum Opfer als einer kleinen».

Me detuve de sopetón, mi cuerpo se puso rígido y se clavó al suelo. No podía ser real, ese acento...

Lentamente, me di la vuelta y allí estaba él: Adolf Hitler, o más bien su fantasma, flotando en el centro de la habitación con su bigote característico y esa expresión de "acabaré contigo".

Mis poderes se estaban ampliando más allá de Birkenau, ese pozo de muerte y desolación. Ya no eran solo los espíritus locales; ahora el dictador, desde quién sabe qué rincón del más allá, había decidido visitarme. Mi mente colapsó negando lo evidente: ese hombre despreciable, que había ejecutado a miles de personas inocentes, ahora era uno de mis fantasmas. El shock fue demasiado: el mundo se volvió borroso, mis rodillas flaquearon y perdí la consciencia, cayendo al suelo con la gracia de un saco de patatas.

No solo eres el Santo Grial vampírico, sino que ahora tienes visitas de personajes históricos del más allá. ¿Qué sigue, una reunión de *tupperware* espectral con la tía Manoli trayendo gazpacho? El suelo frío me recibió y lo último que oí fue el eco de su fría voz. Si sobrevivía a esta noche, iba a necesitar terapia... o al menos un abrazo de Draco que no viniera con sermones. Pero por ahora, la

oscuridad me reclamó y me dejé llevar, rezando porque al despertar, los fantasmas tuvieran la decencia de traer café y un Ibuprofeno.

Sentí golpecitos en la mejilla, como si alguien estuviera probando si aún funcionaba el interruptor de mi cara. Luego llegaron las voces, un coro de preocupación masculina que parecían las típicas madres entrometidas.

—¿Los vampiros se desmayan? —preguntó Kur, con ese tono de genuina perplejidad que solo él sabe poner cuando se enfrenta a algo que no entra en su manual de “cosas que muerden”.

—No tengo ni idea —respondió Vlad, siempre tan calmado que casi parecía aburrido—. Es la primera vez que veo a una vampira sin sentido. Aunque, tratándose de Coraline...

Draco soltó una risa seca, esa risa que parece decir “ya sabía yo que esto iba a pasar”.

—Ni yo —dijo con su habitual ironía afilada—. En todos mis años de inmortalidad no he visto nada igual... pero es Coraline. Una mujer peculiar. Le falta un tornillo, dos o quizá la caja de herramientas entera.

Abrí los ojos de golpe, con el ceño fruncido tan marcado que casi me dolía la frente. “*Conde tocacojones*”, pensé, “*cómo me sacas de quicio hasta cuando estoy inconsciente*”. Me incorporé en el sofá del salón, apartando manos con un manotazo que pretendía ser dramático, pero salió más bien torpe.

—¡Dejadme respirar, por favor! —chillé, más por orgullo que por necesidad de oxígeno.

Draco, de pie frente a mí con los brazos cruzados y esa sonrisilla de “te lo dije” que tanto odio, alzó una ceja.

—Vaya, la Bella Durmiente ha despertado —dijo, claramente disfrutando del momento—. ¿Necesitas un beso del príncipe para terminar de recuperarte?

—No quiero vomitar —repliqué, fulminándolo con la mirada—. Con tu aliento a murciélago podrido me desmayaría otra vez, pero de asco.

Draco entrecerró los ojos, pero no pudo evitar que la comisura de su boca se curvara hacia arriba, traicionando la mínima diversión que

le producía nuestro eterno tira y afloja. Le saqué la lengua, porque a veces la madurez vampírica consiste en actuar al igual que una niña de doce años con colmillos.

Me puse de pie, un poco tambaleante y miré alrededor del salón buscando a Hitler. Nada. Ni rastro de su aura malvada, ni de su olor a colonia barata y odio en su rostro. ¿Me lo había imaginado? ¿O mi cabeza, en pleno colapso de estrés, me había regalado una alucinación personalizada con banda sonora infernal?

Kur se acercó con esa cara de cachorro preocupado que pone cuando cree que alguien está a punto de romperse.

—¿Estás bien? —preguntó, extendiendo una mano, temiendo que me volviera a desplomar—. Parecías... ida.

—Ida es poco —murmuré, pasándome las manos por la cara—. Creo que acabo de tener una visita histórica del más allá. El universo ha decidido que no me basta con ver muertos anónimos; ahora me manda a las celebridades infernales, a Adolf Hitler.

Vlad alzó ambas cejas, lo cual en él equivale a una expresión de sorpresa absoluta.

—¿Hitler? ¿El dictador alemán? —preguntó, y por primera vez sonaba genuinamente intrigado.

—Mierda... —susurré, al darme cuenta de que acababa de revelar mi don.

Draco soltó un bufido que pretendía ser despectivo, pero salió más bien como una risa contenida.

—¿Ves muertos? —preguntó el Cayetano mirándome con interés.

Me dejé caer de nuevo en el sofá, agotada de repente. El peso de la revelación de Claudia, la cita con Alaric, los fantasmas históricos y ahora el desmayo me estaban pasando factura. Miré a los tres hombres que, de alguna forma retorcida, se habían convertido en mi tribu disfuncional. Había llegado el momento de revelar uno de mis secretos, tenía demasiados y por mi salud mental debía hablar o me volvería más loca de lo que estaba.

—Vale —suspiré—. Empecé a ver fantasmas desde que llegué a este lugar decrepito.

Los tres se quedaron mirándome en silencio durante un segundo eterno.

—¿Te refieres a espíritus? —preguntó Vlad con cautela. Le estaba costando gestionar la información.

—Sí, grandullón, veo muertos y te aseguro que es aterrador.

Y entonces, como si se hubieran puesto de acuerdo, empezaron a hablar todos a la vez.

Esto iba a ser un desastre. Pero, oye, al menos no sería aburrido. Y justo en ese instante, me acordé de la canción "*Ghostbusters*".

*Si hay algo extraño en tu vecindario
¿A quién vas a llamar? (Cazafantasmas)
Si hay algo extraño y no tiene buena pinta
¿A quién vas a llamar? (Cazafantasmas)*

*No tengo miedo a los fantasmas
No tengo miedo a los fantasmas*

—Eh, un segundo —interrumpí, alzando una mano para detener la discusión sobre si mi don de médium—. El enano psicópata dijo una frase en alemán. Era algo como... *Die großen Massen...*

Draco, que hasta entonces había estado paseando como un león enjaulado, se detuvo en seco y completó la frase con un alemán perfecto, su voz resonaba con un acento que parecía sacado de una película de espías de la Guerra Fría.

—*Die großen Massen fallen leichter einer großen Lüge zum Opfer als einer kleinen.*

Lo miré, impresionada a mi pesar. Vaya, Cayetano, pensé, si hasta pronuncias el alemán a la perfección, aunque era obvio, él es alemán.

—Sí, exacto —dije, asintiendo—. ¿Qué significa? Suena a mantra de villano de cómic.

Draco se cruzó de brazos, su expresión se oscureció como el cielo antes de una tormenta.

—Las grandes masas caen más fácilmente víctimas de una gran mentira que de una pequeña —explicó, en tono grave—. En resumen, describe una táctica de manipulación masiva. Las mentiras pequeñas generan escepticismo porque son fáciles de verificar. Pero las gigantescas, si se repiten insistentemente y se presentan con

convicción absoluta, ganan credibilidad porque parecen “demasiado grandes para ser falsas”. Funciona mejor cuando se dirigen a las emociones —miedo, odio, orgullo nacional— y no al razonamiento lógico.

Vlad asintió, con el rostro imperturbable como siempre.

—Es una estrategia clásica de propaganda —añadió—. Ignora la lógica y apela al instinto.

Al igual que yo, mi instinto no falla nunca.

Kur soltó un suspiro largo, recostándose en el sofá con los brazos cruzados.

—Menos mal que está muerto —murmuró, negando con la cabeza—. Aunque, con lo que ha pasado en el mundo desde entonces, no sé si ha servido de mucho la lección.

Me quedé pensativa, jugueteando con el saquito de dalias negras en mi bolsillo, que parecía vibrar con una energía propia. ¿Por qué Hitler, de todos los espíritus posibles, había aparecido para soltarme esa frase? ¿Era una advertencia? ¿O solo el eco de un monstruo que no sabía quedarse quieto ni en la muerte? Perfecto, Coraline, ahora tienes a un dictador fantasma dándote lecciones de manipulación. ¿Qué sigue, un seminario con Jack el Destripador sobre control de impulsos?

—Muerto sí —dije en voz alta—, pero vino a verme. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué soltaría esa frase célebre de su propia cosecha?

Vlad se inclinó hacia adelante, con expresión pensativa.

—Tal vez quiera advertirte de algo —sugirió—. Pero sabiendo que era un malnacido de campeonato, es raro. Los espíritus suelen estar atados a sus traumas o a sus pecados. Quizás sea una manipulación póstuma.

Draco gruñó, con la mandíbula apretada.

—O quizás sea solo un residuo de energía maligna —añadió—. Birkenau está lleno de eso. No le des más vueltas, Coraline. Los muertos no siempre vienen con mensajes útiles; a veces solo vienen a joder.

Asentí, pero antes de que pudiera responder, sentí una mano fría en mi hombro. Un toque gélido, como si alguien hubiera metido los dedos en un congelador. Me giré, esperando ver a Draco con una de

sus miradas de “ya te lo dije”, pero lo que encontré me dejó sin aliento: el espectro de Hitler, a un palmo de mi cara, con su rostro demacrado y sus ojos vacíos perforándome como agujas. Su olor a muerte —un hedor a podredumbre y humo antiguo— se metió en mis fosas nasales, provocándome un terror absoluto que me subió por la espina dorsal similar a un escalofrío eléctrico.

«*Libérame...*»

La voz resonó en mi cabeza como un eco distorsionado y el mundo se inclinó. Chillé, retrocediendo tan rápido que tropecé con la silla. A punto estuve de caer de espaldas, pero los brazos de Draco me sujetaron con firmeza, envolviéndome de manera protectora.

—Quiere que lo libere... —susurré entre lágrimas, mi voz temblaba al igual que una hoja en el viento.

Draco me apretó más fuerte, su aliento frío me rozó la oreja.

—Que vaya su puto ejército nazi de fantasmas y lo liberen ellos mismos —gruñó con una rabia que parecía arderle en el pecho—. Tú no vas a hacer tal cosa, Coraline. Ni por él ni por nadie.

Me quedé allí, envuelta en su abrazo protector, sintiendo cómo el terror se disipaba lentamente. El vampiro que me desquiciaba, el señor feudal con ego de castillo medieval, me hacía sentir segura. No quería que parara. Vaya, Coraline, has pasado de huir de fantasmas a refugiarte en los brazos del Cayetano. Si esto no es un giro romántico de telenovela, que me conviertan en humana otra vez.

Kur y Vlad se acercaron, sus rostros eran una mezcla de preocupación y alarma.

—¿Era él? ¿Hitler? —preguntó Kur, temiendo invocar al espíritu de nuevo.

Asentí, temblando aún.

—Sí. Y no parecía venir en son de paz. Solo... “libérame”. Como si yo fuera su secretaria personal del más allá.

Draco me soltó con suavidad, pero su mano se quedó en mi hombro un segundo de más.

—Esto confirma que Birkenau te ha activado algo poderoso —dijo, con un toque de protección que me sorprendió—. Pero no vamos a dejar que te arrastre a su locura. Eres nuestra, no de los muertos.

Sonreí débilmente, intentando recuperar mi sarcasmo.

—Qué romántico, Cayetano. ¿Eso significa que ahora soy parte del club de los “justicieros chupasangre”? Porque si viene con uniforme, quiero uno de licra y con capa.

Kur soltó una risa nerviosa, y Vlad negó con la cabeza, pero el ambiente se aligeró un poco. Sin embargo, en el fondo, sabía que esto no era el final. Pero por ahora, me conformaba con estar viva (o no muerta), rodeada de mi tribu disfuncional, y preparándome para lo que vendría. Porque si algo había aprendido, es que, en este mundo de colmillos y sombras, el humor era mi mejor arma... y quizás, solo quizás, Draco no era tan malo como compañero de batalla.



Capítulo 14

TAKE ME TO CHURCH

Tras soltar la bomba de que me había convertido en la versión vampírica de Melinda Gordon (la protagonista de *Entre Fantasmas*), el salón entero pareció congelarse durante tres segundos eternos. Había mucho que digerir, más con Hitler en la lista de visitas inesperadas.

Draco fue el primero en tomar el control de la situación. Sin decir ni pío, arrastró una silla del comedor con el mismo entusiasmo que alguien que lleva a un preso al banquillo. Me señaló el asiento como si fuera una orden militar.

—Siéntate —dijo, seco y tajante.

Yo obedecí más por cansancio que por obediencia. Los tres se acomodaron en el sofá de tres plazas frente a mí, formando un tribunal improvisado: Draco en el centro con cara de juez de la Inquisición, Vlad a su derecha con esa serenidad budista que le sale tan natural y Kur a la izquierda con la expresión de quien está viendo un *reality show* y no sabe si aplaudir o salir corriendo.

Me miraron fijamente, esperando que en cualquier momento empezara a levitar o a hablar en lenguas muertas. Hubiese estado bien, pero no era la niña del exorcista, por ahora.

—Muy bien, reina de los muertos —empezó Draco, cruzándose de brazos—. Explícate. Y esta vez sin rodeos ni excusas de arañas gigantes. ¿Qué es eso de que ves fantasmas?

Resoplé, pasándome las manos por la cara.

—Vale, sí. Veo fantasmas. No es que me haya apuntado a un curso online de médium, es que Birkenau me activó el interruptor paranormal. Ahora tengo visitas nocturnas, diurnas y probablemente en horario de siesta. Hitler acaba de aparecer en mi habitación hablando alemán con cara de culo. Así que sí, estoy oficialmente hasta el cuello de espíritus. ¿Contentos?

Kur soltó un silbido bajo.

—Joder, Coraline... eso es nivel experto.

Vlad, siempre tan filosófico, simplemente asintió.

—Es un don raro. Muy raro. La mayoría de los vampiros que desarrollan habilidades sobrenaturales tardan décadas en manifestarlas. Tú lo has hecho en poco tiempo. Eso significa algo.

Draco no parecía impresionado. Más bien aparentaba estar calculando cuántos problemas adicionales acababa de añadirle a su lista mental.

—Los vampiros, además de ser de la liga de los justicieros y chupar sangre como mosquitos con complejo de superioridad —dijo con su habitual sarcasmo—, en casos excepcionales desarrollamos dones. No es la norma, pero ocurre.

Hizo una pausa, decidiendo hasta dónde quería llegar.

—Isabella, por ejemplo —continuó—, tiene el don de invocar magia ancestral, telepatía básica, premoniciones... y todo eso porque su padre es un demonio y su madre una hechicera de alto nivel. Una combinación explosiva.

—¿Y tú? —pregunté, intuyendo la respuesta—. ¿También tienes tu superpoder secreto?

Draco me sostuvo la mirada durante unos segundos eternos. Sus ojos grises parecían sopesar cada palabra antes de soltarla.

—Mi hermano Alaric —dijo al fin, con voz baja y cortante— puede meterse dentro de tu cabeza. Encuentra tus miedos más profundos y los utiliza para destruirte desde dentro. Es un don brutal. Destruyó mi alma, aunque no por completo. Por eso yo logré resistirlo una

vez: porque el odio que le tengo es más fuerte que cualquier manipulación.

Tragué saliva. Recordé los encuentros fortuitos con Alaric en Birkenau, su forma de olerme el cuello, su sonrisa encantadora que escondía un filo de acero. ¿Y si ya había visto mis miedos?

Sin embargo, algo me decía —quizá mi intuición, quizá ese instinto de supervivencia que heredé de mi tía Manoli— que Draco estaba ocultando algo más. Su mirada se había desviado un instante cuando mencionó a Alaric. Un parpadeo, un tic mínimo, pero lo suficiente para que mi radar de “aquí hay gato encerrado” se activara.

—Si tu hermano tiene un don tan bestia —insistí, ladeando la cabeza—, tú también tendrás el tuyo, ¿no? Venga, Cayetano, suéltalo. ¿Puedes leer mentes? ¿Controlar el fuego? ¿O es algo más cutre, como hacer que la gente use gomina?

Draco me miró fijamente y por un segundo pensé que iba a soltar la verdad. Pero entonces desvió la mirada hacia la ventana y negó con la cabeza.

—No tengo ningún don especial —dijo, demasiado rápido, demasiado plano.

Y entonces lo sentí.

Un escalofrío me recorrió la nuca, como si alguien hubiera abierto una nevera en mi columna vertebral.

«Miente...»

Era una voz espectral, la de una mujer que resonó dentro de mi cabeza, clara y tajante, como cuando mi tía Manoli me pillaba robando galletas de la cocina y me decía: *"Carolina, no me mientas que te veo la cara de culpable desde la puerta"*.

No me giré. No hacía falta. Sabía que estaba ahí, justo detrás de mí, observando la escena. Cerré los ojos un instante, intentando respirar.

Draco seguía hablando, explicando estrategias para la infiltración en la Catedral de los Huesos, pero yo ya no escuchaba.

El fantasma acababa de confirmarme lo que ya sospechaba: Draco tenía un don. Y lo estaba escondiendo.

Y si mi intuición tenían razón... ese don podía cambiarlo todo.

O destruirlo.

Perfecto, pensé, con una sonrisa amarga que nadie vio. Ahora no solo soy el botellín de Evian de los vampiros... también soy la detectora oficial de mentiras de esta familia caótica.

Respiré hondo.

Mañana tenía una cita con el rey loco.

Y una conversación pendiente con el señor feudal.

Pero una cosa tenía clara: si Draco me estaba ocultando su don... yo iba a descubrir cuál era.

Aunque tuviera que sacárselo con un punzón, chantajes emocionales o —si hacía falta— con el fantasma de Hitler amenazándolo con esa voz ridícula que tenía el dictador.

Era consciente que los secretos, en nuestro mundo, siempre acaban costando sangre.

Y yo ya había donado suficiente.

Los chicos me ignoraron por completo, como si yo fuera un mueble más en el salón y se lanzaron a discutir la estrategia de infiltración en la Catedral de los Huesos con la seriedad de quien planea una boda real y no una misión suicida.

Kur, siempre el más optimista (o el más inconsciente, según se mire), fue el primero en soltar la idea bomba:

—Oye, ¿y si utilizamos a Coraline como avanzadilla? Con su nuevo don de “hablar con los muertos” podría ser la llave maestra. Imagina: llega, charla con los fantasmas del sitio, les pide que nos abran la puerta trasera y listo. ¡Somos un equipo de élite paranormal!

Me quedé con la boca entreabierta, a medio camino entre la indignación y la risa incrédula. Antes de que pudiera intervenir, Draco alzó una mano como si estuviera deteniendo el tráfico en una autopista.

—Ni hablar —dijo con voz de acero—. No vamos a poner su vida en juego.

Levanté la cabeza tan rápido que casi me disloco el cuello.

—¿Disculpa? —intervine, cruzándome de brazos—. ¿Eres mi padre ahora, Cayetano? ¿Desde cuándo necesito que me protejas como si

fuera una muñeca de porcelana? Sé cuidarme sola, gracias.

Draco me miró con esa intensidad que siempre me descoloca: mitad furia, mitad algo que nunca termina de definir.

—Coraline, es muy peligroso —repitió, y esta vez su voz bajó un tono, casi suplicante—. No estoy dispuesto a perderte. Me niego a convertirme en conejillo de Indias. Es una locura. No arriesgaré tu vida.

El salón se quedó en silencio absoluto. Hasta el reloj de pared pareció contener la respiración.

—¿Desde cuándo te importo? —le espeté, indignada, aunque por dentro algo se me removió.

Draco apretó la mandíbula, los músculos de su cuello se tensaron visiblemente.

—Nunca he dicho lo contrario —respondió, y su voz sonó más baja, más ronca—. Además... yo te convertí. Eres mi responsabilidad.

—¿Sabes qué? —repliqué, levantándome de la silla con un movimiento brusco—. Te libero de esa responsabilidad, Cayetano. Soy mayorcita para tomar mis propias decisiones. Estamos juntos en esto y te ayudaré a llevar a cabo tu venganza. Improvisando, claro está. Mi estilo es único y, sorprendentemente, eficaz.

Draco abrió la boca para contestar, pero se detuvo a mitad de frase. Sus ojos se oscurecieron, y por un instante vi algo crudo, casi doloroso, cruzar su expresión.

—Conozco a Alaric —dijo al fin, casi en un susurro—. Te destrozaré... y yo no podría...

Se calló. Literalmente se tragó las palabras restantes.

Ofuscado, se pasó una mano por el pelo y abandonó la sala sin mirar atrás. El portazo resonó similar a un trueno en la casa.

Mi corazón dio un vuelco tan fuerte que por un segundo pensé que iba a romperme una costilla. "*Y yo no podría...*" ¿soportarlo? ¿Perderte? ¿Qué demonios iba a decir? ¿Y por qué me importaba tanto?

Vlad se levantó en silencio y salió tras él, dejando un vacío pesado en el salón. Kur se quedó conmigo, mirándome con esa sonrisa de compasión que pone cuando sabe que estoy a punto de meterme en un lío emocional del tamaño de un elefante.

—¿No crees que va siendo hora de admitir que sientes algo por el Cayetano? —preguntó con suavidad.

—¿Qué? —fingí escandalizarme—. Eso no es cierto, yo...

—Coraline —me cortó, con ese tono de amigo que ya no se traga más excusas—. Soy yo, Kur. A mí no me puedes engañar. Somos amigos. Y los amigos se dicen la verdad, aunque duela.

Bajé la mirada. De pronto el suelo de madera parecía muy interesante.

—Si lo admitiera... dolería demasiado —confesé al fin, casi en un susurro—. Su corazón pertenece al recuerdo de otra mujer. Una que lo marcó para siempre. No hay cabida para mí. Nunca la habré.

Kur suspiró, se levantó y abrió los brazos.

—Ven aquí, loca guerrera.

Me dejé abrazar. Sus brazos fuertes y cálidos me envolvieron en un refugio temporal. Apoyé la frente en su hombro y cerré los ojos, sintiendo cómo parte de la tensión se deshacía.

—Sabes que no estás sola en esto, ¿verdad? —murmuró contra mi pelo—. Aunque Draco sea un idiota con complejo de caballero andante y tú una cabezota con alergia al compromiso... estáis en el mismo barco. Y los barcos locos como el nuestro suelen llegar a puerto... aunque sea dando tumbos.

Solté una risa ahogada, mitad risa, mitad sollozo.

—Eres un cursi de manual, licántropo.

—Y tú una romántica empedernida disfrazada de sarcasmo —replicó él, dándome un apretón—. Pero te quiero igual.

Me aparté un poco, limpiándome disimuladamente una lágrima traicionera.

—Estoy en un lío... Tengo que contaros algo importante...

—¿Qué has hecho ahora, Coraline? —preguntó alzando una ceja.

—Soy un caos...

Me acababa de dar cuenta de que estaba bien jodida por mi mala costumbre de meter la nariz donde no me llaman. Entonces, en ese silencio que precedía al miedo, sonó "*Take me to Church*" en mi cabeza.

Mi amada tiene humor

*Es la risita en el funeral
Sabe que todos la desaprueban
Debí haberla venerado antes*

*Si los cielos alguna vez hablaran
Ella sería la última profeta verdadera
Cada domingo se está volviendo más oscuro
Un veneno fresco cada semana*

*Nacimos enfermos
Lo escuchas decir
Mi iglesia no ofrece ningún perdón
Ella me dice: Alaba en la habitación
El único cielo al que voy a ir
Es cuando esté a solas contigo.*



Capítulo 15

GOLDEN BROWN

El sótano del refugio era un lugar que ya de por sí inspiraba poco entusiasmo: paredes de piedra húmeda, una bombilla solitaria colgando del techo como una araña eléctrica, y un olor a moho y tierra antigua que se te metía en la nariz y no salía ni con lejía. Pero esa noche, con la partida de póker abandonada sobre la mesa, el ambiente había subido de suspense a nivel de thriller psicológico intenso.

Vlad y Kur estaban sentados en sillas destartaladas, con los brazos cruzados y mirándome como si yo fuera el sospechoso principal en un juicio. Draco, fiel a su estilo de señor feudal con crisis existencial, se apoyaba contra la pared con los brazos cruzados y esa mirada inquisitiva que parecía decir: “Habla o te saco la verdad con pinzas”.

Yo daba vueltas por la estancia, resoplando cada dos pasos, intentando encontrar las palabras adecuadas para soltar la bomba. Pero cada vez que abría la boca, las palabras se me atragantaban porque sabía que se avecinaba tormenta.

Draco perdió la paciencia antes que yo.

—Joder, Coraline, ¿quieres soltarlo de una vez? —gruñó, cortante y exasperado—. No tenemos todo el día para tus crisis dramáticas.

Lo miré con los ojos entrecerrados, contando mentalmente hasta tres para no lanzarle la baraja de póker a la cara.

—A la mierda —murmuré para mí misma—. Ya estoy metida hasta el cuello en líos, uno más no va a matarme... o sí, pero al menos será entretenido.

Me planté en el centro del círculo, respiré hondo y solté la frase como quien tira una granada de humo en una habitación cerrada:

—Mañana por la noche he quedado para cenar con Alaric en su guarida. Ya sabéis... en la Catedral de los Huesos.

El silencio que siguió fue tan absoluto que se podía oír el tic-tac de un reloj que ni siquiera existía. Los tres se quedaron petrificados, con los ojos muy abiertos. Si no supiera que eran vampiros (y licántropo el otro), habría pensado que les había dado un infarto colectivo.

Kur fue el primero en reaccionar, su voz salió en un susurro incrédulo:

—¿Cómo?

Draco no dijo nada. Solo apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos por la rabia.

Vlad, siempre el más calmado, se limitó a inclinar la cabeza ligeramente, procesando el asunto.

Yo tragué saliva, sintiendo que el aire se había vuelto espeso.

—¿No vais a decir nada? —pregunté, nerviosa, intentando sonar casual—. ¿Ni un “qué valiente” o un “estás loca de remate”? Algo.

Kur se pasó una mano por la cara.

—Esta mañana fui a ver a Claudia para resolver mis dudas sobre mi don de ver fantasmas —mentí (porque todavía no estaba preparada para soltar lo de la sangre-antídoto-belladona)—. Estaba en la taberna, me vio, me reconoció por el olor o por lo que sea... y me invitó a cenar en su “palacio real”. Dijo que estaba ansioso por verme mañana.

Draco dio un paso adelante, con un aura de peligro perceptible.

—¿Cenar? —repitió, era evidente que las palabras le quemaban la lengua—. A Alaric lo llaman el rey loco por algo, Coraline. ¿Qué esperas de esa cena? ¿Que te sirva postre y te pregunte por tu día? Te obligará a beber de un humano inocente hasta matarlo, o peor:

te usará para llegar a mí. No te has planteado que tal vez esté jugando contigo porque sepa que estás conmigo. No sabemos a ciencia cierta si le llegó el soplo de que estoy con vida.

Eso no lo había pensado. De pronto la imagen de una mesa elegante con sangre en copas de cristal y un humano atado como plato principal me revolvió el estómago. Pero, como siempre, mi boca fue más rápida que mi cerebro.

—No lo ves —le repliqué, enfrentándome a su ira con la mía propia—. Es nuestra oportunidad para colarnos en la Catedral de los Huesos. Entrar por la puerta grande, ver el terreno, encontrar debilidades... ¡Es perfecto!

Draco me miró como si acabara de proponer saltar de un avión sin paracaídas.

—¡No puedo creer que aceptaras esa invitación! —rugió—. Más sabiendo que mató a...

Se detuvo. La palabra quedó colgando en el aire al igual que una guillotina: Anne.

Me sentó como un puñetazo en el estómago. No porque me acusara de no tener corazón (eso ya me lo había insinuado antes), sino porque lo dijo sin decirlo. Como si yo fuera una insensata incapaz de entender el dolor que él llevaba grabado en la piel.

Draco, fuera de sí, pegó un puñetazo contra la pared. El hormigón cedió con un crujido seco, dejando un agujero del tamaño de su rabia. Y entonces lo vi: su demonio interior salió a la superficie. La piel se le oscureció hasta volverse negra, el cabello se alborotó como alas de cuervo, y unas alas membranosas se desplegaron a su espalda con un sonido de cuero rasgado. Caminó hacia mí lentamente, cada paso era un terremoto silencioso, el dolor y la ira se mezclaban en su rostro demoníaco.

—Hoy mismo regresarás a casa —declaró con una voz gutural, ronca, que parecía venir de las profundidades de un pozo sin fondo—. No vas a ir a esa cena. No vas a acercarte a él.

Me planté frente a él, temblando, pero sin retroceder.

—No pienso ir a ninguna parte —contesté con decisión, aunque por dentro me sentía insegura—. Estamos juntos en esto, Draco. Y si

tengo que cenar con el diablo para ayudarte a vengarte... pues cenaré con el diablo.

Draco rugió, un sonido que hizo vibrar las paredes, y sin esperármelo me propinó una bofetada tan fuerte que el mundo se inclinó. Si no hubiera sido vampira, me habría roto la mandíbula. El dolor fue agudo, pero lo que más dolió fue la traición en sus ojos.

Mis lágrimas se derramaron sin permiso. No podía creer que el mismo vampiro que me había abrazado la noche anterior me hubiera golpeado.

—¡Basta, Draco! —gritó Kur, poniéndose en pie como un muro de músculos para protegerme.

Vlad también se interpuso entre nosotros, su mano firme se posó en el pecho de Draco.

—Contrólate —le dijo en voz baja, pero autoritaria—. Esto no ayuda a nadie.

Me sentía estúpida. Sin decir nada más, salí corriendo del sótano. A mi espalda oí a Kur llamándome, pero en ese momento no quería hablar con nadie. Subí las escaleras de dos en dos, entré en mi habitación y cerré la puerta de un portazo.

Me dejé caer contra la madera, mientras las lágrimas caían sin control por mi rostro.

Respiré hondo, limpiándome la cara con rabia.

Mañana tenía una cena con Alaric.

Y, aunque doliera, sabía que iba a ir.

Porque si alguien iba a acabar con el rey loco, sería yo... por todo los problemas que me estaba generando.

Y si tenía que elegir entre los dos... prefería que fuera él quien siguiera respirando.

Aunque me odiara por ello.

Me levanté del suelo con un movimiento brusco, me sentía furiosa. La mejilla me ardía donde Draco me había golpeado, pero el dolor físico era lo de menos: lo que realmente dolía era la traición en sus ojos, esa mezcla de rabia y miedo que no sabía si era por mí o por el fantasma de Anne que aún lo perseguía.

No podía quedarme allí. No con él respirando el mismo aire que yo, no con Kur y Vlad mirándome como si fuera una bomba a punto de

estallar y no con mi propia cabeza gritándome que había cruzado una línea que no sabía que existía.

Abrí la ventana de un tirón —el cristal vibró protestando— y salté al vacío sin pensarlo dos veces. El aire frío de la noche polaca me golpeó en el rostro, pero lo agradecí: al menos era un dolor limpio, sin complicaciones emocionales. Aterricé en el césped húmedo con la gracia de un gato borracho y eché a correr hacia el bosque.

No tenía destino. Solo necesitaba distancia. Mucha distancia. De Draco, de su demonio interior, de sus alas negras y de esa mirada que decía “te protegeré, aunque tenga que romperte para ello”. Corrí sin mirar atrás, las ramas bajas me arañaban los brazos y la cara, pero no me importaba. Cada zancada era un “no me pillas”, un “no me controlas”, un “no soy tu responsabilidad”.

No sé cuánto tiempo estuve corriendo. Perdí la noción del tiempo, del espacio, de mí misma. La luna se había elevado lo suficiente como para bañar el bosque en una luz plateada y espectral y cuando por fin me detuve, jadeando más por costumbre que por necesidad, me encontré en una pequeña arboleda. Me dejé caer contra un tronco ancho y rugoso, la espalda la apoyé en la corteza fría y recogí las rodillas contra el pecho. ¿Qué estaba haciendo?

El silencio era absoluto. Ni un búho, ni un crujido, ni el lejano aullido de un lobo. Solo mi respiración —innecesaria, pero reconfortante— y el latido fantasma de mi corazón herido.

Y entonces lo sentí.

La muerte.

No amenazante, sino como una presencia física, densa, que se filtraba entre los árboles al igual que una niebla espectral. El aire se volvió pesado, el frío se me metió bajo la piel como dedos helados. Alcé la mirada lentamente y allí estaban.

Hombres de uniforme raído, empapados en sangre seca y fresca a la vez. Rostros demacrados, ojos hundidos, bocas abiertas en gritos mudos que parecían resonar dentro de mi cabeza. Caminaban en círculos desorientados, tropezando con raíces invisibles, algunos arrastrando cadenas que no existían, otros abrazando rifles rotos, traumatizados. Gritaban sin sonido: dolor, pena, confusión, rabia. Era un rastro energético, un eco macabro de la historia que se negaba a

morir del todo. La misma historia que recordaba que en una guerra no hay ganadores, solo cadáveres y fantasmas que se niegan a irse.

Me quedé inmóvil y lloré. No era miedo lo que sentía —ya no—. Era una pena tan profunda que casi me doblaba por la mitad. Esos hombres no eran monstruos; eran víctimas. Soldados, prisioneros, civiles atrapados en la maquinaria del horror. Y yo, con mi don maldito, era la única que podía verlos.

Uno de ellos —un chico joven, apenas veinte años, con el uniforme hecho jirones— se detuvo frente a mí. Sus ojos vacíos se clavaron en los míos. No habló, pero sentí su pensamiento como un cuchillo helado en la mente:

¿Por qué seguimos aquí?

No tenía respuesta. Solo pude susurrar:

—No lo sé... pero lo siento. Lo siento tanto...

El chico inclinó la cabeza, entendiendo que yo no tenía la respuesta a su pregunta. Luego se desvaneció en volutas de humo negro, llevándose consigo parte del peso que cargaba el bosque.

Me quedé allí, temblando, abrazándome las rodillas, hasta que el alba empezó a teñir el cielo de rosa y gris. No sabía qué hacer con lo que acababa de ver. No sabía cómo contárselo a los demás. No sabía si Draco me perdonaría el golpe, o si yo le perdonaría a él el suyo.

Pero una cosa tenía clara: mañana tenía una cena con el rey loco. Y si Alaric quería jugar a ser anfitrión... yo iba a ser la peor invitada de su vida. Con una sonrisa amarga, me levanté, me sacudí las hojas del pelo y murmuré para mí misma:

—Vamos, Coraline. Hora de improvisar. Otra vez. Jamás nos rendimos, pequeña. Recibimos la hostia, apretamos los dientes y continuamos.

En esta loca aventura aprendí que: Los fantasmas no se van. Los reyes locos no negocian. Y los vampiros gruñones... bueno, esos se besan o se matan.

Pero nunca se rinden.

Y yo tampoco.

Tomé la decisión de volver. No podía eludir mi responsabilidad con los chicos y menos aún la irresponsabilidad de tomar decisiones sin

consultar a nadie. Llevaba toda la vida sola, siendo independiente, buscándome el pan de cada día con uñas y dientes, pero esto de tener una tribu me estaba costando más que cualquier transformación vampírica. Era como pasar de ser un lobo solitario a formar parte de una manada que discutía por quién se comía el último filete crudo.

No tenía prisa. Regresé paseando por el bosque, dejando que el aire frío de la noche me despejara la cabeza. Tampoco me corría prisa ver la cara de culo del Cayetano. Eso sí: me iba a hacer la ofendida hasta que me suplicara de rodillas por haber perdido los papeles y abofetearme. Que se arrastre un poco, pensé. Que sienta lo que es tener el ego magullado. A ver si aprende que no todo se arregla con órdenes y puñetazos.

Mientras caminaba entre los árboles, me acordé de Isabella. ¿Qué estaría haciendo? Nunca habíamos estado separadas e incomunicadas tanto tiempo desde que nos conocimos y nos convertimos en hermanas del destino. Sabía que me apoyaría en todo —incluso en mis peores ideas—, pero también me echaría un sermón de los buenos. Del tipo: "*Coraline, ¿tú estás tonta o te lo haces?*". Y tendría razón. Siempre la tenía.

Llegué al refugio con el alma hecha un nudo. La casa parecía más oscura que de costumbre, como si supiera que algo se estaba rompiendo dentro. Al cruzar el patio trasero, vi a Anne —o más bien su fantasma— mirándome fijamente desde la tumba simbólica. Sonreía con esa serenidad triste que solo tienen los que ya no sufren. Pasé por su lado y me detuve a su altura. No dijo nada en voz alta; simplemente habló en mi mente, con esa voz suave y maternal que me recordaba tanto a mi tía Manoli:

«*No permitas que haga una estupidez*».

Después se desvaneció, dejando un rastro de olor a flores marchitas y nostalgia.

Suspiré. Gracias por el consejo, Anne. Ahora solo falta que me digas cómo evitar que el idiota de tu prometido se suicide por venganza.

En ese instante escuché voces dentro de la casa. Eran los chicos. Discutían. Alto. Muy alto.

Entré con cautela, como quien pisa un campo de minas. Los encontré en el salón: Vlad y Kur intentaban detener a Draco, que estaba haciendo un petate con armas, preparándose para la Tercera Guerra Mundial vampírica. Pistolas, cuchillos impregnados de belladona, granadas... el arsenal completo.

Alcé una ceja y tosí a propósito, fuerte, anunciando mi regreso.

Los tres se giraron al unísono.

Kur sonrió aliviado, de modo que si acabara de ver a un familiar perdido en un aeropuerto. Vlad soltó un suspiro silencioso de "menos mal". Y Draco... Draco me ignoró por completo. Siguió metiendo cosas en la mochila haciéndome el vacío, para él era un mueble más.

Pasó por mi lado sin dirigirme la palabra, con el petate al hombro, dispuesto a marcharse.

Lo sujeté del brazo con fuerza.

—Suéltame... —gruñó.

Nuestras miradas quedaron enfrentadas un instante eterno. Y entonces, sin previo aviso, le pegué una bofetada.

¡Ni se inmutó! Su piel ni siquiera enrojeció. Pero sus ojos sí cambiaron: sorpresa, culpa, algo que parecía dolor.

—Me lo merecía... —susurró, avergonzado, bajando la mirada por primera vez en toda la noche.

—Sí, por señor feudal —respondí, con orgullo herido—. Y por creerte con derecho a decidir por mí.

Pero tenía algo más para él.

Me acerqué más, lo agarré del jersey y poniéndome de puntillas para llegar a su altura, atrapé su boca.

Lo besé con calma, probando una vez más su sabor a peligro y tormenta, pero esta vez me deleité. Me gustó más que comerme un cubo entero de helado de chocolate en un día de verano con cuarenta grados. Sus labios eran fríos, pero respondieron. Primero con sorpresa, luego con algo más profundo, más hambriento.

Cuando me separé, él se quedó aturdido, con los ojos muy abiertos y las mejillas ligeramente sonrosadas (algo que no creía posible en un vampiro).

—Siento mucho ser una cabeza loca —dije, todavía cerca de su boca—. Solo quería ayudar. Sin embargo, no puedo deshacer la cita con Alaric y lo sabes. Trabajemos juntos y venceremos. Tenemos algo que el rey loco no tiene: amor, respeto, amistad y una chalada (me señalé a mí misma) con ganas de arrancarle la cabeza de un bocado.

Me fijé en Vlad y Kur al fondo. Vlad sonreía, asintiendo con aprobación mientras entrelazaba sus dedos con los de Kur. Este le dio un beso suave en la mejilla y por un segundo el salón pareció llenarse de algo cálido y humano en medio de tanta oscuridad.

Draco siguió mirándome con intensidad, sin decir nada. Luego soltó el petate con un ruido sordo, se pasó una mano por el cabello despeinado y suspiró como quien se rinde ante algo inevitable.

—De acuerdo, chica cuervo —dijo al fin, su voz era más suave de lo habitual—. Trabajemos juntos.

Kur soltó un “¡menos mal!” que rompió la tensión y Vlad simplemente asintió, satisfecho.

Yo sonreí, aunque por dentro seguía temblando.

Porque sabía que la cena con Alaric no iba a ser un picnic. Pero también sabía que, por primera vez, no iba sola.

Y eso... eso valía más que cualquier venganza.

Mi corazón empezó a sonar como “Golden Brown” de The Stranglers.

*Marrón dorado, textura como el sol.
Me acuesta, con mi mente ella corre.*

*Durante toda la noche
No hay necesidad de luchar*

*Nunca fruncir el ceño con color marrón dorado.
Cada vez como la última*

*En su barco atado al mástil
A tierras lejanas*

*Toma mis dos manos
Nunca fruncir el ceño con color marrón dorado.*

Marrón dorado, tentadora más fina.

*A través de los tiempos ella se dirige al oeste
desde muy lejos*

Estancias por un día

Nunca fruncir el ceño con color marrón dorado.



Capítulo 16

RIME OF THE ANCIENT MARINER

Aprovechamos el día para planificar cada detalle de la operación. El plan era sencillo en teoría: yo iría sola a la cena con Alaric en su “palacio real” (que no era otra cosa que la entrada camuflada a la Catedral de los Huesos), observaría todo lo que pudiera, memorizaría accesos, guardias, posibles salidas de emergencia y cualquier debilidad que se dejara ver. Los chicos me esperarían ocultos en el bosque circundante, listos para actuar si las cosas se torcían... que, conociéndome, era lo más probable.

Sencillo, sí. Pero en nuestra vida nada salía como queríamos. Todo podía torcerse en un parpadeo: una mirada equivocada, una frase mal dicha, un fantasma inoportuno, o simplemente que Alaric decidiera que mi “olor particular” era demasiado tentador para dejarme marchar con vida. Pero bueno, ¿qué sería de mí sin un poco de riesgo suicida para condimentar la existencia?

Estaba en el cuarto de baño, terminando de ducharme, cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —grité, envuelta en una nube de vapor.

Salí del baño en bragas y sujetador, con el pelo chorreando y una toalla en la mano, pensando que sería Kur con alguna tontería. Pero no. Allí estaba Draco, sentado en el borde de la cama, con los codos

apoyados en las rodillas y mirándome con una intensidad que debería haber sido ilegal.

Me quedé paralizada un segundo. Luego, en modo automático, puse los brazos en jarras.

—Si vas a decir que soy una descarada, ahórratelo —le solté antes de que abriera la boca—. Ya me lo han dicho muchas veces y sigo viva.

Draco recorrió mi cuerpo con la mirada sin disimulo alguno, y cuando llegó a mis ojos, sonrió de esa forma lenta y peligrosa que me ponía los nervios de punta.

—Mientras el descaro sea solo para mí, todo bien —dijo, con una sonrisa pícara—. No me gusta compartir.

Levanté una ceja, cruzándome de brazos (lo que, en sujetador, no ayudaba precisamente a parecer intimidante).

—Este cuerpo es un templo sagrado —repliqué, con mi mejor tono de reina del drama—. Y para entrar en él hay que amar mi locura. Pero tu corazón está ocupado con el recuerdo de otra mujer.

Draco se levantó despacio, semejante a un depredador que no tiene prisa porque sabe que la presa no va a escapar.

—No es pecado haber amado —dijo, acercándose un paso—. No es pecado seguir amando a esa mujer que ya no está... y tampoco es pecado volver a sentir. Si no, que venga Lucifer y me condene al infierno.

Era la primera vez que lo veía tan sincero. Tan roto. Las cicatrices en su alma eran visibles en cada línea de su rostro: culpa, rabia, añoranza. Y yo, que también tenía las mías (menos profundas, pero igual de afiladas), sentí un nudo en la garganta.

—No hables de amor hasta que seas capaz de perdonarte por perder a Anne —le dije, intentando proteger mi propio corazón—. No voy a negar que me atraes. Eres todo lo opuesto a mí y ese tira y afloja entre nosotros me encanta. Pero podemos empezar por ser amigos.

Draco alzó una ceja y esa sonrisa suya —la peligrosa, la que prometía problemas— volvió a aparecer.

—¿Con derecho a roce? —preguntó, dando otro paso—. Te deseo, Coraline. Y me gustaría saber qué significa esta obsesión por ti. Si es

solo atracción física... o si hay algo más.

Me sentí como una adolescente en su primera cita seria: hormonas revolucionadas, pulso acelerado, ganas de besarlo y de huir al mismo tiempo. Claro que quería tener sexo con el señor estirado. Mucho. Pero a diferencia de él —cuyos sentimientos seguían en un limbo de culpa y memoria—, yo, a lo tonto, me había enamorado. Oh, Dios. Lo acababa de reconocer en mi cabeza y ya sentía que era mi condena eterna.

Improvisa, Coraline. Improvisa.

—Los derechos se ganan, Cayetano —respondí, alzando la barbilla—. Y tú perdiste muchos puntos con esa bofetada.

Él bajó la mirada un instante, avergonzado.

—De acuerdo. Perdí los papeles. Pero contigo es fácil hacerlo. Además... tú también deberías pedirme perdón de rodillas por todas las veces que me has llamado cara de culo, señor feudal, tocacojones y demás joyitas desde que nos conocemos.

—¿Disculpa? —pregunté, incrédula—. No pienso pedirte una mierda. No es mi culpa que tengas cara de culo y un carácter de mierda.

—Y tú estás loca y encima eres una maleducada.

Nos retamos con la mirada, la rabia contenida convirtiéndose en algo más caliente, más eléctrico. El aire entre nosotros crepitaba.

Y entonces Draco me agarró de la nuca con una mano firme, pero cuidadosa y me besó.

Todo el enfado se desvaneció como humo. Sus labios eran fríos al principio, pero pronto se calentaron con el contacto. Me besó con calma, saboreando algo que había deseado durante demasiado tiempo. Yo respondí sin pensarlo, enredando los dedos en su cabello sedoso por la falta de gomina, deleitándome en su sabor a peligro, a tormenta contenida, a algo que sabía a hogar y a desastre al mismo tiempo.

Cuando nos separamos, él estaba tan aturdido como yo. Sus ojos grises brillaban con una mezcla de sorpresa, deseo y algo más profundo que ninguno de los dos estaba listo para nombrar.

Estaba excitada, ardiendo por dentro, con el cuerpo en llamas y la cabeza nublada por un deseo tan voraz que casi me asustaba a mí

misma. Mis manos volaron hacia el jersey de Draco como si tuvieran vida propia: quería quitárselo, necesitaba verlo desnudo, piel contra piel, borrar de un plumazo toda la tensión acumulada entre nosotros con algo más primitivo que palabras o discusiones. Mis dedos ya rozaban el borde de la tela cuando...

El frío llegó.

No era el frío normal de la noche polaca que se colaba por las rendijas. Era el frío: ese que te atraviesa los huesos y te recuerda que la muerte no siempre espera a que te mueras para visitarte. La habitación se enfrió de golpe, el vaho de mi respiración se hizo visible y un escalofrío me recorrió la espalda de manera que si alguien hubiera abierto la puerta del congelador del más allá.

Me quedé quieta, las manos aún en su jersey.

No ahora, pensé. Por favor, no ahora.

Creí que sería Hitler otra vez, con su olor a podredumbre y sus frases de propaganda nazi reciclada. O peor: Anne, apareciendo para recordarme que estaba besando al hombre que aún la lloraba en silencio. Ese pensamiento me hizo retirar las manos, me quemaban. De repente me sentí sucia, como la amante que se cuela en un duelo eterno. No me gustó nada esa sensación.

Pero lo que apareció no fue ninguno de ellos.

Primero fue la sensación de peligro: un peso en el pecho, como si el aire se hubiera vuelto plomo.

Después la voz, rota y lejana, como si hablara desde el fondo de un pozo lleno de sangre:

«Lo siento... intenté resistirme. Pero él entró en mi cabeza...»

Y, por último, el caos.

Me giré lentamente, el corazón me latía en los oídos, fue una sensación extraña, me sentí algo mareada. Allí estaba Claudia. O lo que quedaba de ella.

Su cuerpo flotaba a medio metro del suelo, decapitado. La cabeza la sujetaba con la mano derecha por el pelo, igual que si fuera un bolso macabro. De los muñones del cuello manaba sangre negra que goteaba en charcos que no tocaban el suelo. Sus ojos estaban abiertos de par en par, llorando lágrimas rojas que se deslizaban por

las mejillas cenicientas. La boca se movía, articulando palabras sin sonido, pero yo las oía perfectamente dentro de mi cráneo:

«Él lo sabe... Sabe que Draco ha regresado. Ya vienen...»

Horrorizada, me llevé una mano a la boca para contener un sollozo. Apoyé la espalda contra el torso de Draco, negando con la cabeza como una niña pequeña que no quiere ver lo que tiene delante.

Draco lo notó al instante. Su cuerpo se tensó detrás de mí y me abrazó con fuerza.

—Coraline —susurró, en tono urgente—, ¿qué ocurre? ¿Qué ves?

—Claudia... —balbuceé—. Está... está sin cabeza...

El fantasma siguió hablando, su voz era cada vez más débil, como si le costara mantener la conexión:

«Él no sabe nada de ti... guardé tu secreto. No sabe que vienes con ellos... logré esconder esa información en mi mente...»

Y entonces se desvaneció. La cabeza cayó al suelo sin ruido, rodó un poco y se disolvió en humo negro. El cuerpo se deshizo detrás como ceniza barrida por el viento. Solo quedó el olor: sangre, hierro y un toque dulzón de miedo.

Me temblaban las piernas. Draco me sujetó por la cintura antes de que me derrumbara.

—Dime qué ocurre —exigió, girándome hacia él. Sus ojos grises estaban llenos de una mezcla de furia y preocupación que nunca le había visto—. ¿Qué ha dicho?

—Alaric viene hacia aquí —susurré, las lágrimas cayeron sin permiso—. Sabe que has regresado. Claudia... Claudia ha muerto. Intentó protegerme... esconder que estoy contigo... pero él entró en su cabeza...

Draco se quedó inmóvil un segundo. Luego su expresión cambió: la preocupación dio paso a algo mucho más oscuro. Rabia pura.

—Vístete —ordenó, su voz ya no era suave—. Ahora.

Asentí, todavía temblando y me moví como un autómatas hacia la ropa. Mientras me ponía los pantalones y la camiseta a toda prisa, no podía dejar de pensar en Claudia: su sarcasmo afilado, su forma de llamarme "reina del caos", su manera de servirme un trago sin preguntar. Había muerto por guardar mi secreto. Por mí.

Y Alaric lo sabía.

Draco ya estaba en la puerta cuando terminé de vestirme.

—Vamos a avisar a los demás —dijo, en un tono frío como el acero—. Si viene esta noche, lo recibiremos preparados.

Lo seguí por el pasillo, el corazón me latía con fuerza. Antes de bajar las escaleras me detuve un segundo y miré hacia atrás, hacia la habitación vacía.

Gracias, Claudia, pensé. Y lo siento. Lo siento muchísimo.

Y entonces, con una sonrisa amarga que nadie vio, murmuré para mí misma:

—Alaric quiere jugar a ser anfitrión... pues que prepare la mesa.

Porque si el rey loco venía a por nosotros...

Yo iba a ser su dolor de cabeza.

Y esta vez no iba a improvisar sola.

Tenía una tribu.

Tenía a Draco.

Y tenía un plan... creo.

Aunque, con mi currículum, el plan probablemente incluiría más sangre, más fantasmas y —seguro— otro sermón del Cayetano sobre "cómo no improvisar tanto".

Pero oye... al menos no sería aburrido.

Los chicos estaban en el salón cuando bajamos las escaleras. Kur nos vio aparecer y, con un gesto rápido de dedo en los labios, nos indicó silencio absoluto. Su expresión era de alerta máxima: cejas fruncidas, ojos muy abiertos, el típico rostro de "no respire fuerte o nos pillan". Intuí al instante lo que pasaba.

No me equivoqué.

Nos asomamos con cuidado por la ventana lateral, ocultos tras las cortinas raídas. Allí estaban: Alaric y un pequeño grupo de sus secuaces, plantados delante de la casa como si fueran dueños del lugar. Pero lo más macabro —y lo que me revolvió el estómago— era que uno de los vampiros sujetaba la cabeza decapitada de Claudia por el pelo. La sangre negra aún goteaba del muñón del cuello, salpicando el suelo en charcos que brillaban bajo la luz del atardecer. Los ojos de la bruja seguían abiertos, con esa expresión de sorpresa y dolor que no se borraría nunca.

Alaric dio un paso adelante, su silueta alta y elegante se recortaba contra la noche. Sonreía de manera que si estuviera en una reunión familiar y no en una ejecución inminente.

—Hermanito —dijo con esa voz suave y venenosa que helaba la sangre—, he venido a visitarte. Hace mucho tiempo que no nos vemos. Creía que estabas muerto... pero tomando un chupito de sangre en El Caldero Negro, Claudia tuvo un pensamiento muy interesante. Y tú salías en él. Parecía preocupada... no me quedó más remedio que hurgar en su mente. Se resistió la bruja, era dura de mollera. Sin embargo, logré sacarle suficiente información para saber de tu paradero. Nunca se te dio bien el factor sorpresa, nunca reveles tu ubicación si quieres salvar el culo. No seas cobarde y sal aquí.

—Maldita sea... —susurró Draco, cerrando los ojos—. Le dije a Claudia donde nos alojábamos por si la necesitaba en algún momento. Fui un estúpido de manual. Está muerta por mi culpa.

El silencio dentro de la casa fue ensordecedor. Nos miramos los unos a los otros. Kur tenía los puños apretados, Vlad la mandíbula tensa, y yo... yo me sentía culpable hasta las entrañas. Claudia murió por nosotros. Por guardar nuestro secreto. Por ayudarnos. Nunca debimos ir a su taberna, pero ya era tarde para lamentaciones. El remordimiento me quemaba como ácido en las venas.

Draco fue el primero en romper el silencio. Su voz salió baja, pero firme similar a una sentencia.

—Escuchadme —dijo, sin apartar la vista de la ventana—. En el sótano, al fondo de la estancia, hay una trampilla. Es un túnel que da al bosque. Se construyó para huir de los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Marchaos por ahí. Ahora.

Kur y Vlad se miraron confusos. Sin embargo, el grandullón tomó el mando de inmediato.

—Kur, Coraline, ya lo habéis oído —dijo con esa calma que siempre parecía tener, incluso cuando todo se iba a la mierda.

Pero yo no pensaba irme. No iba a dejar que Draco se enfrentara solo a su hermano psicópata y a un grupo de vampiros asesinos.

Abrí la boca para protestar, para decir que me quedaba, que lucharía con él...

Y entonces apareció Anne.

Su fantasma se materializó justo delante de mí, translúcido pero nítido, con esa ropa de época y la expresión serena que siempre llevaba. No habló en voz alta; lo hizo directamente en mi mente:

«Obedece. Muerta no sirves».

Dudé. El corazón se me encogió. Sabía que tenía razón: si me quedaba y me apresaban (o peor, me mataban), no podría ayudar a nadie. Pero tampoco podía soportar la idea de dejar a Draco atrás.

Anne inclinó la cabeza ligeramente, como si leyera mis pensamientos.

«No lo matará al instante. Alaric disfruta torturando. Todavía hay esperanza».

Eso fue lo que me decidió. Asentí casi imperceptiblemente. Kur, que ya me había agarrado del brazo, tiró de mí hacia el sótano. Lo último que vi antes de bajar las escaleras fue a Draco dirigirse a la puerta principal, con la espalda recta y la postura de quien sabe que va a una guerra que quizás no gane.

Kur me guio hasta el fondo del sótano. Con una sola mano levantó la trampilla oculta bajo una alfombra raída. El túnel olía a tierra húmeda, moho y miedo antiguo.

—Baja —ordenó en un susurro.

Me empujó suavemente dentro. Caí de rodillas sobre la tierra fría del túnel, el impacto resonó en mis huesos.

—No podemos huir, Kur —protesté, dudando mientras me levantaba—. Los van a matar.

—Confía en ellos —dijo él, bajando detrás de mí y cerrando la trampilla con cuidado—. Vlad es un vampiro muy fuerte y Draco es inteligente. Pero si nos apresan a todos, será más difícil escapar. Nosotros somos su plan B, Coraline.

Sus palabras me convencieron. O al menos me hicieron moverme. Corrimos por el túnel como si nos persiguiera el mismísimo Diablo (o peor: Alaric con su sonrisa encantadora). El pasadizo era estrecho, oscuro, con raíces que se colaban por las paredes semejantes a

dedos esqueléticos. El suelo era irregular y más de una vez tropecé, pero Kur me sujetaba cada vez.

Salimos al bosque a una distancia prudente de la casa. Nos agachamos detrás de unos arbustos y miramos hacia atrás. A lo lejos se escuchaba la voz de Alaric, clara y burlona en la noche:

—Vamos, hermanito... no me hagas esperar. Tengo tantas cosas que contarte... y una cabeza que regalarte.

Kur me apretó el hombro.

—Vamos —susurró—. Tenemos que movernos antes de que nos huelan.

Asentí, aunque por dentro me sentía como si hubiera dejado una parte de mí en esa casa. Corrimos más profundo en el bosque, el corazón me latía con fuerza.

Draco, pensé. No te mueras, idiota. Porque si lo haces... te mato yo misma desde el más allá.

Y con esa promesa absurda en la cabeza, seguí corriendo.

Pensando en que los planes se habían torcido por culpa del rey loco que llegó sin avisar y ni siquiera pude despedirme de mis amigos en condiciones. ¿Los volvería a ver?

Claro que sí, las tribus no se rinden.

Y nosotros éramos una de locos.

Mientras corríamos por el bosque, con la luna emergiendo lenta y pálida entre las ramas como un farol espectral, mi cabeza decidió poner banda sonora propia. De repente, sin que yo le diera permiso, empezó a sonar en bucle "*Rime of the Ancient Mariner*" de Iron Maiden, con esos riffs pesados y la voz de Bruce Dickinson narrando la maldición del marinero como si estuviera comentando nuestra huida en directo.

*Escuche la rima del antiguo marinero
Mira su ojo mientras detiene uno de los tres.
Hipnotiza a uno de los invitados a la boda
Quédate aquí y escucha las pesadillas del mar.*

*Y la música sigue, mientras la novia pasa
Atrapado por su hechizo y el marinero cuenta su historia.*

*Conducido hacia el sur, a la tierra de la nieve y el hielo.
A un lugar donde nadie ha estado
A través de la niebla de nieve vuela el albatros
Aclamado en el nombre de Dios, esperando que traiga buena suerte.
Y el barco sigue navegando, de regreso al norte
A través de la niebla y el hielo y el albatros sigue.*

*El marinero mata al pájaro de buen augurio.
Sus compañeros lloran por lo que ha hecho.
Pero cuando la niebla se aclara, lo justifican.
Y hacerse parte del crimen.*

*Navegando una y otra vez y hacia el norte a través del mar
Navegando una y otra vez y hacia el norte hasta que todo esté en
calma.*

*El albatros comienza con su venganza
Una terrible maldición, una sed ha comenzado.*



Capítulo 17

BLITZKRIEG BOP

Llegamos a lo más frondoso del bosque y nos detuvimos en seco, jadeando por costumbre más que por necesidad. El silencio era tan denso que casi se podía morder. Ni un crujido de hoja, ni un susurro de viento, ni el lejano ulular de un búho. Solo el miedo latiendo en nuestros pechos como un tambor de guerra que nadie había invitado.

Kur se acercó a mí sin decir nada y me envolvió en un abrazo de oso —de esos que solo saben dar los licántropos cuando están intentando no romperte las costillas—. Era un abrazo de hermano mayor: firme, cálido y un poco torpe.

—Tranquila, Coraline —murmuró contra mi pelo—. Estarán bien.

—¿Bien? —repetí, temblando más de lo que quería admitir—. Kur, acabamos de dejar a Draco y Vlad solos contra Alaric y su pandilla de vampiros con complejo de SS sobrenatural. ¿Cómo van a estar bien?

—Lo sé —suspiró él, soltándome, pero sin apartarse del todo—. Pero lo único que tenemos ahora mismo es nuestro ingenio. Al salir corriendo como locos hemos dejado todo el arsenal atrás: las dagas, las pistolas, las granadas... todo.

Me quedé mirando el suelo, frustrada. Tenía razón. Habíamos huido con lo puesto y poco más. Pero entonces me acordé.

—No todo... —dije, metiendo la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Saqué el pequeño manojo de dalias negras que Claudia me había dado antes de... antes de que todo se fuera a la mierda. Las flores negras, brillaban bajo la luz plateada de la luna que se filtraba entre las ramas.

Kur alzó una ceja, mitad impresionado, mitad incrédulo.

—¿Flores? ¿Qué pretendes hacer con eso? Una corona para festejar la entrada de la primavera.

—No seas estúpido, esto nos puede salvar la vida, pero sí. Ahora necesitamos belladona para defendernos del enemigo.

El lobo me observó sin entender nada.

Sonreí de lado, esa sonrisa que sale cuando estás a punto de decir una locura, pero sabes que va a funcionar (o al menos eso espero). Necesitábamos armas y yo sabía qué hacer.

—Improvisaremos unas estacas —dije, encogiéndome de hombros—. Algo tenía que servir todo el *fandom* de Drácula que me he tragado en la vida, ¿no? Bram Stoker estaría orgulloso.

Miré a mi alrededor y localicé un árbol grueso, de esos que parecen haber estado allí desde que el mundo era plano. Me acerqué, dejé salir mi fuerza vampírica (esa que aún me ponía nerviosa porque seguía sintiéndose como un préstamo que no había pedido), y de un tirón arranqué una rama robusta. Luego extendí las garras —mis bonitas garras demoníacas, negras y afiladas— y empecé a tallar la madera con movimientos rápidos y precisos. En menos de un minuto tenía una estaca decente, afilada al igual que una aguja y lista para ser clavada en el pecho de Alaric. Sin embargo, nos faltaba belladona para que fueran más eficaces.

Kur me miró con una ceja alzada y aire de superioridad licántropa.

—Yo también tengo garras, ¿eh? —comentó, extendiendo las suyas—. Aunque tenemos un problema: no tenemos belladona. ¿Sabes dónde crecen?

Asentí, pero la respuesta no le iba a gustar.

—Sí... en el invernadero privado de Isabella.

Kur hizo una mueca.

—Muy graciosa, pero en el sótano de la guarida tenemos una cantidad generosa guardada. Sin embargo, no podemos regresar y arriesgarnos a que nos capturen. Seguramente se habrán quedado algunos de los secuaces de Alaric vigilando.

—Pero tenemos tu mordida —le recordé—. La de un licántropo mata a los vampiros. Es como un antivirus natural.

Kur resopló, frustrado.

—Sí, pero Alaric tiene un ejército vampírico entrenado para matar. No podré con todos. No soy Lobezno, Coraline. Necesitamos belladona y un plan maestro.

Me quedé mirando la estaca que tenía en la mano, luego a Kur y de pronto una idea loca, pero brillante me cruzó la mente.

—¡Ya lo tengo! —exclamé, dando un salto pequeño y aplaudiendo como una niña que acaba de resolver un acertijo.

Kur me miró con cara de “esta se ha vuelto loca del todo”.

—¿Qué?

Sonreí con esa sonrisa traviesa que suele preceder a un desastre glorioso.

—Podemos utilizar tu mente —dije de repente.

Kur alzó la cabeza tan rápido que casi se da con una rama.

—¿Qué? —preguntó, entre incrédulo y alarmado—. Lo sabía. El miedo te ha hecho perder la cordura.

Puse los ojos en blanco y me crucé de brazos.

—Déjame explicarme antes de que empieces a imaginarte que quiero que hagas un trío mental con Alaric y su ejército de vampiros psicópatas—repliqué, intentando sonar más segura de lo que me sentía—. Cuando estabas encerrado en aquella tumba en la Catedral de la Sangre, ¿podías comunicarte con Isabella de forma telepática, verdad? ¡Eres como un móvil sobrenatural con cobertura ilimitada!

Kur parpadeó varias veces, procesando.

—No puedo contactar con los chicos, Coraline —dijo al fin, negando con la cabeza—. Es demasiado peligroso. No sabemos con certeza si Alaric podría interceptar la conexión. Solo sabemos que puede hurgar en las mentes. Si nos pilla... estamos acabados.

—Ya lo sé —admití, bajando la voz—. Pero yo no me refiero a contactar con Draco o Vlad. Me refiero a que contactes con tu hermana. Nos hemos dejado los teléfonos móviles en la casa. Isabella nos puede ayudar. Inclúyeme en la conversación, igual que cuando haces una videollamada grupal.

Kur se pasó una mano por la cara, claramente dudando.

—Está a mucha distancia... —murmuró—. No sé si podré mantener la conexión. La telepatía no es como WhatsApp, Coraline. Requiere concentración, energía... y, además, ¿qué podría hacer Isabella?

—Vamos, Kur —insistí, acercándome y dándole un golpecito suave en el hombro—. Deja de sentirte inseguro y colabora. Eres un licántropo con telepatía. Eso es como tener superpoderes. ¡Hazlo!

Kur me miró fijamente durante unos segundos eternos. Luego soltó un suspiro largo y resignado, como quien se rinde ante una niña pequeña que no para de pedir helado a las tres de la mañana.

—Vale... lo intentaré —dijo al fin—. Pero si me explota la cabeza, te culparé eternamente.

Sonreí, aliviada, y le di una palmada en el brazo.

—Trato hecho. Y si te explota la cabeza, prometo hacerte un funeral con la *playlist* de Ramones en bucle, para que tu espíritu siga torturándome desde el más allá.

Kur soltó una risa corta y nerviosa, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y cerró los ojos.

—Dame un minuto —murmuró—. Necesito concentrarme.

Yo me quedé de pie a su lado, mirando a nuestro alrededor con paranoia. El bosque parecía contener la respiración. Cada hoja que caía sonaba como un paso enemigo. Cada sombra parecía tener colmillos.

Mientras Kur respiraba hondo y empezaba a murmurar algo en voz baja —probablemente buscando la frecuencia mental de Isabella—, yo no pude evitar pensar en lo absurdo que era todo.

Una vampira fugitiva con el don de ver a los muertos, un licántropo haciendo de *router* psíquico y un vampiro gruñón que prefiere morir solo antes que pedir ayuda. Somos el equipo más disfuncional del mundo sobrenatural. Si sobrevivimos, merecemos una mellada de

oro y una película en Netflix en nuestro honor. El título provisional sería: "Tribu de Locos: Colmillos y Rabia".

Kur abrió los ojos de golpe.

—La tengo —susurró—. Isabella está en línea. Y... está muy cabreada porque no le hemos escrito en horas.

Sonreí de oreja a oreja.

—Perfecto. Pásamela. Tengo muchas cosas que contarle... y una disculpa que darle por haberla dejado sin noticias.

Kur cerró los ojos de nuevo, concentrándose. Y entonces, como si alguien hubiera abierto una llamada grupal en mi cabeza, la voz de Isabella irrumpió clara y furiosa:

«¡Coraline! ¿Dónde demonios estás? ¿Sabes el susto que me has dado? ¡Pensé que estabais todos muertos!»

Solté una risa nerviosa.

—Tranquila, hermanita. Estamos vivos... más o menos. Pero tenemos un pequeño problema...

Hubo un silencio al otro lado de la conexión mental. Luego Isabella soltó un suspiro tan largo que casi sentí el viento.

Le relatamos a Isabella todo lo sucedido en las últimas horas, como si estuviéramos descargando un disco duro lleno de archivos corruptos: el ataque a la casa, la cabeza decapitada de Claudia tipo trofeo macabro, la huida por el túnel, el plan suicida de Draco y mi revelación bomba sobre la cita con Alaric. Kur añadía detalles logísticos con su habitual seriedad de licántropo responsable; yo, en cambio, no pude resistirme a soltar varios extras que ni siquiera él conocía.

—Y por cierto —dije, como quien comenta el tiempo—, mi sangre es un antídoto contra la belladona. Literalmente. Soy la cura andante para el veneno que mata a los vampiros. Claudia me lo confirmó antes de... ya sabéis.

Kur se quedó congelado a mitad de frase, con la boca abierta semejante a un pez fuera del agua.

—¡Coraline! —me amonestó Kur, alzando las manos al cielo—. ¡Ese tipo de cosas se cuentan! ¡No te las callas como si fuera el secreto de la receta del gazpacho de tu tía!

—Lo sé, lo sé —respondí, levantando las manos en señal de rendición—. Pero ni yo misma sabía las respuestas hasta que Claudia me las soltó en la última visita que le hice. Estaba demasiado ocupada intentando no morir de un susto por ver fantasmas para hacer un *PowerPoint* con gráficos.

Isabella, al otro lado de la conexión mental, soltó un suspiro tan largo y teatral que casi lo sentí en mi propia cabeza.

«Muy bien, hablaré con Necro e iremos a ayudarlos».

—No, Isa, esta vez no —la corté con firmeza—. Nosotros lo resolveremos. Confía en mí, por favor. Además, el reinado de Necro es frágil tras los acontecimientos de hace meses. No podéis dejar La Catedral de la Sangre desprotegida. Si os vais ahora, los clanes oportunistas os la quitarán en menos de lo que canta un gallo vampírico.

Hubo un silencio al otro lado de la línea mental. Luego Isabella respondió con ese tono que usa cuando está a punto de explotar, pero se contiene por educación:

«Entonces, ¿para qué demonios me habéis contactado? ¿Para provocarme una úlcera por los nervios? ¿Para que me pase la noche imaginando cómo os destrozan mientras yo me quedo aquí sentada tejiendo hechizos de protección al igual que una abuela con punto?»

—No, no —me apresuré a decir, levantando las manos, aunque ella no pudiera verme—. Ha sido para pedirte ayuda. Pero ayuda concreta. Necesitamos que conjures belladona aquí. La necesitamos ya. Mucha. Tanta como puedas enviar sin que te dé un jamacuco mágico.

Kur me miró como si acabara de pedirle que trajera pizza a domicilio desde la Luna.

—¿Para eso querías hablar con mi hermana? —preguntó, incrédulo.

—Claro —respondí, encogiéndome de hombros—. Es la única con sangre de hechicera que conocemos que puede hacer un envío exprés de veneno letal para vampiros. ¿O prefieres que vayamos al Mercadona sobrenatural y pidamos belladona en el pasillo de “artículos para asesinar reyes locos”?

Isabella soltó una risa corta y seca al otro lado de la conexión.

«Carolina Cortés, era única. Lo intentaré. Dejadme unos minutos. No cortéis la conexión y seguid concentrados. Si me pierdo en el camino mental, no me vengáis luego con que fue culpa vuestra por distraerme con vuestras tonterías.»

Kur cerró los ojos de nuevo, concentrándose en mantener el puente telepático abierto. Yo me quedé mirando el bosque oscuro que nos rodeaba, con el saquito de dalias negras vibrando en mi bolsillo, un recordatorio vivo de que mi sangre era ahora el arma más valiosa que teníamos.

Perfecto, pensé con una sonrisa torcida. De camarera a portadora del antídoto universal. De fugitiva a cebo para un rey loco. Y ahora, esperando un envío exprés de belladona desde Brujas. Si esto no es el pináculo de la improvisación vampírica, que venga Lucifer y me corrija.

Kur abrió un ojo y me miró de reojo.

—¿Estás sonriendo? —preguntó, incrédulo—. Estamos huyendo de un ejército vampírico, sin armas, sin plan y esperando que mi hermana nos mande veneno por mensajería astral... ¿y tú sonríes?

Me encogí de hombros.

—Es eso o me pongo a llorar como una magdalena. Prefiero reírme. Además, si Alaric nos encuentra antes de que llegue el paquete, siempre puedo ofrecerle mi sangre como digestivo. “Toma, rey loco, un *shot* de cura milagrosa. Gratis. Pero luego no digas que no te avisé cuando te dé diarrea eterna”.

Kur soltó una risa ahogada, negando con la cabeza.

—Eres un peligro público, Coraline.

—Lo sé —respondí, guiñándole un ojo—. Pero soy vuestro peligro público. Y eso... eso vale más que cualquier plan perfecto.

Mientras esperábamos, con Kur concentrado en la conexión mental y yo vigilando el bosque con paranoia nivel experto, no pude evitar pensar que, aunque todo estuviera a punto de explotar, al menos no lo hacíamos solos.

Y si había algo que Alaric no tenía —y nosotros sí— era a una reina vampira hechicera.

De pronto, el suelo a nuestro alrededor empezó a brillar con una luz tenue, casi tímida, como si la tierra misma se hubiera sonrojado

al darse cuenta de que la estábamos mirando. Pequeñas esporas luminosas emergieron de la hojarasca húmeda, flotando en espirales perezosas que parecían danzar al ritmo de una música que solo ellas oían. Las partículas se arremolinaron en el aire, girando más rápido, más densas, hasta formar una especie de niebla mágica que olía a tierra mojada, hierba fresca y un toque dulzón de peligro.

Y entonces, como si un pintor invisible hubiera decidido que ya era hora de ponerse a trabajar, la belladona empezó a dibujarse en el bosque.

Primero fueron brotes diminutos que asomaban entre las raíces, luego tallos delgados y oscuros que se estiraban hacia arriba con una elegancia casi siniestra. Las hojas se desplegaron en forma de corazón invertido, de un verde tan profundo que parecía negro bajo la luna. Y las flores... las flores florecieron en cuestión de segundos: pétalos aterciopelados, morados casi negros, con ese brillo venenoso que hacía que parecieran joyas letales. El bosque entero se convirtió en un lienzo vivo, como si el espíritu de un artista loco hubiera decidido que la noche necesitaba más color... y más muerte.

Kur y yo nos quedamos impresionados, boquiabiertos. Era un momento hermoso, hipnótico, casi sagrado. El tipo de belleza que te hace olvidar por un segundo que estás huyendo de un rey vampiro loco y que tu vida pende de un hilo.

Me acerqué a una de las plantas recién nacidas y pasé los dedos por un pétalo. Estaba fría, vibrante, letal.

—Soy fan tuya, Isabella —susurré, aunque sabía que me oía perfectamente a través de la conexión mental—. Eres mejor que el hada madrina de Cenicienta. Ella solo te daba un vestido y un carruaje; tú nos mandas un arsenal de veneno floral por *delivery* astral. ¡Eso sí es servicio premium!

La risa de Isabella resonó en mi cabeza, clara y traviesa, de modo que si estuviera sentada a mi lado en vez de a miles de kilómetros.

«Me alegro de que te guste el ramo, reina del caos. Pero no os pongáis sentimentales ahora. Recoged todo lo que podáis antes de que Alaric envíe a sus perros a olfatear el rastro mágico».

Kur ya estaba arrancando plantas con cuidado, envolviéndolas en un trozo de tela que había sacado de su chaqueta.

—Esto es una locura —murmuró, aunque sonreía—. Estamos recolectando flores venenosas en medio de un bosque encantado porque tu mejor amiga las ha conjurado desde Brujas. Si alguien nos viera ahora mismo, pensaría que somos un culto raro de jardinería oscura.

—Somos un culto raro de jardinería oscura —corregí, ayudándolo a recoger—. Pero uno con estilo. Y con una bruja que hace envíos exprés de muerte floral. Eso nos da puntos.

Mientras llenábamos los bolsillos y la tela improvisada con tanta belladona como podíamos llevar sin que pareciera que habíamos asaltado un vivero satánico, Isabella volvió a hablar en nuestras cabezas.

«No cierres del todo la radio mental, hermanito. Os seguiré el rastro. Y por favor... regresad de una pieza. Todos».

—Tranquila, Isa. Si morimos, prometo que Coraline contactará contigo desde el más allá.

Sonreí, guardando el último puñado de flores en mi chaqueta.

Kur cerró los ojos un segundo para confirmar que la conexión seguía abierta, luego asintió.

—Listo. Tenemos belladona suficiente para envenenar a medio ejército vampírico... o al menos para hacer que Alaric tenga un mal día.

Me puse de pie, sacudiéndome las hojas del pelo y ajustándome la chaqueta.

—Pues vamos a dárselo —dije, con una sonrisa torcida que ocultaba el nudo de miedo en el estómago—. Cuando el universo te regala un arsenal de veneno mágico por delivery astral... no hay que desperdiciarlo.

Kur me miró, serio de repente.

—¿Estás segura de que quieres seguir con la cena con Alaric?

Lo miré fijamente.

—No. Pero voy a ir. Porque si no lo hago, Draco se sacrificará solo, y no pienso dejar que ese idiota se muera por orgullo. Además... alguien tiene que enseñarle al rey loco que no se juega con una vampira que lleva delirio en la cabeza.

Kur soltó una risa corta y me dio una palmada en el hombro.

—Eres un peligro público, Coraline.

—Lo sé —respondí, guiñándole un ojo—. Soy la reina del caos.

Y con eso, nos pusimos en marcha de nuevo hacia Birkernau y con la certeza de que, si todo salía mal... al menos tendríamos una historia épica que contar en el más allá.



Capítulo 18

GIRLS JUST WANT TO HAVE FUN

Llegamos a Birkenau cuando el crepúsculo ya había desplegado su manto púrpura y naranja sobre el horizonte, tiñendo las alambradas oxidadas y los barracones fantasmales con un color que parecía sangre diluida en agua sucia. Faltaba media hora para la hora acordada con Alaric y yo estaba nerviosa. No nerviosa de “tengo un examen mañana”. Nerviosa de “voy a cenar con el vampiro psicópata que quiere matar a mi tribu y probablemente a mí también, pero con cubiertos de plata y una sonrisa encantadora”.

Kur y yo nos habíamos quedado un poco rezagados del punto de encuentro para machacar la belladona que Isabella nos había conjurado. Habíamos convertido las flores venenosas en un puré oscuro y pegajoso que olía a muerte dulce y hierba quemada. Con eso impregnamos las cuatro estacas que habíamos tallado (cuatro cada uno). Además, hicimos pequeñas bolas compactas, como bombones mortales, para intentar metérselas en la boca a cualquier vampiro que se nos pusiera a tiro. Era una estrategia desesperada, ridícula y con muchas probabilidades de fracaso... pero, oye, algo se nos ocurriría en el momento. Siempre se nos ocurría algo. O al menos eso me repetía a mí misma para no salir corriendo hacia el horizonte gritando “¡me rindo, Alaric, quédate con el mundo!”.

Nos agachamos detrás de un montículo cubierto de maleza, a una distancia prudente de la entrada principal. El aire olía a tierra removida, metal oxidado y algo más antiguo: sufrimiento acumulado durante décadas. Kur me miró de reojo mientras terminaba de untar la última estaca.

—¿Lista para tu cita romántica con el rey loco? —preguntó, intentando aligerar el ambiente con su típico humor de licántropo.

—Lista para vomitar —respondí, guardando las bolas de belladona en un bolsillo interior—. Pero sí, lista. O eso espero.

Respiré hondo y cerré los ojos un segundo.

—¿Isabella? ¿Estás ahí? —susurré mentalmente, manteniendo la conexión abierta que Kur había establecido.

La voz de mi amiga llegó clara y nítida, aunque teñida de preocupación y ese toque de cabreo que siempre ponía cuando yo hacía locuras sin avisar.

«Sí, estoy aquí. En la habitación de Kur, para que Necro no sospeche. Si se entera de que estoy ayudando en esta misión kamikaze, correrá a salvar a sus amigos y dejará La Catedral de la Sangre desprotegida».

—Así se empieza, ocultando secretos. Después viene el divorcio —bromeé.

«¡Coraline!».

—Era broma, princesa —respondí en voz baja—. Ahora escuchad, este es el plan. Isabella, necesito que me ayudes a bloquear mi mente contra Alaric cuando esté en su presencia. No quiero que me lea como un libro abierto. También serás los ojos de Kur. Cuando me interne en la guarida secreta con el rey loco, tendrás que describirle todo lo que yo vea y proyecte en mi mente para que sepa el camino, las salidas, los guardias... lo que sea.

Hubo un silencio breve al otro lado de la conexión, como si Isabella estuviera procesando la magnitud de mi locura.

«¿Y después qué? Tu cita me parece una locura absoluta, vas directa a la boca del lobo».

—Después... improvisaré —dije, encogiéndome de hombros, aunque ella no pudiera verme—. Como siempre. Y no tenemos otra

opción, Isa. Necesito saber si la teoría de Kur es cierta: que Draco y Vlad siguen con vida. Si Alaric los tiene prisioneros... o peor.

Kur, que escuchaba la conversación a través de la conexión compartida, intervino con voz firme, pero suave:

—Confía en mí, Coraline. Lo estarán. Draco es testarudo como una mula y Vlad es más fuerte de lo que parece. Pero si nos apresan a todos, será más difícil escapar. Nosotros somos su plan B. Y el plan B necesita ojos y cerebro externo. Y esa eres tú, Isabella.

Isa soltó un suspiro tan largo que casi sentí el viento en la cara.

«Está bien. Lo haré. Pero si algo sale mal, si las cosas se tuercen y Alaric os pone un dedo encima... juro que dejo La Catedral de la Sangre, cojo a Necro por las orejas y voy personalmente a sacaros de ahí, aunque tenga que abrir un portal con mi propia sangre. ¿Entendido?»

Sonreí a pesar de todo.

—Entendido, princesa. Y gracias. De verdad.

«De nada, loca. Y no mueras. No estoy para funerales vampíricos esta semana.»

Kur cerró los ojos un segundo para estabilizar la conexión, luego me miró.

—El enlace es seguro. ¿Estás segura de esto?

—No —admití, con una sonrisa torcida—. Pero ¿cuándo he estado segura de algo últimamente? Nunca. Así que... vamos a improvisar como siempre.

Kur asintió, serio, pero con un brillo de complicidad en los ojos.

—Improvisemos entonces. Pero si Alaric intenta algo raro en la cena, mándame una imagen mental de su cara cuando le metas una bola de belladona en la boca. Quiero verla.

Reí por lo bajo, aunque el nudo en el estómago no desaparecía.

—Hecho. Y si me atrapa... dile a Draco que... que no fue tan malo tenerlo de señor feudal gruñón.

Kur me dio un apretón en el hombro.

—No vas a morir. Y si lo haces, te persigo al más allá y te traigo de vuelta.

Sonreí, esta vez de verdad.

—Trato hecho.

Y con eso, me puse en pie, ajustándome la chaqueta donde llevaba las estacas y las bolas de belladona, respiré hondo y miré hacia la entrada de Birkenau, donde Alaric me esperaba.

Hora de la cita más peligrosa de mi vida inmortal, pensé.

Con un poco de suerte, saldré viva.

Con un poco más de suerte, rescataré a mis amigos.

Y con mucha suerte... saldré con la cabeza de Alaric en una bandeja.

Suspiré, enderecé los hombros y caminé hacia la oscuridad pensando una cosa: Las citas con reyes locos no se rechazan. Se sobreviven. Y se convierten en historias que contar... o en leyendas que nadie cree.

Con una sonrisa torcida y el corazón latiendo a mil, me interné en Birkenau.

La noche acababa de empezar y como dice la canción "Girls Just Want To Have Fun" de Cyndi Lauper; las chicas solo quieren divertirse.

Alaric me esperaba junto a la entrada principal de Birkenau, recortado contra la noche al igual que una estatua que hubiera cobrado vida. La luna, alta y pálida, iluminaba la famosa puerta de ladrillo rojo y el arco que durante décadas había sido el umbral de la muerte para millones. Él estaba allí, inmóvil, con las manos en los bolsillos de un abrigo negro largo que le llegaba casi a los tobillos y una sonrisa que parecía decir "bienvenida a mi salón de baile favorito". La puerta estaba abierta para mí; el infierno había decidido dejar la verja entornada por cortesía.

Me sentí como María Antonieta camino de la guillotina: elegante, condenada y con la sensación de que todo el mundo me estaba mirando. Instintivamente me llevé una mano al cuello, tocando la piel fría donde aún imaginaba la hoja caer. ¿Correré esa suerte esta noche? Espero que no. Al menos María Antonieta tuvo la decencia de perder la cabeza rápido; yo tengo la impresión de que Alaric disfruta haciendo las cosas lentas y con conversación.

Pero dejé mis miedos a un lado —o al menos los metí en el bolsillo trasero— y me obligué a interpretar el mejor papel de mi vida. El

que me iban a dar un Óscar póstumo si salía mal, o un aplauso eterno si salía bien.

Sonreí abiertamente, levanté la mano y saludé con un gesto exagerado de colegiala emocionada, de modo que si estuviera entrando en un parque de atracciones y no en el mayor cementerio al aire libre de Europa.

—¡Hola! —exclamé, agitando los dedos—. ¿Llego tarde o vas tú muy puntual? No tengo reloj, pero sí hambre. ¿Eso cuenta?

Alaric soltó una risa baja y genuina que resonó contra los ladrillos.

—Has venido, novata —dijo, dando un paso hacia mí—. No estaba del todo seguro.

—¿Acaso no debería estar aquí? —respondí, ladeando la cabeza con fingida inocencia—. Una cena con el rey de Alemania... ¿quién rechaza una invitación así? Sería de mala educación.

Él inclinó la cabeza ligeramente, estudiándome con esos ojos grises que parecían ver más allá de la piel.

—No, claro que no —dijo—. Es un placer tenerte en mis dominios. Me gusta llamarte novata, pero ¿cómo te llamas?

—Coraline —respondí escueta y demasiado rápido revelando mi nombre verdadero. ¿Debería haber mentido? Ya es demasiado tarde.

Me acerqué un poco más, manteniendo la sonrisa que empezaba a dolerme en las mejillas.

—Me encanta conocer a miembros de nuestra especie —comenté, encogiéndome de hombros—. No todos los días te cruzas con un vampiro de verdad. Los humanos son tan... aburridos, créeme. Siempre con sus dramas de mortalidad, sus facturas y sus dietas sin gluten.

—¿Una decepción amorosa? —preguntó Alaric, con una ceja alzada y un tono que sonaba casi divertido.

—Oh, ya lo creo —improvisé, poniendo cara de drama—. Se llamaba Cayetano y era un estirado insoportable. Tuve que chuparle la sangre hasta dejarlo seco. Despertaba lo peor de mí... mi lado depredador.

Alaric estalló en una carcajada sincera, echando la cabeza hacia atrás.

—Según se mire, Coraline —dijo, recuperando la compostura—. Nuestro lado psicópata es como un poema escrito con sangre. Profundo, hermoso y letal. Sígueme, novata.

Sonreí demasiado para mi propio gusto —una sonrisa que empezaba a parecerse a la mueca de un tiburón nervioso— y me dejé guiar por Birkenau.

El lugar de noche era aún más opresivo que de día. Las vías del tren, oxidadas y silenciosas, se extendían como venas muertas hacia la oscuridad. Los barracones de madera se alzaban a ambos lados del camino, con ventanas sin cristal que parecían ojos vacíos. El viento silbaba entre las alambradas, haciendo tintinear los alambres similares a un carillón roto. Cada paso resonaba con un eco que parecía multiplicarse: el crujido de la grava bajo mis botas, el lejano aullido de algún animal nocturno, el latido fantasma de mi propio pulso que se negaba a callarse.

Alaric caminaba a mi lado con paso tranquilo, casi elegante, parecía un paseo romántico por un jardín en lugar de por el mayor escenario de horror de la historia moderna.

—Impresionante, ¿verdad? —comentó, señalando los barracones—. Todo esto fue construido para la eficiencia. Y la eficiencia... es hermosa a su manera.

—Eficiencia para matar —respondí, intentando que mi voz no temblara—. No sé si eso es belleza o simplemente horror bien organizado.

Él se detuvo un instante y me miró de reojo.

—Eres interesante —comentó—. La mayoría de los vampiros jóvenes se limitan a odiar o a ignorar este lugar. Tú... pareces verlo. Y no huyes.

—No huyo —mentí, con una sonrisa torcida—. Solo observo. Y a veces... improviso.

De repente, nos encontramos con un hombre vestido de uniforme. Era humano sin lugar a duda y lo que llamó mi atención es que no se sorprendió de vernos pasear por Birkenau a esas horas. Alaric se dio cuenta de mi asombro.

—Es Larry, un trabajador nocturno del recinto. Lo tengo hipnotizado desde hace años, es muy dócil y obediente —explicó

saludando al hombre con un gesto de cabeza.

Seguimos avanzando. Pasamos por delante de los restos de los barracones de mujeres, donde el aire parecía más pesado, más cargado de ecos. Y entonces lo vi: Elías, el violinista espectral, de pie junto a una pared medio derruida, con su violín invisible entre las manos y esa expresión de eterna espera.

Se giró hacia mí al instante, como si hubiera estado esperándome toda la eternidad. Sus ojos vacíos se clavaron en los míos y sentí su pensamiento claro y desesperado.

«¿La has encontrado? ¿A Alexandra?»

Tragué saliva. Alaric seguía caminando unos pasos por delante, ajeno a la aparición (o fingiendo estarlo). Aproveché para detenerme un segundo, fingiendo que me ajustaba una bota.

«Aún no —susurré mentalmente, esperando que Elías pudiera oírme—. Pero estoy dentro. Voy a buscarla. Te lo prometo».

El fantasma inclinó la cabeza, como si entendiera. Luego señaló hacia adelante, hacia una de las cámaras de gas que se mantenía en pie, intacta y desapareció en un remolino de humo gris.

Alaric se detuvo y se giró hacia mí.

—¿Todo bien? —preguntó, con esa sonrisa que parecía saberlo todo.

—Todo perfecto —respondí, como si nada—. Solo admiraba el paisaje. Es... inspirador.

Él rió por lo bajo.

—Inspirador, sí. Ven. La entrada está cerca.

Y seguimos caminando hacia la cámara de gas, donde la tierra misma parecía conjurar a los muertos. Sabía que allí estaba la entrada secreta a la Catedral de los Huesos. Y sabía que, si entraba, quizás no saliera.

Pero también sabía que no tenía otra opción.

Así que seguí adelante, con la sonrisa de colegiala todavía pegada en la cara y la voz de Isabella susurrando en mi cabeza:

«Estoy contigo, loca. Si ves algo, proyecta. Si te toca un pelo... le mando un hechizo que hará que desee no haber nacido».

Sonreí de verdad esta vez.

Gracias, Isa.

Y entré en las ruinas, con el corazón latiendo como un tambor de guerra.

Porque si Alaric quería jugar...

Yo iba a jugar mejor.

O al menos... iba a improvisar como nunca.



Capítulo 19

FRENTE A FRENTE

Nadie está preparado para ver una arquitectura tan macabra, ni siquiera el villano más curtido del cuento. Yo, que me había enfrentado a fantasmas de pijama de rayas, a un rey loco con sonrisa de anuncio de dentífrico y a mi propio jefe dándome una bofetada, pensé que ya había visto lo peor. Error garrafal. Error de principiante vampírica.

Alaric caminaba delante de mí con esa calma irritante de quien sabe que el lugar le pertenece hasta el último ladrillo (o hueso). El túnel se abrió ante nosotros como una garganta de piedra oscura, larga, estrecha y húmeda. El aire era frío, espeso, con olor a tierra removida, cal apagada y algo más antiguo: sufrimiento concentrado durante décadas. Cada paso resonaba con un eco que parecía multiplicarse, al igual que si el lugar estuviera contando los latidos que ya no teníamos.

Al fondo se distinguía una luz artificial, fría y amarillenta, pero aún estaba lejos. Alaric sacó una antorcha de un soporte en la pared — porque claro, ¿quién necesita linternas LED cuando puedes tener fuego medieval para ambientar?— y la encendió con un chasquido de dedos. La llama crepitó, arrojando sombras danzantes que convertían el túnel en un teatro de los horrores.

Y entonces lo vi.

Las paredes no eran de piedra lisa. Estaban hechas de huesos. Cráneos apilados en patrones geométricos perfectos, fémures cruzados como vigas, costillas formando arcos decorativos, vértebras alineadas tipo mosaicos macabros. Algunos huesos aún tenían restos de tela podrida adherida, jirones de uniformes de rayas que se deshilachaban con la corriente de aire. Tragué saliva tan fuerte que sonó similar a un sorbo de sopa en una biblioteca. Fingí indiferencia, claro: crucé los brazos, alcé una ceja y solté un “vaya, qué decoración tan... vintage”. Pero por dentro estaba gritando: ¡Esto es de psicópata nivel experto! ¿Quién tiene tiempo de hacer bricolaje con esqueletos humanos?

Alaric caminaba despreocupado, dando un paseo por su museo de arte moderno.

—Impresionante, ¿verdad? —dijo, señalando un cráneo que parecía sonreírnos—. Cada hueso cuenta una historia. Eficiencia alemana, se podría decir. No se desperdiciaba nada.

—Eficiencia para matar y decorar —respondí, intentando que mi voz no temblara—. Muy... multifuncional. ¿También sirven de posavasos?

Él rio por lo bajo, esa risa suave y peligrosa que me ponía los nervios de punta.

—Eres divertida, Coraline. Me gusta eso en una invitada.

Seguimos avanzando. El túnel se estrechaba un poco más, obligándonos a caminar casi hombro con hombro. Cada paso hacía crujir los huesos bajo nuestros pies —no literalmente, pero el sonido imaginario era igual de perturbador—. Y entonces llegamos al umbral.

Un arco de piedra tallado con precisión quirúrgica. Dos columnas dóricas a los lados, pero en vez de esculturas clásicas de diosas o héroes, había dos cuerpos femeninos momificados, erguidos en posturas hieráticas. La piel seca como pergamino, los ojos hundidos, los labios retraídos mostrando dientes amarillentos. Vestían jirones de lo que alguna vez fueron uniformes de prisioneras. Parecían guardianas eternas de aquel infierno subterráneo.

Y a la derecha de una de las estatuas... estaba ella.

Alexandra.

Su espíritu flotaba ligeramente por encima del suelo, con un vestido raído que ondeaba sin viento. Tenía la mirada perdida, los brazos colgando inertes, tarareando una melodía suave y triste que reconocí al instante: la misma que Elías había tocado con su violín invisible en los barracones de mujeres. Era ella. El amor del violinista. La había encontrado.

Mi corazón saltó de júbilo dentro de mi pecho muerto. ¡Sí! ¡La encontré! Cuando todo esto acabara —si acababa—, la ayudaría a reencontrarse con Elías. Le daría el final feliz que merecían después de tanta muerte.

Pero no podía reaccionar. No delante de Alaric. Así que la miré de reojo, fingiendo ajustar mi chaqueta y seguí caminando como si nada.

Alaric se detuvo bajo el arco, extendiendo una mano en un gesto de caballerosidad.

—Bienvenida a la Catedral de los Huesos, Coraline —dijo, con esa sonrisa que prometía todo y nada a la vez—. Mi hogar. Mi reino.

Tragué saliva, sonreí con todos los dientes que pude (esperando que no pareciera una mueca de terror) y crucé el umbral.

Con una sonrisa que ocultaba el nudo en la garganta, seguí a Alaric hacia la oscuridad de su perversión.

Que empiece la función, pensé.

Y que Isabella tenga el hechizo de bloqueo mental bien cargado... porque esto se va a poner muy feo.

Me quedé impresionada. No, más que impresionada: paralizada, con la boca entreabierta y los ojos muy abiertos, como si acabara de entrar en el set de una película de Tim Burton dirigida por un psicópata con muy buen gusto para la decoración macabra.

La sala central de la Catedral de los Huesos era una bóveda inmensa, tan alta que la luz de las antorchas no llegaba a tocar el techo. Toda la superficie —paredes, columnas, incluso el suelo bajo nuestros pies— estaba recubierta de huesos humanos perfectamente ordenados. Cráneos apilados en patrones geométricos que formaban mosaicos circulares, fémures cruzados como vigas de refuerzo,

costillas curvadas en arcos góticos, vértebras alineadas al igual que ladrillos de un palacio infernal.

El aire era frío, seco y olía a cal, cera quemada y algo más antiguo; parecido a un perfume caro derramado en un mausoleo y que nunca se hubiera ventilado.

Al fondo, dominando el espacio como un rey en su corte de cadáveres, se alzaba un trono construido íntegramente con cráneos. Miles de ellos, encajados con precisión quirúrgica, formando respaldo, reposabrazos y asiento. Algunos cráneos tenían las mandíbulas abiertas en un grito eterno; otros parecían sonreír con los dientes. Era hermoso y macabro a partes iguales, como una obra de arte que nadie debería admirar sin sentir náuseas.

Y al lado... wow.

Al lado había otro trono, menos ostentoso, pero igual de espeluznante. Estaba hecho con huesos más pequeños —falanges, radios, peronés— entrelazados en patrones delicados, casi femeninos. Sentada en él, inmóvil como una estatua, había una mujer que parecía estar viva. Vestía un vestido blanco raído, pero elegante, con el cabello largo y oscuro que le caía sobre los hombros. Se podía apreciar su piel pálida y tersa. Pero no respiraba. No parpadeaba. No se movía. La habían sometido a una taxidermia perfecta: ojos de cristal, labios cosidos con hilo invisible, pose rígida, pero natural. Era como si alguien hubiera intentado conservar la belleza de un recuerdo... y hubiera terminado creando una pesadilla.

Y esa mujer era Anne.

La prometida de Draco. La esposa que él creía perdida para siempre. La que había muerto en un campo de concentración... o eso nos había hecho creer.

¿Qué me he perdido?, sintiendo cómo el mundo se inclinaba bajo mis pies. ¿Cómo era posible? ¿Alaric la había conservado como trofeo? ¿La había convertido en un maniquí eterno para torturar a su hermano desde la distancia? ¿O era algo peor?

«*Dios santo...*», susurró Isabella en mi cabeza, su voz mental temblaba de horror y rabia. «*Coraline... esa mujer... está... preservada. Como un muñeco. Esto es enfermizo*».

Tragué saliva, intentando mantener la compostura mientras Alaric seguía caminando con su paso elegante, enseñándome su galería de arte favorita.

—Impresionante, ¿verdad? —dijo, deteniéndose junto al trono de Anne y posando una mano en el respaldo con una ternura que me revolvió el estómago—. Un recuerdo eterno. La belleza que no se marchita. Anne siempre fue... especial. Draco nunca lo entendió.

Fue un pensamiento en voz alta. Me obligué a sonreír, aunque sentía que la cara se me iba a romper.

—¿Quién es Draco? —pregunté fingiendo no conocerlo.

Alaric rio por lo bajo, esa risa suave que me ponía los nervios de punta.

—Una decepción familiar —explicó, mirándome directamente—. Ven. Hay más que ver.

No entendía nada, puesto que Anne fue gaseada cuando ambos hermanos eran humanos. Entonces, era evidente que la locura de Alaric venía de nacimiento. Tuvo que recuperar el cuerpo sin vida de la prometida de Draco después de la cámara de gas. ¿Se había hecho un Norman Bates? ¿Había conservado el cuerpo sin vida de Anne cuando él era todavía humano? Eso me lleva a pensar que, después de convertirse en vampiro, lo tuvo que recuperar de donde lo tuviese escondido... ¿En una nevera? Para momificarlo y convertirla en su reina muerta. Pero eso tuvo que suceder cuando Draco escapó de la mazmorra, ya que nunca ha mencionado este detalle macabro. Parezco una detective y debería concentrarme en arrancarle el corazón a Alaric. En definitiva, el rey loco está como una cabra.

Me guio hacia uno de los pasillos laterales que se abrían alrededor de la bóveda principal. Eran oscuros, estrechos, con más huesos incrustados en las paredes. El lugar entero era un organismo vivo hecho de muerte. Cada paso resonaba con un eco hueco, como si los cráneos nos estuvieran observando y susurrando entre ellos. El olor a cera, sangre seca y cal se hacía más intenso a medida que avanzábamos.

Pero yo no podía dejar de mirar atrás, hacia el trono de Anne. Su rostro momificado parecía seguirme con esos ojos de cristal, de

modo que si pidieran ayuda... o advirtieran.

Proyecté la imagen de Anne de manera mental hacia Isabella para que Kur la viera.

«Está aquí. Conservada. Como un trofeo. Era la prometida de Draco...». Pensé para explicarles la situación.

La respuesta de Isabella llegó al instante, furiosa y temblorosa:

«Ese hombre está loco... Ten cuidado, Coraline».

Seguí caminando detrás de Alaric, con la sonrisa de colegiala pegada en la cara y el corazón latiendo como un tambor de guerra. Sabía que el rey loco no coleccionaba recuerdos por nostalgia. Los coleccionan por poder. Y yo... yo acababa de entrar en su vitrina favorita.

Con una estaca de belladona en el bolsillo, rezaba para que Isabella tuviera un as bajo la manga. Porque si no... esta cena iba a terminar con mi cabeza convertida en un centro de mesa.

Ánimo, Coraline, me dije. Al menos, si mueres, tendrás la mejor vista del infierno.

Alaric me condujo a través de un pasillo lateral que se ramificaba desde la bóveda principal, dejando atrás el espectáculo grotesco de los huesos apilados y los troncos macabros. El corredor era más estrecho, las paredes aquí eran de piedra lisa y oscura, pulida hasta brillar como obsidiana bajo la luz de las antorchas que él llevaba en la mano. Cada pocos metros, nichos tallados en la roca albergaban velas gruesas que ardían con llama azulada, proyectando sombras que bailaban como invitados de ultratumba. El suelo era de mármol negro vetado de rojo, tan pulido que reflejaba nuestros pasos en un espejo roto. El aire se volvía más cálido a medida que avanzábamos, cargado de un olor a cera derretida, incienso viejo y algo metálico que no quería identificar.

Llegamos a una puerta doble de madera tallada con motivos góticos: rosas marchitas, espinas entrelazadas y rostros humanos distorsionados en expresiones de éxtasis y agonía. Alaric la abrió con un gesto elegante, casi teatral y me indicó que pasara con un ademán de caballero de época.

—Bienvenida a mi comedor privado —dijo, con esa voz suave que parecía acariciar y amenazar al mismo tiempo.

Entré y... wow.

La sala era un salón comedor sacado directamente de la pesadilla más elegante de Drácula. Nada de huesos humanos aquí; las paredes estaban cubiertas de terciopelo rojo sangre que absorbía la luz y la devolvía en tonos carmesí profundos. Grandes candelabros de hierro forjado colgaban del techo abovedado, cada uno con docenas de velas negras que goteaban cera semejantes a lágrimas eternas. Las llamas bailaban con un resplandor casi hipnótico, proyectando sombras que parecían moverse por voluntad propia.

En el centro, una mesa rectangular de ébano pulido, larga como para veinte comensales, pero servida solo para dos: vajilla de porcelana negra con bordes dorados, copas de cristal que parecían talladas en sangre solidificada, cubiertos de plata antigua con mangos en forma de serpientes enroscadas. En el centro de la mesa, un candelabro bajo con velas rojas y alrededor, rosas negras frescas —probablemente cultivadas en algún invernadero oculto de la Catedral— que desprendían un aroma dulce y ligeramente podrido.

Al fondo, una chimenea enorme ardía con llamas azuladas y verdes, sin leña visible. Sobre la repisa, un espejo ovalado con marco de plata oxidada reflejaba la sala, pero no nos reflejaba a nosotros. Solo vacío. Un vacío que parecía observarnos.

Alaric se acercó por detrás y, con la cortesía de un caballero del siglo XVIII, retiró una de las sillas para mí.

—Después de ti, querida —dijo, inclinándose ligeramente.

Le agradecí con una sonrisa que esperaba pareciera encantadora y no aterrorizada, y me senté. La silla era de respaldo alto, tapizada en terciopelo negro y crujió levemente bajo mi peso como si estuviera viva. Alaric rodeó la mesa y se sentó frente a mí, al otro extremo, lo bastante lejos para que la conversación fuera íntima, pero no lo suficiente para que pudiera saltar sobre él si las cosas se ponían feas.

Me acordé de la canción de Enrique Bunbury, "Frente a frente" y casi se me escapa una risa nerviosa.

*Queda, que poco queda
De nuestro amor*

*Apenas queda nada
Apenas ni palabras quedan*

*Queda solo el silencio
Que hace estallar
La noche fría y larga
La noche que no acaba, solo eso queda*

*Solo quedan las ganas de llorar
Al ver que nuestro amor se aleja
Frente a frente
Bajamos la mirada
Pues ya no queda nada de que hablar, nada*

*Solo quedan las ganas de llorar
Al ver que nuestro amor se aleja
Frente a frente, bajamos la mirada
Pues ya no queda nada de que hablar, nada*

*Queda
Poca ternura
Y alguna vez haciendo una locura
Un beso y a la fuerza queda*

*Queda un gesto amable
Para no hacer la vida insostenible
Y así ahogar las penas
Solo eso queda*

Frente a frente, como dos enemigos que se aman... Perfecto. Porque esto no era una cena romántica. Era un duelo disfrazado de cena. Y yo iba armada con estacas de belladona, bolas de veneno y la esperanza de que Isabella mantuviera la conexión mental sin que Alaric me leyera como un libro abierto.

El rey loco alzó su copa vacía en un brindis silencioso.

—¿Vino? —preguntó, con esa sonrisa que prometía todo y nada—. O... ¿prefieres algo más... sustancioso?

Tragué saliva, forzando una sonrisa que esperaba pareciera seductora y no aterrorizada.

—Vino está bien —respondí—. Por ahora. Aunque, si me ofreces el postre en forma de humano atado a la mesa, igual me lo pienso.

Él sonrió, en una risa baja y genuina que resonó en la sala igual que un eco de algo antiguo.

—Eres deliciosa, Coraline —dijo, sirviéndose de una jarra de cristal que contenía un líquido rojo oscuro—. Me alegro de que hayas aceptado mi invitación.

—Y yo me alegro de que no me hayas matado todavía —repliqué, alzando mi copa—. Porque eso habría sido de muy mala educación.

Alaric sonrió más ampliamente, mostrando unos colmillos que parecían más largos de lo que recordaba.

—Todavía hay tiempo —dijo, guiñándome un ojo—. La noche es joven.

Y con eso, dio un sorbo a su copa.

Yo hice lo mismo, aunque mi garganta se cerró al notar el sabor: vino tinto... con un regusto metálico inconfundible.

Sangre.

Perfecto, pensé, conteniendo una mueca. Cena romántica con vampiro psicópata. Primer plato: ironía con guarnición de peligro mortal.

Pero seguí sonriendo.

Porque si iba a morir esta noche... al menos iba a hacerlo con estilo.

Alaric me observó de arriba abajo en silencio, con esa mirada lenta y evaluadora que parecía desmontar capa por capa todo lo que yo intentaba mantener en pie: mi fachada de vampira novata despreocupada, mi sonrisa de “todo está bajo control” y, probablemente, también mi dignidad. Minutos antes me había estado hablando de su reinado con el mismo tono que un CEO presumiendo de su imperio: los años que le costó forjarlo, los clanes que sometió, las rebeliones que aplastó con “eficiencia alemana” (sus palabras, no mías). Cosas banales, casi aburridas, como si estuviera en una entrevista de *LinkedIn* vampírica. Pero ahora su

silencio era diferente. Pesado. Cargado de una pregunta que flotaba en el aire como humo de incienso caro.

—Coraline —dijo al fin, inclinándose ligeramente hacia adelante—, ¿alguna vez has probado la sangre de vampiro?

La pregunta me pilló tan desprevenida que casi se me cae la copa (que, por cierto, seguía llena de ese “vino” rojo oscuro que sabía sospechosamente a hierro y remordimientos). Parpadeé, intentando recomponerme.

—No, claro que no —respondí, forzando una risa ligera—. Los vampiros bebemos de los humanos. Es la regla básica, ¿no? Como el “no mezcles alcohol con medicamentos”, pero para inmortales.

Alaric sonrió de esa forma suya: lenta, peligrosa, encantadora y aterradora a partes iguales.

—Es cierto —concedió—. Pero un sorbo inmortal aumenta tu fuerza. Y si te alimentas como yo durante años... te hace indestructible.

Mis ojos se abrieron sorprendidos. ¿Indestructible? La palabra resonó en mi cabeza como un gong. ¿Era eso posible? ¿Era eso lo que lo hacía tan... imparable? ¿O solo era otro farol de rey loco para impresionarme?

—Te lo mostraré —dijo, con un gesto casi casual—. Duncan, trae la cena.

Miré a mi alrededor. No había nadie más en la sala. Ni sirvientes, ni guardias, ni siquiera un mayordomo con pajarita negra. ¿Con quién hablaba? ¿Con las paredes? ¿Con los fantasmas? ¿Con su ego?

«*Coraline, está intentando leerte la mente*», susurró Isabella en mi cabeza, su era voz tensa como un cable a punto de romperse. «*Le intrigas demasiado. Es muy fuerte...*».

Rece a todos los santos del calendario de mi tía Manoli —y a unos cuantos que probablemente no existen— para que el hechizo de Isabella resistiera. ¿Qué clase de demonio era Alaric exactamente? Porque esto ya no era solo manipulación mental; era un *router* psíquico de alta velocidad conectado directamente a mi cráneo.

La puerta doble del salón se abrió con un gemido lento y pesado. Entraron dos figuras encapuchadas con túnicas granate oscuro, empujando una mesa metálica con ruedas que chirriaban semejante

a una película de terror. Sobre la mesa, bajo una sábana negra, reposaba un cuerpo. Mi estómago se contrajo. Sabía por el olor —ese olor metálico y familiar— que era un vampiro. Y supe, antes incluso de que retiraran la sábana, que Alaric quería que probara sangre inmortal. Que me uniera a su club de “indestructibles”.

Pero cuando los sirvientes se quitaron la capucha, el mundo se detuvo.

Uno de ellos, era Vlad. Tenía los ojos en blanco, al igual que el otro vampiro, con la expresión vacía de quien ha sido reducido a marioneta. Era evidente de que estaban bajo el control de Alaric.

Me quedé petrificada. El corazón me latía tan fuerte que casi esperaba que Alaric lo oyera.

—¿Por qué parecen zombis? —pregunté, intentando que mi voz no temblara.

Alaric sonrió, satisfecho, como un mago que acaba de revelar su truco favorito.

—Es mi don, Coraline —explicó con calma—. Puedo hurgar en las mentes ajenas y controlarlas a voluntad. ¿Tú tienes un don? No todos los vampiros reciben tal poder.

Tragué saliva, forzando una sonrisa que probablemente parecía más una mueca.

—Mi don es el sarcasmo —respondí—. Creo que no he sido bendecida con tal honor... aunque debería serlo. Sería muy útil para sobrevivir a cenas como esta.

Alaric rio, genuino y divertido.

—Descubrid la cena —ordenó a sus marionetas.

Los encapuchados obedecieron al instante. Retiraron la sábana por completo.

Y allí estaba Draco.

Atado con cadenas por todo el cuerpo. También tenía los ojos en blanco y la expresión vacía. Igual que Vlad. Igual que el otro. Como si Alaric hubiera convertido a su hermano en un muñeco roto.

—Coraline —aununció Alaric, con voz suave y triunfal—, te presento al traidor de mi hermano. Draco.

Me quedé sin aliento. El salón pareció inclinarse. Todo el plan, toda la improvisación, toda la esperanza... se derrumbó en un segundo.

Pero entonces, con la calma que sale cuando ya no tienes nada que perder, alcé una ceja y solté:

—En todas las familias hay una oveja negra.

Alaric parpadeó, sorprendido por mi respuesta. Luego rio de nuevo, esta vez más fuerte.

—Eres única —comentó, inclinándose hacia adelante—. Y ahora... vamos a ver qué sabor tiene la sangre de un hermano traidor.

Y yo, con el corazón latíéndome tan fuerte, supe que la cena acababa de empezar.

Y que, si quería sobrevivir... iba a tener que improvisar como nunca.

Con una sonrisa que era puro desafío, miré a Alaric directamente a los ojos.

—Que sirvan el plato principal —expresé con entusiasmo fingido—. Pero que conste: si sabe a comida barata... devuelvo el menú.



Capítulo 20

PAINT IT BLACK

Aproveché el momento en que Alaric se levantó con esa elegancia teatral suya y rodeó la mesa para dirigirse a Draco —o más bien, al cuerpo inmóvil y encadenado del señor feudal— para abrir un canal mental rápido con Isabella y Kur. Mantuve la expresión neutra, admirando la decoración.

«Chicos, todos los vampiros que pertenecen a la Catedral de los Huesos están bajo la influencia de Alaric. Ojos en blanco, marionetas totales. Lo acabo de ver con Vlad y... con Draco».

La respuesta de Kur llegó casi al instante, con ese tono de licántropo que intenta sonar calmado, aunque esté a punto de romper algo:

«No todos, Coraline. Me acabo de cargar a cuatro para seguirte el rastro y sus ojos eran normales. Tal vez solo lo haga con aquellos que no se doblegaron voluntariamente... o con los que le interesan especialmente».

Isabella intervino, preocupada.

«Intentaré romper esa conexión con Draco y Vlad desde aquí, pero no prometo nada. Su don es brutal, Coraline. Es como si tuviera un firewall mental de nivel militar. Dame tiempo. Mantén la mente en blanco lo mejor que puedas y no dejes que te toque».

No dejes que me toque, repetí mentalmente. Fácil de decir cuando estoy a dos metros de un rey loco que me mira como si fuera el postre principal.

—Ven, Coraline —ordenó Alaric.

Obedecí —porque negarme en ese momento habría sido como decirle a un tiburón “no me mires así, que me pongo nerviosa”—. Me coloqué a su lado, tan cerca que podía oler su colonia (o lo que fuera que usara un vampiro psicópata para oler a poder y peligro caro). Giró la cabeza de Draco con delicadeza casi reverente, dejando expuesto su cuello. Me hizo un gesto con la mano, invitándome a morder.

No dudé. No podía permitirme el lujo de dudar. Si sospechaba algo, si notaba que mi mente estaba blindada o que yo sabía más de lo que aparentaba... todo se vendría abajo.

Bajé la cabeza lentamente. Mi nariz rozó el cuello de Draco —ese olor suyo tan característico: cuero viejo, tormenta contenida y algo cálido que no quería nombrar—. Dejé que mis colmillos rozaran su piel, solo un instante, saboreando la anticipación. Luego los clavé.

Su sangre vampírica bajó por mi garganta como fuego líquido mezclado con miel oscura. Fue... especial. Demasiado especial. Mis sentidos se dispararon al instante: oí el susurro lejano de los guardias en los pasillos, olí el miedo residual de las víctimas del holocausto impregnado en el ambiente, sentí cada grieta de la piedra bajo mis pies como si fueran venas vivas. Me sentí más fuerte, más rápida, más... viva. Con ganas de comerme el mundo. O al menos de comerme a Alaric si se ponía tonto.

Me retiré despacio, limpiándome la comisura de los labios con el dorso de la mano. Alaric me ofreció un pañuelo de tela negra con su inicial bordada en oro.

—Gracias... —murmuré, aceptándolo.

—¿Y bien? —preguntó, alzando una ceja con curiosidad—. ¿Qué tal sabe la sangre inmortal?

Abrí la boca para responder con algo ingenioso, pero entonces...

—¡Joder! —grité, dando un salto hacia atrás tan brusco que casi tiré la camilla donde descansaba Draco.

Al lado de Alaric había aparecido Hitler. Otra vez. El mismo rostro ceniciento, el mismo bigote ridículo, los mismos ojos vacíos. Pero esta vez gritaba en alemán, agitando los brazos como si estuviera dando un discurso en un mitin fantasma. Y lo más surrealista: Alaric también lo vio. Dio un paso atrás, con los ojos abiertos de par en par y la compostura rota por primera vez.

—¿Cómo es posible? —susurró, desconcertado.

Yo, todavía con la adrenalina por las nubes gracias a la sangre de Draco, improvisé a toda velocidad:

—Tus dominios están encantados —fingí, sorprendida—. Avisa a un cura para que expulse a este demonio. O mejor: a un exorcista especializado en dictadores con complejo de orador. Porque este no se va con agua bendita; este necesita un sermón de tres horas.

Alaric me miró como si acabara de ver un unicornio bailando *breakdance*.

—¿Tú también lo ves? —preguntó, todavía aturdido.

—Claro que lo veo —respondí, encogiéndome de hombros con fingida naturalidad—. Acabo de beber sangre inmortal, ¿no? Parece que me ha subido el nivel de percepción extrasensorial. Ahora veo muertos históricos. Genial. ¿El siguiente es Napoleón pidiéndome que le preste mi chaqueta?

Alaric parpadeó, luego soltó una risa incrédula.

—Eres... extraordinaria —dijo, recuperando parte de su compostura—. Pero esto no estaba previsto.

Ni para mí, amigo, pensé. Pero entonces lo entendí: había ocurrido justo después de beber la sangre de Draco. Mis poderes se habían amplificado. El velo entre los mundos se había vuelto más fino. Podía ver más. Mucho más. Y quizás... también controlar más. ¿Lo había provocado yo?

Miré de reojo al fantasma de Hitler, que seguía gritando consignas en alemán como si estuviera en un mitin eterno. Luego miré a Alaric, que intentaba controlar con la mente a Hitler, dándole órdenes. Sin embargo, no lo conseguía.

—Parece que tu don de control mental no funciona con los muertos —comenté, con una sonrisa torcida—. O quizás ellos no te respetan tanto como tus vivos.

Alaric entrecerró los ojos, pero no respondió. No obstante, miré a Hitler e imaginé que el velo del otro lado se levantaba. Funcionó, yo tenía el control.

—¿Dónde está Hitler?

Me di cuenta de que yo también podía manejar los hilos a mi voluntad.

—¿Querías que te firmara un autógrafo? Es un fantasma, aparecen y desaparecen.

—Al final me voy a creer que tu don es el sarcasmo, Coraline —comentó, recuperando la compostura.

Frena un poco, Coraline, me dije a mí misma. Al final con tu lengua de víbora lo vas a cabrear tanto que te convertirá en el próximo adorno de su trono de cráneos.

Alaric me miró interrogativo, ladeando la cabeza con esa lentitud felina que hacía que pareciera un depredador evaluando si la presa merecía la pena o si era mejor jugar un poco más antes de morder. Lo de que su Catedral de los Huesos estuviera “encantada” de repente no se lo había tragado ni un poco. Lo leí en su rostro: una mezcla de curiosidad afilada y sospecha creciente. Sus ojos grises se entrecerraron y sentí que el aire entre nosotros se volvía más denso, más pesado, de manera que si estuviera aspirando cada uno de mis pensamientos.

—¿Qué escondes, Coraline? —preguntó en voz baja, pero con un filo que cortaba más que cualquier colmillo.

No respondí de inmediato. Porque en ese preciso instante noté la punzada: un pinchazo agudo en el cráneo, como si alguien hubiera metido una aguja helada directamente en mi lóbulo frontal. Isabella habló en mi mente, notaba su voz agotada y entrecortada, intentando sostener una puerta contra un huracán:

«Es muy fuerte... La conexión está a punto de romperse... Coraline... aguanta...»

Alaric entrecerró aún más los ojos y sentí otro golpe psíquico, más fuerte, como un martillazo invisible. La conexión con Isabella se quebró de golpe. Se fue. Silencio absoluto en mi cabeza. Estaba sola. Completamente sola frente al rey loco que acababa de descubrir que tenía una bruja de apoyo en línea.

Me sentí vulnerable, desnuda, aterrorizada. Como si me hubieran arrancado la ropa interior en medio de una pasarela y todos los focos estuvieran puestos en mí. Intenté desesperadamente pensar en cosas absurdas: ovejas saltando vallas, la receta del gazpacho de mi tía Manoli, el último capítulo de una serie mala que había visto... cualquier cosa que llenara mi mente de ruido blanco.

Alaric dio un paso más cerca.

—Deja de contar ovejas —gruñó, perdiendo la paciencia por primera vez—. No funciona conmigo.

Funcionaba. O al menos lo había hecho durante unos segundos preciosos.

—No voy a dejar que urges en mi mente —lo desafié, alzando la barbilla, aunque por dentro estuviera temblando.

Alaric sonrió, pero esta vez la sonrisa no llegó a sus ojos.

—Me resultaba fascinante no poder leerte —admitió—. Pero alguien te estaba ayudando. ¿Tal vez una bruja? Esto me lleva a pensar que ocultas algo y que tu presencia en Birkenau no es precisamente casual.

Tragué saliva. Tenía que ganar tiempo. Miré alrededor: la sala estaba llena de cristal. Copas, lámparas colgantes, espejos antiguos con marcos de plata, jarrones ornamentales... todo reflejaba la luz de las velas en miles de facetas brillantes. Perfecto.

—Como diría el capitán Jack Sparrow —improvisé, forzando una sonrisa traviesa—, el problema no es el problema. El problema es tu actitud sobre el problema. ¿Entiendes?

Alaric gruñó, mostrando los colmillos por primera vez. Lo había cabreado. Y cuando un rey loco se cabrea... las mentiras tienen las patas muy cortas.

Di un paso atrás sin saber exactamente qué hacer. Entonces chasqué los dedos —un gesto innecesario, pero muy teatral— y dejé salir mi fuerza vampírica al máximo. La onda expansiva fue brutal: todos los cristales de la sala estallaron al unísono en una lluvia de fragmentos relucientes. Copas, lámparas, espejos, jarrones... todo se hizo añicos en un caos de ruido y luz cegadora. El salón se convirtió en una tormenta de vidrio.

Alaric se cubrió el rostro con los brazos por puro instinto, retrocediendo un paso. Yo aproveché el momento: corrí hacia la camilla donde yacía Draco encadenado. Con las manos temblando, pero decididas, rompí las cadenas una a una —la fuerza amplificada por la sangre inmortal que acababa de beber me hacía sentir muy fuerte—. Zarandeeé a Draco con fuerza.

—¡Despierta, Cayetano! —le grité—. ¡Despierta de una vez, que no estoy para dramas románticos ahora!

Pero no reaccionaba. Seguía con los ojos en blanco y la mente atrapada en la telaraña de Alaric.

—Chica mala... —dijo una voz a mi espalda, fría y furiosa.

Me di la vuelta. Alaric avanzaba entre los cristales rotos, la sangre le goteaba de varios cortes superficiales en sus brazos y mejillas. No parecía dolerle. Parecía... excitado. Como si el caos le gustara más que la cena.

Sin darme tiempo a reaccionar, sentí la invasión: un pinchazo brutal en la mente, de modo que si me hubieran metido un hierro candente en el cerebro. Intenté resistirme, empujar, bloquear... pero era demasiado fuerte.

Caí de rodillas, con las manos en las sienes.

—¡Sal de mi cabeza!

Alaric se detuvo frente a mí, mirándome con desprecio y una satisfacción fría.

—Vaya... formas parte de la comunidad de Draco —dijo, casi divertido—. Me has utilizado para llegar a mí, rescatar a tus amigos y, de paso, matarme. ¿De verdad pensabas que saldrías victoriosa, Coraline?

Intenté levantarme, pero las piernas no me respondían.

—Este es el día que siempre recordarás como el día en que casi atrapaste a Coraline... —murmuré, plagiando de nuevo a Jack Sparrow—. ¡Ahora!

Alaric se quedó desconcertado un segundo —el tiempo exacto que necesitaba—. Desde la puerta lateral irrumpió Kur en forma de licántropo: pelaje negro, ojos amarillos brillantes, músculos hinchados y garras extendidas. Con un rugido que hizo temblar las paredes, se lanzó sobre Alaric y le asestó un empujón brutal con las

patas traseras. El rey loco salió volando contra la pared opuesta, estrellándose contra un candelabro que se desplomó en una lluvia de cera y fuego.

Kur aterrizó entre nosotros, gruñendo, protegiéndome con su cuerpo enorme.

Mientras conversaba con Alaric, había visto a mi amigo escondido en la puerta de la estancia, esperando la señal. Y la señal había llegado.

Alaric se levantó lentamente, limpiándose un hilo de sangre negra de la comisura de la boca. Sus ojos brillaban con furia y con algo parecido a la admiración.

—Interesante —dijo, sacudiéndose el polvo de la túnica—. Siempre pensé que los hombres lobos eran pura leyenda. Por más que intenté hurgar en los recuerdos de Draco y Vlad, no vi nada de vuestra conexión con ellos. Os deben amar demasiado para ser capaces de ocultaros en su mente. Increíble...

Kur rugió de nuevo, posicionándose entre Alaric y yo.

Me puse en pie, tambaleante, pero decidida a luchar. Bueno, no a luchar ahora mismo —eso sería suicida—, sino a ganar tiempo, poner tierra de por medio y pensar en un plan B que no terminara con mi cabeza como pieza central de la colección de Alaric. El rey loco nos miró a ambos con una desconfianza que casi se podía cortar con un cuchillo... o con una de las estacas de belladona que aún llevaba escondidas en la chaqueta.

Cerré los ojos un instante y me concentré. Anne, pensé con fuerza, invocándola como quien llama a un faro en medio de la niebla. Quitó el velo del otro lado y allí apareció ella: translúcida, serena, con ese vestido blanco raído que parecía flotar sin viento. Sus ojos se posaron directamente en Alaric.

El efecto fue inmediato.

Este se quedó helado. Su postura de rey intocable se quebró por una fracción de segundo. La mandíbula se le tensó, los ojos se abrieron con sorpresa y algo más profundo —dolor, quizás envidia, quizás arrepentimiento—. Susurró su nombre como si le costara creerlo.

—Anne...

Aproveché esa ventana de desconcierto. Miré a Kur y le hice un gesto con la cabeza: ¡Ahora!

Corrimos. Salimos de la sala como alma que lleva el diablo (o en nuestro caso, como vampira y licántropo que llevan al diablo detrás). Los corredores de la Catedral de los Huesos eran un laberinto de piedra fría y ecos, pero Kur parecía tener un mapa mental del lugar —o quizás solo olfato de lobo—. Llegamos a la sala central, la bóveda inmensa de huesos que parecía observarnos con miles de cuencas vacías.

Me detuve un segundo para recuperar el aliento.

—Alaric tiene sometidos a Draco y a Vlad con el poder de su mente —expliqué a Kur, jadeando—. Tenemos que restablecer la conexión con Isabella. Creo que tengo una idea que puede funcionar.

Kur se transformó de nuevo en humano con un crujido de huesos y un gruñido bajo. Quedó desnudo como Dios lo trajo al mundo (o como el diablo lo mejoró, dependiendo de cómo lo mires). Mientras él se concentraba en la conexión mental, yo arranqué un trozo de tela de un tapiz raído que colgaba de la pared —un bordado antiguo con motivos de rosas y calaveras— y se lo até a la cintura improvisando una falda.

—No es que me distraiga —mentí, con una sonrisa torcida—, pero tu sable es un peligro público. Y no quiero que Alaric piense que le estoy trayendo regalos.

Kur soltó una risa ahogada mientras se ajustaba el trapo.

—Eres incorregible —dijo—. Pero gracias por el taparrabos de emergencia.

Cerró los ojos de nuevo, concentrándose. Yo vigilaba la entrada del pasillo, con la estaca de belladona lista en la mano.

De pronto, la voz de Isabella irrumpió en mi cabeza, clara y preocupada:

«*Chicos, ¿estáis bien?*».

—Dentro de lo que cabe —respondí, nerviosa—. Escúchame, Isa. Necesito que le lances a Alaric un ataque psíquico potente para romper la conexión que ha establecido con Draco y Vlad. Es la única manera de liberarlos.

«Lo intenté antes —se lamentó ella—. Es demasiado fuerte. Su mente es como un muro de acero encantado».

—Lo sé —admití—. Pero existe una forma de aumentar tu poder.

Le expliqué lo que había descubierto al beber la sangre de Draco: la amplificación temporal de los sentidos, de la fuerza y probablemente de los dones mágicos.

—Bebe de Necro —le exigí, desesperada—. Solo un sorbo. Te dará el empujón que necesitas.

Hubo un silencio al otro lado. Luego Isabella respondió con voz temblorosa, pero decidida:

«Está bien. Lo haré. Pero dame un minuto. Tengo que explicarle a Necro el lío en el que os habéis metido antes de morderle».

La conexión se cortó un instante. Kur abrió los ojos y me miró.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ahora esperamos —respondí, con una sonrisa nerviosa—. Y rezamos para que Isabella sea más fuerte que el ego de Alaric.

Pero la espera duró poco.

Desde la oscuridad del pasillo que teníamos enfrente llegó su voz, clara y burlona:

—Coraline...

Me puse en tensión. Alaric estaba cerca. Muy cerca.

Y entonces empezó a sonar en mi cabeza —sin que yo la invitara— la melodía que toca Miércoles Addams al violonchelo: *"Paint It Black"* de The Rolling Stones. Ese tono oscuro, obsesivo, gótico y fúnebre que encajaba perfectamente con el ambiente. Las notas graves del chelo resonaban en mi cráneo como un latido lento y siniestro, dándole a la escena un aire de película de terror elegante.

Paint it black...

Sí, perfecto. Porque lo que se avecinaba era negro como la noche: Alaric se acercaba con paso lento y seguro, nosotros con cuatro estacas de belladona y un plan a medio improvisar, y la certeza de que, si no actuábamos rápido, la Catedral de los Huesos tendría dos nuevos adornos permanentes.

Kur se puso en posición de combate, con las garras extendidas.

—¿Lista? —preguntó.

Sonreí, aunque por dentro temblaba.

—Lista para improvisar como nunca —respondí—. Y si salimos de esta... le debo a Isabella una caja entera de bombones. Y a ti una cerveza. O diez.

Kur rio por lo bajo.

—Trato hecho.

Y entonces Alaric apareció en el umbral del pasillo, con los ojos brillando con furia contenida y una sonrisa que prometía dolor lento.

La melodía en mi cabeza subió de volumen.

Paint it black...

Que empezara el baile.



Capítulo 21

SILENT LUCIDITY

Kur se transformó en licántropo de nuevo con un crujido de huesos que resonó en la bóveda como un trueno seco. Fue un espectáculo maravilloso —de esos que te hacen pensar que la naturaleza tiene un sentido del drama exagerado—. El pelaje negro brotó similar a una ola de tinta viva, los músculos se hincharon hasta parecer tallados en piedra oscura, las garras se extendieron al igual que cuchillos negros y los ojos amarillos brillaron con una furia primitiva. Por un segundo, incluso Alaric pareció dudar. Solo por un segundo.

Pero el rey loco no era de los que se intimidan fácilmente. Sonrió de forma condescendiente, esa sonrisa suya que decía “qué tierno, un perrito enfadado”. Chasqueó los dedos con la misma naturalidad con que uno pide la cuenta en un restaurante caro y detrás de él aparecieron Draco y Vlad. Caminaban como marionetas: pasos rígidos, ojos en blanco, expresión vacía. Pero la cosa no quedó ahí. Por cada pasillo que se abría en la sala central —y había al menos seis—, surgieron más vampiros en el mismo estado. Decenas. Todos con la mirada perdida, todos moviéndose al unísono como un ejército de zombis.

Estábamos jodidos. Muy jodidos.

—¡Matadlos! —rugió Alaric y la orden resonó en la bóveda como un martillo contra acero.

Saqué las bolas de belladona de mi bolsillo con la rapidez de quien sabe que su vida depende de un lanzamiento decente. Apunté y las arrojé como si fueran granadas de mano: una, dos... acerté en la boca abierta de dos vampiros que avanzaban hacia mí. Cayeron al suelo convulsionando, la belladona hizo efecto casi al instante: piel agrietándose, humo negro saliendo de sus bocas, gritos mudos de agonía. Pero solo eran dos. Y venían docenas.

Miré a Kur. Su bolsa con más munición estaba tirada en el suelo, cerca de una de las entradas de la bóveda que daba a la salida. Convertido en lobo no podía usarla —las patas no sirven para abrir cremalleras—. Maldije en voz baja.

Distraída por el caos, no vi venir el puñetazo. Un puño conectó con mi mejilla con una fuerza brutal. El mundo se inclinó, el sabor metálico de mi propia sangre llenó mi boca. Me giré con la estaca en mano, lista para devolver el golpe... y me quedé helada.

Era Draco.

Sus ojos estaban en blanco, la expresión vacía, pero el puño que acababa de golpearme era inconfundible. Era la segunda vez en esta aventura que el Cayetano me golpeaba. La primera había sido por rabia; esta, por hipnosis. Y dolía igual. O más.

Me detuve en seco. No podía atacarlo. No a él.

Pero él no dudó. Avanzó de nuevo, levantando el puño para repetir el golpe.

Y yo... desaté toda mi rabia contra él.

No porque quisiera hacerle daño —o sí, un poco—, sino porque estaba furiosa con todo: con él por ser un insufrible señor feudal, conmigo por haberme enamorado sabiendo que su corazón seguía ocupado por el recuerdo de Anne, con el universo por ponerme siempre en situaciones imposibles. Lo atacué con rabia, con puños, con patadas, con todo lo que tenía. No para matarlo —nunca para matarlo—, sino para defenderme, para ganar tiempo, para que despertara de una vez.

Draco respondía con fuerza bruta, pero sin alma. Sus golpes eran precisos, mecánicos, pero carecían de esa chispa que siempre ponía

en nuestras peleas. Era como luchar contra una versión rota de él. Y eso dolía más que cualquier impacto.

Mientras tanto, Kur se movía como un torbellino peludo. Saltaba entre los vampiros hipnotizados, derribándolos con zarpazos y mordiscos que dejaban rastros de la muerte instantánea. Uno cayó convulsionando, otro se desplomó con la garganta abierta. Pero eran demasiados. Kur los aturdí, los dejaba fuera de combate temporalmente, los mataba con el veneno de su mordida, pero no podía con todos.

Y entonces llegó el turno de Vlad.

Kur se detuvo en seco. Sus orejas se bajaron, el pelaje se erizó de forma diferente —no de rabia, sino de dolor—. Se transformó de nuevo en humano, desnudo y vulnerable, con las manos extendidas en gesto de súplica.

—Vlad... —dijo, con la voz quebrada—. Soy yo. Despierta, por favor. No me obligues a pelear contigo.

Vlad avanzó sin expresión, con los ojos en blanco, las manos extendidas hacia el cuello de Kur como si fueran tenazas. Iba a estrangularlo. Kur retrocedió un paso, las lágrimas brillaban en sus ojos.

—No... —susurró—. No lo hagas...

Y entonces sucedió.

Un golpe psíquico brutal atravesó la sala como un disparo directo al corazón. Alaric se tambaleó hacia adelante, llevándose las manos a la cabeza. Sangre negra brotó de su nariz, goteando sobre su camisa blanca. Sus ojos se abrieron de par en par, la conexión mental se rompió con un chasquido casi audible.

Draco y Vlad se detuvieron al instante. Sus ojos volvieron a la normalidad en un parpadeo: confusión, dolor, reconocimiento. Los demás vampiros hipnotizados también se tambalearon, algunos cayeron de rodillas, otros huyeron despavoridos por los pasillos laterales, gritando como si acabaran de despertar de una pesadilla colectiva.

Isabella lo había conseguido.

Desde Brujas, con la ayuda de la sangre de Necro, había lanzado un ataque psíquico tan potente que había roto la telaraña mental de

Alaric.

Kur corrió hacia Vlad y lo abrazó con fuerza, ambos temblando.

Draco me miró, todavía aturdido, pero consciente.

—Coraline... —susurró, dando un paso hacia mí.

Alaric, de rodillas, se limpió la sangre de la nariz con el dorso de la mano. Sus ojos brillaban con una furia que prometía venganza eterna.

—Esto no acaba aquí —gruñó, poniéndose en pie con dificultad—. Volveremos a vernos.

Y con un último gesto de odio, desapareció en las sombras de uno de los pasillos laterales. Sus secuaces que quedaban huyeron tras él, dejando la sala central en un silencio roto solo por nuestra respiración agitada.

Yo me dejé caer de rodillas, exhausta, con lágrimas de alivio y rabia mezcladas en la cara.

Kur y Vlad se abrazaron con fuerza, el grandullón murmuraba disculpas que el lobo acallaba con besos. Draco se acercó a mí lentamente, como si temiera que me rompiera si me tocaba.

—Coraline... —dijo, arrodillándose frente a mí—. Lo siento. No era yo...

—Lo sé —respondí, limpiándome la cara con el dorso de la muñeca—. Pero la próxima vez que me des una bofetada, aunque sea hipnotizado... te clavo una estaca en el pecho. Y no será de belladona. Será de sarcasmo puro.

Él sonrió débilmente, con culpa y alivio.

—Trato hecho.

Me ayudó a levantarme y, por primera vez, no hubo tira y afloja. Solo un abrazo. Fuerte. Silencioso. Real.

Kur y Vlad se unieron, formando un círculo improvisado en medio de la sala de huesos.

Estábamos vivos.

Estábamos juntos.

Y Alaric había huido.

Por ahora.

Pero sabíamos que volvería.

—Se recuperará —comenté, mirando a Draco con una mezcla de alivio y preocupación—. Pero puede volver a hipnotizaros con la mente en cuanto se recupere. Ese don suyo no es un truco de salón; es un arma nuclear psíquica.

Draco se pasó una mano por el cabello, despeinándolo aún más (y eso que ya parecía haber perdido la batalla contra la gomina hacía rato). Su expresión era una tormenta de culpa y rabia contenida.

—He sido un estúpido —confesó, con la voz ronca—. Debí prepararme antes de enfrentarme a él. No lo pensé por el odio que le tengo y me consume.

Todavía recuperándome del shock de haber visto a los chicos convertidos en marionetas, intervine de forma exasperada. Temía que volviera a ocurrir.

—¿Cómo evitamos que nos controle con la mente? Porque si vuelve a intentarlo, no sé si saldremos vivos la próxima vez.

Draco levantó la mirada y por primera vez en toda la noche vi una chispa de algo parecido a la esperanza (o quizás solo era resignación con estilo).

—Con gomina —respondió, serio como si estuviera revelando el secreto del Santo Grial.

Silencio absoluto. Kur y yo nos miramos como si acabara de decir que la cura contra la muerte era lavarse los dientes tres veces al día.

—Cayetano —intervine, mientras el ojo me temblaba—, no es momento de bromear. Estamos hablando de control mental vampírico, no de peinados rebeldes.

—No es ninguna broma —insistió él y esta vez su tono era mortalmente serio—. Cuando escapé de la mazmorra donde me tenía cautivo, el hombre que me ayudó, me reveló el secreto. El mismo se untaba gomina en el pelo cada día. Decía que bloqueaba la entrada psíquica. Alaric nunca pudo entrar en su mente. Fingía obediencia para no ser descubierto, pero la gomina era su escudo real.

Me quedé mirándolo con la boca entreabierta.

—¿Por esa razón siempre te peinabas con gomina? —pregunté, incrédula—. ¿No era por postureo aristocrático o por complejo de James Bond?

Draco esbozó una sonrisa cansada, casi avergonzada.

—Sí. Aunque dejé de usarla pensando que después de tantos años mi voluntad era más fuerte que su poder. Me equivoqué.

Kur soltó una risa incrédula.

—Espera... ¿me estás diciendo que la cura contra el control mental vampírico es... gomina de peluquería barata? Por eso, ¿el primer día que visitamos Birkenau insististe que Vlad y yo nos pusiéramos ese ungüento asqueroso? ¿Y por qué no se lo sugeriste a Coraline ese día?

—No es barata —corrigió Draco, casi ofendido—. Es Giorgio. Extrafuerte. Edición limitada. Y no se lo dije a Coraline porque me hubiese mandado a la mierda.

No pude evitar reírme, aunque la situación era de risa nerviosa. Y sí, lo hubiese mandado a tomar viento.

—¿Dime que tienes gomina en el bolsillo de tu pantalón? —pregunté, ansiosa, como si estuviera pidiendo el arma secreta definitiva.

Draco miró a Vlad con complicidad. El grandullón, que parecía estar al corriente de esta “fantasía capilar” desde hacía tiempo, metió la mano en uno de los bolsillos de su pantalón cargo negro y sacó un bote de gomina Giorgi. Lo sostuvo en alto como si fuera la cura contra el gen zombie.

—¿A qué esperáis? —dijo Draco, con una sonrisa torcida—. Que rule la gomina.

Pero no nos dio tiempo.

Las sombras del pasillo se movieron de golpe. Alaric salió de la oscuridad como un espectro elegante, con la velocidad de quien ha decidido que ya había jugado suficiente. Antes de que pudiéramos reaccionar, me arrebató la estaca impregnada de belladona que llevaba en la mano y, con un movimiento preciso y cruel, se la clavó a Draco en el pecho.

Todo pasó en un parpadeo.

Draco cayó de rodillas con un gemido ahogado. Su piel empezó a adquirir un tono ceniciento, las venas negras trepaban por su cuello como raíces venenosas. Convulsiones violentas lo sacudieron y un hilo de sangre negra brotó de su boca.

Mi corazón muerto se detuvo. Grité —un grito crudo, roto— mientras veía al amor de mi vida morir delante de mí.

En ese instante, Anne apareció a mi lado. Su fantasma flotó entre nosotros, sereno y triste y pronunció dos palabras en mi mente con voz clara:

«*Dalias negras*».

Mi sangre. Olía a esas flores. Claudia me había revelado que yo era la cura. Sin dudarlo, me mordí la muñeca con fuerza. La sangre brotó oscura y brillante. Me arrodillé junto a Draco y le acerqué la herida a los labios.

—Bebe —susurré, desesperada—. Bebe, por favor...

Pero no me dio tiempo.

Alaric me agarró por la cintura con una fuerza brutal y, de un giro seco, me partió el cuello.

El mundo se volvió negro.

No supe si mi sangre había llegado a tocar sus labios. No supe si había hecho efecto. Solo sentí el crujido, el dolor cegador... y luego nada.

Oscuridad absoluta.

Y en esa oscuridad, una última idea absurda cruzó mi mente antes de apagarse del todo:

Si muero ahora... al menos Draco se habrá salvado con mi sangre milagrosa. O eso esperaba.

Y entonces... silencio.

Me desperté en la oscuridad absoluta, con un olor a tierra húmeda y madera podrida que se me metió en la garganta como un puñetazo. Al principio pensé que era una pesadilla más —de esas que últimamente venían con banda sonora de heavy metal y cameos de dictadores muertos—, pero no. El espacio era demasiado estrecho, demasiado cerrado. Mis manos tocaron madera áspera por encima de mi cabeza y cuando empujé... nada. Solo un crujido sordo y un poco de tierra que se coló por una grieta diminuta y me cayó en la cara.

Estaba en un ataúd. Enterrada viva.

La ansiedad me bloqueó al instante. Mi parte humana —esa que nunca moriría— tomó el control: el pánico se apoderó de cada poro, de cada nervio, de cada recuerdo de niña pequeña que había visto películas de terror y juraba que nunca la enterrarían viva. Golpeé la tapa con los puños, con los pies, con todo lo que tenía. La madera cedió un poco, se astilló, y más tierra cayó sobre mí como una lluvia sucia. El terror me hizo olvidar que era vampira, que tenía fuerza sobrenatural, que podía romper madera sin esfuerzo alguno. Solo era Carolina, la niña que se escondía bajo las sábanas cuando oía ruidos raros por la noche.

Entonces llegó la voz.

Su voz.

En mi cabeza, clara y fría como un cuchillo helado:

—Me gustabas, Coraline. Incluso tu aroma me volvía loco. Te habría convertido en mi reina... pero tu traición es imperdonable. Nadie, absolutamente nadie, se ríe de mí. Hurgué en tu alma y descubrí que te aterraba ser enterrada viva. Nadie podrá encontrarte jamás. Te secarás al no beber sangre y te convertirás en una estatua... en un recuerdo.

La risa de Alaric resonó en mi mente al igual que un eco interminable y luego se alejó, dejándome sola con el silencio y la tierra que seguía cayendo.

—¡Saldré por mi propio pie! —chillé, con lágrimas desesperadas rodando por mis mejillas sucias—. ¡Saldré y te arrancaré esa sonrisa de la cara, rey loco de mierda!

Pero el miedo me tenía paralizada. Cada vez que intentaba empujar la tapa con fuerza vampírica, el terror me recordaba: la tierra caerá sobre tu cara, te asfixiarás, te enterrarás viva de verdad. Era como si Alaric hubiera instalado un bloqueo mental en mi propio cuerpo: fuerza bloqueada por pánico humano residual. No podía moverme. No podía pensar. Solo llorar y gritar hasta quedarme ronca.

—¡Draco! —grité con todo lo que me quedaba—. ¡Draco, por favor...!

Ni siquiera sabía si seguía con vida.

Silencio.

Y entonces... calidez.

Una calidez familiar, suave, como un abrazo lejano.

«Coraline, ¿dónde estás?».

La voz de Isabella en mi cabeza. Débil, pero ahí. Sosteniéndome para no dejarme caer al abismo de mi locura.

—No lo sé... —sollocé—. Me ha enterrado viva...

«Utiliza tu fuerza, amiga. Puedes salir. Eres más fuerte que esto».

—No puedo... Tengo miedo... Dile a Kur que me busque... por favor...

«Kur no puede escucharme ahora. Algo está bloqueando la conexión directa. No sé qué pasa con él... Pero a ti te oigo. No te dejaré sola».

Yo sabía que ocurría. Kur se habría impregnado de gomina el cabello para repeler el ataque mental de Alaric.

Las lágrimas seguían cayendo, pero Isabella empezó a cantar. Suave, casi como una nana, pero con esa fuerza que siempre tenía cuando quería protegerme:

Silencio ahora, no llores...

Limpia la lágrima de tu ojo...

Estás acostada a salvo en la cama...

Todo fue un mal sueño dando vueltas en tu cabeza...

Era "Silent Lucidity" de Queensrÿche. La misma canción que poníamos cuando éramos dos chicas normales sobreviviendo en Brujas y nos sentíamos perdidas, la que siempre nos calmaba. Isabella la cantaba despacio, con esa voz suya que parecía hecha de miel y acero.

Tu mente te engañó para sentir el dolor...

De alguien cercano a ti dejando el juego de la vida...

Así que aquí está, otra oportunidad...

Bien despierta, enfrentas el día... tu sueño ha terminado...

¿O recién ha comenzado?

Las palabras se colaron en mi mente como un bálsamo. El pánico seguía ahí, pero ya no era absoluto. Respiré hondo —aunque no necesitaba aire— y dejé que la canción me envolviera.

*Hay un lugar donde me gusta esconderme...
Una puerta por la que corro en la noche...
Tranquila niña, estuviste ahí...
Pero no te diste cuenta y estabas asustada...
Es un lugar donde aprenderás...
Para afrontar tus miedos, vuelve sobre los años...
Y cabalga los caprichos de tu mente...
Al mando en otro mundo...*

Poco a poco, el terror se fue diluyendo. No desapareció —eso habría sido imposible—, pero se volvió manejable. Como si Isabella estuviera sentada a mi lado en ese ataúd estrecho, cantándome hasta que el miedo perdiera fuerza.

*De repente escuchas y ves esta nueva dimensión mágica...
Estaré cuidando de ti...
(Yo) te ayudaré a lograrlo...
(Yo) te protegeré en la noche...
(Yo) estoy sonriendo a tu lado... en silenciosa lucidez...*

Cuando terminó la canción, el silencio volvió... pero ya no era opresivo. Era un silencio con esperanza.

—Gracias, Isa —susurré mentalmente, con la voz temblorosa, pero más firme—. No sé cómo, pero... funcionó.

«Siempre funcionará».

Respondió ella, con esa calidez que me había salvado tantas veces.

«Ahora respira. Usa tu fuerza. Rompe la tapa. Sal de ahí. Y cuando lo hagas... busca a Alaric y arráncale la cabeza de mi parte».

Sonreí en la oscuridad, aunque las lágrimas seguían cayendo.

—Lo haré.

Y entonces, con la melodía de "*Silent Lucidity*" aún resonando en mi cabeza como un escudo, junté las manos contra la tapa del ataúd y empujé.

La madera crujió.

La tierra cayó.

Y yo... empecé a abrirme paso hacia la superficie.

El rey loco había intentado enterrar mi alma, pero no contaba con mi amiga bruja, mi antídoto para la desesperación.

Y yo... yo iba a salir.

Pero definitivamente con la venganza reflejada en los ojos y una promesa en mi corazón: mataría a Alaric.

Porque nadie —ni siquiera ese demonio— me enterraba viva y se iba de rositas.



Capítulo 22

CLAIR DE LUNE

Logré romper la madera del ataúd con un empujón desesperado, las astillas se clavaron en mis palmas como agujas de reproche. Mis garras salieron solas, rasgando la tierra húmeda y pesada que se derramaba sobre mí al igual que una avalancha lenta y asfixiante. Cada puñado que apartaba parecía volver a caer, como si la tierra misma quisiera tragarme de nuevo. El pánico regresó similar a un huracán: no era miedo a morir (eso ya lo había hecho una vez), sino el terror humano, primitivo, de ser enterrada viva. La ansiedad me apretaba el pecho, me nublaba la mente, me hacía olvidar que era vampira, que tenía fuerza para romper montañas si me lo proponía. Solo podía pensar: la tierra me va a cubrir la cara, me va a entrar en la boca, en los ojos, voy a asfixiarme para siempre...

Golpeé, arañé, grité hasta quedarme sin voz. La tierra seguía cayendo, fría, húmeda, implacable. Estaba atrapada en mi propia tumba improvisada y el miedo me había convertido en una humana aterrorizada dentro de un cuerpo inmortal.

Entonces sentí una mano.

Firme, fría, viva.

Me agarró de la muñeca y tiró con fuerza. La tierra cedió, la oscuridad se rompió y la claridad de la luna me golpeó como un

flash. Parpadeé, cegada por un segundo, y vi —o creí ver— el rostro de mi tía Manoli. Sonreía con esa calidez de abuela que todo lo arregla con un abrazo y un plato de arroz con leche. Sus ojos decían: Ya está, hija, sal de ahí.

Pero la imagen se difuminó como humo y en su lugar apareció Draco.

Él era mi refugio.

Él era mi salvación.

Él era el aliento que me faltaba.

Estaba vivo. Mi sangre había funcionado. El veneno de la belladona se había disuelto en su interior, y ahora estaba allí, arrodillado en la tierra removida con el rostro manchado de barro y sangre negra, pero vivo. Vivo y mirándome como si acabara de salir de su propia tumba para rescatarme de la mía.

Antes de que pudiera reaccionar, me abrazó con fuerza. Enterró la nariz en mi cuello, inhalando profundamente como si mi olor fuera lo único que lo mantenía anclado a la realidad.

—Estás aquí... —susurró contra mi piel—. Estás viva.

Me sujetó el rostro con ambas manos, sus pulgares rozaron mis mejillas sucias de tierra y lágrimas. Me miró con una intensidad que mezclaba amor, miedo y algo que parecía alivio infinito. Luego me besó.

Fue un beso desesperado, urgente, de modo que si quisiera asegurarse de que yo era real. Sus labios fríos se calentaron contra los míos y toda la ansiedad, todo el terror, todo el peso de la tierra que aún sentía en los pulmones... desapareció. Solo quedamos nosotros dos, en medio del bosque, besándonos como si el mundo pudiera acabarse en cualquier momento (cosa que, con nuestra suerte, no era imposible).

Cuando nos separamos, jadeando innecesariamente, le pregunté con voz temblorosa:

—¿Cómo me has encontrado?

Draco sonrió —una sonrisa cansada, pero genuina, de las que solo me regalaba en momentos contados— y rozó mi mejilla con el pulgar.

—Tu aroma —dijo simplemente—. Es especial. Hueles a primavera... a flores marchitas, pero con un toque nostálgico. Ese olor ha sido clave para encontrarte. Podría seguirlo hasta el fin del mundo.

Me quedé mirándolo, con el corazón latiendo tan fuerte que casi parecía humano otra vez.

—Pensaba que... —empecé, pero no terminé la frase.

Él lo hizo por mí.

—Tu sangre me salvó, Coraline. Por cierto... ¿por qué no nos dijiste nada?

Me encogí de hombros, intentando quitarle hierro al asunto, aunque aún me temblaban las manos.

—No sé... En cierto modo dudaba. No ha sido hasta esta noche que no he sabido si realmente era la cura para contrarrestar la belladona. O sea... has sido el conejillo de Indias sin saberlo.

Draco soltó una risa corta y amarga.

—En cierto modo sí —admitió—. Pero funcionó. Y ahora... estamos vivos. Los dos.

Kur, que había estado vigilando el perímetro convertido en lobo y ahora volvía a su forma humana (con el taparrabos improvisado de tela colgando como un kilt de emergencia), se acercó con una sonrisa aliviada.

—Chicos, debemos encontrar a Alaric —interrumpió, mirando hacia la oscuridad del bosque—. No podemos dejar que se escape.

Draco asintió, poniéndose en pie y ayudándome a mí también.

—Creo saber dónde está —dijo, con voz dura—. Es tan orgulloso que habrá regresado a la Catedral de los Huesos. No soporta perder el control de su reino.

Me puse en pie, sacudiéndome la tierra del pelo y la ropa, sacudiéndome también el terror que aún me quedaba pegado a la piel.

—Pues vamos —dije, intentando sonar valiente, aunque la voz me saliera un poco temblorosa—. Porque si alguien va a clavarle una estaca al rey loco... quiero ser yo quien lo haga. Y quiero que sea con estilo. Con una frase épica y todo.

Kur soltó una risa baja.

—¿Algo como “juré matarte por el Nazareno de mi pueblo”?

Draco me miró de reajo, con una sonrisa torcida.

—O algo como “juré matarte por la religión de la gomina Giorgi”.

Le saqué la lengua.

—Primero sobrevivimos. Luego negociamos las frases épicas.

Y con eso, los tres echamos a andar hacia la Catedral de los Huesos de nuevo. Estaba claro que éramos masoquistas.

Sabíamos que Alaric ahora sería más peligroso que nunca. Su furia había subido a niveles Fahrenheit —o mejor dicho, a niveles de volcán en erupción con ego herido—. Si antes era un rey loco con complejo de superioridad, ahora era un rey loco con sed de venganza personal. Teníamos que encontrar el modo de debilitar su poder mental antes de que volviera a convertirnos en marionetas con colmillos. Aunque era poco probable, la gomina funcionaba. Pero ¿cómo matarlo? No teníamos manual de instrucciones para “cómo joderle el don psíquico a un vampiro poderoso con mal carácter”.

Los chicos se volvieron a untar el cabello con gomina Giorgio extrafuerte —el escudo anti-mente de toda la vida—. Kur lo hizo con la resignación de quien se pone casco antes de una guerra, Vlad con la calma de quien sabe que la gomina es solo una formalidad más en su larga vida, y Draco... bueno, Draco se peinó como si estuviera preparándose para una alfombra roja infernal.

Yo, en contra de mi voluntad —que conste en acta, que quede grabado para la posteridad—, tuve que someterme al “*clean look* de Cayetana”. Draco insistió: si la gomina era el escudo, tenía que cubrir toda la cabeza. Así que ahí estaba yo: raya al medio perfecta, pelo estirado hasta doler, gomina a tope y un moño tan tirante que parecía que me habían hecho un *lifting* vampírico exprés. Me sentía como una presentadora de telediario de los noventa que se había perdido en un concierto de Britney Spears.

Draco se aguantó la risa —pero mal—. Le temblaban las comisuras de la boca.

—No quiero ningún comentario —advertí, señalándolo con el dedo—. O juro que la próxima vez que os hieran con belladona, vais a tener que suplicar mi sangre de rodillas.

Kur soltó una risita traicionera.

—Estás... muy elegante —dijo, conteniendo la carcajada—. Pareces salida de una hermandad cristiana, te faltan las perlas.

Vlad, siempre diplomático, simplemente asintió.

—Funcional —comentó—. Eso es lo importante.

Draco, incapaz de resistirse más, soltó:

—Pareces una vampira que va a dar clase de gimnasia rítmica en el infierno.

Le lancé una mirada que podría haber derretido acero.

—Y tú pareces un vampiro que va a dar clase de cómo perder puntos con su chica, o lo que tú y yo seamos... en menos de cinco minutos. Cállate y ponte serio.

Birkenau nos quedaba enfrente, semejante a un pueblo fantasma deshabitado que había decidido no mudarse nunca. Las alambradas oxidadas, los barracones derruidos, el silencio roto solo por el viento que silbaba entre los cables como un lamento eterno. Daba repelús. Mucho repelús. El tipo de repelús que te hace pensar que hasta los fantasmas locales tienen turno de noche y están de mal humor.

Nos pusimos en marcha con la intención de acabar con Alaric utilizando la fuerza bruta, la belladona y lo que fuera que quedara de nuestro ingenio colectivo. Pero entonces apareció él.

Hitler.

De nuevo.

El fantasma surgió de la nada, justo en mi campo de visión, como si hubiera estado esperando el momento perfecto para dar por saco. El mismo bigote ridículo, el mismo uniforme raído, los mismos ojos vacíos y la misma expresión de orador frustrado. Empezó a gritar una palabra en alemán, una y otra vez, con esa urgencia desesperada que tenía desde la última vez:

«*Befreie mich! Befreie mich!*»

Retiré el velo del otro lado para que los chicos también lo vieran y oyeran. Fue impactante. Kur dio un paso atrás, Vlad se quedó inmóvil como una estatua, y Draco... Draco palideció más de lo habitual (y eso ya era decir).

—Es Hitler... —susurró Kur, tragando saliva como si acabara de ver al diablo en persona.

—Es una larga historia —respondí, intentando sonar casual—. Mis poderes están creciendo. ¿Qué coño dice, Draco?

Draco, todavía procesando, tradujo con voz tensa:

—Libérame.

—¿Qué lo libere? —repetí, incrédula—. ¿En serio? ¿Ahora me pide favores el dictador del bigotito?

Draco miró al fantasma con una mezcla de asco y comprensión oscura. Pero una voz respondió a mi pregunta.

«No puede trascender».

Explicó el espíritu de Anne.

«Al igual que yo, o las demás víctimas que forman parte de esa catedral. Alaric tiene el cráneo de Hitler y lo utiliza de copa. Mi cuerpo embalsamado reposa al lado de su trono. Los demás decoran su palacio de muerte».

Draco miró a Anne, impactado. Llevaba años sin verla y ahora ahí estaba su fantasma. Debía sentirse en un carrusel de emociones.

—Anne... —susurró, con el llanto atascado en la garganta.

Anne apareció de nuevo, justo a su lado. Su imagen era serena, casi etérea.

«*No fue tu culpa, Draco. Nunca lo fue*».

Pero Draco sí se sentía culpable. Lo veía en sus ojos: la culpa de no haberla salvado de la guerra, de la crueldad de su hermano, de todo.

El Cayetano llevaba una noche complicada con todo lo que había sucedido, pero más aún al descubrir el cuerpo embalsamado de Anne. Tuvo que verlo en ese trono y me imaginaba, aunque yo no presencié la escena, que fue desgarradora. Sin embargo, con ese sufrimiento a cuestas, había ido a buscarme. A mí.

Hitler seguía gritando en mi oreja, desesperado. Supongo que llevaba décadas esperando que alguien lo viera, alguien que pudiera liberarlo de esa cárcel de huesos y poder.

—De acuerdo —le dije al fantasma, encarándome con él—. Te liberaré, demonio. Pero a cambio me ayudarás.

Kur me miró como si me hubiera vuelto loca.

—¿Qué pretendes? —preguntó Vlad, con esa calma suya que siempre parecía ocultar un plan.

—Provocó el infierno en la tierra —intervino Kur, indignado—. ¡Qué se joda!

—Lo sé —admití—. Pero algo me dice que no irá a unas verdes praderas a descansar. Además, quiero algo a cambio.

Me encaré con el fantasma y sonreí con malicia.

—Prometo liberarte, recuperar tu cráneo y darle un entierro cristiano. Sin embargo, a cambio me ayudarás a destruir al hombre que ocupó tu lugar: Alaric. Reúne a tu ejército de muertos y juro por el Nazareno de mi pueblo que verás mi palabra cumplida.

Hitler me miró fijamente. Luego asintió una vez —un gesto seco, casi militar— y se desvaneció en volutas de humo gris.

Kur y Vlad me miraron como si acabara de firmar un pacto con el diablo.

—¿Qué pretendes? —preguntó Vlad, de nuevo.

—¿Habéis visto la película del Exorcista? —respondí con una sonrisa traviesa—. Pretendo hacerle a Alaric un exorcismo, pero a mi estilo.

Kur negó con la cabeza, pero ya se estaba riendo por lo bajo.

—No te sigo...

—Tranquilo —le dije, guiñándole un ojo—. Estoy improvisando.

Miré a Draco, que seguía decaído y triste por la aparición de Anne. Me acerqué a él y le puse una mano en el hombro.

—Habla con ella —le dije suavemente—. No la ignores. Anne te está esperando.

Draco levantó la mirada, con los ojos brillantes por las lágrimas que no caían.

—Gracias —susurró.

Y entonces, con una respiración profunda, se giró hacia el espacio donde estaba Anne.

Yo me quedé un poco atrás, dándole privacidad.

Draco necesitaba redimirse y yo lo sabía.

Me reuní con los chicos, con la imagen de Alaric fija en mi mente, pensaba devolverle todo el mal que había sembrado en su vida mortal e inmortal.

Con una sonrisa que era puro caos, miré hacia la Catedral de los Huesos.

Vamos allá, pensé.

Que empiece la función.
Y que gane el mejor.
Esta vez... no iba sola.
Iba con un ejército de muertos enfadados.
Alaric no sabía lo que le esperaba.
Pero yo sí.

Isabella se quedó fuera de juego temporalmente —Kur necesitaba concentrar toda su fuerza mental para la batalla y con la gomina, la conexión no era estable—. Así que caminamos los cuatro —Kur, Vlad, Draco y yo— como si fuéramos los jinetes del apocalipsis, pero en versión *low-cost*: sin caballos, sin trompetas, solo con estacas de belladona, gomina anti-mente y un plan que, francamente, seguía siendo un setenta por ciento improvisación y un treinta por ciento esperanza ciega.

Cruzamos el umbral de Birkenau bajo la luna llena, que parecía mirarnos con cara de “esto va a salir mal, pero quiero verlo”. El lugar estaba desierto, pero no vacío: el aire vibraba con ecos antiguos y el silencio era de esos que pesan en los hombros. Y entonces los vimos.

Hitler y su ejército espectral.

Estaban allí, formados en filas perfectas, pero deshilachadas, uniformes raídos flotando sin viento, rostros cenicientos y ojos vacíos que brillaban con una luz muerta. Un gran número de ellos, soldados y oficiales, atrapados en la misma condena eterna. Retiré el velo del otro lado para que mis amigos disfrutaran del espectáculo —porque, vamos, no todos los días ves un desfile nazi fantasma en directo—.

Kur dio un paso atrás, Vlad se quedó inmóvil y Draco... Draco simplemente apretó la mandíbula, conteniendo una maldición en varios idiomas.

Me adelanté un paso, sintiéndome ridícula, pero decidida.

—Señores —dije en voz alta, dirigiéndome al ejército espectral como si estuviera dando un discurso en una asamblea de muertos—, una última batalla antes de emprender vuestro viaje hacia donde quiera llevaros vuestros pecados cometidos en vida. Prometo

liberaros a todos. Tenéis mi palabra. Siempre cumplo mi palabra. Obedeced y seréis libres.

Los espíritus asintieron al unísono —un movimiento lento, casi hipnótico—. Ahora yo era su general. Quién lo iba a decir: de camarera en Brujas a comandante en jefe de un ejército nazi fantasma. Mi currículum estaba tomando un giro que ni mi tía Manoli habría imaginado.

En el silencio de la noche, empezaron los ruidos: pasos pesados, respiraciones frías, el tintineo de cadenas invisibles. Los secuaces de Alaric salieron de su escondrijo como ratas bien entrenadas. Nos superaban en número —mucho—. Iban armados hasta los dientes: dagas y cuchillos impregnados con belladona. Además, de pistolas con balas de esta flor de muerte. Los malnacidos parecían salidos de un casting para “Crónicas vampíricas”.

Kur se transformó en lobo con un rugido que hizo temblar las alambradas. Vlad cerró los puños, los nudillos crujieron como ramas secas. Draco pegó su espalda contra la mía, protegiéndome similar a un muro vivo.

—¿Qué haces? —le pregunté, sintiendo su calor frío contra mi espalda.

—Protegerte —respondió él, sin mirarme—. Tengo más experiencia que tú en el combate.

No dije nada. Solo sonreí por dentro. Me moría de ganas por preguntarle qué había hablado con Anne, pero sabía que no era el momento. Eso pertenecía a su intimidad, a sus cicatrices. Y yo... yo tenía un ejército de fantasmas que comandar.

—Señores —me dirigí a Hitler y su tropa espectral, alzando la voz como si estuviera en un mitin del más allá—, proteged Birkenau. Destruid a los vampiros de la Catedral de los Huesos. Meteos en sus cabezas, llenádselas con imágenes aterradoras. Los más fuertes... poseedlos y arrancadles el corazón. ¡Hacedlo y seréis libres!

Hitler dio un paso al frente —o flotó, más bien— y levantó el brazo en un saludo que me dio escalofríos. Luego, como un general obediente, dio una orden muda. El ejército fantasma se lanzó hacia adelante: formas traslúcidas atravesando el aire, metiéndose en los cuerpos de los vampiros enemigos, susurrando horrores que solo

ellos podían oír. Algunos secuaces se detuvieron en seco, gritando sin sonido, arañándose la cara de modo que si intentaran sacar algo de dentro. Otros cayeron de rodillas, convulsionando.

Draco miró la escena con una mezcla de asco y admiración.

—Vlad, Kur —ordenó—, aprovechad esta ventaja. Matadlos a todos.

El grandullón se lanzó como un toro, sus puños rompieron huesos y mandíbulas. Kur, en forma de lobo, saltaba entre los enemigos, mordiendo y desgarrando sus gargantas con la furia reflejada en su mirada.

Pero Draco y yo... nosotros no participamos en esa batalla.

Nos miramos un segundo. Él asintió.

—Vamos a por Alaric —dijo.

Asentí.

—Plan A: matarlo. Plan B: improvisar si el Plan A falla.

—Como siempre —respondió él, con una sonrisa torcida.

Y corrimos hacia el corazón de la Catedral de los Huesos, dejando atrás el caos de la batalla: vampiros gritando, fantasmas susurrando horrores, Kur y Vlad luchando espalda con espalda como si fueran uno solo.

Dejamos atrás el campo de batalla. El aire todavía olía a belladona quemada, sangre negra y esa mezcla peculiar de ozono y miedo que deja una pelea sobrenatural cuando se acaba el tiempo reglamentario.

Nos dirigimos hacia la cámara de gas donde se encontraba la entrada secreta a la guarida de Alaric.

En la puerta misma —un arco de hormigón agrietado que parecía más una herida abierta que una entrada—, nos encontramos con Elías. El violinista fantasma estaba allí, inmóvil, con la mirada perdida en la nada y su violín invisible apoyado en el hombro como si esperara una señal que nunca llegaba. No tocaba. Solo esperaba.

«¿Has encontrado a Alexandra?»

Preguntó en mi mente, con esa voz suave y rota que siempre me partía el corazón.

«Hace mucho tiempo que no la veo...»

Asentí, sintiendo un nudo en la garganta.

—Sé dónde está, Elías —respondí, intentando que mi voz sonara más segura de lo que me sentía—. Ven con nosotros. Podrás reencontrarte con ella. Te lo prometo.

Draco, que iba delante, se detuvo en seco y se giró hacia mí con esa cara de “¿en serio?” que tan bien domina.

—¿Qué haces, Coraline? —preguntó, bajando la voz, pero sin disimular la impaciencia—. No tenemos tiempo para esto. Este asunto tendrá que esperar. Alaric está ahí dentro y cada segundo que perdemos aquí es un segundo que él usa para preparar algo peor.

Lo miré fijamente, sin retroceder.

—Improvisar, confía en mí —respondí—. Cuando el destino te pone en el camino a un hombre sufriendo por amor, no desaproveches esa oportunidad. Puede ser de ayuda. Además... ¿desde cuándo tú rechazas una escena romántica? ¿No eras tú el que decía que el amor es un poema escrito con sangre?

Draco puso los ojos en blanco, pero no discutió más. Solo soltó un suspiro de “esta mujer me va a matar antes que Alaric” y asintió.

El fantasma de Elías me miró con una gratitud que casi dolía. Asintió lentamente y, por primera vez desde que lo conocía, sonrió. Fue una sonrisa pequeña, triste y llena de esperanza al mismo tiempo. Apoyó el violín en el hombro y empezó a tocar. La melodía que surgió fue “*Clair de Lune*” de Debussy.

No la versión suave y romántica que todo el mundo conoce. No. Esta era más lenta, más profunda, casi doliente. Las notas flotaban en el aire frío semejantes a lágrimas de cristal, envolviéndonos en una calma irreal en medio del horror. Era hermosa, sí, pero también triste, como si el violín estuviera llorando por todos los amantes separados por la muerte, por la guerra, por el tiempo.

La música nos envolvió como un abrazo que ninguno sabía que necesitábamos.

Elías tocó con los ojos cerrados, como si estuviera viendo a Alexandra en cada nota. Y yo... yo sentí que, por un momento, el peso del mundo se aligeraba. Solo un poco. Lo suficiente para seguir adelante.

Cuando la última nota se desvaneció en el aire, Elías abrió los ojos y me miró.

«*Gracias*», susurró en mi mente.

Asentí, con un nudo en la garganta.

—No me las des todavía —respondí—. Primero saquemos a Alexandra de ahí.

Draco me puso una mano en el hombro —un gesto breve, pero cálido— y señaló la entrada oscura que se abría ante nosotros.

—Vamos —dijo—. La melodía ha terminado. Ahora empieza la parte en la que intentamos no morir.

Y yo... yo respiré hondo, ajusté mi moño de gomina anti-mente y saqué la estaca de belladona.



Capítulo 23

EL DANUBIO AZUL

Draco y yo nos adentramos en la Catedral de los Huesos, seguidos de cerca por Elías, cuyo violín invisible parecía vibrar con una tensión que se sentía en el aire. El silencio era opresivo, casi tangible, como si el lugar hubiera decidido contener la respiración. No había ni un guardia, ni un eco de pasos, ni el habitual murmullo de vampiros subordinados. Todos estaban fuera, luchando contra Kur, Vlad y el ejército espectral que habíamos desatado. Intuimos que Alaric estaba solo, esperándonos en el corazón de su reino de muerte, preparado para el último combate. O quizás solo para el espectáculo final.

Avanzamos por los pasillos de hueso, donde cada paso resonaba con un crujido sutil, de modo que si las paredes mismas comentaran nuestra llegada. La luz al fondo de la bóveda central se hacía más intensa: una luz fría, amarillenta, similar a la de un reflector teatral que iluminara el escenario de una ópera. Y entonces lo oímos.

Alaric tarareaba un vals.

No cualquier vals. Era “El Danubio Azul” de Johann Strauss II, pero tocado con una lentitud deliberada, casi burlona. La melodía flotaba en el aire, elegante y siniestra, rebotando en los cráneos que formaban las paredes.

Draco y yo nos miramos al mismo tiempo. Nuestras cejas se fruncieron en perfecta sincronía. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿El rey loco se había puesto romántico o estaba preparando el escenario para su gran número final?

Llegamos al umbral de la sala central y nos detuvimos en seco.

Allí estaba Elías, flotando con el rostro desencajado por la rabia y el dolor. Sus ojos vacíos estaban fijos en una de las columnas que sostenían la bóveda: un esqueleto femenino, momificado y colocado en plan decoración artística, con un vestido raído que aún conservaba jirones de encaje blanco. Era Alexandra. O lo que quedaba de ella. El espíritu de la mujer flotaba a su lado, translúcido y sereno. Extendió una mano etérea y le acarició la mejilla al violinista.

«*Por fin nos hemos reencontrado...*», susurró con una voz que era puro suspiro.

Pero Elías no contestó. Seguía aturdido, observando aquella arquitectura macabra, sin poder creer que su amor hubiera terminado convertido en ornamento de un palacio de muerte.

Les dimos intimidad —o lo intentamos—. Draco y yo seguimos adelante, dejando a los amantes espectrales atrás. Sin embargo, la imagen se me quedó grabada: dos almas separadas por décadas de horror, reencontrándose en el peor escenario posible. Si sobrevivimos a esto, voy a organizarles una boda póstuma. Con violín en vivo y sin invitados nazis.

Al asomarnos a la bóveda central, el espectáculo nos golpeó como un puñetazo en el estómago.

Alaric bailaba.

Bailaba un vals lento y perfecto con el cadáver embalsamado de Anne.

La sostenía por la cintura con una mano enguantada, la otra entrelazada con la de ella —rígida, tiesa, preservada en un gesto eterno de elegancia—. El vestido blanco raído ondeaba con cada giro y el rostro momificado de Anne parecía sonreírle con labios cosidos y ojos de cristal. La escena era romántica y grotesca a partes iguales: un rey loco bailando con su trofeo favorito, con la misma ternura

que un niño con su muñeca preferida... si el niño fuera un psicópata vampírico.

Draco se quedó petrificado. Vi cómo su rostro se rompía: el dolor, la culpa, la rabia... todo al mismo tiempo. Sus ojos se llenaron de una furia negra que hizo que el aire a su alrededor vibrara. Sin una palabra, su cuerpo se transformó: la piel se oscureció hasta volverse carbón, alas membranosas se desplegaron a su espalda con un sonido de cuero rasgado y sus ojos brillaron con un rojo infernal.

Alaric dejó de bailar al instante. Soltó el cadáver de Anne con desprecio —el cuerpo cayó al suelo con un golpe sordo— y se transformó también: alas negras más grandes, piel escamosa, colmillos que parecían dagas curvas. Su sonrisa era puro veneno.

—Te estaba esperando, Draco. Qué suerte la tuya, hermano, sigues con vida. Coraline es muy astuta, creí que la estaca que le quité estaba impregnada de belladona, pero me engañó la muy zorra —comentó, con malicia—. Por cierto, ¿te gusta mi pareja de baile? Siempre fue mía. Tú solo... la tomaste prestada.

En ese momento, me di cuenta de que Alaric no sospechaba nada de mi sangre curativa. Bien, así tendré un as bajo la manga.

Draco rugió —un sonido que hizo temblar los huesos de las paredes— y se lanzó contra su hermano.

La lucha fue épica, brutal, casi poética en su violencia.

Los dos demonios chocaron en el centro de la bóveda como dos tormentas vivas. Alas contra alas, garras contra garras, colmillos buscando garganta. Draco atacaba con una furia contenida durante años: golpes precisos, calculados, cada uno cargado de todo el odio que había acumulado desde la muerte de Anne. Alaric respondía con elegancia cruel: esquivaba, contraatacaba, jugaba con su hermano como un gato con un ratón herido. La bóveda resonaba con impactos que hacían caer fragmentos de hueso del techo, idéntica a una lluvia macabra.

Draco logró acertar un golpe que abrió un corte profundo en el pecho de Alaric. Sangre negra brotó, pero el rey loco solo rio.

—¿Esto es todo lo que tienes, hermanito? —se burló—. Pensé que el amor te haría más fuerte.

Draco rugió y se lanzó de nuevo, pero Alaric lo esquivó y le propinó un revés que lo mandó volando contra una columna. Los huesos crujieron bajo el impacto. Draco se levantó, tambaleante, pero sin rendirse.

Yo observaba desde el umbral, con el corazón en un puño. Quería intervenir, pero sabía que esto era suyo. Era su duelo. Su cierre. Su venganza.

La lucha siguió en tablas: ninguno lograba ventaja definitiva. Draco era más fuerte en furia contenida; Alaric, más astuto y cruel. Se golpeaban, se herían, se recuperaban. Sangre negra salpicaba los huesos del suelo. Alas rasgadas, piel abierta, rugidos que hacían temblar la bóveda entera.

Y entonces, en un momento de pausa —ambos jadeando, mirándose con odio puro—, Draco habló con voz ronca:

—Esto acaba esta noche, hermano.

Alaric sonrió, limpiándose sangre de la comisura de la boca.

—Siempre has sido un romántico, Draco. Pero el amor no gana guerras. El poder sí.

Y se lanzó de nuevo.

Estaban tan concentrados en matarse mutuamente que en varias ocasiones golpearon el cadáver embalsamado de Anne, que yacía olvidado en el suelo en medio de una pelea de titanes. Cada impacto hacía que el cuerpo se moviera con un crujido seco y triste y, cada vez que ocurría, Draco parecía recibir un latigazo invisible. Tenía que retirarlo de ese rincón improvisado de muerte y ponerlo a salvo. Anne se merecía un entierro digno, no ser el balón de fútbol accidental en una revancha fraternal vampírica.

Me lancé a por el cuerpo con la gracia de Tom Cruise en la escena de *Risky Business* patinando por el salón de su casa en ropa interior (camisa blanca, calzoncillos y calcetines), deslizándose por el suelo mientras suena "Old Time Rock and Roll de Bob Seger"—con la expresión de "esto es lo más *cool* que haré en mi vida".

Logré cogerlo en brazos —pesaba menos de lo que esperaba, como si la muerte hubiera aligerado su carga— y cuando me disponía a sacarlo de ahí, sentí un dolor agudo y ardiente en el abdomen.

Miré hacia abajo.

Una estaca impregnada de belladona sobresalía de mi estómago, limpia y precisa, como si alguien hubiera decidido que ya era hora de pinchar el globo.

El dolor me subió hasta la sien igual que un rayo. Sí, soy vampira inmortal, sí, no muero de un pinchazo... pero sentimos dolor cuando nos hieren. Y este dolía. Mucho. Solté el cuerpo de Anne con un gemido ahogado y caí de rodillas, sujetando la madera que sobresalía de mi abdomen con ambas manos.

—Dos amores perdidos, hermano —se burló Alaric desde el otro lado de la sala, con esa voz suave y cruel que parecía hecha para leer sentencias de muerte—. Primero Anne... ahora ella. Qué poético.

Miré a Draco. Él me miró a mí. Y le guiñé un ojo.

Era mi momento. El destino me acababa de brindar una oportunidad única para llevarme el Óscar a la mejor actriz de reparto en la categoría "muerte fingida con estilo".

Fingí convulsionar —un Oscar al dramatismo, por favor—, dándole la espalda a ambos para que Alaric no viera que seguía respirando y mi piel no se volvía cenicienta. La belladona no me afectaba —mi sangre era una dalia negra, la cura andante—, pero fingir que sí era parte del plan. Me quedé quieta, inmóvil, como un cadáver muy convincente.

Mentalmente conecté con Elías, que seguía flotando cerca de Alexandra.

«¿Quieres tu venganza?», le pregunté al espíritu.

«La deseo... pero estoy muerto...», se lamentó.

«Toca los altos acordes del "Requiem" de Mozart metiéndote en su cabeza. Debilitalo con lo que amas: tu música. Venga a Alexandra. Ayúdame, Elías».

El fantasma dudó un segundo. Luego asintió. Apoyó el violín invisible en el hombro y empezó a tocar. Solo podía escucharlo yo: los primeros acordes de "Lacrimosa", lentos, profundos, llenos de dolor y belleza. Cuando llegó a los altos, su espíritu se fundió con la mente de Alaric semejante a la niebla entrando por una grieta.

Alaric agitó la cabeza como si tuviera una mosca dentro del cráneo. Se golpeó la oreja con la palma de la mano, desesperado. El ruido —

para él— era insoportable. Su rostro se desencajó: se le marcaron las venas en la frente, los ojos los tenía desorbitados, y un chillido agudo salió de su garganta vampírica.

Aproveché esa debilidad.

Me levanté a la velocidad del rayo —la estaca aún estaba clavada, pero sin efecto letal— y me la saqué del abdomen con un tirón seco. Volé hacia Alaric y le arranqué el corazón con mis propias manos, de frente, para que me mirara a los ojos mientras lo hacía.

—No puede ser... —susurró, con voz quebrada por primera vez.

—La estaca que me quitaste para matar a Draco estaba impregnada de belladona. Fue mi sangre la que lo salvó, pues es la cura para el veneno de la belladona. Un antídoto —le susurré al oído, con una sonrisa que era puro veneno dulce—. Y tú morirás llevándote el secreto a la tumba, rey loco.

Su cuerpo empezó a consumirse: grietas negras treparon por su piel, humo saliendo de sus ojos, un grito ahogado que se perdió en la bóveda. Cayó de rodillas, mirándome con rabia y algo que parecía... incredulidad.

Draco, que había regresado a su forma humana durante el caos, dio un paso al frente. Su voz salió ronca, cargada de años de dolor:

—Hermano... espero que te pudras en el infierno.

Alaric levantó la mirada una última vez y en ella solo hubo odio.

—La maldad es un cáncer invisible que no tiene cura... y acaba matando a la persona infectada —susurré, antes de que su cuerpo se deshiciera en cenizas negras y se esparcieran por el suelo.

El reinado de Alaric llegó a su fin.

No hubo aplausos. Solo silencio.

Draco se acercó al cuerpo embalsamado de Anne, lo levantó con una ternura que me rompió el corazón y lo sostuvo contra su pecho. Luego posó la mano libre en la pared llena de cráneos. Cerró los ojos. Y ocurrió la magia.

Todos aquellos huesos —miles, quizás millones— se convirtieron en polvo en un instante. La bóveda entera tembló suavemente mientras las partículas brillantes flotaban en el aire como luciérnagas doradas. Era un espectáculo maravilloso: la muerte liberada, los restos de los inocentes volviendo al ciclo, libres por fin.

Elías y Alexandra, en medio de la sala, nos miraron con gratitud infinita. Se tomaron de las manos etéreas, sonrieron... y se evaporaron en un remolino de luz suave, encontrando la paz que les habían robado.

—Draco... —susurré, admirando aquella magia que aún flotaba en el aire. —No decías que no tenías un don especial...

Él abrió los ojos, lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas.

—Este es mi poder secreto, Coraline —dijo con voz temblorosa—. Siempre he pensado que era un don inútil: convertir en polvo a los seres que mueren, sus cuerpos, sus huesos... Pero ahora pienso que fui bendecido con esto para liberar a todas estas almas de la Catedral de los Huesos.

Le sonreí, con lágrimas deslizándose por mis mejillas también. Era imposible no emocionarse. El polvo brillante nos rodeaba como una nevada suave y por un momento el lugar dejó de ser una tumba para convertirse en algo... sagrado.

Draco me miró, todavía sosteniendo el cuerpo de Anne con infinita ternura.

—Gracias —susurró—. Por todo.

Yo negué con la cabeza.

—No me las des. Solo... somos un equipo —respondí, guiñándole un ojo.

—Eres increíble, chica cuervo.

Y entonces, en medio de los restos de polvo brillante y huesos liberados, nos sonreímos.

Salimos de la Catedral de los Huesos con el paso lento de quien ha ganado una guerra, pero no sabe muy bien qué celebrar. El aire de Birkenau nos recibió con esa frialdad húmeda que parece impregnada de historia y silencio eterno. Al cruzar el umbral, vimos a nuestros amigos sentados en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared agrietada de uno de los barracones. Estaban agotados: Kur con las piernas estiradas y la cabeza echada hacia atrás, Vlad con los ojos cerrados, meditando sobre el sentido de la inmortalidad pensé, y ambos cubiertos de polvo y sangre negra.

Nos vieron y alzaron la mano en un saludo cansado, como soldados que regresan de una batalla que nadie debería haber librado.

—¡Chicos, el rey loco ha caído! —grité, con una emoción que era mitad euforia, mitad alivio histérico—. ¡Fin del reinado! ¡Se acabó el drama de “mi hermano es un psicópata”!

Kur soltó una risa ronca, todavía recuperando el aliento.

—Nos lo hemos imaginado cuando se evaporó el ejército alemán —dijo, señalando con la cabeza hacia el espacio vacío donde antes había filas de fantasmas uniformados—. De repente, todos los nazis muertos se fueron a tomar por saco.

Vlad no dijo nada. Solo abrió los ojos y miró a Draco, que caminaba a mi lado sosteniendo el cadáver embalsamado de Anne con una ternura que rompía el alma.

Yo miré hacia atrás. Hitler estaba allí, esperando. Su fantasma flotaba a unos metros, con el uniforme raído y esa expresión de urgencia contenida que había llevado durante décadas. Avancé hacia él con paso firme, aunque por dentro sentía un nudo extraño: ¿iba a liberar al dictador más odiado de la historia? ¿O solo a un alma atrapada que ya había pagado su deuda con el tiempo?

—Eres libre —le dije, mirándolo directamente a los ojos vacíos—. Siempre cumplo mi palabra.

Extendí la mano hacia su cráneo invisible (lo había cogido antes de salir de la catedral) —el que Alaric había usado como copa durante quién sabe cuántos años—. Draco se acercó en silencio y posó su mano encima. Un pulso suave de su poder secreto recorrió el espacio y luego se deshizo en mil partículas brillantes que flotaron en el recinto.

El espíritu de Hitler inclinó la cabeza una vez —un gesto seco, casi militar— y se desvaneció en un remolino de humo gris. No hubo explosión, ni música épica, ni fuegos artificiales. Solo... paz. O lo más parecido a la paz que un alma como la suya podía encontrar.

Esperaba que Lucifer lo estuviera esperando con una lista de tareas eternas. Porque si alguien se merecía un infierno personalizado, era él.

—Regresemos a la guarida —anunció Draco con voz baja y ronca—. Tengo que enterrar a Anne.

Abandonamos Birkenau con una sensación de amargor agridulce. Habíamos liberado las almas que conformaban la Catedral de los Huesos —miles, quizás millones—, y el polvo brillante aún flotaba en el aire como una nevada silenciosa. Pero pensar en todas esas víctimas —en el horror que habían vivido y en el que habían dejado atrás— nos recordaba que la humanidad podía ser destructiva de formas que ni los vampiros más crueles alcanzaban a imaginar.

Draco cavó un hoyo en la tumba vacía del patio trasero —la misma que había servido de símbolo durante años—. Lo hizo en silencio, con movimientos precisos y reverentes. Yo lo observaba desde la ventana de la cocina, dándole intimidad. Vi cómo el fantasma de Anne apareció junto a él, serena y luminosa. Quise darles un último adiós, así que levanté el velo del otro lado para que pudieran despedirse sin intermediarios.

Draco lloró en silencio. Sus miradas se reencontraron una última vez. Anne posó su mano etérea en su mejilla y él notó la electricidad suave de su energía, al igual que un roce que ya no era físico, pero aún era real.

—Vive —le dijo ella, con una sonrisa—. Y sé feliz.

Luego se desvaneció, dejando solo el eco de su presencia y un vacío que dolía, pero también liberaba.

Esa misma tarde partimos hacia Brujas. El viaje fue silencioso. Draco se aisló en el asiento trasero, mirando por la ventana con esa expresión de quien carga un duelo que no sabe cómo soltar. No quise agobiarlo. Sabía que necesitaba tiempo. Pero me moría de ganas por abrazarlo, por decirle que no estaba solo, que Anne quería que siguiera adelante y que yo también estaba allí, aunque no supiera cómo encajar en su corazón aún ocupado.

¿Cómo continuaría nuestra historia? No estaba segura.

Pero sabía una cosa: ya no éramos los mismos.

Habíamos perdido mucho.

Habíamos ganado más.

Y aunque el camino de vuelta a Brujas estuviera lleno de silencios y preguntas sin respuesta, íbamos juntos.

EPÍLOGO

Había pasado un mes desde nuestra aventura suicida en Berlín —o, más bien, desde que dejamos la Catedral de los Huesos convertida en un montón de polvo brillante y recuerdos liberados—. Draco desapareció sin más. Al bajar del tren en Brujas, nos miró a todos con esa expresión de quien lleva un peso que no sabe cómo soltar.

—Necesito tiempo para sanar mi corazón.

No hubo despedidas dramáticas, ni promesas de cartas, ni un último beso robado en el andén. Solo un “nos vemos” murmurado y su figura alejándose entre la niebla matutina como un vampiro que se funde con la mañana. Me dejó un vacío que dolía más que cualquier estaca de belladona. ¿Acaso no le importaban mis sentimientos? ¿O es que los suyos eran un laberinto tan complicado que ni él mismo sabía cómo salir?

Me enfadé con él. Mucho. Aunque en el fondo podía llegar a entenderlo —el duelo por Anne no era algo que se curara con un abrazo grupal y una ronda de cervezas—. Pero la frustración seguía creciendo como una mala hierba. Las charlas positivas de Isabella —*“Dale tiempo, Coraline, los vampiros somos eternos, ¿qué son unos meses?”*— no ayudaban. Solo me daban ganas de tirarle el móvil a la cabeza.

Mi círculo cerrado sabía lo de mi sangre —la cura contra la belladona, el Santo Grial con colmillos—. Necro, nuestro rey, nos hizo jurar guardar el secreto. Nadie podía saberlo jamás, solo nosotros. Total, tampoco iba a ir por ahí con un cartel de neón en la frente que dijera “Bebe de mí y vive para siempre”. Pero, por si acaso, me saqué sangre y la repartí en frascos pequeños entre mis amigos vampiros. A Kur, nuestro licántropo, no necesitaba mi sangre, puesto que la belladona no le afectaba; sin embargo, decidió guardarse uno por si alguno de nosotros olvidaba la suya. Vlad lo metió en una caja fuerte; Isabella lo escondió en su nevera entre botellas de sangre fresca. Draco... bueno, Draco ya no estaba para recibir el suyo.

Entré a formar parte de la guardia real de Necro, que ahora estaba compuesta por Vlad, Kur y el desaparecido Cayetano. Básicamente, éramos los “especiales”: Draco que podía matar con su arrogancia, el lobo que mordía con su veneno mortal. Vlad podía enfrentarse con ejércitos con su fuerza bruta, y yo, la vampira que veía muertos y tenía sangre mágica. Un equipo de élite que parecía sacado de un cómic de superhéroes.

La vida continuaba. Salía de fiesta con Isabella y Kur a garitos clandestinos de vampiros donde la música era demasiado alta, la sangre demasiado cara y las conversaciones demasiado cortas. Me lo pasaba genial —o al menos lo fingía muy bien—, pero cada vez que volvía a casa Belladonna de madrugada, ahora sola, el silencio me golpeaba como un reproche.

Esa noche llegué tarde, oliendo a humo de cigarrillo vampírico y perfume barato. Estaba deseando darme una ducha e irme a la cama cuando encendí la luz de la cocina para prepararme un *Bloody Mary* y allí estaba.

Draco.

Apoyado en la encimera, descalzo, con unos vaqueros desgastados que le quedaban pecaminosamente bien y el torso desnudo. El cabello revuelto, sin rastro de gomina. Los brazos cruzados, los músculos marcados bajo la luz tenue de la lámpara y esa mirada que era mitad disculpa, mitad desafío.

—Hola, chica cuervo —dijo, con esa voz grave que siempre me ponía la piel de gallina.

Me quedé congelada con la mano en la nevera.

—¿Hola? —repetí, incrédula—. Tendrás cara, Cayetano. Desapareces del mapa sin una nota, sin un mensaje, sin un mísero “estoy bien” y encima te presentas sin avisar como si nada.

Él se encogió de hombros, con esa naturalidad irritante que tenía.

—Vivo aquí —dijo, como si eso lo explicara todo.

—¿Sabes qué?, que te den —repliqué, cerrando la nevera de un golpe—. Eres un insensible, Draco. Estaba preocupada por ti. Lloré. Me enfadé. Me emborraché. Y tú... ¡joder!

Draco se acercó por detrás, despacio, temiendo que saliera corriendo o que le clavara una estaca en el pecho (ambas opciones

válidas). Me rodeó la cintura con los brazos y posó los labios en mi cuello, justo donde latía mi pulso fantasma.

—Lo siento, Coraline —susurró contra mi piel—. Necesitaba encontrarme. No era una buena compañía en ese momento. Estaba roto, enfadado conmigo mismo, con Alaric, con todo. ¿Podrás perdonarme?

Me di la vuelta entre sus brazos, buscando su boca como si el beso fuera lo único que podía confirmar que era real y no un sueño cruel. Lo sé, soy una facilona.

Lo besé con calma al principio, probando su sabor a peligro y nostalgia. Luego con más urgencia, enredando los dedos en su cabello despeinado. Él respondió con la misma hambre contenida, como si hubiera estado esperando ese momento durante el mes entero. Sus manos bajaron por mi espalda, apretándome contra él y sentí su calor frío contra mi piel.

—Eres insufrible —murmuré contra sus labios.

—Y tú estás loca —respondió él, mordisqueándome el labio inferior—. Pero me gustas así.

Me levantó en brazos como si no pesara nada y me llevó hacia el salón sin romper el beso. Me dejó caer suavemente en el sofá, pero no me soltó. Sus manos exploraron mi cuerpo con una mezcla de reverencia y deseo que me dejó sin aliento. Desabrochó mi blusa con dedos temblorosos, besando cada centímetro de piel que aparecía. Yo tiré de su cinturón, impaciente, riéndome entre besos cuando se enredó con la hebilla al intentar desabrocharlo.

—Eres un desastre —dije, ayudándolo.

—Tú me haces serlo —respondió él, con una sonrisa que era puro fuego.

Cuando por fin nos deshicimos de la ropa, la habitación se llenó de un calor que no venía de la calefacción. Sus manos eran firmes, pero cuidadosas, temía romperme. Las mías exploraban cada línea de su cuerpo, cada cicatriz invisible que llevaba en la piel y en el alma. Nos movimos juntos con una urgencia que era mitad necesidad, mitad celebración: de estar vivos, de habernos encontrado, de haber sobrevivido a todo.

Fue intenso, lento y rápido a la vez. Susurros, gemidos, risas ahogadas cuando nos enredamos en el sofá y casi caímos al suelo. En un momento, Draco se detuvo y me miró fijamente.

—Te quiero —susurró, como si acabara de descubrirlo en ese instante.

Yo sonreí, con lágrimas en los ojos.

—Ya era hora de que lo dijeras, Cayetano —respondí, besándolo de nuevo—. Yo también te quiero. Aunque seas un señor feudal insufrible.

Él rio contra mi boca.

—Y tú un caos.

Y seguimos, perdiéndonos el uno en el otro hasta que el amanecer empezó a teñir el cielo de rosa.

Porque después de todo lo vivido —muertes, espíritus del pasado, reyes locos y fantasmas nazis—, lo único que importaba era esto: nosotros dos, vivos, juntos y con ganas de seguir improvisando.

Amanecí con las piernas enredadas entre las sábanas y una sensación de vacío al lado que me hizo incorporarme de golpe. El corazón —muerto, pero aún traicionero— me dio un vuelco. ¿Había sido todo un sueño? Salí de la habitación como un torbellino, descalza y con la camiseta de dormir torcida, registrando cada rincón de la casa con la ansiedad latiendo en mis sienes. ¿Dónde está Draco? ¿Se ha ido otra vez? ¿Me ha dejado con un beso y un “hasta luego” eterno?

Llegué a la cocina casi corriendo y me detuve en seco.

Allí estaba él.

Draco, de espaldas, terminando de preparar dos copas de *Bloody Mary* con la concentración de quien prepara un ritual sagrado. Llevaba solo unos pantalones de chándal grises que colgaban bajos en sus caderas, el torso desnudo marcado por las cicatrices de la noche anterior, el cabello aún revuelto y sin rastro de gomina. La luz de la mañana entraba por la ventana y le daba un brillo dorado que lo hacía parecer casi humano. Casi.

Se giró al oírme y sonrió —esa sonrisa suya que empezaba tímida y terminaba siendo peligrosa—. Me tendió una copa.

—Te he preparado el desayuno, chica cuervo —dijo, con voz ronca de recién levantado—. Después iremos a la Catedral de la Sangre a ver a nuestros amigos.

—Gracias —respondí, cogiendo la copa con manos que aún temblaban un poco por el susto.

Tenía hambre, de sangre, de normalidad, de él. Me la bebí de un trago, como una buena vampira sin modales. Pero algo se atascó en mi garganta. Tosí. Tosí fuerte. El líquido se negó a bajar y empecé a jadear, llevándome las manos al cuello en el gesto universal de “isocorro, me ahogo!”.

Draco dejó caer la cuchara con un tintineo y corrió hacia mí. Me rodeó por detrás con los brazos, colocó el puño justo bajo mi esternón y tiró hacia arriba con fuerza controlada. Una, dos, tres veces. Y entonces salió disparado un objeto pequeño y brillante que cogí al aire por puro reflejo vampírico.

Un anillo.

Un anillo sencillo de plata con una piedra negra —obsidiana, quizás, o algo más oscuro— que brillaba bajo la luz de la cocina.

Me quedé mirando la joya en mi palma, boquiabierta.

—¿Estás loco? —pregunté, todavía tosiendo un poco—. ¿Qué pretendías? ¿Matarme con un anillo?

Draco se pasó una mano por el cabello, despeinándolo aún más y soltó una risa nerviosa que no le había oído nunca.

—Claro que no —dijo, un poco molesto—. Solo quería pedirte matrimonio. Pero no, tú no puedes beber como una señorita educada. Tienes que hacerlo como un *hooligan* en un bar de carretera.

Mi mente tardó un segundo en procesar las palabras. Luego otro. Y otro.

El anillo.

Matrimonio.

Matrimonio.

Chillé como una colegiala enloquecida —un chillido agudo que probablemente despertó a medio vecindario— y me tiré a sus brazos, rodeándole el cuello con tanta fuerza que casi lo tiro al suelo.

—¡Sí quiero! ¡Sí quiero! ¡Sí quiero! —repetí como un mantra, besándolo en la cara, en la boca, en el cuello, en cualquier sitio que alcanzara.

Draco me devolvió el abrazo, girando conmigo en el centro de la cocina como si fuéramos los protagonistas de una comedia romántica. Reía, reía de verdad, con esa risa profunda y liberada que solo sacaba en momentos contados.

—Entonces... ¿te casarás conmigo? —preguntó, deteniéndose para mirarme a los ojos, asegurándose.

—Sí, me casaré contigo, Cayetano —respondí, con lágrimas de risa y emoción mezcladas—. Aunque seas un señor feudal insufrible que desaparece un mes y luego intenta matarme con un anillo de compromiso.

Él sonrió, esa sonrisa que era mitad culpa, mitad promesa.

—Tenemos que planearlo todo y...

—¡Cállate! —lo interrumpí, poniéndole un dedo en los labios—. Lo haremos a mi estilo. Improvisando. Sin listas, sin protocolos, sin invitaciones formales. Solo nosotros y nuestros amigos. Y un cura, pero como somos demonios... en vez de casarnos nos hará un exorcismo.

Draco rio de nuevo, esta vez con la cabeza echada hacia atrás.

—Trato hecho, chica cuervo.

Me besó otra vez —lento, profundo, como si quisiera grabarse en mi piel para siempre—. Y yo supe, en ese momento, que después de todo lo vivido, esto era lo único que realmente importaba.

Nosotros.

Vivos.

Juntos.

Y con ganas de seguir improvisando hasta el final de la eternidad.

✨ ✨ ¿Te gustó La Catedral de los Huesos? ✨ ✨

 Gracias por leer hasta el final.
"La Catedral de los Huesos" guarda más
de lo que muestra.

Ojalá hayas sentido su eco 

Espero tu opinión en Amazon.

Te recomiendo leer **"Cuervo Judío"**, una historia escrita desde el corazón. Ambientada en la Segunda Guerra Mundial y gran parte de su trama transcurre en Birkenau, entre otros escenarios de vital importancia histórica. Es un drama, un recuerdo a las víctimas, es dolor, es esperanza y, sobre todo, en esta historia, el amor es un sentimiento que jamás muere.



CUERVO JUDÍO

En mitad de la inmensa llanura se levantaba imponente una cortina de humo espeso. En ella se reflejaban las caras de horror y los gritos agónicos de millones de judíos que se despedían de la vida sin más remedio.

Auschwitz - Birkenau albergaba en su interior oscuridad y muerte, la antesala de las peores pesadillas de los prisioneros. Los nazis la bautizaron como la solución final. En otras palabras: el exterminio de los judíos. Nunca antes un ser humano había cometido semejante crueldad y brutalidad.

Los despojaron del raciocinio, de la libertad, de sus vidas, y los llevaron al matadero igual que al ganado. Trozos de carne que olían a muerte; las almas de las víctimas estaban podridas. Jamás pensaron que serían parte del infierno de Dante.

Pero escuchad y atended: Cuervo Judío no es una simple novela sobre el holocausto nazi; sus páginas guardan un secreto sobrenatural que cambió la historia de la gran masacre tal y como vosotros la conocéis. Solo os diré que la muerte crea muerte y que de las cenizas surgió un cuervo tan negro como el corazón de Hitler. Esta es la historia de Gabriel, un judío que estuvo preso en

Auschwitz. Un hombre que se convirtió en una leyenda forjada en el fuego del infierno más terrible de toda la historia de la humanidad.

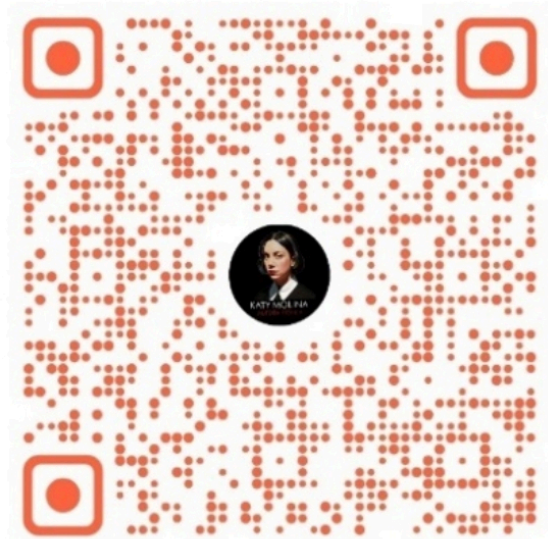
SOBRE LA AUTORA



Katy Molina, nacida en Barcelona en 1983 y actualmente residente en Córdoba, es una reconocida escritora en el ámbito de la literatura gótica contemporánea. Desde su juventud, ha demostrado una profunda fascinación por la historia, los mitos, el romance gótico y la fantasía oscura, así como por el mundo paranormal. A lo largo de sus veinte años de carrera literaria, ha cultivado un estilo único que mezcla elementos históricos, terror, romance y misterio, creando historias emocionantes y tenebrosas que han capturado la imaginación de sus lectores.

Su talento creativo le ha valido el apodo de "Reina de la Gótica" entre sus seguidores, un reconocimiento a su habilidad para dar vida a personajes extraordinarios y sumergir a los lectores en atmósferas melancólicas y oscuras. En sus novelas, Katy Molina explora la intersección entre la realidad y la ficción, presentando tramas apasionantes inspiradas en leyendas y relatos sombríos de la humanidad. Sus obras, imbuidas de fantasía oscura y gótica, crean mundos envolventes y llenos de tensión que atraen a los amantes de la lectura.

Además de su trabajo en el género gótico, Katy no se limita a un solo estilo: también ha incursionado en la literatura de romance urbano y *romantasy*, y ha creado la emblemática serie de humor *Las Mujeres González*, muy bien recibida por sus seguidores. Su prosa evocadora y su habilidad para transportar al lector a paisajes enigmáticos y emocionantes han consolidado su lugar como una autora original. A través de sus obras, Katy Molina invita a explorar la oscuridad, la historia y la fantasía entrelazadas de manera magistral, ofreciendo una experiencia literaria única y cautivadora.



<https://instabio.cc/20221RFHKv6>



KATY MOLINA
REDES SOCIALES

 CATALINA MOLINA

 @KATCROWS

 @KATCROWS